

Chambú

Guillermo Edmundo Cháves



Editorial
Universidad de Nariño



Editorial

Universidad de Nariño

Chambú

Guillermo Edmundo Chaves

Chambú

Guillermo Edmundo Chaves



Editorial
Universidad de **Nariño**

Cháves, Guillermo Edmundo

Chambú / Guillermo Edmundo Cháves. -- 1ª. ed. -- San Juan de Pasto :
Editorial Universidad de Nariño, 2022

146 p.

ISBN: 978-628-7509-57-3 Impreso

ISBN: 978-628-7509-58-0 Digital

1. Novela colombiana

C863.44 C512 - SCDD-Ed. 22



Chambú

© Guillermo Edmundo Chaves

ISBN: 978-628-7509-58-0 Digital

Primera Edición

© Editorial Universidad de Nariño

Diseño de Portada: Daladier Patiño y Julián Hernández

Diagramación y Diseño: Diana Sofía Salas Chalapud

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de su Autor o de la Editorial Universidad de Nariño.

Índice

1 - CHAMBÚ	26
Capítulo I: Límites de Niebla	27
Capítulo II: Danza Mestiza.....	33
Capítulo III: La Voz de La Roca	42
2 - LA MINA DEL AMBIYACO	51
Capítulo IV: Sendas de Arrieria	52
Capítulo V: La Mina del Ambiyaco.....	60
Capítulo VI: El Embrujo del Barranco	69
3 - LOS CAMINOS QUE VUELVEN	81
Capítulo VII: Playas del Pacífico	82
Capítulo VIII: El Cenagal.....	96
4 - EL SENTIDO DE LA TIERRA.....	108
Capítulo IX: El Espíritu del Paisaje	109
Capítulo X: El Sentido de La Tierra.....	117
Capítulo XI: En Los Cerros del Imaya.....	127
5 - HUILQUIPAMBA	144
Capítulo XII: La Hacienda de Huilquipamba.....	145
Capítulo XIII: El Estrecho.....	158
Capítulo XIV: El Idolo	170
6 - EL FLAGELO.....	179
Capítulo XV: El Portal de Hato Viejo.....	180
Capítulo XVI: BRAZOS CAIDOS	191
7 - LA INCOGNITA	197
Capítulo XVII: CONVALECENCIA.....	198
Capítulo XVIII: Cuando los caminos se acercan	205
Capítulo XIX: Jaque al Rey	212
Capítulo XX: La Sombra.....	223
Capítulo XXI: El Derrumbe	229

Nota a esta edición

Casi ochenta años después de su primera aparición, Chambú vuelve sin haberse ido del todo. A pesar de que la novela está fuera de circulación — algo que el libro que tiene en sus manos pretende resolver en la medida de sus posibilidades—, las lecturas parciales de la obra de Guillermo Edmundo Chaves reverberan de tiempo en tiempo, puntuales y precisas a la hora de apagar, con un estribillo bien memorizado, la inquietante complejidad de un libro que es mucho más que la celebración de los paisajes y la gente de Nariño.

Para esta edición, Chambú vuelve como un fantasma que, en lugar de pedir el trato de un monumento, busca la justicia que merece en el pasar de mano en mano, en el volverse un instrumento capaz de mover voces mientras se presta, por igual, para la interpretación desobediente y la intervención más desbordada. Lejos de la reverencia de las cosas que no se tocan, esta edición quiere ser una herramienta con la que podamos auscultar, en nuestros propios cuerpos, las fuerzas que atraviesan el tiempo de Chambú y llegan al presente para seguir modelando, violenta y persistentemente, a la gente y al paisaje.

Para ayudarnos a hacer realidad esta intención, convocamos a un grupo de autor_s nariñenses con quienes compartimos la lectura de la novela a la vez que creábamos un espacio común en el que pudimos orquestar los textos que a continuación introducen la novela. A ell_s, mi agradecimiento por su generosidad y compromiso y a usted, que apenas se asoma por el umbral de este libro, mi invitación a dejarse inquietar por todo lo que la novela da por sentado, a cuestionar la sensibilidad con la que fue construida y en últimas, a sentir la ambigüedad abrumadora de todas sus virtudes.

Mateo Guerrero Guerrero

Tras las huellas rocosas de Chambú

por J. Mauricio Chaves-Bustos

El 16 de julio de 1946 salía en Manizales la primera edición de *Chambú*, obra del escritor pastuso Guillermo Edmundo Chaves. Para entonces se habían publicado algunas novelas en Nariño, como “La expiación de una madre”(Pasto, 1894), sobrevalorada novela de Rafael Sañudo, la primera publicada en tierras nariñenses; “La ciudad de Rutila” (Pasto, 1895), del pastuso Florentino Paz, perteneciente al romanticismo que por entonces copaba toda inspiración nacional; “Betulia y Eudoro” (Túquerres, 1908) que por su corta extensión puede considerarse casi un cuento; “Dios en el hogar” (Bogotá, 1910) del pastuso Benjamín Guerrero; “Fue un sabio” (1912), del tuquerreño Manuel Benavides Campo, novela perdida ya que la que reposaba en Túquerres fue sustraída y ha sido hasta el momento imposible de rastrearla, ni siquiera en la propia Barcelona donde fue publicada; “Cameraman” (Valparaíso, 1932) del también pastuso Plinio Enríquez, novela revolucionaria en un medio tradicional, de ahí que recién hace unos pocos años haya copado la atención de nuevos lectores, ya que como “Sima” (Bucaramanga, 1939), de Alfonso Alexander, irrumpieron dramáticamente en una sociedad crecida bajo el idealismo utópico del romanticismo; “Ligia” (Guayaquil, 1933), del tumaqueño Donald Velasco; “Los Clavijos” (Bogotá, 1943); “Cuando el suicidio es un deber” (Bucaramanga 1947) de Julio Santamaría Villarreal, que aparece el mismo año de *Chambú*. De muchas de estas novelas se ha escrito de oídas, como diría Rafael Gutiérrez Girardot, ya que la mayoría tuvo una sola edición o fueron confiscadas o perdidas.

A nivel internacional ese año se publican, entre otras: “El callejón de las almas perdidas”, del estadounidense William Lindsay Gresham; “El hombre de Marte”, novela de ficción del polaco Stanisław Lem; “El pianista del gueto de Varsovia”, del polaco Władysław Szpilman, estas dos últimas llevadas al cine, de la cual “*Chambú*” tiene también un intento fallido; “Escupiré sobre vuestra tumba”, del

francés Boris Vian, novela sobre el racismo hacia el hombre negro; "Las cruces sobre el agua", del ecuatoriano Joaquín Gallegos Lara, novela realista considerada una de las primeras que trata el tema urbano en el Ecuador; "Sangre en la piscina", de la escritora británica Agatha Christie, aunque publicada en Estados Unidos; "Zorba, el griego", del autor griego Nikos Kazantzakis, adaptada también al cine, al teatro y a musical.

En cuanto a las ediciones de Chambú, encontramos: primera edición Biblioteca de Escritores, edita Adel López Gómez, Manizales (1946); segunda y tercera edición, Bedout, Medellín (1962, 1963); cuarta edición, Pasto, Imprenta Departamental (1963); cuarta, quinta y sexta edición, Bedout, Medellín (1978, 1980, 1982). Encontramos una edición virtual, Pasto, Editorial Sucesos (2020), en la cual aparece el libro incompleto. En la edición hecha en Pasto, se habla de una traducción al francés, gestiones del señor Pierre Grazi, "Gerente de Producciones Latinoamericanas", sin que hayamos encontrado nada al respecto, dejando sobre el aire que fue solamente una buena intención y nada más; esta misma edición da por publicada la edición príncipe en 1947 por la Imprenta Departamental en Manizales, informa además que ésta se consumió en los incendios del 9 de abril, de ser así sería la segunda edición, ya que la primera fue editada en 1946 como se ha mencionado ya.

En 1962 se filmó la película Chambú, bajo la dirección de Alejandro Kerk y la producción de Enrique Gutiérrez y Simón, ambos de nacionalidad española, con guion de éste y de Eduardo Botello. Se rodó en 35 mm en blanco y negro, con una duración de 110 minutos. Los rollos fueron llevados por Kerk a España para ser revelados, sin embargo éste nunca regresó con lo prometido, de tal manera que la película nunca fue vista en su totalidad en Colombia. Dentro de los protagonistas están Lyda Zamora, Yamile Humar, Hernando González, entre otros. Las locaciones fueron Pasto, Tumaco, Ricaurte, La Cocha, Mallama. Música de Luis Eduardo Nieto. El propio autor de la novela fue contratado como asesor durante el rodaje, a quien se le adquirió los derechos para la película. En 2012 fueron rescatados algunos fragmentos, los cuales reposan en la Fundación Patrimonio Filmico Colombiano. Gutiérrez y Kerk filmaron en 1959 el documental "Las Lajas, un milagro de Dios en el abismo".

Anclados en un modelo literario decimonónico, la novela fue bien recibida por la crítica literaria del momento, sobre todo en un momento en donde la gramática y la literatura parecían un fondo propio de abogados y políticos, no en vano Laureano Gómez y Juan Lozano y Lozano la encomian como una de las mejores novelas colombianas, "obra genuinamente americana", dice la Noticia con que abre la edición príncipe. En Nariño la recepción fue igual o quizá más aduladora, inclusive hasta hace poco se consideró la novela nariñense por antonomasia, a tal punto que Chambú dejó de ser un sitio de la geografía que

conecta la costa con la sierra para ser primero una novela y luego una canción. Víctor Sánchez Montenegro, en el extenso prólogo al libro de Teófilo Albán Ramos, anota: "Pasan por estas páginas hálitos de tragedia duramente cantados como en un poema de gesta. Sus descripciones son fieramente reales, con aspectos de Zola, cogido en sana ética" (p. 108), es decir resalta el naturalismo que puede habitar en Chambú, sin detenerse en los pasajes que parecen traídos de la pura sepa del romanticismo, anclaje que perduró durante tanto tiempo en el panorama literario nacional, pero aún más en el nariñense, de ahí la crestomatía con que se abre este ensayo.

La novela puede ser analizada desde diferentes aristas, aquí simplemente planteamos dos de ellas que requieren, desde luego, mayores análisis a la luz de la crítica literaria que ha sido tan esquiva -cuando no ocultada- en el departamento de Nariño, son estos el aspecto del mestizaje y la visión de lo afro dentro del marco de la novela que, como se ha sugerido por especialistas como Víctor Sánchez Montenegro, pareciera ser también la experiencia propia de su autor llevada al plano de la novela, sobre todo porque Guillermo Edmundo trabajó en la construcción del carreteable que ahí se describe.

El mestizaje para el autor pareciera no partir de una visión integradora de las diferentes culturas humanas, como puede desprenderse del concepto de "raza cósmica" propuesto por el mexicano José Vasconcelos, donde lo que prima es la voluntad sobre la razón o el impulso natural, por ello estipula que una civilización empieza a decaer cuando se encierra sobre sí misma -endogamia-. En Chambú ese mestizaje, que tiene su corolario en el párrafo final, se desdibuja a través de la obra, en donde el contraste de civilización o barbarie están en permanente dualidad, ahí no hay gozne -que sería el mestizaje-, sino permanente alusión a lo "blanco" como lo bueno, lo estéticamente hermoso, lo ligado a la moral y a las buenas costumbres. "La señora y la hija del pagador constituían con los dos hermanos el núcleo de "respeto" del conjunto", dice en el capítulo dedicado a la Danza Mestiza, haciendo alusión a que en ese paraje donde se estaba construyendo la carretera, eran los "blancos" quienes detentaban todo lo bueno que de ahí se desprendía.

¿Acaso la carretera misma no es una metáfora para determinar que la civilización le llega al Pacífico permitiendo ese contacto con Pasto?, se reafirma lo dicho cuando en 1990 Cecilia Caicedo anota: "Ello explica que los capítulos mejor logrados sean los siete primeros, y ellos justamente no están referidos al romance sino a la gesta heroica de construcción del camino, dinamitando las agrestes rocas de Chambú, a la sangre obrera ofrendada a la civilización y al coraje de los serranos, que hicieron posible unir el verdor de las mesetas y el anchuroso mar" (p. 104), la crítica literaria no hace sino recoger ese aspecto que flota a través de la obra.

Es por ello que la molinera, quien no es personaje principal, toma un cariz importante dentro del imaginario popular, de ahí la canción "Chambú" de Luis Eduardo Nieto que tanta acogida tuviera en los sectores rurales nariñenses, porque tal vez sin pretenderlo, el autor al convertirla en una especie de paisaje primero -de ahí la descripción que hace de la ñapanga dentro de una novela- y luego como sujeto que debe ser borrado para alcanzar el bienestar social y moral, es negado a través de la novela, como lo serán los campesinos, los negros, quienes no se acoplan al concepto de lo civilizado dentro del marco de una sociedad que consideraba que en algunas capas sociales de Pasto moraba ese concepto, aunque erráticamente, ya que la misma protagonista al viajar por el mundo cree que ha logrado romper el esquema del provincianismo, Andrés Torres al respecto anota: "Tanto talante, refinamiento, y prestancia, me incomoda porque siento que Chaves, le seguía el juego al arribismo social y a ese tipo de políticas que estratifica a los hombres de acuerdo al termómetro que impone las gentes de alcurnia" (2004).

Lo afro está retratado en la novela con la mirada de quien desconoce las alteridades, por ello ocupa un lugar secundario, casi podría decirse que dentro del contexto en que está estructurada la misma, el capítulo sobre La mina de Ambiyaco, pareciera un pretexto para mostrar como la selva se ensaña contra el personaje que pareciera deambular entre la civilización y la barbarie, por eso lo afro aparece como un recodo de una tentación que se cristaliza en la figura de la mujer de un minero, ahí el erotismo es el que sale a la vista; inclusive el negro está fuera de la posibilidad de ese supuesto mestizaje que transita en la novela: "Era ese sector de la montaña como un puente entre dos razas: el mestizo y el negro", dice en su primer acercamiento al espacio donde lo afro cobra vitalidad, pero para el autor "allí se quedaron con las pocas familias de blancos dueñas de los veneros, pegados para siempre al calor propicio del clima y al paisaje selvático de los grandes ríos", una clara alusión a una imposibilidad de romper con ese supuesto salvajismo que los arropa.

La mujer afro, por tanto, se vuelve objeto de un deseo que es capaz de sacar de lo civilizado el instinto antes que la razón, piel a la que cede la voluntad: "Una linda negrita, en flor de pubertad, cruzaba y recruzaba en diversos quehaceres. Ernesto la miraba con simpatía y con bondad, pero como a un ser extraño a quien sólo pudiera tratar así, ya que el color parecía aislarla de todo anhelo. El otro sujeto la piropeaba en tanto con ademanes lúbricos", curiosa contradicción, ya que más adelante el propio Ernesto será el que caiga en la tentación, "Ernesto admiró su belleza, pero por su color se acostumbró a tratarla despreocupadamente", aquí se señala a las mujeres afros como verdaderas hijas de Lilith - la mujer que hace sus quehaceres y Casilda-, son ellas las culpables de despertar el deseo en el hombre blanco-mestizo, su cadencia pareciera evocar esa génesis pre-Eva, tentación siempre, más no fineza o caballerosidad, trato

reservado para las serranas de élite. La mujer otra vez vuelta paisaje a los ojos del autor: "Ella, de nuevo, era el paisaje todo, moreno como la tierra, grávido como un fruto; y él contemplándola, se sintió crecer en su delirio más alto que los árboles". Mujeres blancas, indígenas-mestizas y afros, "con las mujeres era aquello que ellas amaban, lo delicado, lo escabroso o lo santo", frase que pareciera más bien un desdoblamiento del personaje principal respecto a lo que puede llegar a significar la otredad.

De ahí que el Pacífico no sea sino un lugar de paso y nunca de permanencia, ahí llegan del norte donde se ensalza la modernidad, de ahí salen para la sierra atravesando un camino que simboliza la crueldad de ese mestizaje que se dio porque se tenía que dar. Donde habita "el blanco" está la civilización, por ello, como anota Andrés Torres, el autor deviene en presunciones poco probables, como poner a escuchar en la finca a Debussy para espantar el tedio que produce el campo, sobre todo porque ahí está la peste, la bartolina, que mata a casi todos pero no a los dueños de casa, ya que parecieran estar tocados por la blanca mano de dios. Por eso también Chambú como territorio es pretexto, tanto al inicio como al final habita ahí la muerte y el peligro, por eso todos parecieran haberlo abandonado, inclusive el guía ha dejado su trabajo para estar más cerca de la civilización, hacia el lado de la sierra, por eso ese niño con el que casi se cierra el libro representa un mestizaje no aceptado en su totalidad, sino el mestizaje forzado de estirpes que debieron encontrarse aquí forzosamente, no para hacer del mundo un lugar de encuentro -baste citar el Mediterráneo como prueba de ello -, sino como un camino que al transitarlo siempre pareciera un peligro.

Referencias

Caicedo, Cecilia (1990). *La novela en el departamento de Nariño*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

Chaves, Guillermo Edmundo (1946). *Chambú*. Manizales: Biblioteca de Escritores. Edita: Adel López Gómez.

Sánchez Montenegro, Víctor (1949). *Prólogo*. En: Teófilo Albán Ramos, *Poesías*. Pasto: Imprenta Departamental.

Torres Guerrero, Andrés (2004). *Políticas de la asimilación en Chambú*. Disponible en: <https://webs.ucm.es/info/especulo/numero28/chambu.html>

Vasconcelos, José (2021). *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana*. Madrid: Editorial Verbum.

Evocaciones

por Suzanne Bioret

«- Dime el paisaje, Ernesto. Yo lo llevo en mí mismo, pero me encanta oírlo repetir de tus labios. Después de tu regreso tengo la sensación de que encuentras algo nuevo en todas las cosas.»

p. 109

Leer Chambú es recorrer cierta memoria, ciertos imaginarios que atraviesan Nariño y que se mezclan con los recuerdos y las experiencias del lector que posiblemente también ha recorrido varios de estos espacios, pero en tiempos distintos. Quizá por eso la novela está en un lugar fuera del tiempo. Es como si no importara la época, ni el contexto, ni quien la escribió, solo importa quien se es cuando se lee.

Peso y me parto
Soy un silencio denso
1093 grados centígrados
El tiempo geológico
Lento
Y trágico
He visto nacer y morir decenas de generaciones
Me erosiono
Y no le digo nada
Al que no pregunta

Que si yo hablara
Bocrater
Las palabras y el carácter
Lava
Que corre entre los dientes
Corroe, crema, calcina
Pura ceniza a la vista
Soy grafito
Grafía
Polifonía
Soy la que se resiste y se derrumba
Soy en donde dice "Juan Maigual te amo"
Soy la virgen aparecida
Soy el pedestal y soy la estatua
Soy el mundo
La protuberancia en la espalda
Soy una molestia en el camino
Soy la que vuela sobre el agua

Isla

Soy la que se hunde en el mar

Soy la rabia multiplicada por la fuerza y la velocidad

Soy la que rompe vidrios

Soy lo indecible

La que no se pronuncia sin vacío

La que crece en el oído

Estoy en todos lados

Piedra, casi eterna

«Todas tres eran bellas, pero de tipos y caracteres distintos. Todas tres avanzaron por distintos caminos en el alma de Ernesto. Carmenza era de una ideal prestancia, reposada y altiva. Ernesto la figuró hecha de llama y claridad como las predestinadas. En Angelina la gracia amanecía en cada instante y era como una de esas criaturas de romance rubias y frágiles. Gabriela se movía siempre en un aire estremecido; su boca angustiaba de ansiedad. En las tres, los cuerpos esbeltos, flexibles, melódicos. Y eran sencillas en su bondad y en su alegría como si estuvieran prometidas ya para un don perfecto. [...] Ya el panorama de las islas que quedaban atrás podía encerrarse en una sola visión: Tumaco, el Morro y La Viciosa. Vistas desde la distancia, contra el dombo azulado de la manglería, las tres islas hermanas relievan un encanto de dulce claridad flotante.»

p. 87-88

La asimilación del cuerpo de las mujeres a la naturaleza y a sus símbolos parece provenir del deseo humano de poseer al otro, nombrarlo, dominarlo y tenerlo para sí. Parece que la mente tiene tendencia a ordenarse a partir de triadas de ideas. Según el pensamiento cartesiano "primero pienso, luego existo", prima la razón y es la que permitiría acceder a la verdad del mundo. Sin embargo, para pensar se requiere de un vehículo y ese vehículo no puede ser más que un cuerpo. Antes de poder pensar hay que existir, hay que haber encarnado. La naturaleza no tiene género, es lo que existe y se ha intentado nombrar. Todo lo que existe proviene de esa naturaleza que los seres humanos han querido pensar como extraña, externa, otra. La naturaleza no es inmanente y es también de donde provienen los seres humanos, tanto hombres como mujeres.

TRES SOLES

Redondas

Tres caras

Astrales

A veces brillan juntas, a veces nadan en la oscuridad

Extienden las manos

Y las yemas de los dedos siempre hallan sus cabellos

En el viento

En el silencio

En el vacío

Ellas son el sol

El sol en un corazón

Eso es tener una madre

Eso es tener una hermana

La que todo lo abrasa

Una, atardece en el mar

Y la noche que todo lo cubre

«Inesita Sáenz, a quien apellidaban "La Molinera" por el oficio de su padre, era en el júbilo de sus diez y siete años la síntesis perfecta de la ñapanga de Pasto. [...] En la ñapanga pervive aun en limitada escala lo que fue un día la típica mujer de Pasto. Algo menos que de clase media en la rigurosa categoría social de otras épocas, iba al nivel de los "artesanos", el trabajador de oficio en el rudimentario trajín de la pequeña industria.»

p.14

«En el bambuco el sentido de la alegría es vital; y hasta en sus fondos de melancolía el acento es viril y estimulante. Es cadencia que obliga a caminar...» p.16

La ñapanga aparece encarnada por el personaje de "La Molinera". Este personaje acompaña a los hombres durante la construcción de la vía, ocupándose de labores domésticas en el campamento. Fascina e inspira respeto. Se destaca por ser caracterial y por su sensibilidad para bailar bambuco. Si ampliamos la mirada, o si afinamos el oído, podemos asociar a la molinera, con la figura de la ñapanga y la guaneña. Si la ñapanga designa a una mujer campesina típica de Pasto, la historia de la guaneña es más confusa. La guaneña en principio es un bambuco que se caracteriza por su melodía. Después se han ido agregando diversas versiones de letras, de las cuales la más famosa es la que dice "Guay que sí, guay que no, la guaneña me engañó". Esta letra es la que ha contribuido a imaginar que la guaneña es una mujer campesina de carácter fuerte. Es particular como este elemento sigue nutriendo el imaginario colectivo nariñense y entreteje diálogos que a veces sobrepasan lo folclórico cuando, por ejemplo, el termino se encuentra asociado al movimiento feminista local. El elemento de la guaneña llama la atención porque si bien recoge cierta tradición asociada a la imagen de la mujer campesina nariñense, el paso del tiempo está dando cuenta de sus transformaciones, adaptaciones y reinterpretaciones en la vida contemporánea. La maleabilidad que presentan estas ideas, especialmente la de guaneña, da cuenta de su potencial imaginativo y su capacidad para perdurar en el tiempo.

La guaneña primero fue melodía, luego se hizo canción y ahora es mujer.

La guaneña pervive.

La guaneña ha encarnado.

La guaneña teje, no lo usa, lo iza y su palabra es cunche

Palabras que son nudos conjurados con agujas que también son varas

La guaneña no es cantada, canta por sí misma.

La guaneña es un poder que habita mujeres que

nacen entre las montañas del sur]

La guaneña es la tierra y el mar.

La guaneña es una sirena que se abrió paso y explotó en un volcán.

Una galera que es un barco y una teta de polvo.

La guaneña es un volcán que es él y es ella.

Cuerpo y abismo

por Sebastián Pinchao

El siguiente apartado pretende ser una coreografía desintegrada sobre la escenificación del cuerpo y el abismo en *Chambú*.

*

Los ocasos de la roca. El espacio aperturado. La configuración del camino. La cara despellejada. Todo mira el claro de luz, entrando a través de la puerta que se des-cose entre las ruinas. Latinoamérica aparenta ser una ventana elástica y cerrada.

El personaje va dando vueltas mientras cae. El alma es espuma que se filtra en medio de las razas. La caída pesa el doble si se mira desde arriba. Si se mira la caída del hombre que es tu amigo, se mira, también, la caída de lo amigable, de lo que implica una amistad: «el afuera de lo mismo, o sea: el otro». Mirar un cuerpo con su cabeza reventada posibilita la caída de la razón. Sin embargo, la cabeza es todo un cuerpo-otro tenso, un cuerpo que piensa desde la misma gota de sangre que se explaya al caer, abierta por el fuego intenso de la industria.

Materialidad-expansión-(ex)tensión.

La cabeza reventada es una identidad en pedazos. Aunque no haya metáfora del razonamiento, hay miramiento abismado hacia los cuerpos y hacia lo que esos cuerpos son, irremediabilmente. Ese cuerpo que sufre, que cae de *Chambú*, de alguna forma: descabezado, muestra el derrumbamiento del otro y el desmoronamiento del mundo: archivado, eclipsado, simbolizado, estructurado en el gesto mínimo de incendiar una mecha con el fuego de un cigarro:

Fue en aquel momento cuando apareció Manuelito Muñoz agitando su sombrero sobre las rocas altas. Iba a encender sus diez "cargas" de pólvora, aquellas hasta donde pudo llegar el recorrido de los alambres y que completaban la labor del día. Todos lo querían y principiaron a vocearlo.

—¡Viva Manuelito!

—¡Miren el condenado, se salió con la suya! —comentó santiguándose la comadre Elena.

Casi tendido sobre las aristas de la peña el mozo encendió la mecha con el cigarrillo.

(...)

El sombrero se le cayó entonces. Pero en el aire lo cogió al vuelo, y antes de ampararse en la saliente volvió a agitarlo hacia el grupo lejano donde todos esperaban.

En ese instante único los "tacos" estallaron. Retumbó el espacio, y una andanada de piedras y de llamas ametralló las rocas. Por entre el vórtice del humo bajó rodando el cuerpo de Manuel hasta una estría, veinte metros abajo, donde se detuvo. (p. 29-30)

Incendio que brota de las manos de un obrero termina destrozando la cabeza del obrero. En la roca de obreros, con el fuego del obrero. El alma de la piedra que grita una voz hondísima es cuenca fracturada, oquedad disuelta: la voz que reclamará tus muertos sincopados en la tierra sin obreros.

*

Mi voz: estrella negra.

Eclosión en el hocico del tigre.

Olor que desbarata la cabeza de una lágrima.

Levanto manos en el desmiembre del oro de amores.

Brujería/ternura desolada.

Río de rumor.

Templanza sin fin.

Mi tufo calcina una canoa.

Agua hedionda de piel transparente.

Voz barítónica que excede la tierra.

*

El *Ídolo* camina la obra. Es un *Ídolo* muerto que adolece de identidad. Oro borrascoso, inmerecido. Las carnes perecen en la condena de sus manos. Un *Ídolo* inquebrantable que se adelanta a la promesa del futuro. Un *ídolo* que trasboca una herida abierta.

*

Imayá piedra/ Imayá no me dejes/ Imayá, tu puñal derrite la sangre del cóndor muerto/ Imayá que desfunda la corteza del enemigo/ Imayá colina de la muerte/ Imayá desatas el desbarrancadero de la desazón/ Imayá, ¿te vas a ir a la ciudad?/ Imayá, grita cuando quieras/ Imayá, un mestizo y un indio cualquiera/ Imayá, la soledad desamparada/ Imayá, zumbas pensamientos en vértigo/ Imayá, tu espíritu apagado que libera las aspiraciones/ Imayá cuando de ti brota un secreto/ Imayá cuando no dices las presencias/ Imayá cuando tu rito está despellejado/ Imayá tu voz es una celebración de la ausencia.

*

Desnudó el alma en el denso perfume de la noche...

sangre contaminada corriendo en el pozo-cuerpo

Buscaba mantenerse en la pausa de lo irreal

para evitar el borde concreto de la madre desmenuzándose,

para sosegar la vehemencia de su anhelo.

El mosco baila en las carnes de «el Estrecho».

Aún no podía valorar su emoción,

ni creer en los amarres virales, ni en la percusión que desprende la muerte, no podía llamarla,

ni descifrarla.

La mirada era un extravío que balbuceaba con el monte.

Sus ojos cerrados advertían hasta el vaivén de la brisa

Los enfermos caminaban como un fantasma deshecho, arrastrados por un animal en los árboles del huerto.

(...)

G. E. Chaves (p.178)

*

El Estrecho dibuja una fábula: Saltar el vacío para exponer la diferencia: enfermar y caer en el desasosiego de la distancia: dar la vuelta y encoger lo escindido: atravesar el mundo y estratificar la fiebre (el mosquito pica solamente a algunos): habitar la hacienda y salirse por las ramas: colonizar los cuerpos enfermos: mirar a las pobres gentes: recordar la piedra: prometer mirando al hueco: anidar un cuerpo de la espera en medio del derrumbe.

Las Mujeres que veo en Chambú

por Valeria Obando Zarama

La canción Chambú resuena en mi cabeza durante la lectura de la novela del mismo nombre. Hace pocos días me enteré de que era un bambuco y que su autor y compositor era Luis E. Nieto. Tengo el vago recuerdo de la canción en mi niñez. Rememoro esta parte: Es Chambú de mi vida, gigante roca/ Que en sus picachos se recuestan las estrellas/ más entre rocas sales, molinerita/ La más bonita desprendida del peñón/ Soy el minero mejor de Ambiyaco y Guelmambí/ Molinerita querida todo el oro es para ti.

La canción es pegajosa y descriptiva y nos retrata una historia de amor, una canción dedicada a una mujer. La novela, sin embargo, es mucho más que solo una historia de amor, si bien aparece el romance. La canción no le hace justicia a una novela que nos habla sobre el paisaje y una región olvidada como lo es el departamento de Nariño. Tampoco le hace justicia a la desolación y pensamientos que Ernesto, el protagonista, siente frente a estos lugares; ni al tono poético que marca toda la novela, ni al punto de interés en esta ocasión, las mujeres que aparecen en ella.

En la novela, la figura de la mujer se dibuja y desdibuja, a la vez, desde una mirada masculina. Mujeres Chambú llenas de contrastes. Está la molinerita, Inés Sáenz, que resuena posteriormente en la canción y que se presenta como ese objeto del deseo. A través de ella, la búsqueda del amor y del oro a la vez parecen la finalidad de esta novela.

Inés se presenta al inicio de la novela con su traje característico de ñapanga: "Vestía amplias faldas de bayetilla fina, de tonos morados, encarnados o azules,

y de apretados pliegues en la cadera, lo que hacía evocar idealizándola... abajo el contorno de su falda tenía un amplio ruedo de terciopelo prensado, y así caía exacta al filo de los tobillos desnudos..." esta descripción es la mirada del hombre. Y los hombres que están en el salón son quienes la ven.

La mirada rescata el traje que aún utilizan muchas mujeres en nuestra región y también lo utilizaban nuestras antecesoras, llamadas ñapangas porque tenían ciertas habilidades para cocinar, para bailar, cantar y una forma particular de vivir haciendo honor a su región. En esta aparición Inesita baila un bambuco sobre el que Chávez nos dice: "Romance es el bambuco en el fluir querencioso de sus notas. Ronda de amor, danza de la alegría, cielo gigante de la sangre..." por ello el bambuco es una danza para enamorar, para zapatear y disfrutar, resaltando así el alma de las mujeres que utilizaban la danza para seducir a los hombres.

El autor nos deslumbra con esa caracterización de las mujeres desde la mirada del protagonista, deslumbrado por ese objeto del deseo. De la misma manera nos describirá a la variedad de mujeres que aparecen en la historia con detalles que solo la mirada masculina ve. Más allá de la falda entallada, en caso de la molinera, el atuendo colorido y autóctono, Inés es un personaje fuerte, hablante y pensante, con el poder de enamorar y recurriendo al baile para seducirse a sí misma y por ende a los demás.

En contraste con esa fuerza que las ponen más allá del simple objeto del deseo y la mirada, las mujeres en Chambú aparecen con un aire de vulnerabilidad. Vemos mujeres de raza negra vulneradas y a hombres enamorados de ellas. Casilda, por ejemplo, tiene un amor o relación complicada que le brinda un poco de protección, disfruta del entorno donde vive, tiene mucha fuerza, pues se ha forjado en esta región desolada. Sin embargo, Casilda vive y acepta lo que va pasando y su cuerpo se presenta cosificado, como algo que no se puede tomar, aunque conforme avance la novela quedará claro que el suyo, como otros cuerpos de raza negra, pueden llegar a tomarse como objetos y pueden ser violentados y ultrajados.

El autor de la novela nos describe mujeres negras, son pobres, son mujeres y niñas que tenían una vida dura, llena de trabajo y peligro, pero también dueñas de la posibilidad más preciada para el libro: la posibilidad del amor.

Edmundo Chávez nunca deja de defender cierta idea de amor romántico un sentimiento necesariamente doloroso, caracterizado por la separación trágica y triste y por un tono desolador, poético y depresivo que recorre todos los capítulos de la historia. Recordemos que es el tono de la literatura francesa del siglo XIX, llena de fatalidad y de suicidio.

Por otro lado, inquieta en la novela la descripción de las mujeres como provocadoras y en algunos casos como culpables. Para la época en la que fue escrita

y la manera como se relacionaban las parejas en ese entonces me parece que esa figura de Femme fatale está presente y es muy rescatable. A pesar de que las descripciones en la novela se refieren a la molinerita como muy coqueta , para criticar su conducta, la realidad es que por medio de la seducción las mujeres poseían el poder que ejercían bailando y cantando, llenando la habitación de alegría.

Respecto a otra mujer importante en la novela esta Gabriela, quien luce trajes pulcros, vive en la ciudad y ha viajado. Disfruta de la música española, flamenco, lee poesía y novelas, ha desarrollado un gusto por la moda gracias a sus viajes, además luce trajes de acuerdo a la ocasión, vestido de baño en la playa, vestidos a la moda, etc. Lo que tal vez nos hace reflexionar en el contraste con las mujeres de la región que se bañaban desnudas en las cascadas, pozos de agua o playa. Gabriela y Ernesto mantienen un enamoramiento mientras la vida, está enseñando muchas cosas, entre ellas la muerte, el amor, la desolación, la injusticia y con esta relación se marca la otra parte de la novela en donde el amor idílico y la oportunidad de amar se entorpece con la indecisión de Ernesto que vuelve a la piedra, retorna a Chambú para descubrir quién es en verdad y como el sur marca su aprendizaje, quien es y a qué lugar pertenece.

La figura femenina más grande en esta historia es la naturaleza, el objeto del deseo que representa la piedra del Ambiyaco divide la novela, nos presenta la búsqueda del oro. Esta piedra preciosa que se encuentra invadiendo lugares, abriendo las puertas de la remota región para que aparezca la figura del hombre que lo toma todo hasta saciarse, para luego llevarse el oro el cual lucirán las mujeres en la ciudad. La búsqueda del oro se asemeja a la búsqueda de una mujer perfecta para casarse, o para tomar algo de las mujeres no sin antes pasar por un juego de ilusiones.

En este punto también vale la pena mencionar que, en el capítulo IX ,llamado el espíritu del paisaje, Chávez aprovecha para hablar de otras mujeres. Por ejemplo, Florencia, la hermana del protagonista es descrita como hogareña, atrayente y con una gracia delicadísima. De ella comenta que no es bella y con esta descripción podemos entablar el contraste entre Inés y Casilda y el contraste de las mujeres de la ciudad. El autor hace una descripción un tanto superficial sobre las mujeres, solo nos brinda una pequeña mirada sin poder desarrollar una idea a cabalidad sobre ellas.

En esta variedad de mujeres que aparecen en Chambú tenemos la oportunidad de recordar un legado y que está en tensión con costumbres que actualmente no compartimos. También nos da la oportunidad de recordar el sur desde una perspectiva de camino, un viaje de introspección para valorar el pensamiento y costumbres sureñas.

1 - CHAMBÚ

Capítulo I: Límites de Niebla

—Ese es el Gualcalá, patrón... Hasta ese morro de frailejones llega el páramo de Chimangual. Allí Mayasquer. Allá Sotomayor... y más y más, volteando ese cresterío, las salitreras del Pacual donde murió mi viejo.

Empinándose sobre los estribos de la silla, Ernesto contempló desde la cima del páramo el afarallonado poniente de la sierra. Era un cerco vastísimo de rampas gigantescas y volcaneras hendidas, que tajaban de pronto su reciedumbre de picachos contra el cielo desnudo. Luego, en los horizontes del sureste, se dilataba el cuadro del nudo andino ecuatorial donde la cordillera parecía dislocarse en alborotado tumulto de cumbres.

A un lado, ya distante, el claro vislumbre de los terrales de labor donde ses-tearon a la solana; y allí, como estrechándolos, densos repliegues de mesetas pardas y pajonales resecos.

—Allí Cumbal —continuaba la parlería del arriero—. Aquí, cerquita, el cerro de Colimba... Bajo esa nube Chautalá...

Ernesto seguía con creciente interés la mano que señalaba los cuatro puntos del paisaje. Deslumbrado por la visión inesperada sintió el alma ascender cual si surgiera de un límite de nieblas. Y mientras que su cabalgadura tornaba a seguir pareja al caminero, los nombres que acababa de oír repercutieron en el recuerdo de otros, a los cuales estaba ligada su vida de infancia. Nombres "quechuas" de un recio esplendor vocalizante; nombres que un día crecieron para él, como castizos ya, entremezclados con las primeras voces del lenguaje nativo. En forma imprecisa sintió el dominio de su fuerza enraizada en su propia mocedad; y en sus labios se apretaron, en gozoso temblor, los nombres de las cumbres y pueblos y ríos familiares.

En esa holganza evocadora vino a su memoria el recuerdo de sus paseos de niño por los desfiladeros del "Río Pasto", en donde había una caverna a cuya entrada se agrupaban sus compañeros de escuela a jugar con el eco. Uno a uno gritaban al filo de las rocas, y el eco devolvía sus voces en sonoridades lejanas. Así advirtió el eco de esos nombres en la profundidad de su espíritu, con una resonancia nueva, casi huidiza, cual si apenas descubriera su secreta virtud donde se espaciaba todo el sentido de la tierra.

Se realizaba en el viajero el hecho sencillo pero transcendental del descubrimiento de un subfondo a través del paisaje. Un acto de introspección confuso todavía, que lo obligaba a entrever, en íntima visión, las realidades de su tierra, de su corazón y su destino.

Era en agosto de 19xx. A tres mil metros de altura sobre el mar el camino se enfilaba recto entre las areniscas y herbazales del páramo. Atrás habían quedado las fertilísimas sabanas de Túquerres e Ipiales, con sus recuestos y llanuras en hartura de siembras. Atrás, también, los nevados perpetuos del Cumbal y el Chiles, y el cielo purísimo de esas altas mesetas que se iluminan a veces con un raro esplendor de nubes verdecidas.

Hatos y pastizales después. Ventas pequeñas y casonas de hacienda. Luego, la altura de Chimangual, en la brumosa eminencia de la sierra, propicia para atalayar distancias cuando la niebla lo dejaba, pero agitada casi siempre por ventiscas y desolada por el frío.

—Alto! —gritó una voz.

Ernesto paró en seco su cabalgadura, en tanto que el arriero sofrenaba a su lado la mula que saltaba con la crecida carga de petacas.

De un alto borde del camino, junto a la curva que iban a pasar, saltó el hombre que les había gritado.

—Pare, señor! —insinuó—, y arrímese mismito que el cielo va a caerse... Van a reventar unos "tacos"! Y usted tape la mula que se le arrebestra... Pronto!

El arriero miró al hombre de soslayo. Presuroso cubrió con la ruana la cabeza de la mula alborotada, mientras socarronamente decía:

—Despacio con el susto, amigo... Que a otros más grandecitos que usted me los he puesto de ruana!...

Un instante después restalló sobre el páramo la explosión, seguida de otra más fuerte que hizo rodar varios guijarros hasta cerca del grupo. A lo lejos, y en prolongado clangor, siguió el eco saltando entre el vórtice de la niebla.

—Ya pueden seguir —indicó el hombre respetuosamente—. Sólo eran dos cargas de pólvora que pusimos para romper una gran piedra que anoche tapó el camino. Pero más adelante avancen con cuidado, que están volando la roca con dinamita.

Lentamente la bruma de la cima que acababan de dejar se iba abriendo a trechos cortos. El camino principiaba a descender. A los frailejones sucedían empinadas montañas de zarzas y moras regadas en el lomeado amarillento. En seguida, la tierra negra otra vez en las faldas rugosas de los cerros. Pequeños desmontes de labrantío. Y, de tiempo en tiempo, alguna casucha con su chico andamiaje de ventas y su volante de humo.

Media hora más tarde hicieron alto en una estrecha planicie. Las últimas estribaciones del Azufral se tendían hacia los murallones de una gran hondonada que marcaba el recio declive de la sierra. Abajo ya, un vago relumbro de sol repintaba sobre los repliegues monstruosos la raya blanquiza del camino.

—Oye, Pedro, por allá tenemos que pasar?

—Sí, patrón. Allá es Piedrancha donde principia la tierra caliente. Luego Ricaurte y Altaquer en los "guaicos" de esas montañas. Son cuatro días hasta Barbacoas, de llover parejo de día y de noche.

—Y el campamento?

—A dos horas de aquí. Allá, al principiar la cañada. Míre!... Hasta esos derrumbes está el corte de la carretera; y, en la hondura de esa vuelta, el desfiladero de Chambú donde están trabajando... Dicen que el corte del camino lo están haciendo a trescientos metros sobre el abismo. Caray! Es un trabajo de machos. Allí saludé a su hermano, el doctor, cuando subí hace un mes de Barbacoas.

Mientras saboreaban el delicioso café de Piedrancha en la pequeña venta, y el alma de Ernesto avanzaba de distancia en distancia, la visión del hermano se perfiló para él en evocaciones entrañables.

Luis era el hermano mayor; y los dos a la par, en el ciclo hazañoso de sus 20 y 22 años, acababan de transponer ese linde espiritual en que la vida se columbra como una aspiración hacia la empresa o la aventura.

Tendencias casi idénticas moldeaban sus caracteres. Igual atavío romántico, iluminado de cierto snobismo literario; los mismos conceptos sociales y religiosos. Luis sinembargo, era más dinámico y emprendedor, aunque menos fogoso; de menor presteza intelectual; pero una mayor aptitud para las realizaciones positivas.

Eran los hermanos mayores de una familia de regular posición social en la bella ciudad de Pasto, en los Andes surianos de Colombia. Ciudad de nobilísimas tradiciones, paisaje maravilloso y vida quieta.

Por aquel tiempo Luis acababa de terminar sus estudios de Ingeniería, y se iniciaba en la práctica profesional en los trabajos de la carretera hacia el Pacífico. Ernesto había concluido su tercer año en la facultad de Derecho. Era su voz uno de los pocos pregones de rebeldía en la monótona vida universitaria; y así iba pasando en trance de renovador, atropellando a toda hora con su inquietud un tanto literaria la abulia inveterada de sus condiscípulos.

La ausencia de Luis acentuó en el espíritu de Ernesto la firme decisión de buscar otro ambiente de estudio y de trabajo. La aventura principiaba a llamear en su sangre. Logró convencer a los suyos de lo impropicio del medio para una carrera profesional aventajada y de su ferviente anhelo de ayudarlos. En esa forma determinó su salida de la ciudad, con el propósito de finalizar sus estudios en la capital de la república, y con el señuelo de dedicarse antes al aprovechamiento de alguna empresa prometedora que se le ofrecía en el puerto de Tumaco. Había, además, una razón imperiosa y secreta, sólo para él.

El pensamiento del hermano, a quien iba a abrazar después de tres meses de ausencia, colmaba de extrañas significaciones el azar de su camino. Valorando hechos recientes y mirajes de otrora, Ernesto advertía que las trayectorias de sus vidas se estaban separando ya por zonas espirituales cada vez más disímiles. Lo que recogió como una revelación en esa tarde lo reflejaba en el espíritu del hermano ausente; y trataba de indagar, en el alma del otro, el efecto de esa vida nueva que iba descubriendo en su propio corazón bajo el influjo insospechado del paisaje.

El crepúsculo borraba ya los contornos del camino cuando los viajeros llegaron al zigzagueante descenso de Chambú.

Grupos de trabajadores subían hacia los tambos improvisados en las lometas que contorneaban el camino de herradura.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches.

—Adiós, patroncito...

—Adiós, muchachos.

Las voces se alargaban en los finales, elásticas como las sombras. La actitud de los hombres era por demás respetuosa y sumisa; y Ernesto sentía diluirse su cansancio en una emoción cordial y estimulante.

—Oiga usted, ya llegamos al campamento?

—Una horita larga, señor, pues asina tienen que coger esos desvíos que son bastante fregados.

De los tambos llegaba la algarabía de los trabajadores. Era la hora del yantar sabroso y sosegado, del picarezco fisgpear en vidas y sucesos, del recordar de hazañas camineras que hacían fulgir de candelas fugaces las pupilas de los mozos. Desde afuera podían advertirse los fogones de grandes piedras; y los corros apretujados a su lumbre en el goloso paladear de los narrares. De allí nacía, quizás, un tácito aliento de idealismo para esas pobres gentes, que cuando el relato es emoción hace caminar el alma.

El atajo que tuvieron que seguir, porque el camino estaba interrumpido por los bloques de roca volados en el día, era un sinuoso descenso de cabras apenas habilitado para un paso difícil.

El arriero guiaba la marcha por el desecho angostísimo y en declive continuo. Su voz llenaba la sombra con el chasquido del látigo y el golpear de las piedras que rodaban peligrosamente. Ernesto seguía en silencio, con las piernas tensas sobre la silla.

—Cuidado, patrón. Arrímese a ese bordo!

—Arréa... Arréa...

—Mula de los diablos, caéte no más, cascajo!

—Lado... Laado...

—Déjese venir por ahísito, que ya vamos llegando.

Y en efecto, después de una hora de azarosa travesía en que tuvieron que dar tumbos y saltos casi dejándose rodar, la quebrada parloteó entre un rumor de voces frente a un cercado que apenas se adivinaba.

—Por Dios, destránqueme esa puerta! —dijo el arriero a alguien que se interpuso.

Una voz ronca gritó:

—Por aquí no pasa nadie. Vuélvanse o les echo bala!

—Que qué? —dijo Ernesto como si despertara—, y en tono resuelto y audaz agregó:

—Pasamos aunque sea sobre sus orejas!

Le contestó un coro de risas. Y la voz del hermano, que era quien había fingido el desafío, resonó limpia y viril en la noche:

—Bravo hermano, así quería oírlo! Bastó un sólo día de cabalgar estos breñales para que aprendiera a fajarse bien los pantalones...

Al amor de la torrentera los brazos se estrecharon. Un peón descubrió una linterna, y a su lumbre se bebió el primer trago del camino.

—No te esperaba hoy —dijo Luis—. Apenas hace una hora me avisaron que por aquí venías, y ya estaba preocupado por tí. Pero para mañana te tengo una sorpresa soberbia. Bueno. Y esta noche también hacemos algo. Adelante muchachos!

Eran las siete de la noche cuando salieron al camino abierto, y breves momentos después, el campamento se descubrió entre un amortecido tremolar de luces. El aire estaba tibio. Los cocuyos enfarolaban la montaña frontera. Y arriba, muy arriba, en vertical exacta sobre el filo de la roca gigante de Chambú, como empujadas por la niebla, iban caminando las primeras estrellas.

Capítulo II: Danza Mestiza

El rasgueo electrizante de un bambuco ciñó como un oleaje de ritmos el cuerpo de Inesita Sáenz.

Al respunteo ágil del requinto, que preludiaba la canción criolla, respondió el coro de las guitarras recogiendo en las pausas del arpegio la galanía de la danza.

El saloncito de la alegre venta del campamento estaba deslumbrante al resplandor de la "Petromax" colocada en la puerta del camino. Un alborozo sereno y familiar exultaba la noche; y afuera, en los claros de luz, los trabajadores se arremolinaban regocijados.

—Mañana en la mañana volamos la roca —les había dicho Luis—, y por la tarde tienen descanso.

En cerco cordialísimo participaban unas veinte personas de la improvisada fiesta. La señora y la hija del pagador constituían con los dos hermanos el núcleo de "respeto" del conjunto. Más tarde llegaron dos inspectores de la carretera y uno de los ingenieros; y, con ellos, Manuelito Muñoz, el cadenero de Luis, un simpático mozo de artesanía chispeante, valiente y a ratos un tanto taciturno. La "comadre" Elena, dueña de la venta, atendía a la cantina; y sus hijas, las dos Sáenz, junto con algunas muchachas del vecindario del Guabo, ponían en la reunión la nota incitante y bullanguera.

Inesita Sáenz, a quien apellidaban "la Molinera" por el oficio del padre, era en el júbilo de sus diez y siete años la síntesis perfecta de la ñapanga de Pasto.

Ágil, bien formada, y de un lindo tipo criollo, su belleza morena constituía la gracia y tentación del campamento. Por buena y retrechera la querían, y por inquietante la celaban. Era de extremada laboriosidad; y en sus oficios iba y venía a toda hora encendiendo miradas y conteniendo requiebros en melindroso juego de coquetería. De la venta al camino, y del camino al río que corría tras las casas, su voz iba cantando siempre, ya la copla chancera, ya las canciones populares que, picarezcamente, cambiaba a su acomodo.

Manuelito Muñoz la rondaba sin esperanza, como también el ingeniero jefe y los inspectores. A pesar de su excesiva despreocupación, la muchacha imponía a todos una norma invariable de respeto.

—Cuándo dejarán de emborracharme tus ojos, Molinera! —le decía Manuel—. Un día de estos me mato, y vos tendrás la culpa.

—Ayora el niño... arrimáte y verás, que vas a mirar juntas todas las estrellas.

—Si es que me estoy cayendo de pena...

—Ah sí, por el trago que tomás! Mirá Manuel, desde que te bañaste me estás gustando... Pero otros también me gustan. Y elay!, como que hasta hoy no ha llegado quien vaya a beber de esta agüita. Y ahora, vos por tu camino y yo por el mío.

—Esperáte! Esa agüita dijiste?

—Sí que lo dije, y qué? Chupáte los dedos, pues. Ya vas a salir con una de las tuyas... Mejor me voy.

—Oíme, negra!

—“Cuando florezcan los arrayanes”, tonto. Y no me sigás, que cerca de vos hace frío.

Y la risa de la muchacha se alternaba en cristalinos giros de malicia. Y su fuga zahareña hacía más denso el mediodía. Y el mozo se quedaba mirándola perplejo, mientras se enturbiaban los ojos y se le secaba todo el sol en las venas.

En la ñapanga pervive aún en limitada escala lo que fue un día la típica mujer del pueblo de Pasto. Algo menos que de clase media en la rigurosa categoría social de otras épocas, iba al nivel de los “artesanos”, el trabajador de oficio en el rudimentario trajín de la pequeña industria.

Trabajadora incansable en el taller, o presidiendo el cálido ajetreo de las cantinas y estancos de la ciudad, o contoneándose en las calles entre el atuendo de su indumentaria única. Tal la vieron pasar diez generaciones en el vibrante esplendor de su atavío.

Vestía amplias faldas de bayetilla fina, de tonos morados, encarnados o azules, y de apretados pliegues en la cadera, lo que hacía evocar, idealizándola, remotos vuelos de la crinolina clásica. Abajo, el contorno de su falda tenía un amplio ruedo de terciopelo prensado, y así caía exacta al filo de los tobillos desnudos.

Chaquetilla o blusa de zaraza, con ligero adorno de encaje, ajustándose al talle de ceñida armonía. Gran cinta de color coronando las largas trenzas. Los brazos, un tanto descubiertos, y casi como adorno, por lo linda y ligera, la chancleta de paño y coloreado viso cimbreando en el pie limpio y menudo. Para la fiesta o el paseo un gran mantón de flecos completaba el diseño y empavesaba el embrujo.

Fué ya en pleno fervor de la fiesta cuando Manuelito Muñoz exclamó:

—A ver, maestro Nieto, tóquese otro bambuco para que baile don Ernesto con la negra. Pero, mientras se preparan, otro traguito “comadre” que el que enantes nos sirvió va lejos y le mandó saludes.

—Baila tú Manuelito, que yo dejé mis piernas allá arriba donde se me cayó el caballo.

Y dirigiéndose a Nieto:

—A ver manito, vuelve a tocar tu último bambuco.

—Va para allá. Pero su salud primero por nuestras fiestas de estudiantes.

Desde hacía tiempo, y en cien leguas a la redonda, era conocido Alberto Nieto como el primer requinto de Pasto. No sabía nota musical pero era a su modo un compositor afortunado, y ya sus pasillos y bambucos eran admirados en toda la república. Dotado de una habilidad extraordinaria, ponía en la bandola o el requinto las más difíciles selecciones con una técnica impecable.

Esa noche estrenaba uno de sus más bellos bambucos. Con sus cinco compañeros de orquesta venía de Ricaurte; y fue feliz quedándose con los muchachos que tan fraternalmente lo querían.

—Listo el conjunto! —exclamó después de vaciar la copa—. Y ahora don Ernesto cójame ese trompo, que con esta pieza me entierran si es que mi mujer deja bailar a los amigos... Listos!

Y la armonía creció en un escalonado júbilo de arpegios. Trenzó el requinto el aire triunfal. Las guitarras y guitarrones se adueñaron del ritmo espaciándolo; y en los perfiles del tema, como floreciendo en luz, la voz de la flauta coronó la melodía glorificante.

—Elay, negra! —insinuó Manuel adelantándose—. Botá el pañolón que aquí te estoy esperando para que hablemos...

—Sacá el pañuelo, pues —le respondió la Molinera—, y apretáte el cinturón que esta noche te canso.

Y avanzando al punto con las manos en las caderas, en un presagio rítmico de transfiguración, llenó todo el espacio de la noche.

Como en el comienzo de ciertas danzas clásicas, hay también en el bambuco un instante inicial de movimientos lentos, mientras la pareja precisa la distancia, los espectadores aplauden, y se hace un límite de pausa porque enaltece con su esperar el preludio del romance.

Porque romance es el bambuco en el fluir querencioso de sus notas. Ronda de amor, danza de la alegría, cielo gigante de la sangre!... Rebordando la íntima cadencia de una copla debió nacer un día, cual si de pronto amaneciera el melódico acento de la raza nueva. Su nombre no indica procedencia extraña. El aire del bambuco rima una voz peculiar, como el "pasillo" que parece también interpretar el nuevo latido de la vida sobre el trópico de la sierra. Y aunque sus ritmos originales pudieran hallarse dispersos en consagradas melodías de música europea, su unidad temática y el desarrollo armónico son genuinamente colombianos.

En el bambuco el sentido de alegría es vital, y hasta en sus fondos de melancolía el acento es viril y estimulante. Es cadencia que obliga a caminar... Y así ha sido para nuestro pueblo canción de todas horas: para aventar el riego de las semillas y recibir el don de las cosechas; para querellarse y regocijarse; para requerir de amores; y hasta para encender mejor el espíritu heroico en el amanecer de las cargas hazañosas. Música criolla: poesía eterna del paisaje de América.

Así lo sintió la mestiza pareja en el instante obnubilado.

—Bravo! —corearon todos.

—Viva!

—Ese es el aire...

—Sí, ese es el aire Molinera.

Y las manos principiaron a marcar el compás presuroso.

Ladeado y sonreído el mozo esperó el momento propicio para lucir mejor el paso de su entrada.

—Voy a seguirte, negra...

—Venite no más para que aprendas!

Y élla, de súbito, en un ondear de vuelo, cruzó a su lado y lo esquivó, contoneando los ruedos de la falda que la envolvía como el oleaje de una llama.

El se ciñó a su vera con el pañuelo desplegado, bambuqueando frenético, interponiéndoselo a veces, estrechándola casi, o persiguiendo el vaivén de la cabeza loca, mientras sus pies trezaban un laberinto de caminos.

De ese modo danzaron el motivo inicial del bambuco, que sugiere un corrido engañoso en el cual élla se esquivo y él la asedia. Sucédese luego un porfiado pasaje de galantería en que la fuga demorada de élla juega remilgos de promesa. El mozo, en tanto, realizaba los pases de su cerco con improvisados adornos de armonía. Ella aceptaba a veces, o en pausas breves se negaba, ofreciéndose. Y en ese ir y venir, todo el paisaje musical viviente en ellos iba indicando el rumbo del idilio.

—Cércala ya! —gritaba el coro a la ronda.

—Písale la falda!...

—Nó, no te dejes muchacha!

Y élla tornaba a huir; y él a empezar, con el pañuelo en el aire como un canto, hasta que volvían a acercarse. Culminaba el romance! Las manos se buscaron delirantes, y así danzaron en brevedad de vueltas, en un ondeante límite gozoso. Crecía, entonces, más allá de la noche el cielo de la música, y por los astiles de las guitarras el alma del pueblo ascendía como una bandera abierta hacia la vida.

—Verso del parejo a la pareja —gritó alguno.

—Sí, sí, Manuelito.

—Sí, sí —corearon todos.

Y la orquesta fijó el silencio con un golpe de acordes.

La pareja se detuvo en tácita aceptación. Las miradas relampaguearon de malicia, mientras llegaba el recuerdo de la copla que estiliza una faz inconfundible del bambuco.

La copla que es sutil galantería cuando así lo exige el señorío de la fiesta; la que es querencia o ruego, o va meciendo el secreto de una pena; la que es cantar o evocación tan sólo; o aquella otra atrevida y picante que lleva la gracia salerosa en la efusión de las fiestas familiares.

Y así le dijo él, garboso en su vanidad e intencionado en su despecho:

—Si has de casarte conmigo
déjate no más besar...
Bien sé que me estás queriendo
aunque lo quieras negar!

Un corrido de risas subrayó la incitación, pero la muchacha al punto respondió:

—Agua que corre y que corre,
y que corriendo se va.
La que beber no pudiste
dejála correr no más...

—Bravo!

—Bravo Molinera.

—Agacháte Manuelito que esa te quita el sombrero!

Los dos muchachos se miraron azorados, como buscando una verdad más allá del engaño de los ojos; y su actitud volvió a fijar un límite de silencio.

Y el mozo implorante entonces:

—Ayer enterré tu pena
debajo del arrayán.
Hasta la piedra tiene alma

cuando me pongo a llorar...

Y élla, firme en su actitud y sonreída en su desdeño:

—Los hombres no lloran nunca.
Besan lo que han de besar.
Los amores no se cambian
cuando se pierde al cambiar...

—Bravo!

—Así Inesita...

—Viva la Molinera!...

—Venga una copa.

—Viva!

—Siga el bambuco...

Y la música se encendió en torbellinos. Y, otra vez, con renovadas parejas la emoción del mismo vuelo rítmico; y la alegría alborotada de los pañuelos; y la copla que seguía caminando de generación en generación, querellando amores, iluminando anhelos y empujando hacia el futuro el espíritu de la raza.

Más tarde, ya terminada la pequeña fiesta, Manuelito Muñoz le decía a Ernesto en trance de confianza:

—El trago me pone triste. Cuando estoy taladrando piedras o burlándome de las muchachas, francamente me divierto. Pero después, en la noche, me mata ese como taladro de mi pena... Aquí, muy hondo! Esto no es vida don Ernesto...

—Pero la negra te quiere, no es cierto? Y es magnífica la muchacha. Te aseguro que nos estaba emborrachando a todos.

—Eso es lo grave. Es muy muchacha todavía y ya el alma no le cabe. Quizás pudiera quererme, pero yo no sirvo para quedarme siempre en estas tierras, y si no fuera por mi hijo, ya estuviera lejos.

—Tu hijo?

—Ah! No sabía?... El mugrosito ése que estuvo usted acariciando en el baile y que le llevó el caballo cuando llegó.

—El? Si es un gran muchacho...

—La historia es triste don Ernesto. Me casé demasiado joven; y era la condenada tan linda como Inesita. Y así como ella; que, las de esa laya, o resultan buenas o se las lleva el diablo. Y esas malditas tiendas nuestras donde tenemos que vivir los pobres... Pues bien. Tuvimos que poner como tantos otros un estanco para vivir; y un día el dueño de la casa donde teníamos nuestra tienda se largó con la muchacha para el norte. Me dejó ese chino. Y bendito sea que ambos murieron. Pero es una vaina haber pasado por éso. La vergüenza, el odio y el recuerdo brutal de todo.

—Pero otra mujer puede aún salvar tu vida.

—Talvez. Pero usted no sabe lo que es nuestra suerte. La ciudad parece buena y hay mucha virtud, es cierto. Pero hay también un lodo que no se ve. Gente de plata que sonsaca nuestras mujeres. Hipocresía, y esa pobreza, y esa vida de nuestras tiendas expuestas a todo, y tanto dolor callado. Y tanta miseria, carajo!...

—Tanta miseria!...

Y la palabra vibró, gritándole alma adentro.

Ernesto también había sufrido pequeñas estrecheces en su casa, y dolorosos egoísmos afuera. Amaba al pueblo de corazón. Pero su noción de ese pueblo era otra. Era el saludo cordial y respetuoso de aquellos que lo conocían; el rumor de las tiendas humildes donde zapateros y talabarteros, ya a la oración, bordaban el crepúsculo de las calles con el oro trémulo de sus guitarras. Era el fervor de los que gritaban en las manifestaciones públicas, de los que rezaban en las procesiones, de las ñapangas que parecía que fueran siempre de fiesta en el desfile de sus recuerdos. Pero no había reparado aún en lo que había detrás de esa apariencia; en la tragedia que se guarda, en el trabajo mal remunerado, en el dolor irredento de tanta gente mísera.

También a él, sin quererlo, el vino de la fiesta se le fue volviendo amargo. La visión de la tierra, que en esa tarde se colmó de resonancias múltiples, se hizo ruda y clamante en el dolor adivinado. Hacia las rocas se volvieron sus ojos, y sintió la mole opaca sobre su propio corazón.

—Hay que volver! —le decía al hermano más tarde, cuando ya acostados el rumor del río iba meciendo los párpados caídos—. Hay que volver, y tengo que sumarme un día a los que quieren trabajar por los pobres que sufren.

—Eso es largo, hermano. Hay que construir primero nuestra vida. Tú, realizando tu educación; yo, tajando rocas y abriendo caminos; que por ellos ha de entrar todo lo que necesitamos.

—Hay que volver pronto, y creo que ya he sufrido bastante.

—Dios te oiga!... Míra. Para mí principias a vivir y a sufrir con este viaje. La vida es honda como estas rocas, y aún no la conocemos. Pero no hablemos de esto... Sabes? Tengo como el presentimiento de que regresarás muy pronto, o que no volveremos a vernos nunca...

—Volveré pronto y con mucha plata. Tenemos que comprar la casita donde vivimos. Tenemos...

—Tú sueñas demasiado. Hay que vivir de otro modo. Hay que construir.

—Hay que caminar siempre...

Y, después, fluctuando entre el pretérito y el futuro:

—Te acuerdas de Ligia?

—Sí. Y qué?

—Ligia!... Nada! Durmámonos!

Pero el rumor del río seguía meciendo su desvelo.

—Oye, Luis, así suena el río de nuestra casa. Te acuerdas? Desde nuestro cuarto lo oíamos. A veces, tendido en la sombra, me figuraba que era yo mismo el cauce profundo por donde corría un agua siempre. El agua del tiempo que pasa.

—Nosotros somos los que pasamos.

—Nosotros...

Y el recuerdo de la casa se fue haciendo en el silencio ternura desolada. Y el rumor del río, cada vez más lejano cual si corriera por un tiempo infinito, se adueñó entonces honda y profundamente de la noche.

Capítulo III: La Voz de La Roca

Ascendiendo por los recuestos del Azufral la mañana escarmenó el vellón del último rebaño de la niebla. Radió el sol reverberante, y la faena cobró relieves de cálido color sobre el ancho paisaje granítico.

Bajo la tensa claridad se destacaba línea a línea el contorno de las rocas. Estrías casi verticales. Sendas inverosímiles. Filas de trabajadores en el socave de la peña. Recuas de arriería esperando abajo el paso del camino. Y arriba, el cielo purísimo como tendido sobre los vértices del inmenso canalón en cuyo fondo corría el Río Verde.

La carretera, que a la derecha bajaba serpeando morros y mesetas, debía cortar el abrupto de Chambú a cien metros debajo de sus cimas y a trescientos sobre el abismo. Era la única línea posible, para hacer descender el camino en un desdoblamiento de zig-zags hasta el mismo cauce del río.

—Mira, Ernesto! —iba indicando Luis—. Por ese punteado que son los taladradores va la carretera. No se trata de un corte completo porque importaría una barbaridad. Hay que amoldarse a nuestros exiguos presupuestos, y sacar el camino a toda costa en una especie de ceja que corte apenas el acantilado.

El campamento, en donde Ernesto pasó la noche, no era ya sino un punto blanco en la cañada. Los dos hermanos habían vuelto atrás, ascendiendo siempre, para mirar de cerca los trabajos, y presenciar el soberbio salto de las rocas que era la sorpresa de despedida que Luis le había ofrecido.

—Hoy se me acaba la pesadilla de esa gente colgada así. Con los centenares de "tacos" que verás estallar quedan prácticamente unidos los dos sectores

peligrosos. Como lo advertirías, tenemos ya terminada la explicación en su mayor parte. Es de una gran técnica el trazado. Había que vencer sobre estos paredones semirrocosos un desnivel de 600 metros. Figúrate, en cuatro kilómetros hay cinco lups y 16 pontones.

Grandes bloques de piedra interrumpían el viejo camino de herradura que se cruzaba y entrecruzaba con los terraplenes de la carretera. Arrumes de balasto para el afirmado, tuberías de cemento, mezcladoras para el trabajo de los puentes, cilindradoras y volquetas. De distancia en distancia pequeños grupos de la peonada en el trabajo de cunetas y alcantarillas; y, cerca de la última cima, el tractor de una perforadora entre el granear alborozado de las voces altas.

—En la “ceja” no es posible trabajar con esta máquina —apuntaba Luis mientras subían—. Los taladradores tienen que colgarse con cables para preparar los taladros a pulso; y al menor descuido pueden sobrevenir un accidente. Yo he sido afortunado, gracias a Dios, pues en estos tres meses en los cuales me ha tocado dirigir el corte sólo un peón se ha derrumbado. Son demasiado atrevidos esos muchachos y a veces toda previsión falla.

Luego, señalando una elevada saliente:

—Fue allí. Uno de los peones se había quitado imprudentemente el cable que lo sostenía de la cintura. Al esquivar una piedra se deslizó por esa arista... Y allí, el terrible salto mortal hasta ese remanso del río. En él cayó con el barretón todavía en la mano como si fuera a arponear a la muerte. Fue algo espantoso.

En una pequeña meseta del antiguo camino un grupo de mujeres había instalado un tolderío. Grandes bateas de papas y yucas humeaban al sol. El café se repartía presurosamente, y varios mozos descargaban algunos barriles de chicha y de guarapo. Era el obsequio de los ingenieros de la carretera por el trabajo que iba a terminarse.

Hasta ese mirador había subido la Molinera con las otras mujeres de la venta.

—En tu honor —le había dicho Manuel cuando pasaba—, voy a hacer saltar los diez “tacos” de pólvora que yo mismo taladré. Negra, oíme! Es como si fueran las vísperas de nuestro matrimonio.

—Te vas a quedar con las ganas Manuelito. Y eso que anoche te soñé.

—Eres afortunada. Cómo me soñaste?

—Con la tonta Juana. Que dizque te habías vuelto chiquitico, y la boba te besaba en la purísima jeta. Buen sueño, no es cierto?

—Buen sueño, negra. Seguíme soñando y verás...

Y la comadre Elena que salía de una de las toldas:

—Dios me ampare! Ya está otra vez aquí este condenado... Créele, créele, para que esta noche otra vez se "chume" y tenga que sacarlo a palos.

—Adiós mamitica —exclamó el mozo—. No me regañe a la guagua... Mañana bajamos a misa a Piedrancha, quieren?

—Después te decimos. Bajarás pronto eso sí, que aquí está su cafecito.

Y la comadre siguió atendiendo a sus quehaceres, mientras la Molinera se quedó callada mirando al mozo que se alejaba. Pero antes de que él cruzara el recodo del camino lo llamó:

—Manuelitoo!...

El se volvió, y con el gesto interrogó a la muchacha que volvía a gritarle:

—Nada... Después te digo. Después!...

Y se quedaron sonreídos mirándose; tensos los cuerpos jóvenes bajo el sol fulgurante de la mañana; cómplices los ojos de algo jamás dicho así, como cuando en la noche anterior se advirtieron confusos antes de destrenzar el torbellino del bambuco.

Y la voz varonil subió cantando la copla conocida, arreglada a su manera:

—Molinerita del alma,

penita de mi cantar...

"Boquita dulce de caña

quién te pudiera besar!..."

La canción se apagó, perdiéndose en las concavidades de los cerros.

—Hermano —decía Luis—, de aquí puedes mirar muy bien. Primero volamos ese pico. Después ese sector de rocas que forma lo que los viajeros han dado en llamar la Nariz del Diablo. Y por último ese macizo de cuarzos grises donde están acabando de hacer las perforaciones. Ya tengo hecha la instalación; y en esa pequeña gruta, tras de esas achupallas, tengo los "swichs" listos. Todo el trabajo de este último mes. Tres golpes en el manipulador, y en ellos, mi voz que te despide... Esa es mi sorpresa. Ya verás.

—Gracias hermano, gracias. Pero subamos algo más mientras terminan.

Y subieron hasta cerca de la garganta del cerrote. Allí cerca estaban los postreros taladradores, suspendidos de cables de 80 y 100 metros, cerrando conexiones y recebando cargas de explosivos. Dos o tres realizaban las últimas perforaciones; y el golpe rudo del metal sobre la piedra iba adquiriendo poco a poco una velada dulzura de armonía.

Luis explicaba:

—Así estuvimos nosotros en el trazado y en la localización. Luego hicimos estallar algunos tacos provisionales, con el fin de que los muchachos tuvieran un punto de apoyo para trabajar. Rasguñamos la peña, fijamos el rumbo, y ahora lo que tú ves.

Con largos barretones perforaban la roca en un golpear continuo, casi mecanizado, y al solo impulso de los brazos que subían y bajaban. Para el primer sector de la perforación se usaba un barretón pequeño, que un peón sostenía girándolo, mientras el obrero taladrador lo golpeaba con el pesado "macho" de hierro. De rato en rato vaciaban agua en los agujeros para sacar el polvo de la piedra; y ya terminada la perforación, colocaban la carga de pólvora con una larga mecha, o disponían los tacos de dinamita uniéndolos con alambres aislados para la conexión con las pilas eléctricas.

—Seis hombres han muerto en este desfiladero. Tres murieron en Papagayo, y como diez en el Guaitara. Descuidos, imprevisiones, falta de material apropiado. Es nuestro aporte de sangre a la civilización. Algún día quizás será posible eliminar toda desgracia.

Iban a regresar ya cuando se les acercó Manuelito.

—Míre, don Ernesto. Allá arriba están mis cargas. Las tengo bien cebaditas para el toteo. Apenas revienten las demás, las suelto. Hoy es un gran día.

—Oye Manuel —indicó Luis—. Anoche bebiste mucho. No hagas bestialidades porque te boto de tu puesto. El trabajo es trabajo y hay que hacerlo bien.

—No tenga cuidado patrón. Su cadenero sabe su deber. Anoche bebí porque estaba triste. Pero hoy recibí una carta de mi vieja y está el alma que me brinca. Me dice que recibió los diez pesitos que le mandé.

Luego, guardando el cigarrillo que Ernesto le pasó:

—Este, para encender la mecha. Después me bajo a dejarlo con el patrón en mi yegüita mocha.

—Gracias! Abajo te esperamos.

A la media mañana la faena había terminado. Los trabajadores iban saliendo de los sectores de peligro. La roca se delineaba escueta otra vez.

Desde el tolderío, donde almorzaba la gente, Ernesto miraba el desfilarse abigarrado por todos los senderos de la vertiente. Camisas abiertas y ruanas al hombro. Algarabía de color en los trajes de las mujeres. Gritos. Voces.

La comadre Elena servía al grupo cercano a Ernesto: un anciano, dos mujeres y tres mozos, que hablaban animadamente con un arriero que acababa de llegar, y el cual llevaba de un lado a otro la conversación.

—Anoche, cuando salí a las dos de la mañana de la casa de ñor José, volví a oír por estas alturas el taladrío de otras voces. Francamente me dió miedo.

—Miedo de qué? El doctor dijo que podía ser fenómeno jísico.

—O que talvez uno se amaña a oírlo durante el día, y que endespués lo sigue oyendo por la noche.

—Nó —dijo una de las mujeres—. Yo más bien creo que son los dijuntos que se han muerto derrumbados.

—Eso sí parece, pues dinde que se murió el pobre Agustín yo también he oído en la noche los taladros.

—Pues, sí será cuando lo dicen —comentó el viejo—. Estas rocas son de mucho respeto.

—Yo he oído gritos también. Y el Serafín me contó que una noche se le derrumbó la mula al pasar el Puente Verde, cuando se topó con un cadáver atravesado que después no apareció.

—Pendejadas, tío. Yo nunca he visto nada. Y manque viera. Yo me fajo bien los pantalones y paso por donde me dé la gana.

La Molinera se acercaba a Ernesto con una taza de café. Los ojos asombrados de pura luz. Los brazos desnudos de una armonía perfecta. La sonrisa remota, como perdida.

—Estás triste, negra, y te has cortado también. Voy ligarte el dedo para que no se te vaya la sangre.

—Déjela niño que corra un poco. Es sangre de pobre.

—Pobres somos todos.

—Pero unos más.

—Sí. Unos más...

—Upa yaa... Alóo... Aláa!... —gritaban entonces en la altura, y los ecos se hacían profundos, se rompían alargándose en las oquedades recónditas de las simas.

—Quitense!... Ahláaa... Ahláaa...

—Cuidado! Upa yaaa...

—Uh... Uhuuuuu...

El cuerno de caza, que anunciaba las horas de alzar, unía también sus voces roncadas, de una asordinada melodía, al concierto de gritos que iba advirtiendo el peligro.

Parecía que las rocas estuvieran floreciendo resonancias; y todo Chambú vibró como una inmensa campana de ecos.

—Ya va a ser hora —dijeron en los grupos.

—Sí, ya muchachos! —voceó uno de los inspectores.

Arriba, Luis agitaba su pañuelo como una bandera de combate.

La Molinera miraba y conversaba, dejando caer lentas las palabras cual si las acariciara antes de decirlas:

—Me gusta su hermano, sabe? Es lo que se llama un hombre. Y lo quieren las mujeres!... Es fuerte, pero bueno y delicado. Una noche le metió la mano a un sujeto que quiso besarme... El Manuel lo adora. Ambos como que le han cogido cariño a estas rocas. A mí no me gustan. Dicen que por aquí vendrá el progreso. Pero por aquí se fue una personita que quise, y no volvió.

—Y Manuel?

—No sé. A ratos me parece que lo quiero. Pero vive también soñando en viajes, y eso me contiene. Viajar!... es fatal. El camino es una tentación. A veces uno quisiera verlos sembrados en la tierra.

Los gritos seguían resonando. Ernesto advertía nuevamente, como en la tarde anterior, que algo indecible despertaba en él. Recogía sus recuerdos, examinaba sus aspiraciones, se alzaba sobre la cima de sus años para atalayar su propio yo. Sueños, sueños, ficciones. Hacia dónde iba y hasta dónde llegaría?...

—Oiga don José. Qué significa Chambú?

—No sé señor. Es quechua. Una vez le oí decir a un doctor discutiendo que chambear es como abrir. No sé si dijo que tallar. Asina dijo, pero no le entendí bien.

Y Ernesto se sumía de nuevo en sus monólogos interiores, mientras iba cayendo sobre el paisaje un gran silencio.

—Tallar. Eso es. Tallar la piedra para que viva. Construir como dice Luis. Pero en este sentido no puede ser mi vida. Lo estable me mata. Mi sino es lo que se fuga, lo que cambia. El mar que voy a ver. El agua que corre siempre.

Recordó en ese instante un suceso no muy lejano aún. Aprendía a nadar en uno de los ríos de la sierra cuando lo arrolló una corriente. A un lado del remanso había una roca de la cual siempre huía en sus ensayos porque era peligrosa. Pero la piedra aquella lo salvó. Desgarróse las manos al asirse; pero sintió la piedra blanda, buena, cual si fuera una mano que se le tendiera...

Un estremecimiento formidable abatió el vuelo de sus pensamientos y lo volvió a la realidad.

Inmensa llamarada lamió como una lengua súbita el filo del acantilado; ennegreció los matorrales dispersos; espolvoreó un ciclón de piedras en el aire estremecido.

Chambú tembló como ante una tempestad ciclópea. Las peñas arremolinaron el huracán tajándolo. Y hacia el cielo ascendió la borrasca aturbionada.

Pero fueron breves momentos para el espacio de los ecos, pues otra nueva tromba opacó con densas humaredas el resto de la roca. Retembló otra vez la tierra. Bloques caldeados rodaron al abismo. Y del último vértice de Chambú brotó en ignición volcánica la explosión más potente, aquella que en ese día concretaba el esfuerzo de un pueblo para asomarse sobre los riscos imperiosos hacia la remota visión del mar.

El humo encenizado fue abriéndose en el cielo amarillento. Los últimos pedruzcos rodaron por la hondonada. Pero, antes de que el silencio se hiciera, el clamor de cien voces enalteció el instante. Sobre la ruda mole de la roca quedaba delineada una línea plomiza. Era el camino ansiado que acababa de nacer, como si fuera un surco, sobre el propio dolor de la piedra.

Fue en aquel momento cuando apareció Manuelito Muñoz agitando su sombrero sobre las rocas altas. Iba a encender sus diez "cargas" de pólvora, aquellas hasta donde no pudo llegar el corrido de los alambres y que complementaban la labor del día. Todos lo querían y principiaron a vocearlo.

—Viva Manuelito!

—Miren el condenado, se salió con la suya! —comentó santiguándose la comadre Elena.

Casi tendido sobre las aristas de la peña el mozo encendió la mecha con el cigarrillo. Luego, fue separándose poco a poco para buscar el amparo de una saliente. Desde abajo podía advertirse el chisporroteo de la candela que corría. Hubo un momento de espera.

—Se apagó —dijo alguien.

—Mal conectado —dijo otro.

—Déjenlo no más, que hasta en eso es retrechero para hacernos esperar.

Manuelito sacó la cabeza, y casi sumido fue acercándose nuevamente. Se agachó y volvió a encender la mecha.

—Ahora sí...

El sombrero se le cayó entonces. Pero en el aire lo cogió al vuelo, y antes de ampararse en la saliente volvió a agitarlo hacia el grupo lejano donde todos esperaban.

En ese instante único los "tacos" estallaron. Retumbó el espacio, y una andanada de piedras y de llamas ametralló las rocas. Por entre el vórtice del humo bajó rodando el cuerpo de Manuel hasta una estría, veinte metros abajo, donde se detuvo. Hasta allí se deslizó Luis, casi inmediatamente, jugándose la vida por salvar al compañero. Allí pudo detener el cuerpo del muchacho, e impedir que cayera hasta el río. Pero era ya tarde. Con cables sacaron el cadáver después, hundido el pecho y despedazada la cabeza.

Desangrándose aún lo bajaron a la meseta y, mientras preparaban una angarilla, lo tendieron sobre la peña cubriéndolo con una ruana.

Un silencio de afán y de adolecimiento llenaba la escena. Todavía las manos de la Molinera, quien sollozaba con las otras mujeres, supieron encontrar algunas flores, para cubrir el cadáver piadosamente.

Ernesto nada pudo decir cuando Luis se acercó a dar las órdenes necesarias para el traslado al campamento. Inmóvil, y apretando los dientes, sentía el dolor de todos, y maceraba su propia tortura que crecía en el ambiente seco.

La Molinera consolaba al hijo, buscando separarlo del cuadro espantoso. Pero el muchacho se resistía llorando.

—Déjemelo ver... Papá, papacito...

—Piedra maldita! —dijo uno de los hombres.

—Sin misericordia, sin alma! —exclamó otro de los taladradores, dejando caer rabiosamente el "macho" de hierro sobre uno de los bloques.

Pero el niño, que arrodillado se acurrucaba junto a la muchacha, alzó los ojos de pronto y exclamó en un sollozo:

—Sí tiene... Anoche lo dijo él, y ahora está muerto...

De la cabeza despedazada seguía manando lenta, lentísima la sangre sobre las grietas de la piedra.

Y Ernesto sintió una intensa emoción desconocida que lo hermanaba al desamparo de esas gentes. Una nueva expresión de humanidad parecía surgir para él de aquella muchedumbre atónita. Algo también sangraba en su corazón, afebrándolo; cual si mirara nacer en su propia vida el principio de un camino adivinado apenas, que partiendo de la cima de sus ficciones fuera caminando como un grito hacia el tiempo...

2 - LA MINA DEL AMBIYACO

Capítulo IV: Sendas de Arriería

—De aquí cerraré los ojos a todo, para avanzar con una sola aspiración!... Es fatal, pero el oro es la vida.

Así reafirmaba Ernesto sus propósitos, cuando amenguada la ufanía de otrora se despidió del hermano en la mañana del trágico accidente.

La Molinera lo envolvió en una mirada triste, dándole con el adiós la palabra de un presagio:

—En Tumaco talvez volvamos a vernos, pues tengo el presentimiento de viajar muy pronto... Buen viaje, don Ernesto!

Sendero abajo se alejaron patrón y caminero al decaído trochar de sus cabalgaduras. Cerca del mediodía cruzaron por la apacible vega de Los Corrales, sin comentar siquiera la terrible tragedia. En Chucunés bebieron del renombrado guarapo de caña de tan dulcificante frescor y de tan endemoniado efecto. Casi embriagados pasaron por Ricaurte; y así se internaron en la montaña bajo la fatigante monotonía de la lluvia.

En centenares de kilómetros hacia el Pacífico llueve casi sin cesar de día y de noche. El proceso hidrográfico es muy rápido. El agua asciende constantemente del vaho de los bosques y del babear de los cenagales; sobre la propia cimera de los árboles se forma el turbión de la nube; y en instantes brevísimos el agua vuelve a caer en incesantes aluviones de borrasca.

—Llueve por llover, patrón —decía el arriero—. Y qué otra cosa puede hacer la montaña para no aburrirse solitica?

En las tres larguísimas jornadas es una misma la visión que se recoge. El camino, en extremo angosto, va descendiendo siempre por nuevas zonas de calor; cortando en sesgo las cimas de los montículos; o avanzando en largos trechos junto al cauce del río Güiza que, montaña abajo, va engrosando cada vez más el caudal amulatado de sus aguas.

Recuas de arriería, atropelladas, obligaban a morigerar el paso. El invierno continuo desgajaba en muchos sitios los taludes sobre la vía; y entonces el avance se hacía peligrosísimo ante el tumulto de las mulas cargadas.

—Lado!... Laado! —gritaban los arrieros en las curvas angostas.

—Adéntro, mula bruta!

—Arréa... Paso!

—Enfilarse, carajo!

Al chasquear de la voz previsorá la recua se alargaba en fila india. Y Ernesto, en sus encuentros repetidos, aprendió a sortear desde su cabalgadura el azar de los pasos difíciles; a esquivar, en un esguince de la pierna sobre la silla, el golpe sorpresivo de los grandes bultos; a esperar, precaviéndose, cuando era el caso, y a atropellar audazmente cuando el salto preciso del caballo era imperioso para salvar el vuelco fatal de algún derrumbe.

—Arréa. Paso. Laado!...

De la mañana a la noche, bajo la lluvia crepitante, la mocería caminera de la sierra batía la soledad con el criollo pregón que era al mismo tiempo clarín y latigazo. Un potencial extraordinario de confianza y de lucha ascendía de su visión hasta el alma de Ernesto. Era la revelación de otra brega hazañosa, humilde en su linaje, ignorada para muchos, pero que representaba una fuerza imponderable.

Caminos de arriería de Pasto a Barbacoas, a Popayán, a Quito, a Puerto Asís; magnificados en su abandono por el seguro trajinar de una gente sencilla y fuerte. Hombres curtidos por todos los climas, que lo mismo resistían el calor asfixiante de las tierras bajas que el frío intenso de los páramos. Iban y venían como la esperanza del pueblo, erguida siempre, avanzando sin fatiga y sin cansancio. El escapulario al pecho; el pantalón arremangado y la camisa abierta; la talega imprescindible del "aco" maicero; el nutrido carriel a un lado y la peinilla al otro. Así, hombro con hombro con la recua; guiándola con el verraquillo de largo foete y con la voz encendida que lo mismo repetía el gracejo que la palabra maldiciente. Animándola a veces con el típico silbido alentador, o conteniendo a gritos el atropello de las mulas cerreras. Así en todos los días y en todos los

caminos, cual si debiera sustentarse sobre las espaldas agigantadas de los arrieros el esfuerzo de un pueblo para sobrellevar el áspero peso de su destino.

—Arréa! Paso! Lado!

Paso!... para todos los que saben caminar su propia vida. Y Ernesto empujaba hacia la esperanza la inmensa carga de sus sueños.

En la noche de la tercera jornada Ernesto no pudo dormir por los lamentos de un hombre de la casa que había sido mordido por una culebra "verrugosa".

—El pobre no amanece —dijo alguien.

Pero el hombre amaneció quejándose.

Luego sobrevino un día de tedioso avanzar sobre las caballerías sofocadas.

Cruzaron por El Palmar, donde la montaña ciñe una gran hondonada de palmas y guaduales. Pasaron por Pipalta, donde hay un cerro de peñascos azulencos. Por El Morichal, en cuyo límite cae una cascada que cruza el camino. Por "La Vuelta del Negro" donde se dice que sale en las noches un espanto del monte. Todo el camino está bautizado así, como si no debiera existir sitio alguno que no estuviera predestinado para el recuerdo.

Con veinte recuas bien cargadas se toparon ese día. El chas-chas de los cascos sobre las charcas iba acompasando los desfiles. El arriero de Ernesto sabía a la maravilla los deberes de su oficio. No dejaba sitio sin cuento, ni recua sin nominarla.

—Esos son yacuanquereños, patrón. Los mejores arrieros de este camino.

—Aquellos son de Ospina. Comercian en sal y hacen buenos aperos.

—Allí va maquinaria de minas. Para cargar cada pieza se ayuntan varias mulas, y se gastan diez días subiendo. Las que se ruedan, se pierden... Bastantico hierro hay en la montaña!...

—Esos bultos son de bayeta.

—Allí va un cargamento de cueros... y ese que sube de liencillo "Dos Erres".

—Esa es la recua de don Dionisio Cabrera... Tiene plata el viejo pero no deja el camino... Es el mal de andar, patrón. No se cura!...

De distancia en distancia se alzaba alguna casita de guadua, montada sobre grandes horcones de guayacán, ya que fuera del terraplén de la vía todo era cenagal inmenso.

Eran las posadas que tenían nombres familiares para los arrieros, y que ofrecían a todos por igual su rústica acogencia: una pequeña manga de potrero junto al sombrero de la casa; un amplio corredor en donde se amontonaban bultos, enjalmas y personas; y adentro, en una de las reducidas piezas, el fogón encendido a todas horas para calentar las vituallas del avío. Posadas aquellas de un promiscuo trajín, llenas de entretenidas parlerías, que a pesar de su incomodidad dejaban en el viajero algún recuerdo extraño, como si en ellas se aquerenciara la evocación de la fatiga en las largas jornadas.

En ellas subrayó Ernesto su fugitivo recuerdo de viandante; aprendió todas las maniobras del carguío; sintió la rudeza de la tormenta que llenaba de confortación su espíritu y su cuerpo. En ellas conoció una noche el rústico artefacto de la primera marimba; y su voz, de entraña de árbol, pareció entregarle en íntima revelación la voz de la selva, ardida y melancólica.

—Hoy, si Dios quiere, patrón, entramos a Barbacoas.

Fué en esa tarde del quinto día de camino cuando Ernesto se conoció con don Ezequiel Suárez, el viejo minero del Güelmambí, cuya amistad y antiguo trato constituían la razón secreta de su viaje.

Algunos meses antes un amigo de don Ezequiel se había entrevistado con Ernesto, por motivo de varias gestiones mineras que el viejo le encomendara, y en las cuales Ernesto le ayudó con bastante eficacia. Por esta razón se cruzaron algunas cartas con el viejo y se suscitó a la distancia mutua simpatía.

Ernesto aparecía ante el minero como un muchacho vigoroso y emprendedor; y por eso, le comunicó sus proyectos de realizar una gran explotación en la riquísima mina del "Ambiyaco" que estaba titulando. Ernesto se ofreció a ayudarle, prometiéndole a más de su colaboración en los trabajos, la atención de todas las cuestiones judiciales que pudieran presentarse. El viejo aceptó. Y desde ese día el viaje proyectado por Ernesto se convirtió en la obsesión de una empresa fabulosa.

Su encuentro en el camino fue presidido por un suceso que contribuyó a ligarlos más, y a revelar también extraños lineamientos de sus caracteres.

Fue en la noche anterior cuando Ernesto posó cerca a Las Cruces en una de las típicas posadas habitada ya por una familia de negros. La primera visión de una raza distinta, en plena soledad de la montaña, fijó la curiosidad y el interés de Ernesto. Hasta allí subía el oleaje moreno de los habitantes de color diseminados en la costa. Era ese sector de la montaña como un puente entre dos razas: el mestizo y el negro. A éstos los trajeron los españoles en los días avarientos de la Colonia para el rudo laboreo de las minas; y allí se quedaron con

las pocas familias de blancos dueñas de los veneros, pegados para siempre al calor propicio del clima y al paisaje selvático de los grandes ríos.

Un amplio corredor y tres piezas medio cerradas con guadua constituían la totalidad del rústico albergue. Ya en la noche, después del yantar, Ernesto y el arriero arreglaron sus camas en el corredor, junto a otro viajero que en silencio fumaba su pipa y con el cual apenas cambiaron un breve saludo. Llegó más tarde a la posada un individuo barbilindo y meticuloso que afirmaba ser empleado visitador de algún Ministerio. Hablaba de todo, y varias veces quiso intimar con Ernesto a quien le repugnaba su fanfarronería. Sin embargo, tuvieron que alternar, charlando de distintas cosas, mientras que el otro caminante releía un periódico bajo la amortecida luz de una lámpara que oscilaba batida por el viento.

Una linda negrita, en flor de pubertad, cruzaba y recruzaba en diversos quehaceres. Ernesto la miraba con simpatía y con bondad, pero como a un ser extraño a quien sólo pudiera tratar así, ya que el color parecía aislarla para todo anhelo. El otro sujeto la piropeaba en tanto con ademanes lúbricos.

Se recogieron al fin; y por la puerta frontera al corredor pudo advertirse a la negrita que arreglaba su cama sobre un banco. En la otra habitación estaban los viejos. La lámpara se consumió, y un instante después la tempestad batía furiosamente el zinc agujereado de la casa.

Por la cañada profundísima rodaban desmoronándose los truenos. Los relámpagos empavorecían la noche. Temblaba toda la montaña. Ernesto, con los ojos abiertos, se dejaba mecer por el encanto medio terrorífico de la borrasca cuando advirtió que, por el filo de su catre, avanzaba arrastrándose el individuo del supuesto Ministerio que de seguro trataba de llegar sigilosamente hasta la negrita.

Pasó, en efecto, por la puerta entreabierta, y Ernesto se incorporó con una sensación estremecida. La muchacha en sí no le interesaba; pero lo sacudió profundamente la audacia del tipo aquel, el asalto sin amor, la escena irresponsable que iba a sucederse a sus propios ojos. Un vértigo de pensamientos lo obnubiló de súbito: El otro, era en su decisión más hombre que él? Debería impedir aquello? Qué morbos inadvertidos excitaban así su varonía, su orgullo y su vergüenza? Su altitud moral era segura. Se creía también un despreocupado para ciertas cosas; pero siempre había vivido en un ambiente de elegancia espiritual y de pudores íntimos; y por eso, a través del conflicto que lo asaltaba comprendió que era inseguro su paso todavía, y vacilante su criterio para afrontar ciertas situaciones. No siempre se puede decir a cabalidad cuál es el camino más recto. Y Ernesto no sabía que, si siempre se conociera ese camino la vida no tendría interés.

En esa indecisión de segundos vió surgir, al golpe de un relámpago, la figura obscurecida del dueño de la casa que salía por la otra puerta con un machete en la mano. Fue el instante del relámpago no más; y, sin saber lo que hacía, Ernesto saltó del catre enfrentando al negro con su revólver, mientras se escurría el otro individuo sin tiempo para avanzar en su designio.

—Qué pasa? —gritó Ernesto.

—Naa... —dijo el negro como comprendiendo—. Sentí ruido no má, y creí que juera una culebra. Peidone, pué.

Ernesto estaba asombrado de su propia actitud; y se quedó ensimismado con el revólver en la mano mientras el negro volvía a entrarse. Así lo sorprendió el individuo de la escena, quien acercándose le dijo zalamero:

—Gracias, amigo; por poco me pillá el negro. Dejemos que se duerma, quiere? Y usted o yo, que la negrita vale.

Ernesto sintió asco del sujeto.

—Míre —le dijo—, si usted vuelve a pasar por aquí lo aplasto como a una culebra.

Al fulgor de la tempestad que acrecía vió al viejo de la pipa que desde su rincón lo miraba intensamente.

Era éste don Ezequiel Suárez; el mismo que, alcanzando a Ernesto al día siguiente, lo abocó con efusión:

—Excúseme! Pero usted es don Ernesto Santacoloma, verdad?

—Sí, a sus órdenes.

—Bueno, pues, yo soy Ezequiel Suárez y me encanta presentármele.

—Usted?... Pero cuánto gusto don Ezequiel! Venga un abrazo. Jamás creí encontrarlo aquí.

—Tiene que perdonarme. Exclusivamente venía a su encuentro, y anoche mismo adiviné que usted era mi hombre. Vamos! Pendejadas mías, don Ernesto; quise oírlo sin darme a conocer delante de ese baboso. Bien hecho lo que usted hizo, y lo que le dijo. Bueno. Se me hizo extraño, pero luego he creído comprender... Usted es un hombre honrado: eso es todo. Y ahora, volvamos a abrazarnos con un trago!

Fue de inmensa efusión para el muchacho lo inesperado del encuentro. Creía hallar a don Ezequiel en Barbacoas, y su compañía gratisima disipó por comple-

to su cansancio. Se sentía más seguro y optimista; y hasta el calor que acrecía bajo la lluvia continua tuvo para su espíritu un sentido de excitación gozosa y estimulante.

Se inquietó, eso sí, por la noticia inesperada que le dió el viejo al referirle que le habían formulado una nueva oposición por la mina, y que además le demoraban el dinero ofrecido para la explotación.

—Esto me tiene muy molesto, sobre todo por usted. Lo que esperábamos se tarda. Pero con todo, me lo llevo a la mina, siquiera para que la conozca y se traiga unas pepitas de oro como recuerdo de este viejo.

Era don Ezequiel un hombre cincuentón, alto, fornido y reciamente quemado por el trópico. Ojos pequeños y fulgurantes, y boca abultada y fuerte bajo el bigote lacio. Su carácter francote y desenfadado, pero bondadoso; su charla salpicada de anécdotas; su instrucción, el aprendizaje de los largos caminos por donde corrió su audacia voluntariosa.

Había sido arriero por largos años, contrabandista más tarde, minero empecinado al fin. Un día ancló su voluntad en la tierra brava del oro; y allí se quedó, jugándose, como decía, la última carta de su suerte.

Trató a Ernesto con franca camaradería. Le refirió mil anécdotas de sus andanzas; y de rato en rato hacía estimular la marcha con algún buen trago obtenido en las ventas para él tan conocidas.

—Vamo a ve... Tienes buena pólvora, mulata? —preguntó frenando el caballo frente a una casa que no tenía como otras el acostumbrado anuncio del andamio de botellas.

—Buena pa uté, don Ezequié. Sacaíto anoche.

—Es el traguito de olla —explicó el viejo—. Resacáo, recargáo y endiabláo como aquí se dice. Es delicioso. Para preguntar por él le damos varios nombres, por si pasa algún guarda de la renta. Mire usted, es más criollo que la panela. Nada de alambiques gringos: Una olla, un cañuto y un mate; y sale tibiecito y cantadorcito como si bajara a una fiesta. A ver, don Ernesto, metámonos un doble que realmente estoy contento!...

Después, trago con trago, camino abajo siguió su charla jocunda, inacabable.

Nos vamos a la mina para que sepa lo que es bueno. Me da pena porque va a coger un paludismo condenado. Es pura selva y soledad; pero así se forman los machos, y en usted hay madera de la buena aunque no para vivir en la manigua. Anoche lo oí divagar con el sujeto aquel. Hay que enraizarse, don

Ernesto. Yo también, en un tiempo, sólo soñaba en caminos, y por aquí pasé cien veces arriando mi recua.

—Yo amo los caminos don Ezequiel, pero los caminos que avanzan siempre. Y realmente no puedo explicarme cómo se pasa y se repasa por un mismo sitio sin morir de tedio.

—Cuando se quiere un camino se le ve distinto todos los días. Pasa lo mismo que con las mujeres!... Míre! El trago va en las botellas pero el calor va en uno. Perdone usted. Es uno de esos dichos que los arrieros aprenden sin saber adónde; pero ya ve que el andurriar constante deja también sus enseñanzas.

Había cesado de llover. El calor sofocaba. Unos platanares quebraron en una vuelta el color atardecido de la selva. Se abrió luego un claro de pequeños potreros; y de pronto, empujando un descenso, el camino se metió en una calle. Así entraron a Barbacoas con las últimas recuas de arriería.

Lado! Laado! Paso!...

El puertecito sobre el Telembí principiaba a iluminarse. Y el río maravilloso, verdecido como una esmeralda, frenó sobre su misma orilla el paso alborotado de las bestias.

Capítulo V: La Mina del Ambiyaco

Mina del Ambiyaco: en las solitarias vertientes del Güelmambí, a treinta horas canoeras de Barbacoas.

Trasiega la selva un sopor letal, húmedo y denso como el vaho de una caldera. El aire inmóvil reverbera en espejismos de bochorno. Se ahonda una quietud de estanque turbio, que sólo a veces se conmueve con el apagado rumor de un torrente que cae detrás de una lometa de barrancos.

Unos balsos gigantescos hacen fluctuar la sombra marcando la pesadez del tiempo sobre los desolados playones. Al fondo, dos bohíos encenizan la selva. Reptan millonadas de insectos. La hora es profunda, viscosa y lenta como el tufo de los cenagales.

Ernesto, tendido cerca al río, no es sino otro punto de quietud en la letargia de la hora. Allí está desde hace dos semanas, en un ejercicio de voluntad como jamás lo ha tenido; desfallecido a ratos, superándose a veces, y sumiéndose en una inconsciencia de sueños por donde apuntaba ya, como en aquel instante, el proceso de la fiebre.

Hubo un movimiento de vida.

—Casilda!... —voceó el minero apareciendo—. Te traés otro poco de quinina para el blanco que se nos va a enfermar.

Ernesto levantó la cabeza y fijó los ojos en la negra que cruzó, en un escorzo de arco, de un matojal del monte a uno de los bohíos. Don Ezequiel se acercaba, y el tedio sofocante se fue espaciando un poco con el diálogo corrido y evocador.

—Se toma otra quinina, niño, que lo veo medio maluco. El zancudero de la noche es bárbaro y hay que precaverse antes de que le sacudan “los fríos”.

Encendieron un cigarrillo. El humo se quedó como inmóvil frente a sus ojos. Callaban. El viejo volvió a hablar.

—Usted está muy raro, don Ernesto; y yo estoy creyendo que la muchacha que se fué en “La Goritzia” para Tumaco lo tiene embolatado.

—No hay tal don Ezequiel. La conocí sólo de paso en el campamento de mi hermano. La llamaban La Molinera y era una real moza como se ven poquitas en nuestra tierra. Claro, me intrigó su viaje; pero la impresión fué demasiado fugitiva. No crea, yo no me enamoro así no más.

En efecto, cuando Ernesto y don Ezequiel se embarcaban en Barbacoas para su viaje, partía la lancha “Goritzia” hacia Tumaco. Cuatro días se habían demorado en el puerto en distintas diligencias; y en el momento en que la canoa del minero principiaba a separarse de la orilla, desatracó también la “Goritzia” entre el vocear jacarandoso de la negrería.

—Esperamos a que se adelante —le había advertido don Ezequiel—. No sea que nos coja el remolino.

El vaporcito se abrió en el río. Desde la pequeña cubierta los pasajeros saludaban con sus pañuelos. Y allí, entre ellos, iba la Molinera. Ya no flameaba el pañolón sobre sus hombros, ni la emperejilaba el refajo típico. El calor había cambiado su indumentaria; y abstraída y remota se fue alejando con el barco sin apercebir la presencia de Ernesto.

Luego éste se había preguntado varias veces por la razón incógnita de ese viaje, que confirmaba las palabras que al despedirse le dijo la muchacha. Qué pasaría en el campamento?... El viejo, que había advertido su preocupación, nada le dijo por el momento. Mas, ahora, por distraerlo le hacía la evocación de la escena. Comprendía que el clima y el trabajo rudo estaban minando las fuerzas de Ernesto; pero, como estaba en su casa y lo apreciaba, no se atrevía a objetarle nada. Buscaba distraerlo, y a veces también lo inducía a que trabajara.

—Vamos, don Ernesto, que ya va calmando el sol y podemos “batear” otro ratico. Hoy tiene que completar otra onza de oro. No olvide que mañana es domingo.

—Domingo?... Ah, sí. Vamos!

Y, con el agua a media pierna, hundieron las bateas en el légamo arenoso. Las levantaron, sesgueándolas, para hacer caer parte del agua; y así volvieron a la orilla.

Después siguió la labor silenciosa, monótona. De rodillas, casi siempre, sostenían la batea medio arrimada al cuerpo; y, meciéndola, iban desplazando la arena con el agua que renovaban una y muchas veces. Poco a poco, tras de un largo bateo, quedaba en el fondo la arenisca gruesa entreverada con minúsculas pepitas de oro, según la riqueza del material. Durante la labor la cabeza tenía naturalmente que inclinarse. El cuerpo llevaba un balanceo leve; y los ojos seguían el ritmo del agua que agitaba turbionadas de arena, y que ya esclarecida iba reflejando el cielo.

—Están pescando estrellas! —pensaba Ernesto cuando vió por vez primera en las playas de Barbacoas, ya al crepúsculo, el grupo abigarrado de las bateadoras.

—Morena —decía—, vendéme ese cielito.

—Er cielo no se compa, pué. Mirá er serrano lo que tá diciendo...

Era bello el paisaje del laboreo en los playones barbacoanos. El río Telembí, como otros ríos del litoral, es de aguas clarísimas; y su lecho, en extensión de kilómetros, de arenas de corrido con repuntes de oro. Ríos milagrosos aquellos, alucinados entre la maraña, ahitos de riqueza, soberbios de leyenda y de abandono.

Cimbrecaban los cuerpos elásticos de las bateadoras. Las canoas cruzaban como flechas, rizando con estrías de luz el agua esmeraldina. El sol retocaba euritmias de bronce en los torsos desnudos de los cargadores.

Toda esa poesía de paisaje empujó a Ernesto hacia la mina. Se decía a sí mismo, para alentarse, que la del bateo es una labor cuyo dón bien puede alzarse en las manos lavadas. Y aunque pensó también en la enfermedad y en el azoramiento del clima, la pérdida de los cincuenta pesos que llevaba para instalarse en Tumaco acabó por decidirlo. Fue aquella pérdida en una ruleta del puerto, donde en busca de impresiones nuevas entró una noche. Jamás había jugado, pero lo encandiló la suerte de un serrano que estaba amontonando billetes. Botó un peso en el tapete, y al punto lo dobló. Luego, otro y otro. Al fin se mareó de ambición, y en un apunte adverso jugó todo lo que tenía. De esto nada le dijo a don Ezequiel. A él le habló con palabras que lo entusiasmaron por su ardentía.

—Definitivamente me voy con usted. Esto va a ser extraordinario. Más tarde diré que fuí minero y que viví en lo más hondo de la manigua; que vadeé ríos y me enfrenté a las fieras... No me creerán, pero quizás algún día escriba páginas estremecidas donde viva el recuerdo de todo ésto.

—Muy lindo, muy lindo, pero todo ficciones —exclamaba el viejo—. Ya verá la realidad. Es dura. Pero me encanta llevármelo. Tenemos buen plátano en el ran-

cho como para no morirnos, y de aquí llevamos otras pendejadas. En el aluvión que tengo hay como tres veces más oro que aquí. Bueno, así es el trato: el oro que saque es suyo, y quien va a ganar soy yo con su compañía. Este es un gran día, don Ernesto. Si será que cumplo años, y usted de fregado no quiere avisármelo...

Y animándose así, siguieron por el río selva adentro, camino del Ambiyaco.

El primer día del bateo fue de ilusión; y Ernesto se entretuvo sopesando los granitos de oro que obtuvo. El segundo día se le desollaron las manos, pero aprendió a escoger los fondos de arena más propicios. El tercer día casi no pudo agacharse por el dolor de los riñones; mas, con recia voluntad, se enfrentó a su trabajo, y las llagas de sus manos fueron encalleciéndose poco a poco. El sol iba retostando su piel entre tanto, y se fue volviendo más callado y menos espontáneo.

Con el avance de los días vinieron tardes agobiantes. Quietud, aire pringoso, calor, letargia. Don Ezequiel con el Fidel, un negro de compañía, bateaba el agua de un canalón traído del Ambiyaco al Güelmambí. Ernesto, cerca a ellos, se curvaba sobre el río. Ya la visión del mismo claro de cielo entre los árboles le pesaba como un techo de plomo. La monotonía era inmensa; monotonía sólo igual a ese ritmo fatigante y ardido de la jurumba con que el negro acompasaba a veces el lánguido vaivén de sus brazos.

—A oriya del Guagüí

por tu maña me peidí

me peidí...

El Fidel vivía en uno de los bohíos con su mujé, una mulata caratosa, y un negrito de ocho años hijo de ellos. Era uno de los veinticinco trabajadores que don Ezequiel llevó a la mina, y que tuvieron que regresarse cuando se suspendió el montaje del molino. En el otro bohío de dos piezas, en una de las cuales acogieron a Ernesto, vivía don Ezequiel con la Casilda.

—Es mi mujer legítima —le había dicho a Ernesto al presentársela—. Puede mandar lo que quiera, pues usted está en su casa.

En Barbacoas la había conquistado el viejo, casi jugándose la vida con otros rivales. Tenía diez y nueve años. Su piel, en apretado temblor de sombra, rebrillaba como la fruta atardecida de los analulos. El cuerpo alto, flexible y casi felino en el andar. Enhiesto el busto, con ese relieve asaeteante que sólo puede admirarse en ciertas mujeres de su raza. Zahareños los ojos; y la boca casi siempre sonreída en un tímido vaivén de marfil y de llama.

El viejo había puesto en ella todo el anhelo solitario de su vida. La quería a su modo, con locura y con recelo; y por eso, para aislarla y enaltecer a sus ojos mejor su varonía, se la llevó como compañera y como sierva.

Ernesto admiró su belleza, pero por su color se acostumbró a tratarla despreocupadamente. Era atento y fino con ella, aunque la miraba con serenidad casi fría y al viejo pareció complacerle íntimamente su actitud. Un día le preguntó:

—Cómo es su tipo de mujer, don Ernesto?

—No sé, don Ezequiel. Yo quise alguna vez a una chiquilla rubia, frágil y un poco triste. Fue un amor de sueños solamente, y por ella aprendí a hacer versos tontos. Luego tuve otros amoríos sin trascendencia alguna. Sabe? Me parece que aún no me he enamorado de corazón; y figúrese, a ratos pienso que ya he vivido demasiado!

Don Ezequiel se sonreía, y comentaba sólo para él:

—Carajo, es raro! Es un niño en ciertas cosas!

Don Ezequiel cayó enfermo con un grave ataque de paludismo que lo obligó a permanecer tendido en el chinchorro por varios días. La Casilda no lo desamparaba un solo instante; y Ernesto lo acompañaba también por largos ratos, sobre todo en las noches. En ese trance, puso en prueba su solicitud y el aprecio que el viejo le merecía. Le contaba historias extraordinarias de los libros que había leído; le relataba sus proyectos; le acercaba en el amor de lo distante todo lo que en la tierra lejana fue grato y entrañable para ellos. De ese modo iluminaba los torturados desvelos del viejo. Después, durante el día, seguía con empeño febril en su tarea.

—Cualquier día —pensaba—, voy a caer rendido. Tengo que luchar, pues, para vender cara la sangre que pierda. O venzo, o me acabo. No hay más.

Y a la faena volvía aun antes de que amaneciera. Ya en ese tiempo había escogido para batear un sitio distante de la casa. Era un remanso oculto por dos grandes piedras cerca del barranco.

Iba allí por un sentimiento morboso de vergüenza que, a su pesar, lo hacía retraerse, cual si conocidos suyos fueran a sorprenderlo de un momento a otro.

Cosas extrañas pasaban por su mente, y supremos desfallecimientos lo agobiaban. Pero volvía a estimular su voluntad, y se hundía en el légamo buscando aislar sus recuerdos, y sintiendo sólo en la inmensa soledad el golpe lancinante de la sangre bajo las sienas sofocadas.

Llevaba, con halagos, para que lo acompañara, al perro viejo de la casa. Cerca de él ponía el revólver y el machete, y la mochila caminera con una botella de aguardiente amarguecido con ajeno y con quinina.

A veces lo invadía una gran desolación. El tremedal principiaba a dominarlo. Las horas se le hacían infinitas; y cuando se tendía descoyuntado a descansar, un sudor viscoso le llenaba el cuerpo y el alma.

Luego se agitaba sonámbulo, y saltaba para hundirse de nuevo en el turbión de las arenas.

—Oro! Más oro aún!...

Y apretaba febricitante los granitos áureos, cambiándolos para el futuro en un engaño de proyectos.

—Ya tengo para salir a Tumaco y para curarme la fiebre que siento...

—Ya tengo para girarles a mi casa unos centavos.

—Otro esfuerzo, y podré embarcarme para Buenaventura. Y le mandaré al viejo Ezequiel un chinchorro de colores y un gran carriel lleno de baratijas para la Casilda... La Casilda?...

Y la Casilda estaba allí, mirándolo y sonriéndole.

—Se tá enjermendo niño... Don Ezequiel le mandó decí que juera a batiá ceica la casa, que anoche lo perro ventieron e tigre.

—Qué va! Con mi revólver me basta. Me han dicho que los tigres de estas selvas no son muy grandes.

—Ujú! Asina era uno que mataron ayí. Uté etá mal. Ayí le truje un cajuecito.

—Gracias Casilda.

Ernesto se incorporó entonces, mientras la muchacha, sonriéndole siempre, agregaba:

—Inte se lo toma le vo ayudá un ratico.

Tomó la batea, y cruzándose el faldellín entre las piernas, se metió despacio en el agua observando los fondos de arena más propicios.

—Aquí —exclamó sacando la batea colmada—. Ujú, le vo a sacá do adarme.

Ernesto la miraba hacer embebecido. Su languidez se iba tornando en actitud activa; y la figura de la muchacha centró definitivamente su atención, como si

todo el paisaje bárbaro se hubiera dulcificado en ella. Y era que el escozor del movimiento la tallaba como si fuera una escultura; y Ernesto pensó por vez primera que, bajo la piel anochecida de ella, también corría el rojo tumulto de la misma sangre que en la gente blanca es impulso, deseo y palpitación.

—Mire pué, le saqué do adarme. Ahora, venga acompañá a don Ezequién.

El la siguió calladamente, mientras la brisa del traje sobre el cuerpo moreno seguía robándose el paisaje.

Esa noche le dió el primer ataque de fiebre.

Deliró, y se revolvió en el chinchorro hasta bien entrada el alba. Un sonambulismo de arenas de oro lo enloquecía; y la palabra que tánto repitiera parecía aventarle la sangre con una ruda palpitación de desespero.

—Oro!... Más oro!...

Al día siguiente sudó copiosamente la fiebre y ya en la tarde se sintió más sereno.

Una ternura extraña lo invadió. Era como una dulce piedad por sí mismo, por su destino, por su vida. El recuerdo de los suyos le llegaba en hálitos de amargura, y la imagen de la madre tuvo una impresión casi real, como si flotara frente a él en el halo de una visión enajenante.

Su vida de hogar había sido de una gran armonía de afectos. El padre alentaba el vigor de su carácter con una predilección que con los años fue creciendo, pero le reprimía su demasiada emoción y su encumbrada fantasía. Las hermanitas sólo representaban para él signos de adoración. Luis, que había seguido por algún tiempo su mismo rumbo espiritual, acrecentaba ahora una mayor analogía con el carácter del padre, tanto en sus decisiones reales como en su aspiración constructiva.

De la madre le venía pues, sin duda alguna, esa melodiosa propensión a soñar. Del padre esa fortaleza audaz que a veces lo hacía superarse. De niño se arro- baba oyéndole contar sucesos guerreros de la revolución del 900, y creía ser un gran capitán que regresaba, noche tras noche, en una apoteosis de victoria.

Pero ahora, cuando su voluntad se ponía a prueba lejos de los suyos, era el perfil espiritual de la madre el que irradiaba mejor entre las sombras de su angustia. La madre de sus recuerdos de niño, que volvía a su ternura en hechos maravillosos en los cuales no había reparado en otro tiempo. Recordaba que una noche lejana, cuando él apenas tendría unos tres años, se quedó oyendo una romanza que la madre cantaba con su divina voz. Ella misma se acompañaba en la guitarra. Un sollozo sofocado de él la había interrumpido. "Pero por

qué lloras corazoncito mío?" le había dicho ella; y él, le había contestado: "Por esa canción triste, madrecita".

Desde esa noche los ojos de la madre principiaron a mirarlo de otro modo; y lo hizo su pequeño confidente, para referirle lo que ella había sido en su niñez y en los días primaverales que iluminaron el amor único de su vida.

Así aprendió a soñar en las romanzas de élla; y a vivir también la memoria de los sueños, en lo que quizás fue un día en el corazón de la madre su propio presentimiento.

Por qué recordaba ahora todo esto? Y por qué también ese su gesto dulcísimo de despedida? Ella, en efecto, lo bendijo al despedirse como solía hacerlo algunas veces, con un gesto muy suyo, con la vaga inclinación en cruz de la cabeza, mientras los labios sonreían la oración, como si en esa forma quisiera signarlo con su vida toda.

Soñando en esto se durmió esa noche. Y a la mañana siguiente volvió al trabajo con un afán de loco.

—Por ellos tengo que trabajar —pensaba—. Si élla me viera así, se moriría...

Llovía groseramente. La atmósfera era exasperante. Miríadas de zancudos envolvían el cuerpo medio hundido en el agua. En las piernas desnudas, en el pecho, en los brazos estaban apareciendo ya manchas inquietantes. De los tremedales llegaba un olor mareante de putrefacciones. Era la gesta brutal de la selva, requemada de calor, muriéndose y germinando en una lucha monstruosa, para dar comienzo con las postreras lluvias al brevísimo verano que iba a sumirlo todo en un sopor de infierno.

El oro, en mínimos aportes, pasaba entre tanto del légamo arenoso al cascarón de cuerno donde Ernesto iba depositando en cada jornada el fruto de su esfuerzo. Algunas gotas de sangre de sus manos rotas daban al cuenco frágil una coloración extraña; y el oro manchado de ese modo fulguraba con resplandores siniestros. El vería más tarde ese mismo resplandor en las pupilas coléricas de los trabajadores de una mina, que fueron sacados después de dos días de agonía de los derrumbes de un socavón.

—Oro, más oro!... aunque fuera así a cambio de su sangre.

Y ese pensamiento le zumbaba con el imperio de una voz clamante.

—Oro! Más oro aún!...

Y era la palabra, con su acción simultánea, tremenda y necesaria como el aire, ardiente y fatal como su deseo, pesada y liviana como su sangre. Porque así iba

advirtiendo en el galope de la fiebre el peso de su sangre. Densa. Liviana, más liviana aún, como si fuera a evaporarse. Los ojos se le enturbiaron al fin, igual que la arena revuelta que mecía rabiosamente. La batea se le escapó de las manos. Hizo un esfuerzo desesperado para ganar la orilla, y cayó de bruces en un vértigo de inconciencia.

La Casilda lo ayudó a levantarse más tarde. Ya no sonreía la muchacha. Pavorecida le miraba los ojos desorbitados, remotos. La sombra de la selva se tendía sobre ellos como una enorme garra. Y en el remanso del río, quedaba abandonado el leve cuenco de oro que arrastró desde la orilla el agua de la tormenta.

Capítulo VI: El Embrujo del Barranco

Los aguaceros torrenciales de seis días lavaron y serenaron un tanto la manigua. La nube de zancudos y mosquitos se había enrarecido; y una breve zona de frescura sucedió al vértigo de los días dolorosos.

Sobre un banco, afuera del bohío, platicaban Ernesto y el minero. Ya los dos estaban convalecientes del ataque de perniciosa, y llenaban las horas muertas con evocaciones y proyectos.

—Sabe don Ernesto? Yo fui en otra época jefe de una banda de contrabandistas. Nos movíamos en la frontera con el Ecuador y buena plata hicimos. Era una vida sobresaltada pero bella. Tres noches en la semana cruzábamos el Carchi, tendiendo celadas a los guardias. Nos jugábamos la vida, engañábamos, amenazábamos, pero en definitiva salí con la conciencia limpia...

Se quedó un momento callado. Luego agregó sombrío:

—Sólo una vez tuve que matar a un hombre... Bueno, fue casi en defensa. Era un cabo del resguardo, bandido y atravesado como él solo. Mentía en las declaraciones para hacer condenar a pobres infelices y ganarse la ganga que da el gobierno; ultrajaba también, sin necesidad, a los que sorprendía cuando pasaban por la frontera alguna cosa... Por aquel tiempo yo tenía una muchacha en Guachucal y, en mi ausencia y con amenazas en contra mía, se hizo atender el desgraciado... Una noche, cerca a Carlosama, valiéndose de la oscuridad me mató a un compañero que iba a pasar unas telitas para mantener a su familia. Era tan joven como usted, y lo quería peor que a hijo. Se la juré al bandido; y una noche, nos topamos en "Puente Viejo". El tiró primero, eso sí... Fue rápido y salvaje lo demás, pero tengo la seguridad de que alcanzó a oírme cuando dije:

"Por él y por élla" antes de que se le cayera la cabeza al río. Me vine para acá. Ya vé. Y quizá no vuelva a salir del Ambiyaco.

Guardaron un rato de silencio. Ernesto inquirió:

—Por qué le puso ese nombre a la mina?

—Por recuerdos, por bobadas mías. Me encantan los nombres quechuas. Son recios como nuestra tierra, y tienen significados que hacen pensar bonito. Nuestros abuelos, los indios, no eran tan brutos como pensamos. Qué va!

A Ernesto se le vinieron los nombres en tropel: El Gualcalá, El Juanambú, El Janacatú... y todos los que oyera, deslumbrándose, en la segunda jornada de su viaje.

—Míre, niño! —continuó el viejo—. Ambiyaco, que es quechua, quiere decir río del hechizo o del veneno que es la acepción de ambi. La terminación yaco significa río o corriente; y así entra en todos esos nombres que usted conoce: Cauyacaco, río blando y pacífico, que es el significado del Cauca; Churuyaco, el río del caracol; Balsayaco, el río de la balsa.

El yaco es de la tribu ingana. Los ceonas usaban el ya solamente. Así Cauyacaco se convierte para ellos en Caucaya. Y como él hay otros nombres lindos, como Macaya, río del cántaro; y Mesaya, río de las hormigas. Y hay ríos que terminan en mayo y también en urko.

—Y Morazurco, el volcán apagado frente al Galeras, recuerda?

—Que si me acuerdo? Vaya! Allí iba de chiquillo por los altos de Aranda a robar capulíes y a coger moras. "Moradita y dulcecita y barbadita, qué será?" decía la adivinanza. Urko es cerro; y así Morazurco es cerro de las moras, y Copalurco cerro de los copales. Sería interminable recordar tantos nombres que a uno no se le olvidarán jamás, porque su significado vale plata, como Anganuy, el pueblecito de los altos de Pasto, que es nido de águilas; e interjecciones que no hay en castellano, como achachay, exclamación de frío, que todos decimos; y achichuy, interjección de calor, que yo uso cuando me quemó los dedos o cuando me toca la Casilda...

La muchacha saltó desde el rincón donde se había agazapado para oírlos.

—Por qué dice eso pue, delante er blanco?...

—Achichuy! Negra, no me pellizqués...

Así exclamó el viejo, incorporándose; y todos rieron.

La Manuela, la mujer del Fidel, se acercaba al bohío. Traía en una bella cajita de barniz de Pasto una baraja para que jugaran.

—Puse ya er solitario, y no salió.

El viejo insinuó con picardía:

—Por qué no le echás las cartas a don Ernesto?

—Mañana que e vierne. A ver blanco, le leyo la mano.

Ernesto se la tendió, y la negra se quedó mirándolo abstraída.

—A ver, decíme lo que sea!

—Ujú, niño. No simpresione, pero va vé una trageria. Será er brujo der barranco que lo ha ojiao...

—Me iré a ahogar.

—No pué, e una mujé.

—Una de sus marquesas don Ernesto —comentó el viejo—. No le dije que el barranco era embrujado?

—Qué vamos a hacer! Me mataré con alguien entonces...

—No pué —dijo la Manuela—, tavé no morirá...

Se quedó pensativa. Luégo concluyó lenta:

—Como er camino que yeva la nube e su destino... Ha de pasá. Se ha de estancá. Y ha de volvé... Ujú. Etá ocureciendo. Mañana le leyo má...

Caía el crepúsculo. La sombra de un murciélago revoloteaba frente al grupo; y todos se quedaron callados, contemplando el río en donde el arco amarillo de la luna hacía espejear un filo de candelas sobre el agua turbia.

Al día siguiente Ernesto regresó al trabajo. Se sentía mejor, y quería llegar al límite de la tarea que se había impuesto.

—En tres jornadas más completo doscientos pesos. Cien para usted don Ezequiel y cien para bajarme a Tumaco a acabar de sudar esta fiebrequita.

—Que qué? Lo que sacó es suyo don Ernesto. Enteritico. Así fue el trato. Qué va! Usted me ha enseñado muchas cosas que yo no podría pagárselas.

—Niño! —insinuó la Casilda acercándose—, vo a ayudale un poquito.

—Sí, andá —terció el viejo—, acompañálo, que todavía está débil y el río baja muy crecido.

Ernesto los miró un instante. Se sintió como azorado y dijo rápido:

—No. No hay cuidado... Me voy solo. Gracias!

Así había sucedido otras veces.

La muchacha, medio confusa, comentó con el viejo mientras Ernesto se alejaba:

—Tiene un mirá mu serio. No se deja ayudá.

—Tenés que infundirle confianza, negra. Es demasiado delicado en todo. Pero así lo aprecio más, y quizás me dejaría matar por él.

Esa noche llegó a la mina un mozo recadero a anunciarle a don Ezequiel que debía subir a Barbacoas a notificarse de un auto del Juzgado.

—Bueno. Será. Me voy! —dijo el minero—. Hay que traer algunas cositas que estaban faltando para comer. Lo que sí voy a pedirle a don Ernesto es que me cuide el rancho mientras vuelvo, pues la caratosa está enferma y el tigre está rondando otra vez por estos lados.

—Lo que usted quiera, don Ezequiel. Me choca su viaje, claro; pero qué se va a hacer! Cuando vuelva voy a tenerle curtida la piel del tigre. Será soberbia, verá.

Se acostaron. Y con el primer claror del alba se reunieron junto al río.

—Me cuida la casa don Ernesto, que ahí se la dejo con todo.

—Con toíto, pué? —dijo la Casilda, abrazándolo chancera.

—Con toíto... —le respondió el viejo estrechándola, aunque se quedó pensativo.

Fue entonces cuando Ernesto lo abocó resuelto:

—Me voy con usted don Ezequiel... Quiero irme! Anoche volví a sentirme mal.

—Lo que se conviene se cumple, don Ernesto. Usted se queda en mi casa. Le aseguro que no me demoro.

Y el viejo le tendió su mano con cordial emoción.

El día aquel transcurrió en el laborar monótono para los que se quedaron. Volvió a crecer el calor, y la ausencia del viejo pareció ahondar más la soledad.

La noche se inició profunda, inquietante. Los perros estaban sobresaltados y latían constantemente. Los dos hombres se pusieron en acecho.

—Blanco! —gritó el negro desde el bohío—. Er tigre se no vino. Trianque la puerta, pue.

Ernesto se sintió lleno de responsabilidades ante la grave situación. Sin embargo, advirtió con valor el peligro, y su decisión serenó esa como extraña laxitud que lo estaba dominando.

Un rugido bajo los balsos le indicó la cercanía de la fiera. Vaciló un instante, pero rápidamente cogió la carabina y abrió la puerta. Una sombra cruzó rompiendo el cerco de los perros. Disparó sobre ella, y esperó con el machete a su derecha y la carabina nuevamente lista.

Los perros ahullaron y un bote brusco desgajó el matorral.

Del bohío pequeño, desde donde el negro espiaba armado con una pequeña lanza, le llegó su voz:

—Naa pue. Tre noche tranquilo. Se yevó otro perro. Bandío el animá...

Dos días después:

—Se va a batiá?

—No, me voy a bañar al barranco.

—Yo también vo a i.

—No Casilda, quiero irme solo.

—Hoy si lo vo a contradecí. Le vo a motrá como me sé botá po er chorro sin importame naa.

—No. Me comprendes? Quiero el agua en que me bañe clarita como todo.

La muchacha apagó su sonrisa, y se miró los brazos de ébano. Lo contempló profunda.

—Mira Casilda —le dijo Ernesto comprendiendo—. No he querido decirte ninguna barbaridá como tú te imaginas, tonta. Si quieres, puedes venir, pero llevá al negrito para que nos ayude a echar la atarraya.

Luégo, sin más, siguió adelante.

La torrentera del Ambiyaco se desgajaba como aluvión de espumas desde la

cima de las barranqueras más altas. Era un riacho que descendía al Güelmambí desde unos morros perdidos en la selva. Un coloreado frondaje de lianas y bejucos desfleca en la brisa el salto clarísimo de la cascada. Abajo, el agua formaba un remolino vasto entre el cingulo de rocas.

En aquel sitio, sombreado de caimitos y de gualtes, estaba situada la mina más rica del Güelmambí, aquella cuya posesión peleaba el minero con empecinado afán, ya que, a su decir, el metal afloraba en gruesas venas al filo mismo de los cuarzos, y era posible el encuentro de uno de esos rarísimos "topes" de oro puro, que formara el río en días innumerables en algún cóncavo oculto de las piedras.

Caía el mediodía sobre el agua espejeante. Una alegría animal, nerviosa y dinámica estremecía el cuerpo de Ernesto, quien se ensayaba en cortar la turbulencia del pozo, dejándose arrastrar después hasta la arena tibia que envolvía el cimientado de los bloques. La paz era inmensa. Arriba, por los amusgados ramajes de los árboles, pasó de pronto la estentórea chillería de unos micos. Después volvió a quedarse sola la voz del torrente.

—Ajú... Ajuíi...

La risa cristalina de la Casilda, que había llegado sigilosamente a lo alto del barranco, estremeció a Ernesto.

Reía a carcajadas arrojando parásitas sobre el tumulto del agua. Sólo el camisín de seda le cubría el cuerpo que se entallaba violentamente contra la luz.

—Ahí vo, pue. Si me rejundo me hacer er favó de cogéme.

—Cuidado! —le gritó Ernesto—. Es peligrosísimo. No te botes, por Dios!

—Ya luise mu bien... Y hoy vo acelo otra ve. Ujúu!...

—Nó. Nó. Cuidado!...

Pero ante la actitud resuelta de la muchacha que avanzó hasta el filo del agua, él dió un salto hasta el remanso para favorecerla.

Ella columpió el cuerpo en un repetido escorzo, y se lanzó de cabeza en el torrente.

Recta como una flecha descendió por el lomo espumeante de la cascada; hendió a su paso las bejuqueras; rebotó sobre el agua, y fue a dar al sitio donde anhelante la esperaba Ernesto. Este la contuvo rápido, preciso; y la alzó entre sus brazos, mientras un júbilo de vida vertiginosa los envolvía en el oleaje.

—Etoy sin naíta... —exclamó élla, tratando de incorporarse para ganar la orilla.

Pero él, sin oírla, meció el cuerpo que se curvaba con la melodía de un arco, y lo lanzó otra vez al remolino que se lo devolvió envuelto en la rompiente de los tumbos. Una alegría salvaje lo animaba, un ímpetu vital y voluntarioso. Ella, de nuevo, era el paisaje todo, moreno como la tierra, grávido como un fruto; y él contemplándola, se sintió crecer en su delirio más alto que los árboles.

Salieron a la orilla, y él la levantó hacia el sol como en un rito. Fue entonces cuando ella le dijo:

—Er viejo jamá me ha levantaó así.

El se desconcertó cual si lo golpearan.

—Malaya! No lo nombres! —gritó.

Luego, en impulsivo gesto, la separó para dejarla. Pero, al volver la mirada sobre la cabeza rendida de la muchacha, sintió que el día se había quedado atrás en un tiempo remoto; y los ojos de ella se lo sorbieron como un abismo.

Desolados regresaron más tarde a los bohíos. Poco antes, la muchacha había visto al negrito que acechándolos huía; y un sobresalto desesperado principió a apoderarse de élla.

—Qué se hizo e Fidé? —preguntó desde afuera a la Manuela.

—Si jué hace un ratico en la canoa chica a encontrá er viejo. Abajo, hizo er disparo que er sabe hacé.

—Poi Dió me va a matá —dijo la muchacha a Ernesto—. E Fidé no me quiee porque yo le he corregío, y se fué a avisale. Quiacemo?... Quiacemo?...

El hechizo del barranco se había ido diluyendo ya para dejarles sólo el sabor de su veneno. Presos estaban en la selva; adoloridos ya por el dolor del otro y aherrojados allí ante el suceso irremediable.

—Somo mu degraciao! —dijo la muchacha, y se puso a sollozar.

Ernesto sintió en el vaho morboso de la tarde el advenir de la tragedia. Otro disparo se oyó en la lejanía. La muchacha, demudada y temblorosa, se escurrió con dirección al bohío.

Otra vez el escalofrío que precede a la fiebre principió a agitar el cuerpo de Ernesto. En seguida se apoderó de él un desfallecimiento supremo. El instante se hacía infinito.

—Qué hacer?...

La realidad le latía como un perro rabioso; y flácido de fuerzas se dejó caer bajo la sombra de los balsos.

Enfrentarse al viejo se le hacía imposible. Eso jamás. Si para él sentía en ese instante un afecto que era casi de dolida piedad.

—Por qué se celaría tanto en el amor? Por qué ese instinto de la propiedad tan ceñido, tan fatal y tan irremediable? El precepto moral le zumbaba como una espada vengativa; y el sentido de la expiación le trajo una amargura recóndita, que se adentraba más allá de su esperanza enervando todos los ímpetus de su varonía.

El viejo no podía dudar, claro! Si Ernesto mismo le oyó referir que cuando se unió a Casilda le había dicho:

—Tuyo es todo lo que tengo. Y por hacerte feliz voy a enterrarme en la mina. Pero el día que me faltés te mataré como a una víbora.

La dejaría matar?... Se enfrentaría primero a él?

Advirtió que la muchacha cruzaba el patio, como atalayando el río, pero sin decirle nada. Pasaba despavorida, y aun así se le hizo bella. Y él se puso a pensar en el extraño recelo que le causaron las primeras mozas de color que viera, y su despego total por ellas, hasta que la Casilda ardió a sus ojos como un turbión de llamaradas.

Había cambiado? Sí, quizás, o talvez nó, porque él era interiormente un camino de anhelos reprimidos que, de tarde en tarde, avasallaban su voluntad, y saltaban en acciones borrascosas que lo llenaban después de hondos arrepentimientos.

Rememoraba, con grave tristeza, sus primeras escapadas de muchacho, y el ansia de represión cuando se debatía entre la inquietud y el precepto.

El ambiente altamente religioso de su hogar le había dado una conformación mística ferviente, y en aquel estado de vigilia había sobrepasado el vértigo de su mocedad.

Recordaba que, en aquella zona temperamental, el carácter de Luis se había ido separando del suyo hacia un concepto más amplio de las cosas. Ernesto afirmaba:

—O creo con todas mis fuerzas y vivo dentro de una moral perfecta, o me hundo irremisiblemente. No hay medio.

—No, hermano —le apuntaba Luis—, tú exageras demasiado. Es bien que seamos religiosos. Pero de vez en cuando una farrita discreta como tú dices, no perjudica. Qué va! La vida hay que vivirla de otro modo.

Ernesto protestaba, pero un día tuvo que ir “discretamente” a visitar a un médico amigo. Principió a volverse taciturno y así pasó el Cabo de la Tormenta al cumplir sus diez y siete años.

Ya para entonces se había dado golosamente a la lectura; y los libros febricitantes que llegaron a sus manos lo empujaron con morbosa curiosidad a asomarse a la cancela de todo lo vedado. Pero aquello fue fugitivo; y su esencia mística volvió a hacerlo arder en claridad de aspiraciones puras. Así templó nuevamente su voluntad, elevó en su corazón el sentido de la mujer, y seguro ya de la firmeza de su disciplina había salido de la ciudad para su viaje.

Ahora, otra vez, el grito de la sangre frente al paisaje ansioso; y al punto, sin tiempo para nada, el terrible espectar de la tragedia. Se le hizo dolor de amargura la voz que enantes escuchara: “Somo mu degraciao”...

El dolido reclamo lo hermanaba al alma misma de la muchacha. Entre ellos había principiado a crearse un vínculo más allá de la sensación. Algo que universalizaba su pena. Y Ernesto comprendió que todas aquellas gentes de color también le pertenecían. También eran parte de la patria y esperanza de su destino entre la mar crecida del mestizaje. Un día llegaron como esclavos a trabajar en las minas, y con los zumos de la tierra se confundió su dolor. Pero desde el fondo de los socavones amanecieron a la vida libre; y la libertad los vinculó en espíritu y corazón a la vida de América.

En la vuelta del río apareció el viejo. Remaba furiosamente, y a veces parecía demorar el avance de la canoa. El negrito se había quedado atrás.

Ernesto, desfallecido aún y con la cabeza entre los brazos, sintió el empujón de la canoa que al golpe rotundo del remo se montó sobre la orilla.

El minero saltó con el rostro ensombrecido. Hizo una pausa, y avanzó hasta cerca de Ernesto. En seguida, como cambiando de propósitos, se dirigió a la casa apresuradamente.

Ernesto continuó inmóvil. A través de todo advertía que aquello debía ser así, y que le era imperioso esperar el desarrollo fatal de los sucesos hasta que un grito lo moviera.

Momentos después escuchó detrás de los árboles la voz ronca del viejo que preguntaba por la muchacha; y luego, a la Manuela que a su pregunta respondió:

—Si jué... Si largó monte aentro yevándose er machete. Si jue.

El viejo se contuvo un momento; y en seguida se lanzó resuelto por la única vereda que existía, aquella que pasando por el filo de la torrentera serpeaba la selva como una huella de animal. Era la trocha que el viejo abrió en pasadas exploraciones; y por allí se lanzó corriendo como un loco.

Un tufo de cosa profunda, ardiente y mareante, manaba de la tierra encenegada. Era casi el crepúsculo bajo los árboles. A cada paso que el minero avanzaba se volvía más impenetrable la maraña y, en el grueso tumulto de su sangre agitada, se iba haciendo cada vez más firme la realidad de un tremendo designio.

Cuando, abajo del río, el negrito le sopló lo que viera, el viejo se quedó atónito. No podía ser. Imposible. Atracó la canoa, y zangoloteando al muchacho hasta hacerlo llorar lo acosó a preguntas.

Después se puso infinitamente triste; y por un momento pensó en matarse. Con la carabina en la mano permaneció hierático por largo tiempo, hasta que al fin, ahito de ansiedad, se puso a remar furiosamente río arriba.

—La mataré y lo mataré y nos hundiremos todos!

En el trayecto del río sus pensamientos tomaron diversos giros. Junto al latido frenético de su vergüenza recordó cosas en ese instante amargas: la bondad sumisa de élla; la nobleza de él; el pasaje de su despedida cuando Ernesto, quizás ante el temor del peligro, le exigió que lo llevara en su compañía.

—Es cierto, es cierto, pero de ese modo no podría vivir!...

Así desembarcó, sin saber aún cuál sería el poder físico de su reacción; pero, al advertir que Ernesto no lo miraba siquiera, se sintió cobarde y fue primero a buscar a la muchacha.

Fue la huída de élla la que le dió ese impulso ciego que llevaba. Quizá en el primer instante no hubiera pretendido matarla; pero, a lo largo de la carrera, el aliento fatídico de la selva, volvió a sentir el ímpetu homicida.

Casilda!... Casilda!... —voceaba enronquecido.

Y por el rastro que ella dejara siguió oteándola como a una fiera.

—Casilda!...

—Casilda!...

Ya no volvió a gritar. Se había perdido la trocha; la maraña se espesaba en chontas y en espinos; el avance era peligroso y la muchacha no podía estar

lejos. Una extraña serenidad había reemplazado su anterior frenesí; y, como recogíéndose, se detuvo siniestro.

Sacó el cuchillo. Se libró de los bejucos punzantes que lo cercaban, y en los cuales había quedado desgarrado un pedazo del vestido de ella; saltó sobre un tronco que se interpuso y se halló frente a un claro del bosque formado por la caída de un "ficus" gigante tajado por la tempestad.

En ese instante un tremendo rugido lo contuvo. Allí, erguida y desgarrada, estaba la Casilda defendiéndose a golpes de machete de la tenaz acometida de un tigre, posiblemente el mismo que antes rondara los bohíos. Un último reflejo del sol estriaba la piel amarillenta de la fiera que tenía el hocico partido por un machetazo. El perro viejo de la casa defendía ferozmente a la muchacha, la cual trataba de ampararse entre los gruesos ramajes del árbol desgajado. Así cubierta, el tigre no podía alcanzarla de un salto. Babeaba, rugía, se le acercaba casi sumido en la maleza, y le lanzaba zarpazos fulminantes tratando de romper el cerco del machete.

La fiera se volvió. Y la muchacha vió en ese instante al hombre que la miraba inmóvil, recogido, y con el cuchillo en la diestra. Se le llenaron de lágrimas los ojos. Quiso decir algo, pero fue el minero quien le gritó silabeante:

—Es mejor que él te acabe... Que te revuelva delante de mí las entrañas... Por mi suerte me libré de tocarte, desgraciada!...

La fiera dió un salto atrás para precaverse del extraño; pero, como en él mirara talvez una presa más difícil, se agazapó, rugió y se volvió otra vez hacia la muchacha. Esta, entre tanto, se había erguido transfigurada, mientras respondía al insulto recibido con una voz recóndita, ardiente, como el minero jamás la había escuchado:

—Po la leche que le mamé a mi mare, siempre te quise... Lo demá fue er brujo der barranco que sin querelo me ajrechó... Véme morí pue... Pero depué, peidoname poi Dio!...

Con la última palabra avanzó descubriéndose y arrojando el machete a un lado. La fiera dió un bote fatal. Rápido el perro se interpuso desgarrándole un flanco, pero el tigre de un zarpazo le hundió la cabeza. Iba a saltar de nuevo, cuando el minero avanzando en un impulso incontenible cayó sobre él acuchillándolo. Rodaron revolcándose; y cuando ya la mandíbula de la fiera se tendía sobre el cuello del hombre, éste de un golpe preciso le partió el corazón.

Sobre la bestia agonizante se estrecharon como locos, sin decirse nada; lejos de todo, como si por primera vez juntaran frenéticos su delirio.

Sólo una frase le dijo ella, cuando vacilante aún y apoyándose en el brazo del minero volvió a desandar la trocha:

—Er no tuvo la culpa... Vo lo comprendé...

—José! —llamó el viejo al llegar.

Ernesto se estremeció.

—Si la mató —pensó— es mejor que nos matemos también. Yo no podría vivir con esa sangre. Jamás.

Se incorporó de un salto; pero se quedó estupefacto al mirarlos abrazados.

—José! —volvió a llamar el viejo—. Te vas a llevar a don Ernesto a Barbacoas. Pronto!

El negro sacó las cosas de Ernesto y las colocó en la canoa. Este hubiera querido decir algo; pero comprendió que cualquier palabra lo atormentaría después, por lo inútil, por lo imposible.

Se dejó caer en la embarcación sin volver los ojos. El negro comenzó a remar. El minero y la Casilda, abrazados aún, lo contemplaban en silencio.

La canoa bajó recta, como si fuera a encontrar la noche. Pero, antes de que se perdiera en la curva del río, Ernesto se incorporó y agitó su sombrero sin saber lo que hacía. Luego se dejó caer anonadado.

—E un cabayero —musitó la Casilda apretándose contra el pecho fuerte del minero—. Pero vo valé má que cien cabayero! ...

El viejo, entonces, botó al río el cuchillo ensangrentado. Y junto a la sombra de ella, más honda que la noche, se puso como un niño a llorar...

3 - LOS CAMINOS QUE VUELVEN

Capítulo VII: Playas del Pacífico

—Lina... Liina...

La nota límpida de la voz quedó tremolando en el aire marino de la mañana.

Mar del Pacífico en el crecido esplendor de las mareas ecuatoriales. Brisas de sal, manglares a la distancia. Y una inmensa claridad casi tangible que parecía embeberlo todo, desde los grandes playones y la media luna del puerto lejano, hasta las rompientes aturbionadas contra el linde roquero de la costera.

Del trasatlántico, anclado en pleno mar a tres kilómetros de Tumaco, descendía la familia Eraso Ortiz con un grupo de viajeros. La larga escalera tendida hasta la lancha se balanceaba peligrosamente por el movimiento de las olas; pero el tránsito se hizo sin cuidado entre el clamor de los últimos adioses.

—Lina... Liina... adiós!

Angelina se volvió desde la proa de la lancha agitando su pañuelo. Se despedía por postrera vez de la muchacha que había sido su compañera inseparable desde Nueva York.

—Adiós Gladys!...

.....

Profunda y melodiosa la sirena del barco aconcó por tres veces la distancia. Las lanchas de desembarco trazaron un largo semicírculo de espumas antes de alejarse. El trasatlántico principió el viraje. Afuera, quedaban los caminos del mar; al fondo, las islas de Tumaco casi flotantes, como una breve comarca de palmeras al ras de la manglería.

El ingeniero Luis Santacoloma, hermano de Ernesto, empuñaba el timón de la lancha. La camisa abierta dejaba al descubierto el pecho erguido en ímpetu de fuerza. El cabello alborotado sobre la frente varonil y hermosa. Fulgurantes los ojos, en inquietud de alegría y vitalidad. Trabajaba hacía algún tiempo en el Ferrocarril de Nariño, y había ido a recibir a la familia Eraso que regresaba de Norteamérica.

Veintidós años antes don Juan María Eraso, perteneciente a linajuda familia de la ciudad de Pasto, se había casado con doña Clemencia Ortiz, dama de gran belleza y nobilísimo señorío. Tenían cuatro hijos: Ricardo, el mayor; Carmenza de 19 años, Angelina de 18 y Eduardo de 12.

En Nueva York había permanecido Carmenza con su prima Gabriela durante un año, en uno de los institutos de bachillerato. Luego viajó el resto de la familia, y reunidos habían realizado una gira por distintos países.

Luis, quien era amigo de don Juan María y de su señora, atendió con especial solicitud a la familia en la primera temporada que pasó en Tumaco, y sus deferencias le merecieron un aprecio cordialísimo de parte de los muchachos.

Las preguntas atropelladas, las frases galantes y efusivas iban y venían de una a otra cosa en giro de recuerdos y de imágenes.

—Esos playones de La Florida hacen pensar en California.

—No papá, en las playas de Mazatlán más bien.

—O en esa isla de las Antillas donde estuvimos.

—O en todo lo bello que hay en otros mares —dijo Angelina—. Es nuestra tierra... Tierrita linda!

—Papacito, mira un bufeo! —gritaba Eduardo.

—Allá está la Virgencita —apuntaba en ese momento Luis, mostrándole a Carmenza el solitario peñón que aparecía junto a la Isla del Morro—. A usted le encantaba ese nombre, recuerda?

—Sí, verdad; es dulce ese nombre allí como bendiciendo el mar.

—Nos alcanza la otra lancha! —gritó uno de los hombres—. No nos dejemos pasar! Corte recto doctor Santacoloma por cerca a La Viciosa!

—Vámos, pues!...

—Sí, no nos dejemos pasar! —exclamó Gabriela levantando los brazos desnudos, ebria de claridad.

Los alcatraces pescadores caían verticales en el acecho de sus presas. Los motores de las lanchas sincronizaban la vocinglería de los muchachos. Una vela blanca, la de la barca del práctico, los cruzó de sesgo casi tendida sobre el agua. Y, en la alegría de la carrera desafiante, arribaron todos al pequeño muelle de la Aduana, mientras el trasatlántico ya no era sino una S de humo en el impreciso límite del cielo.

La tarde caía sobre el mar entre el manso oreo que llegaba desde las lejanas marismas. Paz cansina de puerto; sin el rumor bullanguero de la mañana, ni el afanoso bregar de los carguíos. Medio desiertas las calles del comercio; desiertos también los pequeños muelles donde los botalones recogían sus velas desmedradas. Sólo de rato en rato se animaba el Atracadero del Resguardo, o cruzaba alguna balsa cargada de plátanos y cocos que iba a apegar silenciosamente en la escalera del Mercado.

Quietud serena de puerto chico; sólo propicia para el reparo de los aderezos pescadores, para el opio de las pipas, para la laxitud de las hamacas. Afuera, la chimenea de un barco se perfilaba tras el manglar de la última caleta. Más lejos aún, el faro de El Morro, principiaba a irradiar en el crepúsculo su lumbre desvaída.

En la gran terraza del Club Tumaco, el mejor hotel del puerto, había alguna animación por los viajeros llegados en ese día, y por los grupos de familias que concurrían en la tarde a tomar refrescos y a escuchar selecciones de música brillante. A veces se bailaba. El sitio era magnífico para esto, o para el descanso al aire libre sobre el gran tablado que entre enredaderas avanzaba casi tendido en el aguaje.

Angelina y Gabriela se acercaban a la señora Clemencia a preguntar por los muchachos.

—Se fueron con tu padre y con Luis a recibir a Ernesto Santacoloma que llega de Bogotá. Míralos! Allá van en ese bote en dirección al barco que está entrando.

—Madrecita, tú te acuerdas de Ernesto? —inquirió Angelina—. Papá dice que es un escritor de valía y Carmenza como que ha leído algo suyo en una revista de Bogotá.

—Sí, es un muchacho bien, como ustedes dicen. De cierta distinción de modales como Luis. Recuerdo que era medio loco cuando estudiante... Ya le habrá pasado. Parece que les ha tocado luchar desventajosamente para sostener su casa.

—Entonces, vamos a bailar! —dijo Gabriela apartando a su prima—. Aquel muchacho del terno de palm-beach me está gustando, sabes?

—Pero no seas loca, por Dios!...

—Mira Linita. Has tocar otra vez ese "swing" que tanto bailamos en el barco con el hermano de Gladys.

—Ah pícara! Como que siempre llegaste a quererlo...

—No, tonta. Tú lo sabes. Me entretuve y lo entretuve. Pero al despedirnos, claro, me dió no sé qué, porque él parecía tan triste. Talvez me quería. Si se le iban los ojos por besarme. Cosas del mar... hija, amor, cielo!...

Y besó a la prima en los cabellos con un gesto nervioso y juguetón, como para que la viera así el muchacho del terno de palm-beach que se acercaba entre azorado y tímido.

Mientras tanto, en la cubierta del Durazzo, Ernesto y Luis se estrechaban emocionados.

—Mi tierra otra vez... Y tu encuentro, y todo... —balbuceó Ernesto—. Qué bien estás!

—Seis años sin vernos!... Mira, Ernesto, aquí están conmigo don Juan María Eraso y Ricardo. Está toda la familia en Tumaco. Y han sido tan gentiles en venir a recibirte.

—Cuánto gusto, cómo les agradezco!... Ustedes excusen. Entrémonos al saloncito del bar a tomar algo, mientras ésto se descongestiona.

Allí la charla se iluminó con algunos cockteles. Hacía seis años que Ernesto Santacoloma había pasado por Tumaco, después de su aventura del Ambiyaco que determinó un cambio inesperado para su vida. Seis años de lucha intensa y dolorosa, intrascendentes en resultados económicos, pero de una gran significación para su cultura y su carácter. Un gozo nuevo lo llenaba al abrazar a Luis y al volver a su tierra. Hicieron memorias de cosas idas; se habló de los países visitados; y una hora después abandonaron el barco...

Al entrar al hotel, por la escalerilla que daba al mar, se dirigieron al segundo piso donde estaban las habitaciones. Había alegría en la terraza. Se bailaba un valse. Las luces espejeaban quiméricas sobre el mar crecido.

—Ya llegó papá —gritó Angelina desde el segundo piso donde se hallaban en aquel momento—. Bajemos!

Y bajó corriendo, seguida por Gabriela y por Carmenza.

Al subir las gradas, Ernesto que iba adelante tropezó con el grupo de las muchachas que se chanceaban y reían. Se detuvieron empujándose, sorprendidas

porque creyeron encontrar la escalera libre. Ernesto tuvo que avanzar las manos para sostener ligeramente el cuerpo de Carmenza que se inclinó sobre él. Y mientras los ojos de ella lo miraban azorados, y su voz se excusaba, él sintió un deslumbramiento inmenso, como si en la actitud imperiosa de la cabeza y el cuerpo divinos, bajara hasta él toda la luz que había buscado en su vida.

Después de pasar un rato de entretenida charla con la familia Eraso, y de hacer proyectos de paseo para el día siguiente, los dos hermanos continuaron su plática evocadora junto al barandal del corredor alto que daba al mar.

Todo estaba callado; y el agua, en la baja marea, sólo dejaba oír un leve chapoteo de resacas. Llenaba el ambiente ese olor inconfundible del bajamar de los puertos. Olor de brea, de orín y de desechos; de sales hondas y de indecibles putrefacciones. El cielo titilante. La luz del faro palpitando en la noche. Magras siluetas de barcos, luces de boyas, soledad; y el mar como algo difuso entre la sombra, sin perspectiva ni distancia.

Ernesto pensaba que esa misma visión fue la que él recogió hacía seis años cuando pasó por Tumaco. ¡Qué invariable aquella realidad física del paisaje, pero qué infinito y tremendo el tiempo de su corazón!

En dos instantes de recuerdo volvió a ligarlo todo; y era insignificante el límite entre el pasado y el presente, como si la vida no hubiera corrido.

La aventura del Ambiyaco definió un día su viaje a Bogotá. El choque anímico que sufrió entonces había determinado el salto hacia el contraste. Bajó de la mina soñando en el confort de la vida civilizada, del trabajo fácil, de las gloriolas obsesionantes. De la sombra de la Casilda, honda y brutal, tenía que advenir para él esa ambición clarísima por mujeres en fúlgidos atavíos de corte. Su espíritu era un alto y bajo de contrastes, que en lo moral podía ir desde el desenfreno al misticismo, y en lo espiritual desde el derrotismo hasta lo heroico. Su carrera profesional no fue ambicionada ya por ella misma, sino más bien por el ambiente dorado que la envolvía.

Recordaba que hasta Tumaco había llegado Luis, hacía seis años, a darle el mensaje de la familia: "Tienes que graduarte a toda costa. Esa es la voluntad y la esperanza de todos. No olvides que otra ausencia tuya por esos tremedales de la costa podría matar a nuestra madre". Y a Bogotá había viajado, para desilusionarse primero, y para adorar después a la ciudad magnífica que tantos motivos de superación le diera. Se inclinó sobre los libros con ese mismo afán de iluminado que antes lo llevó a enfrentarse a la pávida tarea de la mina; y en dos años de estudio obtuvo su título doctoral.

Después habían sobrevenido largos años que conjugaban una brumosa cinematografía de recuerdos. Sus esfuerzos incesantes por tantas realizaciones

que fallaron; la falta de trabajo; su lucha continua y angustiosa en una vida de adversa suerte. Luego, en un día de infinito, la muerte de la madre.

Al igual que la visión física del paisaje, su aparente realidad no había cambiado. Viajó con menos de cien pesos en el bolsillo, y con una suma más o menos parecida volvía ahora. Su misma jovialidad. Pero, qué inmensa carga de dolor y de ambiciones soterradas! Otro carácter, otra cultura, talvez otro sentido de la vida; y, en su sensibilidad extraordinaria y en sus anhelos reprimidos, un fondo de sencillez y humanidad que daba a su alegría un reflejo de vago escepticismo y un dejo de bondad sereno y triste.

Atrás, en la vida que podía contarse, pequeños éxitos de carácter intelectual, breves realizaciones económicas, épocas de limitada holgura. Dos o tres novias flotantes en la memoria de sus ficciones; y, más borroso todavía, el recuerdo de las pocas mujeres, bellas eso sí, que en limitadas veces dieron pábulo a su paganismo y moldearon en forma extraña su vida sexual.

De su paso por Chambú le había quedado un concepto casi literario del destino de su gente, pero también una preocupación por ella. Del Ambiyaco pervivió en él cierto dominio de voluntad, y esa recia imposición de hombría que a veces se apagaba en sobresaltos íntimos. Raro temperamento el suyo que iba a desenvolverse en una vida nueva. Alma de inquietudes frenéticas. Espíritu traspasado por todas las formas de belleza. Contención, idealismo, insatisfacción. Cómo iría a actuar ahora?..

—En qué piensas, Ernesto? —le dijo Luis.

—En todo. En el paisaje, en nuestra vida. Y también en las muchachas que con tanta bondad acogieron hoy día mi regreso. Oye, son sencillamente divinas.

—Esa es la palabra, hermano. Carmenza, sobre todo, tiene un encanto que yo no sé... Un poco tarde ya como que vuelvo a enamorarme!

Ernesto escuchó la confidencia con un sobresalto que apenas consiguió ocultar. En él, los procesos afectivos eran instantáneos; y a veces el relámpago de una visión le era suficiente para crear imágenes de sueño, en cuya ficciosa aspiración hacía fertilizar luego su esperanza. La belleza de Carmenza correspondía a una de esas figuraciones; y, al mirarla no más, se había sentido profundamente ilusionado por ella.

Todas tres eran bellas, pero de tipos y caracteres distintos. Todas tres avanzaron por distintos caminos en el alma de Ernesto.

Carmenza era de una ideal prestancia, reposada y altiva. Ernesto la figuró hecha, de llama y claridad como las predestinadas. En Angelina la gracia amanecía en cada instante, y era como una de esas criaturas de romance rubias y frágiles.

Gabriela se movía siempre en un aire de armonía, en el júbilo de su belleza. En las tres, los cuerpos esbeltos, flexibles, melodiosos. Y eran sencillas en su bondad y en su alegría como si estuvieran prometidas ya para un don perfecto.

En la primera advirtió Ernesto la aspiración segura, avasallante. La rubia imagen de Angelina lo hubiera impresionado en otro tiempo, cuando aún no tenía ese concepto vital de la belleza. Ahora, no. Gabriela era la inquietud. Le parecía extraordinaria para Un "flirt" ardiente, pero peligrosa para la vida.

—Le has dicho algo? —balbuceó Ernesto.

—Mira, dos cosas parece que me han favorecido ante élla: la dedicación a la vida de los míos, y esa forma de hombría y de resolución con que he afrontado mis problemas. Esas fueron sus observaciones a una amiga cuando en alguna conversación se refirió a mí. Después he tratado de enaltecerme mejor a sus ojos, y he hecho por copiar por vez primera esa forma de tu delicadeza y de tu sutilidad... Sé que así le agradaba más.

—Entonces, te la voy a quitar, hermano —dijo Ernesto riendo.

Ya se había serenado. El asalto de angustia y de extraños celos que antes advirtiera, se tornaba ahora en melodía de tristeza y de renunciamiento.

—Sí, que sea de él —se dijo—. Como en todo he llegado tarde..

—Mira! —expresó Luis—. Carmenza es un imposible, por lo que luego te contaré. Será otro día. No quiero dañar con cosas vanas la grata efusión de tu regreso.

La lancha se abrió mar afuera, dejando hacia la costa el bajamar de los bancales.

La familia Eraso, los Santacoloma, Gabriela y la familia Giraldo de Tumaco iban hacia el Cocal, en el sureño islote de Bocagrande.

Ya el panorama de las islas que quedaban atrás podía encerrarse en una sola visión: Tumaco, el Morro y La Viciosa. Vistas a la distancia, contra el dombo azulado de la manglería, las tres islas hermanas relievan un encanto de dulce claridad flotante. Surgen como de la húmeda luz de una acuarela, en una pincelada de cielo, playas y palmeras. Cielo azul. Y algo como una luz estremecida en todo: en el ritmo del agua, en el aliento salobre de la brisa, y hasta en el espíritu mismo del paisaje que parece transfundirse en la sangre como una marea alucinada.

La lancha cortaba entonces, lejos del puerto, el grueso tumulto de las olas. En ángulo de vuelo una bandada de alcatraces cruzó la lejanía.

—Esa es mi vida Carmenza —comentó Ernesto—. Una flecha de alas hacia el azul...

—Nada de frases hechas —cortó la voz riente de la muchacha—. Acuatices, que va a quemarse en el sol.

—El sol está en sus ojos, Carmenza.

—Muchachas, se le declaró... —gritó Gabriela levantándose.

El tumbo de la barca la hizo caer sobre las rodillas de Luis, y de allí a los brazos de Angelina.

—Cuidado, niñas!...

—Aquí no ha pasado nada —dijo Luis—. Gabriela pesa y pasa como la brisa.

Sí, la brisa... —apuntó Ricardo—. La brisa alocada que nos va a hundir y que de paso me rompió un tobillo.

—Perdóname, primito, "la culpa fue de este maldito tango"...

—Si cantas algo te perdono.

—A ver Carmenza!

—A ver tú, madrecita.

—Todos, todos!...

Pero la canción iniciada se trasmutó en un largo vocerío de risas, de alusiones, de protestas... La lancha sin control hacía cabriolas.

—Vamos a naufragar muchachos... —intervenía la señora Clemencia.

—Madrecita! —exclamó Carmenza—. Se nos metió el mar en el alma. Qué le vamos a hacer!

—Aquí hay siete hombres que tienen que salvarnos.

—Usted, Luis, a quién va salvar? —preguntó una de las Giraldo.

—A Angelina que no sabe nadar.

—Sí sé, pero este mar es muy ancho... En fin, alguien me salvará...

—Y usted Ernesto?

—Gabriela no lo necesita. Salvaría a Carmenza que sí sabe nadar.

—Cuidado, hermano! —terció Luis con intención.

—Sí, cuidado —intervino Gabriela torciéndole los ojos—. Mire que con uno basta...

—Tan boba!

—Ajá! Saben? Aquí el único que se va a salvar es Ernesto que antes dijo que era una flecha hacia el azul...

—Bien por el recuerdo. Vale un whisky. Brindemos, pues, por el amor que se nos fué en un barco...

—Y por la precocidad de Ernesto —le interrumpió Gabriela—, ya que él está pensando en descubrir el mar que otro lo descubrió primero... Y ahora, el whisky. A ver quién vence!

—Las mujeres siempre vencen...

—Pero sólo cuando hay hombres gentiles que se dejan vencer —terció la voz auxiliadora de Carmenza, al advertir el azoramiento de Ernesto.

Pero Gabriela se reía, e inclinándose al oído de este le dijo en voz baja:

—Así nos desquitamos las mujeres de su tierra, Ernesto. Lo digo por su crítica de anoche a mi manera de bailar.

—Lo hice por su bien.

—Sí, delante de mis primos!... En el baile me dejo llevar como me provoca, sabe? La moda es modal... Bueno, estuve un poco fuerte. No se ponga serio, tan bobo! Mire que Angelina no me perdonaría...

Luego saltó ligera, haciendo balancear la lancha otra vez.

—Ahora sí cantemos!...

Los embites del mar se hacían cada vez más fuertes y un resplandor de líneas espumeantes iba colmando el horizonte.

Esquivando el oleaje viraron hacia los esteros; y entre angostos canalones de verdura sortearon la distancia que faltaba.

Súbitamente, al volver un manglar, los deslumbró el paisaje. Frente a ellos estaba el islote de Bocagrande que interpone su esplendor entre la mansedumbre de los esteros y el límite aturbionado del mar ecuatorial. Es un bancal extensísimo, bajo un cielo de palmas, que comba el huracán sobre una playa inmensa, fina y curvada como ala de gaviota. Se alza el mar ante el flujo rompiente del río Mira;

encrespa el horizonte en incesantes oleajes; trae su marejada en torbellinos de luz que van a reventar sobre la playa con el continuo rumor de cien cascadas. Mar del Cocal! Cielo de Bocagrande! Cuánta belleza para tan pocos ojos que la han visto!

Desembarcaron todos y corrieron por la húmeda arena de la playa, persiguiendo las olas que huían y volviendo a esquivar hacia la orilla el salto del oleaje.

—En el frenesí de la carrera llegaron al vértice mismo del islote, en cuyo límite aborascado y entre los mástiles de las palmas sostienen sus chozas como pajareras algunas humildes gentes de color.

—Bañémonos todos! —gritó Ernesto.

—Sí, bañémonos. Y va a verme bracear —le respondió Gabriela—. Así comprobaremos quién puede más y quién no iba a salvarme...

Carmenza, indecisa, miró a los muchachos. Vaciló un instante. Luego dijo serena:

—Papá, vamos a bañarnos, te parece?

—Magnífico si quieren, pero sólo en la orilla porque el sitio es peligroso.

Angelina se había quedado pensativa. Ante las palabras de Carmenza afanosamente subrayó:

—Yo no me baño... Me siento resfriada.

Ernesto se quedó mirándola callado, mientras élla se encendía de rubor.

Carmenza acercándose, intervino:

—Oye Linita, bañémonos. Mira! Estamos empapadas, y mientras nadamos un poco el sol secaría nuestros trajes. Bueno, no vamos a exhibirnos porque sí. Son las circunstancias, y hay que ser sencillas. Si tú no te bañas yo tampoco lo haré.

—Sí... Está bien! —dijo entonces Angelina, con esa sonrisa suya en la cual parecía estar jugando la brisa—. Voy ya con ustedes.

Para Ernesto la escena rapidísima tuvo el significado de lo que podía ser el proceso de la ciudad distante en sus anhelos de renovación. La ciudad, recatada y austera, que ahora avanzaba en distintas formas hacia el modernismo de una vida que llegaba como resultado natural de los nuevos caminos.

Gabriela aceptaba con ardor las imposiciones de la moda. Exhibirse en una playa o en una piscina le parecía, a pesar de su recato, un acto de sencilla vanidad y de bello snobismo. Carmenza era en ésto la aceptación discreta, equilibrada.

Para ella no era la imposición de la moda, pues pensaba que había un límite impreciso, casi circunstancial, hasta el cual la muchacha moderna puede avanzar sin abandonar su pudor. Ella jamás se bañaría con amigos porque sí. Lo hacía allí, porque a su sencillez no le inquietaba el cerco de los ojos extraños donde advertía el respeto fiel. Angelina era en cambio la tradición ceñida que seguía en todo el consejo de una catolicidad ferviente. Para que la gloria pura de su cuerpo se desnudara fue necesario el delirio del paisaje, la insinuación de Carmenza, y sobre todo esa mirada interrogadora de Ernesto, quien en su bondad parecía insinuar un reproche a su timidez inconfesable.

Juntas las tres, con el leve atavío de sus shorts de moda, avanzaron sobre la playa como empujando el mar con la delgada brisa de su armonía.

Ernesto pensó que jamás la vida le había ofrecido la visión de un dón tan alto. Alzó los ojos hacia el sol, y al volverlos advirtió la emoción indecible de Luis, quien en ese instante las contemplaba hierático.

Ya en el alma de Ernesto se había hecho conciencia el amor apasionado del hermano; y ésto, a ratos, lo hacía sufrir. En días anteriores había dejado desbordar su radiante alegría, en medio de esa charla suya, elegante dicharachera. Pero, al advertir cierto interés en las miradas de Carmenza y el ceño de Luis, buscó volverse retraído, y en el paseo alternaba su alegría con hondas pausas de abstracción. En ese instante tornaba a recogerse en su mutismo; y casi separado del grupo se dejó llevar por los altos vaivenes del aguaje.

Los otros avanzaron animándose. Corrían las muchachas empujando las olas; y las olas las envolvían, las elevaban, y las arrojaban de nuevo hacia la playa envueltas en la nielada brisa de la espuma.

La tarde iba declinando; y el sol, como un inmenso globo encandecido, caía sobre la marejada en uno de esos ocasos marinos indescritibles. El oro de la tarde se incendió; y cada oleaje cobró entonces un vivo esplendor de llamarada.

—Dios mío, qué bello!...

Era Carmenza, quien en ese momento apoyaba sus manos en el brazo de Ernesto, mientras sus ojos crecían como el sol.

—Dios mío, qué bello!...

Y Ernesto miró atónito los ojos de la muchacha que, en elación de cielo y de llama, lloraban de belleza.

—Hermano, quiero que tú decidas mi vida en este instante.

Con estas palabras, Luis volvía a plantearle a Ernesto su problema, después de revelarle un suceso de su vida, aquel que en su concepto le hacía imposible el amor de Carmenza. La confidencia le había llegado a Ernesto haciéndolo volver hacia un tiempo distante:

—Te acuerdas de la muchacha de la venta de Chambú, aquella que llamábamos La Molinera?

—La Molinera?... Inesita Sáenz?

—Ella.

—Sí...! Qué lejano aquello!...

—Bien, pues, en dos palabras rudas: hace cinco años que vivo con ella... Te asustas?

—Por qué? Prosigue!

Luis se quedó observándolo perplejo. Luego le dijo con emoción:

—Gracias, Ernesto. Cómo has cambiado!... Te lo contaré todo brevemente. En la tarde del día en que enterramos a Manuelito Muñoz salí a Pasto, con el fin de darle la noticia de su muerte a la pobre madre del muchacho. Por el sobresalto de ese día hubo alguna frase áspera para Inés, y ella se aprovechó de esto para aceptar la invitación que le hiciera alguna persona de su familia para venir por algunos días a Tumaco. A mi regreso al campamento, y al informarme de su ausencia, comprendí que la quería. Me vine, pues; la asedié por todos los medios, y sentí su amor como una de esas grandes inspiraciones de mi vida. Pero la muchacha se defendió hasta lo imposible; y entonces pude evaluar lo que valen en virtud esas pobrecitas mujeres nuestras...

Hizo una pausa. En seguida continuó:

—Más tarde, cuando los trabajos de la carretera estuvieron en Ricaurte, ella volvió a la venta que allí puso su madre. Kilómetros abajo de la población tenía yo mi campamento, y siempre subía a verla. Nos amábamos, pero sin esperanzas, tal era el sentido de su superación. Pero un día la vida la botó a mis brazos. La madre de ella se volvió a casar y el padrastro de la muchacha quiso imponerle el matrimonio con un hermano que tenía. Este era un truhán; y se fue a vivir a la misma casa. Una noche, por la actitud resuelta de la muchacha, hubo un escándalo en el cual todos la ultrajaron. Yo pasaba con mis tragos por el camino. Comprendí la situación. Espolié el caballo y con su impulso derrumbé la puerta. Alcé a la muchacha sobre la silla en repentina resolución. Ella se abrazó a mí; y, sin que nadie se atreviera a decirme nada, me fuí con ella camino abajo...

Se quedaron en silencio. La imagen de la Molinera, al acercarse de nuevo al alma de Ernesto, perdía ese contorno idealizante que el tiempo le había dado. Volvía a traerle meditaciones casi desaparecidas, cuando principió a entender en su viaje lejano las diferencias etnológicas y de clase. Ahora reparaba otra vez en ese continuo cruce de caminos raciales que la vida de América había ido realizando a base de amor, o de sencilla entrega, de asalto voluntarioso. De esa manera había ido creciendo el caudal del mestizaje, con el neto predominio del blanco sobre el indio y las superaciones del mestizo, con el vago aliento de otras sangres, y el repinte de la mulatería. Con las taras y virtudes de unos y otros; pero llevando en su caudal un tácito sentido de adaptación; y floreciendo al fin en la concreción de un nuevo tipo humano, en el justo equilibrio de la tierra y de la sangre.

—Tienen algún hijito? —preguntó.

—Sí. Uno... ya está grandecito. La muchacha me ha seguido discretamente en todas mis correrías. Hace meses la traje a Tumaco y aquí tuvimos el primer disgusto. Me estaba enamorando de una bella muchacha, y la Molinera intervino con una resolución que no le conocía: "Eres libre aún —me dijo—. O con élla o conmigo, decídetelo! No seré un obstáculo; pero si haces algo a mis espaldas sentirás que soy capaz de todo". Pobre mujer! Y es tan bella y buena todavía. Ha crecido tanto su cultura a mi lado, que muchas veces he creído que con élla se pasaría toda mi vida. Supo que estaba enfermo, y se fue para San Bernardo. Está hace 10 días esperando mi regreso...

Ernesto principiaba a temer algo inesperado; y lo inesperado vino.

—Mira, Ernesto. En la mañana del día en que tú llegaste a Tumaco casi obtuve un "sí" de Carmenza. Luego ha cambiado algo, pero tengo la secreta seguridad de que me quiere. Yo podría presentar hoy mismo la renuncia del puesto que tengo y seguir con éllas para Pasto. Voy a recibir tres mil pesos por la participación en unos aserríos, de lo cual no te había dicho nada. En Pasto tengo ocupación. Todo, pues, se facilita. Y si la familia de Carmenza me admite, antes de tres meses puedo ser el hombre más feliz de la tierra...

Luego concluyó:

—Ahora, quiero que decidas de mi vida, con ese sentido moral y humano que tú tienes. De un lado, la pobrecita mujer que ha sido mía durante cinco años, y a quien no podría volver a ver. Del otro, aquello que pudiera ser la aspiración perfecta, lo que los dos ambicionamos como orgullo de nuestros viejos. Ernesto, te juro, que lo que tú digas lo haré...

Ernesto valoró en ese instante su vida toda. Una palabra, y el amor de Carmenza tal vez sería suyo, y se salvaría en el hermano la mísera ilusión de la muchacha

que, una noche lejana, trenzó para él en la alegría de un bambuco todas las armonías y todos los dolores de su gente. Una palabra suya... y a su corazón llegó la voz entrañable de las dos hermanitas que tanto habían soñado en la suerte propicia de Luis, cuyas visitas al hogar, para el cual trabajaba, hacían fulgurar de gozo los ojos ciegos de su padre...

El consejo fue instantáneo, preciso:

—Oye, hermano. Sigue a Carmenza, y sé feliz con ella! Lo demás, Dios lo arreglará...

Lo demás, era la muchacha que esperaría en vano el regreso de Luis. Lo demás, era su propio corazón que sangraba entre el gozo amargo de la dicha que ofrecía.

Esa misma tarde Luis y Gabriela y la familia Eraso se embarcaron para Barbacoas. Ernesto se quedaba en los trabajos del Ferrocarril, en el ejercicio del cargo de visitador que traía desde Bogotá. Más tarde, algún día, subiría a la ciudad. Esa fue su promesa al despedirse.

Después, en espera de la canoa que debía llevarlo hasta Aguaclara, se quedó sumido en raras contemplaciones, mientras iba cayendo sobre el mar y sobre su vida la noche profunda del cielo.

Un barco anunciaba su salida. Algunas embarcaciones volvían. Al mirarlas, le pareció que su corazón era como un puerto también, entre el oleaje de la sangre y de los sueños. Un barco que llegaba, otro barco que partía. Así debía ser quizás para vivir en plenitud: abrir el corazón al universo, y dar y recibir algo cada día... Pero él pensó que todo lo había dado; y en las orillas de su anhelo sólo sintió la amargura del mar.

Capítulo VIII: El Cenagal

—Sáquelo pronto, que se hunde!... Así, así. Levántenle la cabeza. Muévanse, brutos!...

El negro semidesnudo hundió el pecho y los brazos en el fango. Upeó acezante, escarbando en la ciénaga; y ayudado por otro trabajador consiguió alzar el cuerpo del peón caído cuya cabeza casi desaparecía bajo el légamo.

Desde la orilla del fangal, en el lodoso terraplén de la vía, el capataz de la cuadrilla ordenaba la maniobra. Con gran esfuerzo trajeron al trabajador hasta su vera. Era una larga masa de barro putrefacto, de la cual descubrieron, frotándola con los dedos, el convulso boquear del rostro amarillento.

—Es difícil que se salve —indicó uno de los hombres—. Es un ataque de perniciosa.

—Y eso fuera del beriberi que ya le estaba llegando. Pobre Juan. Perra vida!...

—Si hubiéramos estado lejo se rejunde, pobecito —comentó el moreno que lo había sacado—. Yevémolo al rancho.

Ernesto se acercaba con el apuntador Matías Rodríguez. Hacía tres semanas que había llegado a ese sitio de Aguaclara, final de los esteros en la insalubre costa del Pacífico donde principiaba el Ferrocarril de Nariño. El cargo que traía desde Bogotá era el de Visitador Especial del Ministerio de Obras Públicas, con cuyo nombramiento se atendía a los reclamos hechos al Gobierno por una junta de defensa de los trabajadores. Ya los sumisos de siempre principiaban a reclamar. Algo se gestaba en el sencillo corazón de esas gentes. La fiebre de los cenagales hace languidecer la sangre, se chupa la vida. Pero el extravío de la fiebre es bueno, en ocasión. Hace saltar. Cambia el gemido por el grito.

Levantaron al hombre. De las oscuras pocetas del cenagal sacaron algunos mates de agua para lavarlo. En seguida lo condujeron al rancho más próximo donde lo friccionaron con alcohol; y cuando abrió los ojos, le dieron con dificultad un trago de quinina. El hombre convulso fue aquietándose entonces.

Nada más podían hacer por el momento. Nada más. El médico estaba lejos. Por la noche, en medio de la lluvia, lo bajaron a Aguaclara; pero ya era tarde. A un lado del chocerío de Chilví enterraron el cadáver en el panteón de la aldehuela, que era un claro de selva humeante como una charca. Había una palma altísima encapillando el sitio; y a su sombra, treinta cruces de trabajadores que se los comió la ciénaga.

—Esto no puede seguir así —decía Ernesto al apuntador Rodríguez—. Qué hacemos para hacer sentir el grito tremebundo de esta gente?...

—Yo sufro con usted, doctor; pero aquí, yo no soy sino un pobre pendejo. Quizás usted pudiera hacer algo.

—Ya tuve una larga conferencia con el gerente, con la asistencia del médico. En el fondo, hay alguna comprensión; pero me parece que se están acostumbrando a ver morir la gente como si fuera algo inexorable. Ya me quejé a Bogotá. O me atienden o nos lleva el diablo. No hay más.

—Ayer enterramos a otros dos trabajadores en Caunapí. Se fueron pidiendo un sorbo de agua que no pudimos darles. En los sombreros recogimos un poco de lodo, lo cernimos, pero ya no lo pudieron tragar. Otros siquiera alcanzaron a salir a Tumaco para morir como cristianos.

La selva se abría allí en la perspectiva de una gran avenida. La montaña se había desbrozado en una anchura de 60 metros; y por su centro iba el terraplén. Era una línea de légamo entre el desgarrado murallón de la manigua.

Desde Aguaclara, a doce kilómetros de Tumaco, y desde el mismo límite de las mareas salinas, partía el trazado del Ferrocarril hacia El Diviso, para encontrar un día la carretera que bajaba desde Pasto. El trazado desarrollaba una recta perfecta de 30 kilómetros, de Aguaclara a San Bernardo, en un plano de absoluta horizontalidad donde el agua lodosa no corría. Los esteros se extienden a la altura de la pleamar; y de ahí que toda esa inmensa extensión costanera, bajo el dominio hidrográfico de la selva, tuviera siempre la permanencia mefítica de un pantano.

Para construir la vía tenían que hacerse desagües de kilómetros y kilómetros, e ir formando el terraplén con tierra sacada de pequeñas eminencias de la selva. Más tarde, por la misma carrilera, se pensaba traer el balastro para el afirmado definitivo.

Los hombres tuvieron que trabajar, en aquella labor, con el agua fangosa a la cintura, bajo la lluvia de todas las horas, enfebrecidos por las emanaciones putrefactas de la selva, y succionados por millonadas de mosquitos que hacen odiar hasta el aire y sentir asco de la propia piel.

Cenagales aquellos del paludismo y de la malaria, tremedales de venenosos insectos; tórrido aliento del marañal donde el pian y el beriberi acendran sus zumos de extenuación! Allí fueron cayendo por centenas. Al la sierra mandó el mejor tributo de su fuerza para crear hacia el futuro la línea de una esperanza.

Una reacción de angustia y rebeldía colmó el espíritu de Ernesto, cuando después de la cordial acogida que le hicieron los ingenieros en el campamento, comenzó a recorrer la vía del ferrocarril en sus partes más desamparadas. Las caras de los trabajadores mostraban una macilencia de muerte; su alimentación era pobre, las medicinas escasas. Pero no fue su visión solamente, sino también el relato de tanta desventura lo que le produjo ese desconcierto que principió por ser reacción de reclamo para terminar en grito de protesta.

—Aquí cayeron tres de nuestra cuadrilla...

—Allá murieron dos.

—Bajo esas cruces sepultaron a todos los que aquí murieron hace un año. Los ingenieros decían que no había que asustar a la gente porque se paralizaba la obra y era mejor enterrarlos en silencio.

—Otros regresaron convalecientes y en el camino de la sierra se fueron quedando...

Ernesto volvió a enfrentarles el problema a los directores de la obra, quienes, como era natural, estaban mejor amparados, tenían campamentos con algunas comodidades, atenciones médicas, cerveza, rancho, whisky, y sueldos elevados que les compensarían en alguna forma la salud perdida.

El gerente explicó:

—Lo que he podido hacer se ha hecho. Lo demás es la fatalidad y para ella no encuentra usted remedio. O hacemos el ferrocarril por sobre todo, o lo renuncian ustedes. La vida es de los fuertes, y en todas partes ha caído mucha gente a cambio de progreso.

Sí y no —le replicaba Ernesto—. Es fatal que la gente caiga, pero hay que hacer un esfuerzo supremo para defenderla. No basta tener un hospital en Tumaco. Hay que crear otro hospital en San Bernardo y otro en La Guayacana; y, además algunos puestos de socorro escalonados en distintos lugares. Hay que propor-

cionar a los trabajadores mejor alimentación, mejor salario, y sobre todo, hay que tener un sentido más hondo de humanidad. Esto no va a seguir así, se lo juro!

—Propóngalo usted! Propóngalo! Le aseguro que de Bogotá ordenarán que, por los gastos crecidísimos, se suspenda la obra. Usted sabrá muy bien qué responsabilidad se lleva!

Ernesto trazó un plan admirable de asistencia para los trabajadores. Lo escribió con fe, con ansiedad, con dolor. Quiso imponerlo, pero se quedó solo en el papel. Uno, dos, y tres informes envió a Bogotá; y mientras eran considerados y atendidos siguió recorriendo los trabajos. El tiempo de la espera fue infinito.

En un rancho de Caunapí le tocó pasar esa noche. Un hombre atacado de beriberi murió a la madrugada. Nada se pudo hacer por él.

Al otro día, un muchacho de la cuadrilla 14 pereció desangrándose. Un árbol que cortaba, le tajó el brazo sobre el codo. Ernesto fue contando los minutos interminables de su agonía, cuando una urgente cabeceada de las venas hubiera podido salvarlo.

—Señor! —le dijo antes de acabar—. Le pido haga llegar a mi familia esa mochila con mis cosas... Que plata no les dejen. No me alcanzó... Pero que morí como un macho...

Arriba, más arriba, y a todo lo largo de la vía lo sorprendió la misma realidad. Un mes, dos meses duraban los trabajadores. Los morenos de la costa, más aptos para el clima, se engancharon en escasísimo número, porque se habían acostumbrado a una vida perezosa por la forma de su trabajo anterior dedicado a la fácil recolección de la tagua. Fue, pues, la sierra la que tuvo que mandar los equipos humanos necesarios para la brega formidable. De allá llegaron, atropellándose, las peonadas. Empleados del ferrocarril recorrían las veredas; entraban a los poblados entre grandes manifestaciones patrióticas; describían la vida de Aguaclara como llena de un confort perfecto y ofrecían salarios dobles de los que se pagaban en los campos.

—Al ferrocarril! A Aguaclara!...

Era la palabra ardiente, empujadora. Y los campesinos dejaron la paz de sus burgos para hundirse en la insalubridad de la manigua.

Ya al sentir la asfixia del clima comprendieron que los jornales eran injustos e inaceptables. Un peón de pala y palendra, ganaba ochenta centavos. Un mes después, o dos a lo sumo, el ferrocarril aventaba en ellos gentes agotadas, casi esqueléticas, que volvían a languidecer a la sierra, cuando no dejaban la vida en los rincones sin nombre donde hasta las cruces misericordiosas se hundían en el fango.

Hubo una escena violenta entre los ingenieros y Ernesto; pero éste se confundió ante las objeciones que se le hicieron. Su cargo era de observación tan sólo; un puesto de engañifa para acallar reclamos. Quiso imponerse, con todo, creyendo que de Bogotá lo respaldarían, pero nada sacó. Pidió, protestó, clamó con palabras encendidas; y al fin se sintió impotente ante la inmensa miseria que contemplaba.

—Aquí a nadie se esclaviza —le espetó desafiante uno de los ingenieros—. Quien quiere venir, viene; y el que quiere, se va. Aquí a nadie se insulta, ni se patea. Informe lo que quiera, pues. Nosotros sabremos desmentirlo.

—Acepto el reto. Pero por justicia, por humanidad, seguiré exigiendo un mejor salario para los peones. Que se triplique o cuadruple el costo de la obra, pero que esta gente tenga siquiera la defensa de algún dinero para poder curarse cuando salga. ¡Qué nos importa que sea el ferrocarril de costo más económico en Colombia, si en cada polín hay un esqueleto y todo este barro asqueroso está manchado de sangre!...

Los informes de Ernesto se perdieron entre el papeleo de los ministerios. A la distancia, un peón era un signo numérico no más, igual que la herramienta que amohesida se bota. La desidia elegante no podía comprender la urgencia desesperada; a más de que era una valiosa nota de publicidad la del ferrocarril construido con tanta economía. Un día, al fin, se llamó al gerente para tratar de arreglar en algo la situación. Pero, ya para entonces, la obra había vencido los sectores de mayor inclemencia; y en la manigua civilizada ya y rumorosa un día por el pito de la locomotora, quedó olvidado el incógnito dolor de un pueblo, el de aquellos humildes e ignorados que debieron entregar su sangre para que otros vivieran.

—Allá está San Bernardo, doctor —le indicaba a Ernesto el Apuntador Rodríguez—. El clima es mejor y en el pequeño caserío se puede encontrar alguna comodidad. El campamento de los ingenieros es bastante comfortable. Lo construyó el finado doctor De la Espriella. Por su memoria la estación llevará su nombre.

En seguida, haciendo el comentario de ese nombre, agregó:

—Fue todo un varón. Con cuarenta grados de fiebre salía a dirigir los trabajos. Un día, se hallaban inactivas varias cuadrillas de peones porque faltaba señalar un rumbo. El doctor De La Espriella se había quedado solo en San Bernardo, casi rendido por la malaria. Pero informado de lo que pasaba, se hizo sacar en una camilla. Fijó el teodolito, marcó el rumbo, y echó la gente a trabajar... Dos días después murió. Yo lo ví. Se quedó con las pupilas inmóviles, medio cerradas, como cuando iba a señalar a la distancia un Punto de nivel...

Mientras avanzaban, y se extendía sobre el corazón de Ernesto la sombra del sacrificado, volvió a sopesar su vida y la vida de aquellos que lo rodeaban. Son "libres" le había dicho el ingeniero. Y ahora comprendía que esa libertad era irrisoria. Ser libre —pensaba— no es sólo poder gritar denuestos contra el presidente de la república en una plaza pública sin que nadie lo lleve a la cárcel. Ser libre es tener libertad de vida y de trabajo... Los que sucumbieron allí no eran libres, porque las circunstancias fatales los obligaron a curvarse en el cieno para ganarse un pan... El tampoco había sido libre cuando en Bogotá deambulaba calles, rebelde de aspiraciones, pero agobiado de angustias por la falta de trabajo, y sin poder fijar un rumbo cierto para su vida. Ser libre...

—Doctor!... Doctor!... Don Ernesto!...

La dulce y emocionada voz que lo llamaba le hizo volver la cabeza. De la primera casa que había en el pequeño poblado salía apresuradamente una muchacha.

—Ya no me conoce, verdad?

—Sí... Sí... Inesita! Pero has cambiado tanto!...

Era la Molinera, quien al saludarlo, le tendía su mano con la misma juguetona sonrisa de otro tiempo que iluminaba ahora el rostro palidísimo. Su mirar fulgurante, pero más sereno. El cuerpo esbelto aún.

Ernesto se sintió invadido por un desconcierto supremo. Sabía, claro, que iba a encontrar a la muchacha; pero la dulce cordialidad con que ella lo acogía le llegó como una cosa amarga, avergonzándolo. El había jugado la suerte de esa pobre vida, cuando Luis juró que haría lo que Ernesto determinara.

—Si lo estaba esperando... Ya sabía que usted venía, pues él me hizo llegar un recadito antes de embarcarse. Mire, aquí vivo con la familia Cortés, doña Clotilde y su marido quienes me acompañan.

Insinuándole que entrara, añadió:

—Casita de pobres, qué se hace!... Pero si él estuviera seguiría siendo un cielo. Voy a prepararle un refresco, y después conversamos. Entre usted también, señor Rodríguez, que aquí hay sitio para todos.

Ernesto tuvo que fingirse enfermo para abreviar en lo posible la entrevista. Una inmensa desolación lo llenaba. Expresó que estaba esperando carta de Luis, y que regresaría a verla al día siguiente. Luego, evocando el pasado para no hablar del presente, se refirió a la lejana fiesta de Chambú cuando los dos se conocieron.

—De allá partió mi camino —le dijo la muchacha—. En ese tiempo mi vida en esas rocas me afanaba. Pero ahora recuerdo con ternura tantas cosas de allá.

La gente buena. Nuestras fiestas. Las explosiones de la tarde que me hacían pensar que él estaría preparándose ya para bajar a nuestra venta...

En el alma de Ernesto volvió a agigantarse el eco perdido de las rocas. Chambú surgía otra vez como un símbolo solitario. Allá, sobre la piedra, había quedado el camino firme y seguro. En su corazón sólo el recuerdo de las sendas innumerables que su voluntad trazara cada día, para borrarlas otra vez con las arenas movedizas de sus sueños.

Cuando, entrada la noche, llegó Ernesto a la posada donde se hospedaba, el Apuntador Matías Rodríguez le entregó la carta del hermano.

—Venían dos —indicó—. Esa para usted, y la otra que ya la recibió doña Inesita.

Ernesto abrió la carta. Era breve. En ella le hablaba Luis de la posibilidad de su matrimonio con Carmenza para dentro de poco tiempo. Le suplicaba, además, que entregara la otra carta a la Molinera, con quinientos pesos, y que procurara que la muchacha no volviera a Pasto, pues su presencia podía ser fatal para su enlace.

Torturado hasta lo imposible se dirigió a beber a la pequeña cantina. Ya era tarde para todo. En el estanco había alguna gente. Lo saludaron, pero se hizo a un lado. Una gran pesadumbre lo agobiaba y hubiera querido perderse en la noche.

Dos horas después salió casi embriagado. Vió luz en la casa de la Molinera, y sin pensar en más se fue derecho a ella.

La muchacha estaba sola, tenía los ojos arrasados en lágrimas, y la mirada que le dirigió fue de rencor profundo.

Ernesto entró, y se sentó sin decir nada. Afuera llovía. Sin cruzar palabra, y esquivando las miradas, permanecieron largo rato como si fueran dos enemigos.

—Cuando quiera salir, para no volver más —dijo ella al fin—, ciérreme la puerta que estoy arreglando mis cosas para irme.

Ernesto sacó entonces los quinientos pesos y se los alargó. Pero ella se levantó violentamente y le arrojó los billetes, mientras le decía con extraña voz:

—Usted debió saberlo todo y ha venido a engañarme también... Se equivoca por mí. Tengo más orgullo de lo que se imagina. Sálgase que su presencia me hace daño. No podría resistir más, y no quiero ofenderlo... Sálgase!

—Yo no me salgo así. También tengo mi orgullo... Sólo he entrado aquí para cumplir una misión que me apena realmente. Te lo aseguro. No sé... Pero, viendo tu desgracia, también me siento desgraciado.

—Ah! Viene a considerarme?... Eso si no lo admito jamás. Nadie se me ha muerto, sabe? Y usted tiene la misma sangre y el mismo nombre de quien me está afrentando...

Luego, se puso a llorar. En el alma de Ernesto las lágrimas caían ardientes, acusadoras. Tuvo impulsos de descubrir su participación, de pedirle perdón. La muchacha seguía sollozando y querellándose:

—Así tenía que ser!... Así lo supuse cuando me defendí hasta la muerte, aunque hasta la muerte lo quería... Malditas clases sociales! Les basta un nombre más alto, para que lo enloden todo, el amor, la decencia y la vergüenza!...

—No es por conveniencia el matrimonio de Luis —se atrevió a decir Ernesto, sintiendo el insulto en su propia carne—. El la ama también...

La terrible palabra partió el corazón de la muchacha, que sumiendo la cabeza entre los brazos se inclinó doblegándose en un espasmo de desolación. Ernesto, al verla así, sintió un pesar supremo, una ansiosa piedad que parecía llenar toda su vida; y pasando su mano sobre las crenchas revueltas de la muchacha, le insinuó algo que lo asombró a pesar de su embriaguez:

—Perdóname!... Si tú quieres, y te lo juro en este instante, yo seguiré cuidando de tí...

Ella se alzó atónita. Ernesto jamás sabría lo que expresó aquella mirada que fulgió abrasándolo, para dar pábulo a un arrebató de fiereza. La muchacha saltó hacia él, haciéndolo retroceder.

—Sálgase! —le dijo enronquecida—. Yo no le estoy pidiendo nada, desgraciado!... Sálgase, antes de que me muera!...

La cabeza de un hombre alto y mal encarado se perfiló en la puerta. Era un sujeto que venía rondando a la muchacha, en ausencia de Luis. La Molinera lo vió y le gritó enloquecida:

—Mira! Entra... Soy libre, y quiero ser tuya esta noche... A ver, quién me lo impide! Pero debes sacar a este hombre. Hazlo si eres varón!

El sujeto se detuvo confuso en el dintel de la puerta, y se quedó mirando con recelo a Ernesto. La muchacha volvió a gritarle:

—Sácalo! Pronto!...

El hombre avanzó pausadamente. Pero se contuvo otra vez, mientras decía:

—No sé quién sea usted. Pero aquí sobra uno. Salga, pues!

La borrachera de Ernesto principiaba a disiparse. Retornaba a su varonía. Incorporándose exclamó:

—Si te atreves acércate... A mí no me saca nadie, miserable! Si vuelves a llegar aquí te pisaré la cara contra el lodo.

El hombre desenfundó un largo cuchillo. Ernesto echó la mano atrás sin decir nada, y avanzó dos pasos. La Molinera los miraba con ojos entenebrecidos. La actitud de Ernesto debía gritar la muerte, porque el hombre se ladeó, dió un paso hacia afuera y se perdió en la oscuridad.

Entonces Ernesto, sin decir una palabra más, salió también. Afuera se tropezó y cayó. Rabiosamente hundió la cabeza en la masa oscura de la charca; y el barro subió, anegándole el alma.

Se levantó y entró al estanco. Allí estaban bebiendo dos ingenieros, con algunos capataces y otros hombres. Estaban ebrios y charlaban groseramente. Ernesto pidió un whisky. Uno de los ingenieros lo reconoció. Era aquel con quien se había peleado en favor de los trabajadores.

El individuo principió a hablar en voz alta, exagerando la espaciada modalidad con que pronuncian los finales de frase ciertos grupos de población del sur de la República. Forma del típico decir, ni más ni menos defectuosa que otras maneras usuales en los diversos núcleos populares de Colombia.

Ernesto estaba sombrío, pero supo despreciar por mezquina la intencionada provocación. Sin embargo, el ingeniero quería guapear sin duda; y respaldado con el grupo de gente que lo rodeaba, abocó en mala hora la taciturnidad de Ernesto.

—Oiga, doctor! Para que lo informe a Bogotá voy a contarle que hoy despedimos a la cuadrilla que usted quiso soliviantar contra nosotros... La despedí yo, carajo! Ponga telegramas, proteste, háganos huelga. A ver quién vence a quién!...

La tragedia zumbaba en la noche. Color de tierra tenían entonces las caras de los hombres. Ernesto se acercó al ingeniero. Con voz opaca le dijo:

—Usted no puede haber hecho eso... Sería criminal. Míre. Si nada puedo hacer desde el puesto que tengo, de hombre a hombre sabré cobrarle la canallada que comete.

—Usted?... Para que lo sepa doctor, ya le suprimieron el puestico de soplón que tenía. No nos dejamos sobar de nadie. Para algo tenemos influencias...

—No me importa lo mío. Pero le juro que si mañana no restituye a la gente que ha botado lo foetearé delante de todos.

—A mí? Oiga! A usted y a su gente me los paso cien veces por las narices, gran...

El puño fuerte y rápido de Ernesto cayó sobre el sujeto, lanzándolo hacia atrás con la boca partida. El otro ingeniero se incorporó al momento, y arrojó un vaso de cerveza a la cara de Ernesto; pero éste lo esquivó, y de un derechazo sumió al individuo debajo de una mesa.

—Buen mangazo! —voceó un muchacho trabajador—. Voy a llamar a sus amigos.

Ante la actitud de Ernesto, el dueño de la venta saltó con un leño en defensa de los ingenieros. Ernesto dió un salto esquivándolo; boleó una silla y se la descargó sobre la cabeza.

La gente gritaba en medio de un gran alboroto. El primer ingeniero se levantó borboteando sangre y pidiendo un arma. Una mujer le alargó un machete. Ernesto ganó un rincón de la pieza y desenfundó el revólver; pero uno de los caídos se lo quitó de un puntapié. Estaba desarmado. Aquello pasaba con una rapidez de instantes.

—Reinaldo, tirale —rugió una voz.

El sujeto cobarde y mal encarado, que había pretendido entrar a la casa de la Molinera, avanzó cubriendo la puerta y blandiendo su cuchillo. Iba a tenderse para herir, cuando un tremendo botellazo que le asestaron desde el umbral de la puerta lo precipitó contra el piso. Ernesto, agachándose, empuñó nuevamente su arma. La hizo girar, encañonando al grupo, y salió. En la sombra de la puerta estaba la Molinera, quien con el botellazo a tiempo lo había librado de la muerte.

Dejaron la venta. Se abrieron en la noche bajo la lluvia incesante, hasta encontrar al Apuntador Rodríguez que llegaba apresuradamente a respaldar a Ernesto. Frente a la casa de la muchacha el matrimonio con quien vivía arreglaba ya las maletas para el viaje.

La muchacha indicó:

—Pronto, don Ernesto! Hay que salir inmediatamente de aquí porque los ingenieros tienen su gente y son capaces de todo. Tenemos que bajarnos a Tu-maco sin perder momento. Por fortuna el teléfono está interrumpido. Nosotros vamos siguiendo; y usted y el señor Rodríguez tienen tiempo suficiente para sacar el equipaje y alcanzarnos en el camino.

—Gracias! —dijo Ernesto emocionado—. Esta noche mandas tú...

—El que manda es el destino. Vamos siguiendo con él... Adiós don Ernesto!...

Y, sin volver la cabeza, se perdió entre la tormenta.

Momentos después Ernesto siguió también camino abajo con el Apuntador Rodríguez; pero en toda la noche no consiguieron alcanzar al grupo de la Molinera.

Con el día llegaron a Aguaclara, esquivando los campamentos, y en una canoa siguieron para Tumaco.

Tarde ya desembarcaron en la escalerilla del hotel.

—Es mejor que se bañe y se cambie de ropa, pues está totalmente cubierto de lodo —le dijo el apuntador.

Luego agregó:

—Descanse algo, doctor, que yo sé dónde debe haber llegado la muchacha; y con la nohcecita vuelvo a informarle.

Quando ya por la noche volvió, refirió lo sucedido:

—Usted me perdona, pero la niña Inés y los viejos no se bajaron a Tumaco, sino que anoche siguieron para El Diviso. Era lo mejor. Usted, en cambio, debía venir aquí. Ella me recomendó que le dijera que talvez viajaría para el Ecuador, y que nada temiera por la felicidad de su hermano. Eso es todo...

Más tarde, y después de despedirse del fiel compañero, Ernesto se tendió a descansar. Se sentía como deshecho física y espiritualmente, pero poco a poco consiguió serenarse. Ya el lodo quedaba atrás; y el rumor del mar, que hasta él llegaba en una leve querencia de resacas, fue ahondando y clarificando su ternura.

Para su vida espiritual el rumor del agua había tenido siempre una elocuencia indescifrable. Recordaba que así había sido en todo tiempo: el río de su casa, los quebradones cristalinos de la sierra, la lluvia pausada de las noches que parecía traerle en melodías de recuerdo la visión auditiva del paisaje.

Sentía caer el agua como si fuera transfundiéndose en el hondo vaivén de su sangre. Aún en su vida de las grandes ciudades esa melodía del agua siguió teniendo un claro predominio exultador. En Bogotá, en el hotel donde vivió en días atormentados, el agua de una alberca se vertía en las noches con un manso gorgoritear de música. Y esa canción, sólo sentida por él, serenaba su vida con la misma virtud que las sinfonías supremas de Beethoven.

Por un momento había pensado dejarlo todo otra vez. Alejarse. No volver nunca. Pero ahora retornaba al equilibrio de su reflexión y de su fuerza. Un agua honda iba lavando los zumos oscuros de su desamparo. Tornaban a elevarse en su corazón las voces distantes de su heredad; volvió a sentir la grávida armonía

del valle nativo. Era el reclamo de la tierra preferida, que subía hasta él desde el subfondo que abrió en el corazón la llaga de su angustia.

Regresaría, pues. Los caminos también vuelven; y él también volvería como se lo anunciara el presagio del Ambiyaco al compararlo con aquel ritmo del agua que señalaba los rumbos secretos de su destino. Iría a crearse un nombre de prestigio para alcanzar después posiciones de lucha, para clamar justicia, para redimir. Iría a darse a su gente, y ella le daría con el dolor su segura confianza.

La tierra suya, lejana y esplendorosa, se le ofrecía ya como un anchuroso campo donde debía avanzar con el paso seguro del sembrador. Así se lo figuró mientras su espíritu fluctuaba entre la marejada de sus nuevos anhelos. Y en la ficción creativa de su noche, entre el rumor del mar, hizo ascender su vida en la esperanza, y dejó caer su corazón como una semilla solitaria sobre los surcos de la tierra.

4 - EL SENTIDO DE LA TIERRA

Capítulo IX: El Espiritu del Paisaje

El sol llenó de tibia claridad el kiosco de enredaderas que formaba la terraza.

Don Ricardo Santacoloma, padre de Ernesto, se incorporó ligeramente. Extendió las manos temblorosas hacia la dulce caricia de la tarde, y alzó los ojos ciegos cual si buscara la luz.

Ernesto, acercándose, le arregló suavemente la manta que le cubría las rodillas. Luego se volvió hacia el paisaje.

—Qué tarde tan bella!...

Se contuvo al decirlo, temiendo ofender con su emoción el estado de su padre; pero éste lo animó con interés:

—Dime el paisaje, Ernesto. Yo lo llevo en mí mismo, pero me encanta oírlo repetir de tus labios. Después de tu regreso tengo la sensación de que encuentras algo nuevo en todas las cosas.

—Sí, es verdad. Me parece que era otro el paisaje que miré cuando muchacho; uno distinto, el que vivió en mi memoria a la distancia; y otro el que contemplo ahora...

—Estamos frente al volcán, no es cierto? Así siento el sol que en estos meses cae exactamente detrás del Galeras.

—Exacto, padre. Enfrentando nuestra visión está el Galeras, como tú indicas. En las mañanas todo es preciso en él: el cráter roquero, los declives encenizados, y los repechos sucesivos que se tienden hacia el valle. En seguida, adquiere

el color aquella variedad de los terrales fértiles, que se amorena en las lomas y se hace glauco en el cuenco de los sotos. En las tardes se desdibujan los contornos del volcán en un halo azuloso de penumbras. Así está ahora con la imponente de una enorme galera que flotara en la luz, tal como debieron verlo los fundadores que sabiamente le dieron ese nombre. A pesar de su elevación considerable, la luz caída parece reclinarlo sobre el mismo corazón...

—Sí!... Es bello sentirlo de ese modo.

—Pero te estoy hablando en forma demasiado lírica para conversación tan sencilla.

—Está bien así. La vida hay que vivirla con emoción. No hay alguna columna de humo?

—No, papá. Esta mañana había en la cumbre un vasto cimborio de nieve, lo que sólo se ve en algunos amaneceres del verano. Resplandecía entre las rocas como si la coraza gris de la piedra hubiera amanecido enjalbegada de plata. Al mediodía se había desvanecido. Pero fue extraordinario aquello. Cuando salí a la terraza, quedaba todavía un leve montículo de nieve frontero al oro de un trigal.

—Qué más miras desde aquí?

—Todo el valle y la ciudad también. El límite de las montañas es casi azul. Luego, más hacia nosotros, se suceden las colinas que tanto encanto dan a la comarca. En las colinas más distantes están los 21 pueblecitos de indígenas que rodean la ciudad. En las colinas más cercanas se ven cuadros simétricos de sembraduras y pastajes, algún establo, algunos setos de eucaliptus y un ondear de trigales en sazones de trilla. Todo se recoge en una sola visión. Por los altos de Aranda veo ahora rodar unos vellones. Por la carretera arriba va un automóvil venciendo una pendiente. Hacia los lados del Cerrillo el viento agita unas cometas...

—Y la ciudad?

—Aquí, junto a nosotros. Las calles rectísimas fulgen como pentagramas sobre el valle anchuroso. Hay un gran fondo de tejados; y las cúpulas de los templos dan al conjunto cierto relumbramiento de grandeza. Allí, las torres de las dos catedrales: la nueva, con sus cruces repujadas de plata; la otra, en el bruñido de la piedra con su media naranja de azulejos. Arriba, la Iglesia de Santiago, junto a la sombra de sus grandes huertos; y a la derecha, la Basílica de Jesús del Río rememorando el Renacimiento con sus 15 cúpulas magníficas.

Después de un breve silencio, agregó con la misma entonación de encantamiento:

—Vista la ciudad desde esta altura, parece que el campo formara parte de ella por la abundancia de los huertos y la cercanía de las labranzas. La tierra es de una fertilidad incomparable. Y, por eso talvez, debieron darle a nuestra Villa ese nombre que la esclarece, y que fuera simple si no tuviera el origen de los primigenios pobladores y ese tan claro relieve que lo significa: Ciudad de Pasto! Es decir, símbolo del campo, voz de fertilidad, ciudad que canta el himno de la tierra!... Míra, papá! Hay muchísimas palomas revoloteando sobre los tejados. Ahora va a pasar una bandada sobre nuestra altura...

Ernesto calló. Un tumulto de alas melodizó el silencio. El ciego, inmóvil, advertía la secreta visión, más allá de las pupilas muertas. Ernesto parecía tener también los ojos ciegos en el éxtasis. Y era como si buscara traer hasta su vida el perdido recuerdo de otro paisaje; quizás el mismo de ahora, pero aliviado en memorias de sueño, cuando lejos del valle nativo evocaba ansioso su belleza, y sentía la imagen pretérita mecerse en la dulzura torturada de su sangre.

Florencia, una de las dos hermanitas de Ernesto, subió corriendo a la terraza. Acarició al padre, y acercó su frente para que el hermano la besara. No era bella, pero sí muy atrayente y de una gracia delicadísima. Era como la madrecita de la casa.

Su voz, un tanto jadeante por la subida apresurada, refería el ligero paseo que habían dado:

—Al regreso nos encontramos con las Erasos. Están abajo con Yolanda y con Luis, y van a subir en seguida para tomar el té. Luis cada vez más feliz con Carmenza... Y Angelina, como interesándose mucho por este hermano tan querido que ya no quiere ilusionarse por nuestras pobrecitas mujeres. Qué opina el señor?...

Y se quedó mirando a Ernesto con esa dulzura íntima que la llenaba de luz. Yolanda, la hermana menor, apareció primero. Era alta, cimbreña y de una belleza alborotada. Adoraba a sus hermanos. Al entrar besó al padre con ímpetu, y fue a colgarse del cuello de Ernesto gorgéandole burlas y cariños.

Carmenza, Angelina y Gabriela entraron con Luis. Subían llenas de alegría, y el paisaje pareció entonces ampliarse en su belleza.

Saludando y chanceándose buscaron acomodo entre las profusas macetas de parásitas; y la conversación tomó ese colorido desordenado de las visitas familiares.

Hacia un mes que Ernesto había llegado a Pasto, y vivía en un clima emocional de afectos intensos y de nostalgia inconfesable.

Subió a Pasto, después de seis años de ausencia, como si fuera a fijar su tienda de trashumante en una tierra de promisión. Todo lo advertía renovado en su espíritu; a todo se acercaba con encendido afán de conocimiento, con anhelo de compenetración.

Pero ese proceso de reintegración a la tierra era eminentemente cerebral; del artista más que del hombre. Tocaba los fondos espirituales de su gente para sutilizar conceptos literarios; vivía el paisaje superficial para hacer con él juegos de imágenes. Pero luego volvía los ojos en un anhelo irremediable de horizontes. Pervivía su inestabilidad, su ansia viajera, su incurable fervor de alucinado.

Mientras organizaba su oficina de abogado, hizo vida social y asistió a algunas fiestas. Se encontró con una sociedad magnífica y brillante. Fue atendido y considerado; sin que faltara la ineludible ilusión por algunas muchachas que, en instantes fugaces, alcanzaban a acercarse hasta la altura de sus sueños.

Sus tendencias íntimas no se habían modificado. Parecía que buscara más que el amor una impresión de amor. Su vida se alimentaba de deslumbramientos.

Había en él un dominio eminente de introversión; y su sentimiento era un reflejo de su fantasía. Se emocionaba, con apariencias de amor, en raras ocasiones; y apenas recibida la impresión visual, se daba a un proceso de perfeccionamiento imaginativo, que lo convertía en adorador más de su propio sueño que de la imagen real. Amaba la sugerencia en todo; vivía el arte de los símbolos. Y de ahí su inestabilidad en desvíos y en querer, en fervores y en decaimientos. En instantes creía amar con toda su fuerza pasional; pero pronto volvía a cortejar más altos sueños, o ante lo imposible de ciertas aspiraciones, se sumía en una emoción de desamparo, en cuyo clima de ficción buscaba mantenerse en hondos halagos de adolecimiento.

Las Erasos y Gabriela volvieron a ser cotidiana presencia en el nuevo giro de su vida, ilusión por su galanía, halago por su bondad. En su trato frecuente extremaba su gentileza para con ellas, aunque interiormente pugnaba por evadir su influjo. No era posible. Ellas formaban, en diversa altura, como un dulce universo para su anhelo; y al tratar de alejarlas, más hondamente las magnificaba.

Carmenza, la novia de Luis, era entonces como una pena de amor, la de su esperanza que ardió pronto en sacrificio. Ya no debía pensar en ella. Pero, perdida ya para su vida, la enaltecía en atributos.

Angelina habría sido para cualquiera otra vida el prototipo de la mujer evangélica. Era linda y buena. Las alusiones de sus hermanas, y aun de Carmenza y de Gabriela, le indicaban el constante interés de la muchacha; pero no llegaba a sentir por ella esa elación aborascada que él pensaba debía ser el amor.

Ernesto la miraba con aprecio agradecido, casi con tristeza. Por qué Angelina no llevaría parejo a su idealismo ese calor vital que llameaba en el voluntarioso espíritu de su prima?

Al considerarlo, se quedaba abstraído observando con perplejidad las mudanzas desconcertantes que ofrecía el carácter de Gabriela, a la cual siguió tratando con ese desenfado elegante que se ceñía mejor a sus maneras. En aquel momento Gabriela se había abandonado al lento vaivén de una silla mecedora. Los brazos velutados trenzaban la cabeza y entallaban el busto con vehemencia firme. En sus movimientos descubría intencionadamente la rodilla. Y era su actitud, sin ser libre, una velada provocación al anhelo admirativo que advertía en los ojos de Ernesto.

El sonreía mirando el sentido que daba a sus actitudes, y trataba de establecer el límite de su significación. Gabriela se interesaba por él? No. Era su actitud la natural expresión de su carácter que buscaba atraer, aún para rechazar. Bueno. Y a él le interesaba? Tal vez desde cierto punto de apreciaciones. Claro, la muchacha era maravillosa, aunque no fuera su tipo exacto, ni menos su aspiración espiritual. Pero el sol quemaba, el paisaje resplandecía, y él, como en otras tardes, notaba que su despreocupación principiaba a perderse.

Y era que el carácter y la belleza de la muchacha se le ofrecían con un nuevo concepto de fuerza inadvertida. Era banal, pero ciertas manifestaciones artísticas la estremecían en forma extraordinaria. Era cambiable y hasta de duras franquezas, pero sabía decir la palabra oportuna para colmar el reproche de suavidades. Hacía un juego del amor; más, a veces, volvía al reposo de su señorío, y hacía pensar que era pura su visión de la vida, y que sus apasionamientos no indicaban sino la fuerza de su personalidad sin anclajes de fondo todavía. Tal vez sería así, pensaba Ernesto. Acaso si no existiera la predilección de Angelina que ella debía respetar, la muchacha podría prestarse a un "flirt" vibrante que tuviera el sabor violento de sus labios. Por qué así?...

—En qué piensa, Ernesto? —le preguntó Gabriela.

El se quedó absorto un instante todavía. Luego, sonriéndose, le dijo:

—En el amor que me contó. Vamos a prohibírselo, sabe? Usted debe ser de un rey o de nadie...

—Los reyes son para los cuentos que usted escribe. Ahora, las mujeres somos más sencillas. Nos basta un hombre que nos guste. No tanto romanticismo!... Bueno, no sé cómo explicarme, porque usted sólo anda por las alturas... No es verdad, muchachas?

—Injusta siempre... Míre. Lo que pasa con las mujeres de ahora, como usted dice, es lo que ha pasado siempre con algunas: se apasionan por el hombre que físicamente les gusta aunque sea un cualquiera... Los otros no interesan, o porque andan por las alturas o porque no sirven para el capricho efímero...

—Cuidado, Ernesto, que nos vamos a pelear otra vez. Cada uno tiene sus ideas. Diga, pues, qué es el amor en ustedes? Afección también instantánea, que después o se acrecienta o se acaba. Usted no va a amar a una mujer sólo porque se la recomiendan como perfecta, sino porque sencillamente le gusta...

—Natural. Pero las impresiones físicas hay que guiarlas, y contenerlas si fuere necesario. Lo amado debe responder a una excelstitud moral y espiritual. Hay que educarse para el amor, como para todo...

—Ya vuelve usted con sus filosofías. Oiga, Ernesto, para que lo sepa: al muchacho del cuento lo hice a un lado ya... Bien, pero no me hable más de ésto. Usted es maravilloso cuando deja hablar al artista, pero no me hace feliz cuando se pone a dar consejos. Por qué no le da consejos a Angelina?

—Pero muchachos, ya están riñendo otra vez! —terció Carmenza mientras Angelina se sonrojaba—. Ustedes jamás van a ponerse de acuerdo. Ernesto! Sepa usted que esta tarde defiendo a mi prima.

—Y yo también —expresó Yolanda—. No me gustan los predicadores fuera del púlpito. La vida es la vida. Qué va!...

Y luego, abrazando al hermano:

—Pero tú expresas la vida, claro!... Lo que pasa, muchachas, es que a Ernesto le falta un gran amor para que aprenda a ser un poco tolerante. Eso es. Un gran amor!...

—Niñas, niñas! —intervino entonces el padre, mientras Ernesto, complacido, las dejaba decir—. Ya volvieron al tema siempre importante de todos los días. Pero vamos a dejarlo, quieren? Porque a Ernesto lo van a derrotar aunque no tengan razón... A ver, Florencia, mientras sirven el té, pon en la radiola la música española que trajiste esta mañana.

Un instante después subió desde abajo el respunteo de la cadencia. Era un flamenco clásico en flor de guitarras y de castañuelas.

—Qué bello! —exclamó Carmenza.

—Olé! Olé!...

—Vamos! —dijo Ernesto—. La niña de los claveles. La niña del tronío!...

—Y la del amor! —exclamó Gabriela—. Míre, esa es mi alma: sangre y sol...

Un sordo y profundísimo rumor llenó de pronto el ámbito de la tarde. Se estremeció el aire, temblaron los cristales, se oyeron gritos afuera. Todos se levantaron emocionados.

—El volcán —gritó Luis—. Otra erupción!

—El volcán, el volcán!... —repetían las muchachas.

Se acercaron, estrechándose, al barandal de la terraza. Una emoción de atónito gozo los llenaba. El padre, que incontinentemente se había levantado al grito de Luis, volvió a sentarse con gesto resignado. Se quedó inmóvil, como reconstruyendo interiormente el prodigio que tántas veces contemplara antes de quedarse ciego.

Fue en el año de 1923 cuando el volcán Galeras volvió a ponerse en actividad. Su despertar inesperado fue de una imponentia atemorizante; pero, como se comprobara que la lava había encontrado un cauce en la vertiente opuesta a la ciudad, las nuevas erupciones no sólo se miraron sin recelo sino que fueron más bien esperadas como un gran espectáculo de belleza.

Hay épocas en que las erupciones se repiten casi a diario; y entonces el turbión de llamas y vapores se reduce considerablemente. Pero a veces también, por la obstrucción del cráter, los vapores sin salida se acumulan, y en el término de meses se sucede una de aquellas erupciones en que la tierra tiembla y los vapores encenizan toda la altura del paisaje. El sol se oculta tras el vértice mismo del Galeras, y cuando la negra marejada va tapando la luz crea en instantes mágicos el rudo contraste de la noche y del día.

Así fue en aquella tarde, después de que la nieve que cubrió la cumbre en la mañana se deshizo en aluviones sobre las solfataras que arden en la profunda concavidad del cráter.

Tras el trueno gigante, que conmovió la vastedad, un árbol súbito y sombrío ascendió de las cumbres que flamearon con un ondear de lavas en vorágine. Se espació sobre el cielo el oscurecente remolino; se cruzó de ráfagas candentes; cubrió el poniente al fin, como una tromba de negrura que cavilara sobre el horizonte en toda la majestad de su terrible grandeza.

La inmensa espiral fue velando el sol, cuyos rayos nielaron de plata la arista oscurecida. Se tamizó el azul de un humo amarillento y fue apagándose el vastísimo rumor, mientras que un estupor de crepúsculo, entre la media tarde del cielo, fue descendiendo hasta el valle como un hondo cansancio de belleza.

Todos estaban inmóviles en la terraza. Ernesto y Gabriela, ligeramente separados de los demás, habían abierto el leve follaje de una enredadera para mirar mejor, y sus cabezas casi se tocaban. La muchacha tenía los ojos asombrados, y sus labios se curvaban en un rictus de contención. Sin moverse, dijo con voz opaca, profunda:

—Esa es mi poesía, Ernesto. La que tiene esa fuerza, aunque sea fatal...

Ernesto se volvió hacia ella estremecido, como si la voz que escuchara y el gesto de la boca divina que la animara tuvieran más imperio que toda la realidad tremenda del paisaje.

—Ella es la voz de la tierra... la que yo debiera buscar, aunque fuera fatal! —se dijo maquinalmente, repitiendo en parte sus palabras.

Sus ojos miraron rápidos al grupo cercano. Por primera vez advirtió menos bella a Carmenza, quien se apoyaba en el brazo de Luis. A su lado, entre las macetas de jazmines, la cara de Angelina era casi como una flor. Pensó en ese momento que el sentido anhelado de una concreción vital estaba clamando en el alma y en el cuerpo de Gabriela. Su mano apretó nerviosamente el brazo de la muchacha, que pareció rebelarse pero que se quedó quieta. Su actitud lo confundió; y la atrajo de pronto como para besarla, pero ella se volvió rechazándolo. Ambos quisieron decir algo, pero se encontraron de frente a la silla del padre que parecía estar mirándolos con sus ojos estáticos.

Sin decirse nada tornaron confusos a la posición que antes tenían. La expresión de ella se volvió recelosa, casi ruda. El, sin verla ya, y en azorado afán de hacer o sugerir algo, extendió la mano para recoger la ceniza que empezaba a caer. Al hacerlo, sintió que todo se llenaba de una turbia tristeza, de un desconcierto indescifrable.

Lentamente dejó caer la ceniza sobre las flores amustiadas. Ella entonces se separó de su lado, mirándolo en los ojos con una mirada honda, reconcentrada, como de rechazo y de piedad.

Capítulo X: El Sentido de La Tierra

La ciudad fue fundada el 8 de diciembre de 1539 sobre el Valle de Atriz, en el amplio cuenco cordillerano convertido un día por los Quillacingas en tierra de pastores y de surcos.

Antes había pasado por el valle don Sebastián de Belalcázar, pero, sólo en aquel año de gracia, tuvo la Villaviciosa de la Concepción de Pasto realidades de Villa que se funda con sello de protocolo y ánimo de perennidad.

Los conquistadores españoles de la Nueva Granada relievaban en su generalidad las mismas taras y virtudes: fuerza batalladora y audacia aventurera; espíritu ambicioso, llevado a la codicia muchas veces; ociosidad, orgullo de tradición y de nacionalidad; vanidad de dominio, mística profunda. Nobles y plebeyos trajeron también aquel sentido aún no depurado del medioevo, entre caballeroso y romancesco, que debió irradiar en saludable influjo en el alma de los pueblos vencidos. De España llegaba el espíritu de una religión y de una cultura, el alto impulso de una civilización, y la plenitud de una lengua glorificada.

Con el afianzamiento de la conquista y la continua fundación de ciudades, el cruce racial debió prosperar en todas partes como hecho casi necesario de adaptación. No hubo conflicto ni resistencia. El indio aceptó y el blanco fraternizó. Las diferencias virtuales de la sangre fueron subdividiéndose. Los oleajes generativos, en continua fusión, no perdieron jamás el equilibrio de las aguas tranquilas; y el mestizo fue alcanzando poco a poco un étnico valor de esencia propia.

Los Quillacingas amaban el trabajo de la tierra, y este fervor se ahondó más al advertir la extraña soberanía; se reflejó en pautas de ordenación en el desarrollo de los nuevos conglomerados; cimentó el trabajo, y fructificó en bondad. Así

debió formarse en el Sur de Colombia ese tipo genérico del hombre hogareño, bondadoso y leal, aunque sin grandes ambiciones; apegado a la tierra y a la tradición; individualista en sus menesteres porque el intercambio era limitado; sano en sus costumbres; místico en sus expresiones; con un ambiguo complejo de timidez ante los extraños; pero valeroso para la guerra, abnegado para la vida, y heroico para el sacrificio.

Con indudable lentitud debió crecer la villa: templos, conventos, escuelas y barriadas. Lentamente también debió formarse el orgullo ciudadano. Después se ampliaron los mercados, surgieron almacenes y talleres y se acentuaron las diferencias de clase; y hubo entonces escudos nobiliarios en las puertas de las casonas, y rumor de ruelas en tiendas de artesanía. Pero la pasividad colonial siguió superviviendo, ordenada y monótona; sin que se perdiera para la ciudad el influjo glorificante de su valle, presente siempre en las ventanas del alma y del paisaje. Sin esa alegría, fruto de la tierra misma, la ciudad de Pasto hubiera sido de un tipo austero y conventual donde la vida hubiera corrido sin tiempo y sin memoria.

Más tarde advino el fragor de las guerras y la ciudad reafirmó el sentido de su heroicidad. Fue vilipendiada y martirizada. Llegó a ser símbolo de obstinación y rebeldía. Pero esto contribuyó a modelar su fisonomía espiritual. Le dió conciencia de grandeza, y creó su tradición.

Fue olvidada después. Mas en el aislamiento supo hacer su propia vida; hasta que pudo alcanzar al fin una mejor vinculación con el progreso de la república.

La villa señorial se había ido transformando. Ni moderna, ni antigua; tenía ya un definido atuendo de importancia. De un lado el confort creciente que ofrecen las poblaciones que empiezan a distinguirse y prometerse; por otro aspecto, esa leve pátina de antigüedad que subsistía en reducidos sectores coloniales. Lo español, en las calles y en las fachadas de contados edificios; lo moderno, en sus nuevas construcciones sobre las amplias avenidas. Lo arcaico, reflejándose en los tejados grises y en las feas casonas; lo nuevo, en el incremento de sus servicios públicos y en el despunte rectilíneo del cemento.

Así también las modificaciones del espíritu ciudadano que tendía ya a otra modalidad estética y a una mejor conformación de vida. Enfrentándose a la demasiada sumisión, un sentido de rebeldía. Junto a la bondad resignada, el asomo vindicativo. Ante la escolástica profesoral, la voz renovadora de las muchachadas nuevas. El sentido religioso saliendo del límite de lo demasiado severo. Las costumbres sociales en esa línea peligrosa que marca el equilibrio del puritanismo y del snob desenfadado. El alma fluctuando entre el quietismo y la inquietud. La ciudad nueva y la ciudad vieja en una lucha de posiciones físicas y espirituales, avanzando y retrocediendo, pero sosteniendo siempre, a

pesar de sus defectos, un gran fondo de virtud en la vida de los grandes como de los humildes y una reserva imperecedera en la estabilidad de sus hogares admirables.

Sobre esta síntesis de historia y de interpretación, Ernesto trataba de trazar un esquema de conclusiones. Cuál era el espíritu de su ciudad y de su gente, y cómo convergían en su propia vida las fuerzas de tantas sangres y el influjo de tantas mutaciones? Qué representaba en definitiva la gente de su solar ante la vida de otros pueblos? Y, universalizando más, qué sentido cabal tenía el mestizaje? A estos interrogantes lo llevaba su confusión espiritual, cuando pugnaba por buscar la tierra firme casi desaparecida bajo la niebla de sus sueños.

Hacia dónde iba él, hombre de América, con conciencia de tierra propia, pero con un bagaje intelectual de tantos siglos occidentales de extrañas literaturas?... Nuevamente sus conceptos de interpretación tomaban relieves demasiado literarios, sin que advirtiera que, para interpretar una raza, hay que ahondar en sus venas ocultas, y que para interpretar la tierra hay que hundirse en ella como las raíces, y sentir las semillas que germinan como sembradas en el propio corazón.

—Ernesto! —exclamó Antonio Segura—. Allá vienen las muchachas. Carmenza viene agitando su pañuelo.

Ernesto se volvió. Se había quedado absorto en la visión de la ciudad y en sus reclamos interpretativos, mientras que sus compañeros, Antonio Segura y Francisco Tamayo, se entretenían en tomar fotografías de los sectores de mayor viso terrígeno desde aquella cumbre que domina la ciudad.

Eran los dos amigos nobilísimos de Ernesto. Se habían conocido en Bogotá, donde vivían. Ahora realizaban un viaje de paseo y de negocios; y Ernesto los había invitado a una de las fincas situadas en las altas colinas que circundan el valle.

Como quisieran conocer uno de los típicos pueblecitos de indígenas, se separaron del grupo principal, y después de un rodeo a todo el galope de sus caballos se habían demorado a contemplar la ciudad y a esperar el resto de la caravana.

—Bella tu ciudad, y bellissimo el valle —apuntó Antonio—. Aunque ustedes no lo crean, muy pronto será Pasto una de las ciudades más importantes de Colombia...

—Nosotros?...

—No hago sino referirme a tus conceptos. Un día exaltas lo tuyo hasta el delirio y otro día te quejas del espíritu de tu gente. A mí, en cambio, la visión maravillosa se me entró al alma desde el primer instante; y espero ya el milagro

de la gran ciudad, pues gente que tiene ese paisaje y ama así el trabajo de la tierra, es capaz de todas las superaciones. Y, si quieres más, te diré: ciudad que tiene estas mujeres, es eterna ya, aunque el volcán mañana la sepulte...

—Gracias, Antonio! Estás elocuentísimo. En lo demás, no hay cuidado, porque el volcán es inofensivo, y sus erupciones nos sirven sólo para ofrecerlas como homenaje a quienes nos visitan.

—Mira, Ernesto! —decía entonces Francisco Tamayo—. Abajo en el sendero de esos trigales va avanzando un largo desfile.

—Sí. Es el Jubileo Circular. Cada domingo lo celebran en uno de los pueblecitos. Abren su capilla para el oficio divino; hacen la velación del Santísimo, y por la tarde lo pasean por el contorno de las labranzas.

La media tarde irradiaba sobre el verdor humedecido de los campos. Un claro campanilleo como de esquilas remotas llegaba a veces en el vuelo de la brisa. Abajo, entre los senderos que corrían a la vera de los trigales, iba pasando la pequeña procesión; y el áureo palio, en despliegue de luz, parecía hender como una quilla el manso ondear de las espigas. De todas las alturas, de todos los caminos, de todas las alquerías, los campesinos arrodillados contemplaban el desfile eucarístico que iba magnificando el amor sobre el paisaje de las plegarias. Se sentía crecer la tarde con la ternura de un latido.

—Qué extraordinario es esto! —exclamó Antonio—. Hay veces en que uno quisiera creer con todas las fuerzas de la vida.

En el camino del recuesto, las muchachas se habían bajado de sus caballerías, y seguían arrodilladas el paso de la procesión que se perdía ya entre las callejuelas del puebluco.

—Así están más bellas!... —afirmó Francisco—. Si hoy no me enamoro, ya no lo haré nunca.

—Magnífico —dijo Ernesto—. Si quieres yo te ayudo.

—A ver Ernesto, a tí cuál te gusta más?... Pero no. Mejor no me lo digas, que ya sé cómo eres de inestable en estas apreciaciones. Te aseguro que no has cambiado...

—Y mucho. La tierra me está haciendo cambiar. Ahora estoy modelando realidades. Soy otro.

Francisco le mostraba en ese instante algunas fotografías que le habían enviado recientemente de Bogotá; y al barajarlas, se le cayó una que Ernesto se apresuró a levantar.

—Por Dios! Qué muchacha tan divina!... —exclamó contemplando fijamente el retrato—. Quién es?

—Stella, una hermanita mía. Estuvo interna en un colegio de Bucaramanga. Luego, hace poco, regresó a Bogotá. Tiene una bella voz y adora el arte. Sabes? Se parece en algo a Carmenza, y es toda una personota por su seriedad. Mira, aquí está con Cecilia Portocarrero que a tí te gustaba.

Ernesto se quedó profundamente pensativo mirando las dos fotografías. Ya Stella había borrado toda otra imagen. Gabriela, que en esos días lo estaba ganando en interés, pareció obscurecerse fugazmente. Caviloso, volvió Ernesto sobre sí mismo, en rápida introspección. Era el de siempre, talvez no variaría jamás; y al comprobarlo, una gran tristeza, una honda perplejidad subió de su corazón. Stella!... El ansia de realidad que antes gritara como una afirmación para el futuro, se iba perdiendo al solo impulso de la visión ilusoria, de algo que en definitiva no era sino su propio sueño.

Las manos blancas de las muchachas escarbaron el papal en la gozosa hartura de la tierra. Los hombres sacrificaron la lechona. Las dueñas de la casa doraron los cuyes en los fogones de grandes piedras. Todo fue alegría jacarandosa. Así quisieron que fuera. Después tendieron los manteles en el gramal. Comieron al son de las guitarras, y bailaron en el amplio patio de la casa de la hacienda mientras iba descendiendo inadvertidamente la sombra de la noche.

Era la época de los grandes desmontes en las alturas de la sierra. Tres, cinco, diez fogatas parpadearon a la distancia, y fueron iluminando la mancha gris de las montañas. La noche cobró entonces profundidad fantástica.

Luis se acercó al mayordomo de la casa.

—Dime, José —le preguntó—. Cuándo van a prender el desmonte que tienen listo junto a la quebrada?

—Está en punto, doctor. Lo íbamos a prender ahora, pero no quisimos importunarlos.

—Qué va! Si sería extraordinario. Prendámoslo!

Luego, acercándose a Ernesto y a Antonio:

—Oigan! Se llevan a las muchachas a esa pequeña meseta del trilladero; y alumbrados por el desmonte seguimos bailando hasta que salga la luna. Así haremos el regreso sin peligro. Les parece?

—Admirable. Estás genial esta noche!

Mientras Luis se separaba con el mayordomo para realizar la faena, Carmenza contaba las fogatas distantes:

—Aquella es en Genoy. Allá estuvimos. Te acuerdas Gabriela?

—Mucho. Dicen que allá se dió una gran batalla en otros tiempos, cuando nuestra gente sabía fajarse bien los pantalones.

—Terrible, pero cierto! —exclamó Antonio riendo—. Que ahora estos muchachos no valen para nada. Pero aquí estamos nosotros para llevarnos a todas las muchachas lindas de esta tierra.

—Qué hacer? Nos las dejamos quitar! —dijo Ernesto.

Luego, mirando burlonamente a Gabriela que parecía interesarse por Antonio, agregó:

—Díme Antonio, a quién te llevas?

Pero Carmenza continuaba contando las luces en la sombra:

—Aquella fogata es en Catambuco...

Y Ernesto:

—Allá también les dimos palo a los del Norte.

—Otros, no ustedes...

—Aquella, como azul, es en los altos de Aranda...

—También allí?...

—También —respondió Ernesto—. Donde hay una fogata hay un recuerdo. Todas las colinas del valle están jalonadas de victoria.

—Ajá. Principiaron los discursos. Bien pueden quedarse con sus fogatas heroicas, que a nosotros nos bastan los ojos de las mujeres que las miran.

—Gracias, Antonio! —confirmó Gabriela.

—No era para tí! —le interrumpió Ernesto con chancera intención.

—Sí era, envidioso. Oiga! A usted lo dejamos contando las batallas que no ha dado, que para vivir la vida no sirve, ni aun cuando se atreve...

—Muy duro —terció Angelina—. Así no vale.

—Sí vale. Bravo, Gabriela!

—Bien, para que no sea presumido.

—Aló, muchachos! —gritó Francisco—. Prendieron el desmonte.

A dos cuadras de la casa los matojales y bejucos chisporroteaban lamidos por las llamas. Pronto el fuego ganó los árboles resecos, y fue extendiéndose por el amplio contorno del desmonte hasta que todo se iluminó con su creciente resplandor.

Por el repecho de la quebrada subieron los paseantes, mientras los peones recibían el fuego entre el vuelo de las chispas, el huracán del humo y el alegre ladrido de los perros.

Los hombres rasguearon tiples y guitarras. Las muchachas formaron una ronda. Todos voceaban alborozados:

—Que baile Gabriela!

—Que baile!...

—A ver, Gabriela, tu marcha de toros.

—No, no. Tu danza del sol.

—Bien. Canten nuestra danza del fuego! —gritó jubilosamente la muchacha que principió a bailar sobre el gramal de la colina iluminada por la gran antorcha del incendio.

Ernesto la observaba caviloso, con interés recóndito.

—Advierte, palpa el gran milagro de tu tierra! —le decía Francisco—. Tú eres un hombre irremediabilmente ciudadano; y mira: en tu ciudad lo que más vale es el espíritu del campo que le da a tu gente esa alegría. Es el alma de lo tuyo.

La interpretación era exacta. Ernesto se había perdido antes en tantas ficciones interpretativas, sin lograr expresar aquello tan sencillo, tan seguro y tan fiel. La alegría de la tierra, el alma de lo suyo...

Meditándolo, tornaba a acercarse espiritualmente a Gabriela. La voz de la tierra volvía a clamar en la muchacha; y toda su sangre tembló entonces cuando la vio levantar los brazos y ceñirse de salvaje claridad.

Gabriela, en tanto, había interrumpido el prelude de la danza, para ir a llamar a Carmenza que se había retirado.

Pasaba corriendo, jadeante, iluminada de ruda luz.

Enfebrecido y vehemente, Ernesto le dijo a Antonio:

—Es como una potranca sobre un pastizal...

—No seas bruto! No dañes el hechizo.

—No ves! Ahora el hechizado eres tú. Yo, en cambio, estoy interpretando a América,

—Pura sensibilidad europea... América es Gabriela!

La muchacha botó los zapatos para bailar con los pies desnudos. Cesó el trémolo de las guitarras y se hizo un coro de voces varoniles para cantar "El himno del fuego". Era un arpegio llameante y profundo, que algún músico terrígeno creó sobre motivos inspirados en las lejanas nocturnales de los indios que adoraban la tierra, el fuego y el sol.

Bebe la llama

el terral.

Arde en los surcos

la espiga candeal...

Sol que amanece

a crear.

Llama y latido

no más...

Gira en la danza

el cantar.

Arde en la noche

la sangre feraz...

Gabriela se había transfigurado, como si quisiera, en un instante solo, expresar el universo. No era una bailarina; pero en sus escarceos por las academias aprendió normas de técnica, fáciles para élla porque en la gracilidad de su cuerpo el sentido de la danza era como un don natural, casi perfecto. Lo demás lo crearon su espíritu y su corazón. No copiaba actitudes. Trataba de reflejar a

través de la música lo que ella advertía como trascendental en las emociones de su pueblo.

Agua y sol fueron los signos totémicos de los indios. El fuego era lo vital, porque sin el sol no era posible la vida. Alrededor de las hogueras bailaban las tribus en sus fiestas nocturnas; y sus danzas guerreras o religiosas fueron, con la orfebrería, sus mejores expresiones espirituales. La danza, pues, nació con ellos. Es universal. Ahora, la danza puede resucitar y crear la escultura de América.

El cuerpo de Gabriela seguía entonces el ritmo de las llamas en el ondear de todas las formas de la vida. Parecía que la música naciera de élla, y que el paisaje de la raza se meciera en su cuerpo. Luego, fue sólo llama!... Porque la danza es eso: interpretar la vida a través de la música; crearla a veces. Ser imagen de toda melodía. Realizar la escultura de la música y darle al movimiento ritmo de arpegio y lineamiento plástico. Por éso a veces sabe ser creación; y bien puede caber el universo en la curva melódica de las manos que danzan.

Cuando la cabalgata atropellada bajó a la ciudad, ya bien entrada la noche, Gabriela y Ernesto marcharon solos por algunos momentos. El hizo en ese interludio el elogio de la danza tan extraordinariamente bailada por élla. Su voz había adquirido un timbre de suprema calidez, de soberano dominio. Gabriela, gozosa, se sentía mecida en claridades de belleza.

—Usted sí me comprende —le dijo—. Aunque a veces me parece tan raro... Así debía ser siempre!

—No siga, Gabriela. Hablando así está más divina que nunca, y puedo cometer una tontería...

Ella rió con complacencia. Estaba como embriagada por un intenso júbilo; y al advertirla en ese estado, Ernesto pensó que era un instante único en su vida, y que Gabriela debería ser alcanzada sin titubeos y sin frases, con la misma celeridad que sus caprichos imperiosos.

—Usted... en esta noche es la vida! —le dijo él—. Toda la vida!

—Cuidado, Ernesto —le respondió élla mostrándole una de las hogueras—. Yo no soy sino éso: lo que se quema... y las brasas no se tocan.

Ernesto frenó rudamente su caballo, interponiéndolo al que élla montaba. Rápido ciñó el cuerpo de Gabriela, y la besó en la boca. Ella dió un grito, y lo rechazó. Se echó atrás, esquivándolo; y foeteó frenética su caballo.

—Quítese! Déjeme! —le dijo jadeante—. El arte es una cosa y el amor es otra... y usted no será para mí, se lo juro!...

Alcanzándolos ya, llegaban en bullicioso atropello las risas y las voces de las otras muchachas. La ciudad se miraba cercana en un fosforecer de luces. El camino se ampliaba en el descenso. Junto al caedizo de unos tejares unos chicuelos jugaban alrededor de una luminaria de hojarascas.

Una niña decía:

—Si la saltas me dejo abrazar...

Y un chico, saltando:

—Señora Santana

por élla me voy a quemar!...

Y el coro giraba y cantaba:

—Señora Santana,

se van a quemar... se van a quemar!

La luminaria trenzó y desdibujó sobre el camino la sombra fugaz de los dos jinetes, que hicieron un alto instantáneo, para alejarse luego en dirección a la ciudad, uno tras otro, al rudo bote de sus caballos desbocados.

Capítulo XI: En Los Cerros del Imapa

El cabrero hizo girar la honda en vuelo rápido. Avanzó algunos pasos recogién-dose. Y de pronto tendióse, soltando el cabo de la huasca, como si fuera a hen-der la altura con el arpón de una ballesta. Cimbró el aire partido por la violencia del guijarro que fue a dar, doscientos metros más allá, sobre el peñasco donde posaba la inquieta pareja de cóndores.

Uno de ellos fue alcanzado por el rebote del pedruzco. Se agitó en estertores, y cayó con la cabeza deshecha al fondo del barranco. Se alzó el otro en vuelo fulmíneo. Tomó altura. Cruzó huracanado sobre la cabeza misma del cabrero; y como emulando el impulso de la piedra lanzada por él, descendió hasta la planicie donde se agrupaba la pequeña vacada. De un recio aletazo hizo sal-tar al animal más bello que abandonó su recental; sobre el cuello de éste se cerraron sus garras, y, llevándolo en vilo, se elevó hacia las cimas del Imapá en desafiante esplendor de poderío.

—Otro día caerá! —masculló el cabrero viéndolo desaparecer en las alturas.

Sinembargo, la torva mirada que le lanzó pareció iluminarse con un relumbre admi-rativo, como si el asalto audaz que presenciara tuviera el valor de su propia rudeza.

El hombre se acercó con lentitud al cóndor muerto, que era un bello ejemplar de esas aves voraces que abundan en ciertas regiones abruptas de los Andes. Negro el plumaje que se empavona en el cuello con una gorguera albísima; remos potentes que alcanzan a veces un despliegue de tres brazas; pico afilado y corvo, y garras inmensas como las manos del cabrero.

El hombre lo agitó con insania. Lo iba a alzar, cuando se contuvo al mirar el declive ríscoso que llevaba a la planicie donde se encontraba. Otro hombre

subía por allí. Y, en tanto que comprobaba su identidad, el rostro cetrino del cabrero iba palideciendo. De un salto se ocultó detrás del peñasco. Recogió la honda. La templó entre los brazos poderosos y puso en ella el mismo pedruzco con que antes destrozara la cabeza del cóndor.

—Pudiera matarlo así... —se dijo—. Pero no: tiene que ser frente a frente.

Se tentó el cuchillo que cargaba en la faja y, sofrenándose para no correr, bajó bordeando los altos pedrejones del declive.

El cerrote del Imayá es una de las tántas prominencias que forma el Galeras en sus sureñas estribaciones. Su nombre quechua "hacienda grande", lo toma de un quebradón poco conocido que desciende desde las cimas del volcán y va a perderse en las vertientes del río Guáitara. Tal vez ese nombre interpretó en otro tiempo la extensión de alguna gran hacienda cuya cabecera principiaría en el cristalino arroyo que nace entre unas rocas a 4.000 metros de altura. Es una región áspera, de peñas cobrizas y grandes pajonales, azotada por vientos tormentosos en ciertos meses del año, pero descubierta en otros como enorme torreón que vigilara un vasto horizonte de comarcas.

Los dos hombres se encontraron en medio del camino.

Era Antonio Segura, el amigo de Ernesto, que subía con paso demorado.

Al encontrarse con el cabrero su voz rompió entre familiar y extrañada:

—Hola! Qué tal?... Qué te pasa Sergio?... Mira, tienes la cara de un muerto.

—De un muerto, sí... —dijo el hombre deteniéndose.

Por un instante esquivó la mirada de Antonio. Luego ladeándose comprobó la soledad del paraje; y acercándose un poco agregó:

—Vamos a hablar... Usted viene de mi casa, no es cierto?

—Claro, allá dejé mi mula. Creí que Ernesto estaba aquí contigo, y por eso subí. Bueno. Qué te pasa?

—Don Ernesto no está aquí —respondió el cabrero con voz opaca.

Sin embargo, el nombre de Ernesto lo tornó inquieto. Volvió a mirar alrededor. Se quedó un momento indeciso. Su cara iba adquiriendo ese color de magra y tierra. Rugoso. Sucio. Con firmeza inquirió:

—Tiene allí su cuchillo?

—Sí... —respondió Antonio vacilando—. Y mi revólver también. Pero, vamos a ver, qué tienes?

El hombre le miró el cinturón donde no se advertía la funda del revólver.

—Pues bien —agregó—. Aquí hay dos enemigos. Y uno sobra.

—Malaya con la noticia!... Qué! Vas a guapear conmigo?

—Voy a cobrarle una cuenta. Saque su arma, pues.

—A mí no me asusta nadie... Explícate, carajo!

El cabrero se inclinó conteniéndose. La mano le dolía sobre la cache del cuchillo. En forma atropellada repuso:

—Voy a vengar la muerte de un hombre que usted perdió... Es el Mateo Cuaipe que por su culpa murió ayer en la cárcel...

—Murió?... Por mi culpa?

Antonio sintió un desconcierto de angustia. Era valiente, pero el hombre que tenía delante y que de improviso venía a recordarle algo grave era de una imponencia bárbara. Alto, encorvado y con descomunal musculatura. Los ojos hundidos, con un mirar extraño y rencoroso. Áspera la greña. La actitud en visajes de amenaza. A pesar del frío de la altura sólo se cubría con un pantalón de bayetón arremangado y una mugrienta camisa abierta sobre el pecho. Ceñíale los riñones un cinturón de piel de oso, de donde pendía la cubierta del cuchillo de monte y la huasca de la honda.

El cabrero trabajaba, desde hacía algunos meses, con Ernesto Santacoloma quien había tomado en arrendamiento la extensa finca de aquellas alturas medio inhóspites. Se propuso, al hacerlo, llegar al establecimiento de un gran criadero de cabras y de ovejas, con el aprovechamiento de aquellas lomas que le fueron cedidas por un precio bajísimo. Era una empresa a largo plazo, que requería algún capital, pero Ernesto se entregó a ella con serena resolución. La suerte le había sido adversa en la ciudad, y sus iniciativas profesionales habían fracasado a pesar de su preparación. Buscó, pues, otra orientación de realizaciones económicas, estímulo para su esfuerzo, soledad liberadora para su vida.

Sergio, el cabrero, conocía la región donde había vivido muchos años. Estaba aclimatado al frío de los páramos; y, como a su decir, había trabajado en pastoreos, Ernesto le confió el cuidado del rebaño. Habitaba en una mísera choza cerca al Imayá con su mujer y sus dos hijos, la Niseta y el Adolfo. Eran todos huraños como el cabrero, cavilosos como su soledad, tristes como su vida desmedrada. Su casucha era el único signo de cristianos en aquellos breñales solitarios.

Antonio Segura, el amigo de Ernesto, se había establecido definitivamente en el Sur de la República después de desconocidas andanzas. Evidentemente algún asunto de mujeres lo obligaba a estar fuera de Bogotá, donde ahora residía su familia.

Poco había cambiado Antonio a lo largo de esos meses. Era el mismo en su trato. Correcto con sus amigos, simpático para todos. Pero su prestigio inicial había decaído; y entre decires y murmuraciones, el pasado de su vida había ido adquiriendo ese borrón de desconfianza que da la aventura de los malos manejos. Su presente tampoco lo abonaba. Tenía una cultura superficial y cierta distinción de maneras, pero en el fondo era calculador, casi mezquino. Sus conceptos morales no eran seguros. Amaba el vagabundaje, el jolgorio, la vida fácil. Deslumbraba a veces, y desconcertaba otras. Bebedor, enamorado y jugador, todo lo orientaba hacia la conquista del placer, hacia el logro de cualquier prebenda. En política había seguido siempre líneas inseguras. Su presencia delataba al hombre distinguido; su conocimiento íntimo sugería el recelo. Era de esa estirpe de hombres de nobilísimos hogares quizás, relajados por una vida de placer sin freno, que bien podían revaluarse dentro de ciertas circunstancias, o plasmar también el tipo clásico del perverso o del cínico.

En la ciudad de Pasto corrió Antonio distintas aventuras. Por sus malos manejos hizo quebrar a una compañía comercial de la que fue gerente, e intervino también en forma bastante sospechosa en algunos movimientos de sindicatos obreros. Más tarde pareció serenarse y entrar a una vida de cierta seriedad para el trabajo.

Un día, después de larga ausencia, llegó al Imayá a visitar a Ernesto. Este lo estimaba a pesar de todo, y recibió su visita con bastante complacencia.

Al recorrer la región, Antonio se interesó por la explotación de una montaña de cedros y cerotes, cuyo aserrío podía dar un buen rendimiento. Le propuso a Ernesto hacer una compañía; pero como él no accediera, se decidió de un momento a otro a realizar la empresa por su propia cuenta. No lo llevó a ese sitio ni la conveniencia del negocio ni la amistad de Ernesto. Antonio había buscado más que todo acercarse a Gabriela, quien ahora pasaba largas temporadas en la bellísima hacienda de Huilquipamba situada dos leguas abajo, en las márgenes del Guáitara.

Antonio y Gabriela habían tenido en la ciudad fugaces amoríos. Pero por la conducta sospechosa de aquél, la familia de la muchacha intervino para que sus relaciones cesaran. No volvieron a verse, aunque Antonio siguió buscando toda oportunidad para acercarse a ella.

La imprevista cercanía de Gabriela y las pretensiones de Antonio le causaron a Ernesto hondo desagrado. Aquello venía a romper la norma de aislamiento físico y espiritual que había querido imponerle a su vida. Difícil era ahora soterrar las inquietudes pretéritas. La muchacha había crecido a la distancia en claridad; y la ambición de Antonio era para él un secreto dolor de esperanza y de celos.

Así había corrido la vida en esos meses. Las empresas prosperaban algo. Abajo, en el cortijo, graneaban ya las primeras mazorcas. Arriba el rebaño preludiaba el segundo nevar de los trasquiles. El verano avanzaba. Por las cumbres erraban a veces nubes de tormenta.

Tal la estación sobre el paraje escueto, cuando la mañana clarísima, que amparó la rapaz acometida de los cóndores, principió a escarmenar neblinas sobre el presagio de la tragedia.

En la revuelta del camino los dos hombres continuaban enfrentados. Cuando Antonio oyó la referencia que el cabrero le hacía, principió a acobardarse. La absurda acometida cobraba, con el nombre pronunciado, un oscuro viso de venganza, aunque aún no comprendía adecuadamente el significado de esa reacción. La muerte de Mateo era una cosa ignorada por él, y aunque fuera cierta, su intervención en la pérdida del muchacho era desconocida aún para sus mismos compañeros. Además, qué tenía que ver el cabrero en ese asunto? Por qué iba a reclamarle la mancha de esa sangre? Por qué en aquel momento y de aquella manera? Al considerarlo así, volvió a serenarse y trató de obrar con prudencia y con firmeza.

—Escucha, Sergio —dijo—. No sé de lo que hablas. Fuí amigo de Cuaipe; pero, no comprendo qué tienes que ver con él, ni por qué vienes ahora a culparme de su muerte... Cálmate pues, y guarda ese cuchillo!...

—Esta mañana al saber la muerte de Mateo juré matarlo! Por usted lo hirieron y apresaron. A mí no me engaña, desgraciado!...

—Malaya! Y tú qué tienes que ver con ese sujeto? Tú, un mestizo, y él un indio cualquiera...

—Ese cualquiera era mi hijo!...

Las palabras cayeron llameantes. En las pupilas del cabrero había en ese instante aquel color verdoso de las moscas: de tumba, de muerte. Y Antonio, retrocediendo, sacó instintivamente su cuchillo.

El instante era fatal. Así lo comprendió Antonio. Angustiado giró los ojos a su alrededor, para advertir una vez más su inmensa soledad desamparada.

Trató de ganar tiempo. La lucha se le hacía imposible. Si entraba en ella, el cabrero lo mataría sin misericordia.

—Mira! —silabeó—. Si el Mateo era tu hijo siento también tu dolor—. Pero yo no tuve la culpa de su muerte. Te han engañado. Te lo juro! Bajemos a la casa y allí te lo explicaré todo.

—Es inútil. Y si no se defiende peor para usted... Quería matarlo como a hombre!

El cabrero dió un salto terrible, acercándose con el arma tendida. Antonio retrocedió. Un sudor frío lo bañaba. Los pensamientos salvadores le zumbaban en un desesperar de vértigo.

—Oye! —gritó—. Dos hombres se baten con testigos... Y además, en esta cuesta tú me llevas ventaja...

—Ventaja?... Maldita sea!... Salgamos!

Mateo Cuaipe era el mozo más garrido y voluntarioso de la comunidad. La piel bronceada delataba al indio puro, pero su audacia a veces altanera indicaba o el repunte del blanco o la rebeldía en gesta de los que habían vivido en siglos anteriores una vida de injusticias y vejámenes. "El indio cuando sale inteligente supera al blanco" dice el proverbio. Y Cuaipe era de aquellos superados, que a veces saltaban como un grito vindicador desde el fondo misterioso de las indiadas apacibles.

La comunidad o parcialidad de Catumbina había sido un día de las más prósperas de la región. Doscientas hectáreas de labrantío y trescientas de montaña constituían las propiedades de la Parcialidad. La tierra había sido labrada como Dios manda. Se pagaban diezmos y primicias, y la gente era buena.

La ley colombiana somete a los indígenas de las parcialidades a un estatuto especial. Los ampara como a menores, y no pueden vender las tierras que poseen. Un cabildo preside su gobierno, administra los bienes colectivos, y dirime las querellas de poca monta. Cada familia tiene el usufructo de una parcela que cultiva exclusivamente, y un derecho comunal en ciertas tierras. En lo demás, se ciñen a la legislación ordinaria. Pero por su forma de constitución, por sus hábitos y tradiciones, las parcialidades constituyen una especie de patriarcado o tribu, donde todavía la voz de los ancianos tiene a veces el valor de un precepto.

En los alrededores de la ciudad de Pasto viven y trabajan veintiuna comunidades de indígenas. Ernesto tuvo ocasión, por sus mismos trabajos profesionales, de conocer mejor su vida y sus problemas. Pervive en esa gente la raza indígena pura, que conserva casi sin modificaciones los atributos típicos de los primigenios pobladores. Gente fuerte, sumisa y sencilla, con algo de astucia y mucho de reserva; de espíritu apagado y sin mayores aspiraciones; pero vinculados a la tierra, con hondura de raíz, igual que los árboles centenarios que guardan todavía el límite de sus heredades.

Un maravilloso sentido de comunidad guía todos los actos de las pequeñas tribus. Toda labor de alguna significación se hace mediante un esfuerzo colectivo. En conjunto se llenan las obligaciones de la iglesia y de la escuela; en

conjunto se arreglan los caminos, se edifican las casas, se hacen las grandes cosechas; en conjunto se pleitea con los extraños, se festejan los matrimonios, y se entierra y se llora a los muertos.

Es la concreción de un comunismo especial, con concepto de propiedad limitada, y con conciencia de patria y religión. Común el esfuerzo para la defensa de la parcialidad; comunes los grandes potreros y las montañas carboneras; común el dolor y la alegría. Con "mingas" o reuniones voluntarias de trabajadores se construyen casas y caminos. Ernesto presencié una vez la construcción de tres kilómetros de un carretable, que realizaron 2.000 trabajadores en una sola jornada.

Las comunidades indígenas constituyen aproximadamente una sexta parte del núcleo de población del departamento. Ocupan el territorio de tres de sus provincias. Como es natural, por los centros poblados, y aún por pequeñas diferencias físicas y espirituales, se ha ido estableciendo una escala de variado progreso en las distintas zonas. Hay grupos de demasiada pasividad; otros de cierta inteligencia constructiva; y otros en fin, aunque muy pocos, donde está floreciendo un espíritu arisco y renovador. De estos últimos era la estirpe señera de Mateo Cuaípe.

Para Ernesto los indios de las comunidades fueron un día regocijado paisaje de tipismo. Al mercado de la ciudad bajaban en pequeños grupos a vender todos los productos por ellos cultivados. Bajaban también a misa los domingos; y confundidos con los otros fieles en los templos suntuosos parecía que alcanzarían un nivel ciudadano más alto. En los escaños de los templos se nivelan las clases sociales.

Por lo general tienen los indios un íntimo respeto por el blanco, sobre todo por las autoridades y los grandes señores o hacendados. Fincaban su orgullo en mantener relaciones en la ciudad con personas de alguna distinción a las cuales nombraban como padrinos para el bautizo de sus hijos.

Ernesto los había visto entrar cien veces a su casa con el sencillo dón de sus ofrendas.

—Cumpadrino... Estas Papitas!

—Cumpadrino... Estos ulloquitos!

—Estos cuicitos... Estos repullitos!

Eran así, humildes, obsequiosos. Se contentaban con cualquier cosa. Les gustaba dar, más que recibir; ofrecer, más que pedir. Tenían cierta inteligencia y comprensión, aunque sólo en un círculo limitado de ideas, y un sentido rudimentario del

arte. Bellas mantas y alfombras hacían las mujeres en las haguangas que eran sus artefactos de hilar; pero el bordado era el mismo: el que usó la madre, el que aprendió la abuela. Buenos alfareros eran los hombres, pero sin llegar a crear otros objetos de viso que sus platos vidriados y sus girándulas de colores. Sólo a la distancia florecía el respunteo de alguna guitarra o la copla de algún cantador.

Fué al regresar de Bogotá cuando Ernesto principió a comprender mejor el espíritu del indio. Su demasiada bondad era pasividad tan sólo; su sumisión no era sino obligada aceptación de vasallaje; su tristeza era el dolor no dicho ante la imposición altanera de los blancos. No es que se los ultrajara de obra o se los vilipendiara, pero sí se los condenaba por cálculo o costumbre a recibir precios misérrimos por su trabajo. Nada se les había quitado tampoco, ni se los despojaba o perseguía, pero se los obligaba a mantenerse en veredas estrechas, a vivir como pupilos de mísera manera, a no tener una mística de amor para la vida. Su concepción del gobierno era de temor. Y quizá también de aquella guisa era el sentido de su moral. Había injusticia, pues. No la que clama venganza, pero sí la que pide una reforma comprensiva y una orientación más humana.

Ahora los problemas de la tierra principiaban a agitarse en forma peligrosa. Había que reconocer que en los últimos tiempos se había ido gestando algún progreso en la mentalidad del indio. 30 años de enseñanza en las escuelas rurales principiaban a dar su efecto. Había alguna cultura mayor, pero también más engaño. Ya en algunas indiadas despuntaba el grito. Otras se defendían con valor cuando se las menoscababa.

Un día, en la oficina judicial de Ernesto, se presentó Mateo Cuaipe. Encabezaba un grupo de trabajadores que no gozaban de tierras suficientes dentro de las parcelas de la comunidad, y que por tanto querían entrar resueltamente a desbrozar montaña, a darle su trabajo a la tierra. Le propusieron a Ernesto dos sitios aprovechables que jamás habían sido tocados. Ernesto principió a estudiar títulos, para guiar a los trabajadores convenientemente.

Pero, en esa situación, vino la intervención de Antonio. Este se dió cuenta del problema; comprendió el estado excitable de los indios, y la facilidad con que podía empujárselos a cualquiera acción por peligrosa que fuera. Viendo una mina aprovechable en ellos, resolvió explotarla con sagacidad a espaldas del amigo.

Mateo Cuaipe dejó de visitar a Ernesto. Y un día cualquiera apareció capitaneando doscientos indígenas que entraron a desbrozar montañas de dueño conocido. "La tierra es de quien la cultiva y de nadie más" les había dicho Antonio. "Impónganse pues, que a los que aguanten el gobierno los respalda. Yo los defiendo, pero procedan como machos".

Los indígenas le creyeron. Y así principiaron en los altos de Miraflores, en las propias haciendas de los blancos, las exacciones del grupo que Cuaipe comandaba.

Al principio el gobierno intentó resolver el problema con cierta ductibilidad. Los invasores formaban un grupo respetable y clamaban por un claro derecho de trabajo. Pero, ante la indecisión, los indígenas se envalentonaron. Antonio los empujó entonces a otras depredaciones, exigiéndoles, eso sí, grandes sumas para respaldarlos. Al fin la autoridad debió proceder con entereza para contener los abusos gravísimos que llegaron hasta el asalto de una escolta que se mandó para resguardar las fincas invadidas.

Se sindicó a los indígenas por daño y despojo de propiedad ajena y hurto de ganados. Mateo Cuaipe bajó a consultar el problema con Antonio. O cedían o resistían. Antonio temió que ante el fracaso que iba a suscitarse pudiera ser objeto de alguna represalia. Y en un instante de cálculo infame resolvió precipitar a los tres indígenas, que habían tratado con él, a que realizaran una total y aparatosa resistencia a la autoridad. Así se libraría de ellos, haciéndolos apresar como jefes y responsables de su grupo.

Como lo pensó sucedió. Cuando las autoridades iban a verificar el lanzamiento, los indígenas asaltaron la escolta de policía. Se cruzaron algunos disparos, y uno de ellos hirió en una pierna a Mateo Cuaipe. Fue una jornada sin gloria, sin heroicidad. Los indios cayeron sorpresivamente sobre la escolta tratando de amedrentarla y hacerla huir. Golpearon dos gendarmes y desarmaron a tres, pero los otros dispararon. Fue entonces cuando Mateo saltó con el machete en iluminado gesto de vindicta. Su machete como ala de gavilán que hubiera podido abatir 10 hombres. Pero se contuvo en el fatal instante, temiendo por los que lo seguían. Huyó, pues, y en la huida lo abalearon.

Lo llevaron al hospital, y ya tarde comprendió su error. Una gran pesadumbre principió a abatirlo cuando todos sus amigos lo abandonaron. Siguió enfermo. La herida comenzó a infectársele. Mientras tanto, para prevenirse de cualquier acusación, Antonio llegó a declarar en contra de los indígenas. Se hicieron algunos arrestos. La prensa clamó contra lo que parecía el primer brote comunista en tierras de Nariño. Y allí finalizó, aparentemente, el movimiento vindicativo del llamado "Grupo Tercero" de los colonos de Miraflores.

Pero no había terminado. Ahora, frente a Antonio estaba Sergio, el cabrero, pretendiendo cobrar con la venganza de Cuaipe todas las injusticias de los blancos.

Días antes un hombre de plantaje extraño había solicitado permiso en el hospital para ver a Mateo. Era Sergio, quien con rara emoción pidió al muchacho que le contara lo sucedido, y le rogó que se dejara amputar la pierna gangrenada.

—Mira, viejo! —le había dicho Mateo—. O me salvan la pierna, o me dejo morir... No podría vivir baldado. Necesito estar bien, para vengarme...

El cabrero regresó al Imayá, sin contar a nadie lo ocurrido. El diablo lo había puesto cerca de Antonio, precisamente después del día en que le llegó la noticia de la muerte de Cuaipe. Quién iba a saber que era su hijo?...

Cuando el cabrero y Antonio llegaron a la planicie soplaba entre los riscos el viento del páramo, con una intensidad que hacía respirar con afán el aire frío.

Antonio giró los ojos con ansiosa esperanza, pero al comprobar su desamparo, exclamó con turbia voz:

—Miente el canalla que me haya acusado!... Miente mil veces!... Tengo algún dinero... recíbemelo, mientras averiguamos las cosas... Si te atreves a atacarme la policía te perseguirá como a una bestia...

A lo lejos, por el cerro más alto del Imayá se escuchó una detonación. Ambos hombres se volvieron, pero el cerro estaba distante y nada alcanzaba a percibirse.

—Allá viene Ernesto —gritó entonces Antonio prendiéndose desahogado de esa esperanza—. Esperémoslo!

—No viene... Y, si viene, los mataré a los dos!

Sin embargo, Antonio principió a reponerse y empuñó el cuchillo con algún aliento. Ernesto estaba cerca, y había que ganar tiempo, aparentar valor, sugerir algo. Echó, pues, a jugar una postrera carta, infame y todo, pero que le pareció su mejor recurso.

—Tanta vaina por haber aconsejado a tu hijo que no se deje robar! Y vos, entre tanto, no te fijás siquiera en lo que puede haber hecho tu mujer... A Ernesto por qué no lo celás?... A ver, mátame ahora, si es que no querés que siga hablando...

En lo alto de un peñasco cercano surgió la enorme cornamenta de un chivo. Era un animal solitario que nadie supo cómo pudo haber ido a dar a esa altura inaccesible. Se quedó mirando a los hombres. Dos detonaciones más se oyeron a la distancia. Halos de niebla iban cubriendo los contornos del cerro lejano.

El cabrero se inclinó. Quiso decir algo ante el insulto; pero al volver la cabeza, descubrió la presencia del animal hierático que perfilaba contra el horizonte el signo interrogante de sus cuernos. Entonces, los ojos se le llenaron de sangre; se recogió tambaleándose, y saltó sobre Antonio, ágil y fatal, lanzando un rugido de infierno.

Ernesto había madrugado mucho en aquella mañana, con el fin de perseguir en compañía del cabrero un oso gigante que merodeaba por los páramos. Con

frecuencia subía a realizar largas excursiones hasta las cimas más altas. Amaba esa soledad de dinámica fuerza que parecía circuir su propio corazón.

En sus paseos al Galeras descubrió un día un gran bloque de calizas, frontero al volcán, con una amplia caverna que desde entonces le sirvió para ampararse de las tormentas engranizadas que caían. Cercano a ese sitio se alzaba el cono de una fumarola que despedía un acre vaho sulfuroso; y más hacia la altura, se erizaban los gigantescos almenares del cráter. Allí nació el riego cristalino que bajaba más tarde por los declives del Imayá en jacarandosa pubertad de arroyo.

Sobre la gran roca calcinada Ernesto se tendía a descansar. Bajo la tierra temblaba la voz subterránea del Galeras al paso de los vapores sin salida. Era un sordo rumor que acrecía y se apagaba como el rugido de una fiera.

Desde aquella eminencia podía atalayarse muy bien el inmenso Nudo de los Pastos; las cumbres señeras de los siete volcanes, las quiebras profundísimas de sus ríos, los lagos y las islas distantes. Los pueblos del Juanambú y del Mayo, como claros casales en la exuberancia de sus huertos; el lago de La Cocha como una gota de zafiro que hubiera rebordeado la montaña. Todas las zonas geográficas se conjugan allí; y bien puede estudiarse la topografía universal desde la llanura hasta la selva, desde el volcán hasta la playa.

Tierra anchurosa y fuerte, parcelada hasta lo mínimo cerca a los poblados, apedazada como los surcos. Tierra prometedora, con calidad de entraña y sangre de porvenir. Pero, ¡cuántas regiones sin tocar todavía por falta de vías apropiadas; cuánta riqueza sin explotación; cuánta pobreza de minifundios!

Ernesto había sentido la belleza y el dolor de todo aquello. En su soledad analizó uno a uno los problemas de su gente, y una gran tristeza lo llenó. Faltaba la explotación en grande para una producción económica; defensa de cultivos, empleo de maquinaria. Faltaba apoyo para la pequeña industria, sanificación, enseñanza científica, estímulo para el trabajo. Era el grave problema del minifundio material, y era asimismo el minifundio espiritual, porque en multitud de empresas y realizaciones les había faltado a los dirigentes de su pueblo la audacia creativa de los ideales grandes.

El pueblo sufría. El indio, sin decirlo, también sufría. La artesanía industriosa de la ciudad; los trabajadores de las minas, de las selvas, de los bajiales; las tejedoras de los campos, las bordadoras de la hiraca, las manos asiduas ocupadas en tantas labores mínimas, eran también pequeños minifundios de dolor, donde la alegría era sólo espuma floreciente sobre aguas amargas.

Al igual que los campesinos y las clases populares, la clase media sufría también los rigores de una situación agobiadora. Las mejores conquistas de la nacionalidad fueron inspiradas y realizadas un día por esa clase media, cerebro

y corazón de la patria. Pero en ella seguía perviviendo, a pesar del progreso, una tragedia oculta, silenciosa, suprema. Faltaba trabajo, faltaba propulsión vital. Aun para los profesionales la vida empezaba a ser difícil. Era la intelectualización inadecuada y la superproducción profesional, que en todo el país principiaba a lanzar al fracaso aptitudes verdaderamente extraordinarias. Para otros caminos especulativos faltaban brazos; la química industrial era desconocida, la explotación de las riquezas naturales estaba por hacerse. Pero el hechizo de 15 facultades de doctores se había apoderado del espíritu de multitud de padres de familia, que buscaban la gloriola del hijo graduado como el más ambicionado orgullo de su vida.

Ernesto era el tipo clásico del soñador. En otro medio hubiera sido un revolucionario. Pero los errores de su gente no eran precisamente para crear en cruzadas liberadoras una estirpe de sacrificados.

El problema de la tierra requería comprensión, pero también capital. El minifundio contrarresta la absorción de los grandes terratenientes, y es benéfico cuando la división de tierras da a los pequeños propietarios campo suficiente de producción y de defensa. De otro modo es asfixia. Bien podía dejarse ya en libre movimiento la propiedad indígena; reformar su estatuto legal desadaptado; y movilizar después algunas comunidades hacia regiones baldías de fácil acondicionamiento para una gran cruzada de colonización.

Lo torturaba también la consideración de otros problemas comunes a todos los pueblos de la patria. Aquí el monocultivo sin defensa de mercados, allá la inseguridad de la propiedad. Las inundaciones, las plagas, las epidemias, la despoblación de los campos, la falta de capitales. Y junto a la miseria y a la fatal inclemencia de ciertos climas, el fraude de los hombres en la cancerosa explotación política. El problema por resolver era inmenso. Defensa del trabajador. Incremento industrial. Sanificación, purificación política, oportunidad de trabajo para todos. Sin ética no puede haber restauración posible. Sin pan no puede existir la democracia.

Dulce y lacerada emoción de su patria, en el presente, en el pasado y en el porvenir. Pueblos bañados por el Magdalena y por el Cauca. Pueblos del altiplano, de las fronteras y las costas. Visión de grandeza y de miseria, pero conciencia también de un invaluable elemento humano sobre una tierra de plenitud. Dolor y esperanza! Hacia dónde iba su patria?

En espera del cabrero, que se había retrasado, Ernesto se entretuvo en recorrer con su antejo de larga vista el vasto panorama de la hacienda.

Abajo estaba la alquería. Más arriba el redil. El rebaño disperso nevaba ahora sobre unas vertientes amusgadas. Rodaban los vellones, surgiendo y desapa-

reciendo en los repliegues sucesivos, con un manso oleaje de espuma sobre el marino repinte de los charrascos. Pronto sería el segundo trasquile.

Más hacia la cima, donde Ernesto se encontraba, el paisaje se advertía desolado y escueto. Iba a pasar la mirada hacia otro lado cuando se contuvo. En ese momento llegaba Antonio a la lejana casucha del cabrero. Lo reconoció por la mula tordilla que montaba y el blanco casco de corcho. Bien. Serían entonces tres hombres para batir el oso que una semana antes había destrozado la pareja de enormes perros que tenía el cabrero. Posiblemente la demora de éste se debería a la llegada de Antonio. En la planicie estaría esperándolo sin duda para acompañarlo. Raro en Sergio.

Ernesto dejó el antejo, y se puso a hojear el último periódico que de la ciudad le habían enviado. Las noticias de guerra ocupaban las columnas importantes; cifras inverosímiles de muertos, barcos torpedeados, ciudades y pueblos destruidos... Qué eran al fin los problemas de su gente ante la insania de tanta destrucción? Qué significaban sus consideraciones pesimistas de otrora ante el espantoso espectáculo de una Europa asolada por el hambre, donde se negaba todo derecho y se aniquilaba con sevicia inaudita la vida de ancianos, de mujeres y de niños?... Por qué adolecerse tanto, por qué perder la fe ante el sereno panorama de América?... Su soledad se llenó de voces nuevas. Se le hizo dulce el aire que respiraba sobre la tierra libre.

Pasó el tiempo. Ni el cabrero ni Antonio aparecían. La mañana avanzaba. Desde la altura no era posible distinguir el vaguísimo sendero que serpeaba por la falda de los cerros. A lo lejos la casucha de Sergio estaba sola.

De repente se angustió. Muy cerca sintió como el invisible anuncio de algo trágico. Se agitaron unas ramas sin causa aparente. Pero no era el detalle en sí lo que lo dejó pensativo, sino su coincidencia con el nuevo giro de sus reflexiones. Principiaba a ligar la tardanza de los dos hombres con el recuerdo de cosas insignificantes que de pronto tomaron trascendencia en su inquietud. Esa mañana había encontrado al cabrero más sombrío que nunca; y a pesar de su mutismo habitual le había preguntado dos veces por Antonio. Por qué el cabrero preguntaba por él, cuando manifiestamente rehuía su presencia?

A lo largo de varios meses Ernesto había observado la extraña vida del cabrero. Había mucho de siniestro y misterioso en él. Desde años lejanos vivía en el Imayá, en medio del recelo de los labriegos de aquella áspera serranía. Se hablaba de un pasado turbio en tierras del norte; se comentaba su vida solitaria; se cuchicheaban cosas raras sobre sus largas ausencias que eran interpretadas de modo diverso. Una vez fue robado y asesinado un hombre en una vereda del otro lado del Guáitara. La investigación de esa muerte no dió resultado alguno; pero, como ella coincidiera con una de las ausencias de Sergio, la habladuría

campesina juntó su nombre con aquella muerte. Otra vez se le acusó de ladrón de ganados. Nada pudo probarse. En un rincón de su cabaña se encontraron varias pieles destrizadas de osos y de lobos. Entonces corrió la conseja de que el cabrero subía a buscar esas fieras en sus guaridas, y que en lucha cuerpo a cuerpo las mataba a cuchilladas.

Ernesto se previno al principio, pero el hombre fue correcto con él, y en la encomienda de las cabras se portó con honradez perfecta. Le trataba con hospitalidad, aunque con respeto indudable.

La familia del cabrero había sido para Ernesto otro enigma. La mujer era de pocas palabras, el chiquillo huraño, la Niseta reconcentrada y esquiva. El Dolfo fue venciendo al fin sus recelos y principió a mirarle con simpatía. En sus excursiones lo acompañaba como un perro fiel. La Niseta también fue cambiando. Ernesto la trataba como al bello animal esquivo que retozaba voluntariosamente en ella. Era altanera y ruda. Los labios, incitantes ya, se comprimían como si fuera a insultar. Se parecía mucho a la madre.

Recordó Ernesto que a Antonio le gustaba la muchacha. Casi la había perseguido a sus ojos, en forma tal que tuvo que intervenir para que cesara en sus propósitos.

No era posible que el cabrero sorprendiera a Antonio requiriendo a la muchacha? Podía ser. Y el hombre taciturno, casi salvaje, podía haber reaccionado en forma cuya medida era difícil de fijar. El cabrero no era hombre para increpar o discutir. Golpearía o mataría. En su carácter y situación bien podía haberse provocado una de aquellas tragedias que dan pábulo a todos los rencores acumulados en una vida de dolor. Por qué pensaba en esto?... Era posible al fin; y por buscar un desahogo a su ansiedad, y llamar la atención hacia su presencia, hizo los tres disparos que los dos hombres escucharon abajo.

En seguida buscó serenarse y descendió. Mas, como la distancia era considerable y tortuoso el recorrido, se le fue un tiempo largo en el descenso.

Camino abajo iba pensando que había exagerado sus apreciaciones. Acaso la demora no pudo ocurrir por otro motivo? Naturalmente! Antonio desistiría de subir, y cualquier novedad inesperada pudo detener a Sergio.

Al cruzar una lometa se encontró con el cabrero que subía. Llevaba en los brazos un cabrito que posiblemente se había extraviado; y al verlo así, Ernesto sonrió de la futilidad de sus pensamientos. No podía ser lo que supuso; sin motivo se había asustado. Al acercarse, el rostro enjuto del cabrero se iluminó de pronto. Era como si la expresión confiada de Ernesto lo hiciera subir de un abismo.

—Qué les pasó, carajo, que me dejaron esperando?

—Señor! —dijo el cabrero—. Estoy apenado. Pero don Antonio tuvo la culpa, pues dijo que se había golpeado una pierna, y no quiso pasar de la planicie.

—Ah! Sí?... Y está en la casa?

—Se fue ya.

—Sabes que me preocuparon ustedes cuando hice los disparos? —dijo entonces Ernesto, haciendo entrever lo que antes había supuesto—. Tu tardanza, y la llegada de Antonio a quien alcancé a percibir desde arriba con mi antejo me dieron motivo para que me pusiera a pensar cosas tontas...

—Qué pensó don Ernesto? —dijo el cabrero otra vez caviloso.

—Que como Antonio molesta a veces a la Niseta hubieras podido enojarte con él... Cualquiera interpreta mal ciertas actitudes. Antonio es bastante fregado, pero respeta a la muchacha.

El cabrero sonrió con una mueca. Jadeó, más bien que respiró, tal era el ímpetu del desahogo. Indudablemente se libraba de algo profundo. Se acercó a Ernesto con ánimo jovial, y principió a hablarle como jamás lo hiciera. Parecía que le fuera imperioso en aquel instante buscar un confidente a rencores inconfesables.

—Don Ernesto: voy a decirle algo grave. Ese hombre estaba rondando mi casa y quise asustarlo. Lo amenacé. Y creo que no vuelva... Por su culpa lo dejé esperando. No volverá a pasar.

El chivo solitario volvió a aparecer en aquel momento en lo alto de la roca. El cabrero se ensombreció. Puso un guijarro en la honda y lo arrojó con tremendo impulso. La piedra rebotó sobre el peñasco sin tocar al animal.

Ernesto que se había quedado pensativo al oír las palabras del cabrero, comentó extrañado mientras se sentaba a descansar:

—Es raro. Es la primera vez que fallas...

—La primera vez... Esta mañana maté a un buitre que estaba más lejos. Hoy es un mal día para mí.

Ernesto sacó su cantimplora y bebió dos sorbos del ron que contenía. Luego se la alargó al cabrero. Este la recibió y bebió de un golpe cual si lo quemara la sed. La voz se le aclaró; y, prosiguiendo el rumbo de algún pensamiento oculto, expresó con lentitud:

—A usted no lo he mirado mal... Me gusta su modo de ser y su repulsión por los hombres... Siento desprecio por todos.

—No todos son malos.

—Talvez... Sólo una vez principié a odiarlo a usted, y fue cuando advertí que el Dolfo lo quería...

—Eres raro. Tienes que cambiar de vida. Tu hijo es un buen chiquillo, pero te tiene miedo y es porque lo asustas.

—Eso es lo que yo he buscado. Que odie a los hombres como yo... Usted lo hizo cambiar. La vida es mala!

Ernesto miraba la lejanía. Sus sobresaltos anteriores habían tenido su razón. Pero, en definitiva, era bien que Antonio no volviera a esos parajes. Un libertino no es un buen compañero. Era preferible la presencia de Sergio. Sólo que Ernesto no advirtió que, cuando se encontró con él, los ojos del cabrero tenían ese mismo resplandor que el de los lobos perseguidos que se recogen para morder de nuevo.

Una rara sensación de cansancio y de desolación se había ido apoderando del espíritu de Ernesto. El afán que le suscitó la presencia de Antonio obligábalo ahora a recorrer caminos pretéritos que hubiera querido soterrar para siempre. Le dolía volver al sentimiento del pasado; le hacía daño esa nueva inquietud. Su lucha de trabajo en esas cumbres había afirmado en él nuevamente todas las formas de su varonía. Hasta su estampa física denotaba al hombre nuevo. Los ojos, tristes otrora, llameaban ya relámpagos de dominio; la voz cobraba inflexiones de mandato. De los pozos de su amargura iba surgiendo retemplada su voluntad con aquella calidez de los aceros firmes.

Pero ahora volvía a llegarle una melancolía de cosas ignoradas. Imágenes ya olvidadas tornaban a circuir su anhelo. Su posición espiritual volvía a hacerse insegura.

Abajo, muy abajo, entre parcelas diminutas por la distancia, se adivinaba la hacienda donde debía estar Gabriela. Más allá, del otro lado del Guáitara, se elevaban pelados lomeríos con moteados de blanco.

—Qué queda allá? —le preguntó al cabrero.

—Es del otro lado del Guáitara. La finca de don Emeterio Muñoz de Túquesres... Son grandes charrascales que a lo más pueden servir para cría de cabras. Eso que parece un rebaño es una loma de piedras. Yo he pasado por allí.

Los dos hombres volvieron a quedarse ensimismados. El sol caía a plomo. Ernesto al fin se levantó, diciendo:

—Hoy perdimos la mañana. Otro día iremos a buscar el oso que dijiste.

El cabrero se quitó entonces el cinturón de piel que llevaba, y se lo alargó a Ernesto.

—Lléveselo, que a usted le gusta. Es del primer oso que maté en el Imayá. Fue el día que nació Dolfo... Ese día hablé mucho como hoy... Es extraña la vida.

Bajaron. Ernesto pensó en el chiquillo cuya vida se ligaba con aquel suceso. Pensó en Antonio, en la pequeña Niseta, y después se quedó triste. El recuerdo de Gabriela, dulce y lejana, iba caminando ahora con él en una vaga ternura de añoranza.

Iba despacio, con los ojos absortos, como si el alma se le estuviera llenando de horizontes. Y sin mirar siquiera el suelo humedecido, cruzó por la angosta planicie, por el sitio mismo donde, dos horas antes, había caído Antonio Segura rota la yugular por una cuchillada del cabrero.

5 - HUILQUIPAMBA

Capítulo XII: La Hacienda de Huilquipamba

Gabriela puso la radiola en un medio tono de música de cámara. Pasó con suavidad su mano acariciante sobre la cabeza de su madre, y volvió a sentarse en la mecedora a continuar la labor de fino tejido que la entretenía.

Su madre, la señora María Mercedes, bordaba a su vez un cubremesa. La tía Isabel hacía algo aquí y allá, en esos nimios menesteres que casi no se advierten en el arreglo de una casa pero que son esencia de su limpieza y su decoro.

La ventana recortaba un trozo del huerto y del jardín fronteros. Con la brisa cansina llegaba un hálito frutal y bienoliente. La luz pasaba lenta por el tamiz de las muselinas cual agua que cayera sobre la mansedumbre de un remanso. Había una paz casi tangible, hecha de claridad y de dulzura, que parecía ahondarse más con la aquerenciada voz de las mujeres.

—Madrecita —dijo Gabriela—. Hay que ser misericordiosos... Es tu frase de todos los días. Haz que papá la sienta y la comprenda cuando hable de Ernesto.

—Qué hacer Gabriela? Tu padre ha tenido tantas mortificaciones en estos días, que debemos esperar se serene para que cambie de conceptos...

La tía Isabel comentó con voz tímida, mientras arreglaba las violetas de una jardinera:

—Ernesto es bueno como pocos... Yo alguna vez soñé...

—Tía!...

—Pobre muchacho! La calumnia también tenía que llegarle. Decir que fue capaz de asesinar. Dios mío!... No sé, pero a veces siento más el dolor de Ernesto que la desgracia de Antonio.

La madre intervino entonces, como si tratara de buscar alguna justificación a la severa actitud de don Federico, el padre de Gabriela:

—En corrillos políticos tu padre ha escuchado los comentarios poco favorables que se hacían. Claro, hubo algo oscuro en la muerte de Antonio; y quizás por eso, y también por otros detalles, tu padre ha cambiado de apreciaciones respecto de Ernesto.

—Pero madre, de algo ha de servir una vida tan noble para que se la manche con cualquier sospecha. Tú sabes que yo no simpatizaba mucho con Ernesto; pero ahora, sabiéndolo desgraciado, lo aprecio más y lo compadezco...

—Dejemos esto, Gabriela. Dios dirá. Mientras tanto, no volvamos a tratar de este asunto.

Gabriela se inclinó sobre su labor, y el recuerdo de Ernesto y de Antonio, confundidos a un tiempo, fue llenando su espíritu de una ambigua tristeza. Ella no podía descubrir aún lo que le sugerían esos dos nombres tan extrañamente unidos. Sus procesos espirituales sólo los conocía su propio corazón; pero ni aun ella misma podía explicarse convenientemente las modificaciones que sufriera su carácter, a lo largo de esos meses sólo consagrados al cuidado de su madre enferma.

La señora María Mercedes padecía de un reumatismo nervioso y, por prescripción médica, tuvo que buscar un clima más propicio que el de Pasto. La hacienda de Huilquipamba era la vieja heredad de la familia y la más bella propiedad de toda la comarca. De clima suave en los lugares altos y cálido en las vegas; con extensas dehesas y cultivos, y con sus dos amplias casas magníficamente acondicionadas con todos esos detalles de confort de la vida moderna.

Allí se habían instalado desde hacía varios meses. Allí recibió Gabriela la noticia de la muerte de Antonio, y oyó las habladurías que tendían a complicar a Ernesto con aquella muerte. Era la época de los "rodeos" para las grandes ferias; y la murmuración llegó con la voz de los labriegos que bajaron a la hacienda desde los lejanos cortijos.

Desde la niñez el carácter de Gabriela se definió por un vibrante impulso de vitalidad. En la casa fue la alegría traviesa y reidora, la pasión de la abuelita, la preocupación de las tías viejas. Siempre rehuyó el mimo exagerado; jamás quiso muñecas para sus juegos. Su precocidad soñaba con capitanes y conquistadores, cuando las otras chiquillas de su edad se entristecían aún con los relatos de Caperucita y Blanca Nieves.

En el colegio fue la rebeldía bulliciosa, opuesta a los severos preceptos de las monjas, pero su noble sinceridad sabía suscitar la excusa amable para sus faltas repetidas.

—Madre! —le decía a Sor Angela—. Hoy no me mande nada porque no voy a obedecer...

Pero Sor Angela, con una comprensión bienaventurada, en el día del presagio nada le mandaba para que no desobedeciera.

No es que fuera díscola de por sí, o que careciera del sentido de obediencia. Es que ella tenía un concepto de fuerza propia, y a veces trataba de buscar motivos sensacionales para iluminar las horas grises del colegio.

—Muchachas —decía—. Hay que darle colorido a nuestra vida y ocasión a las monjitas para que se santifiquen...

Pero, en el fondo, adoraba la bondad de Sor Angela. En sus conversaciones con Carmenza la llamaba "Sor Cielo". Y así, cuando la monja se quedaba extática mirando las palomas que cruzaban por la ventana del estudio, Gabriela comentaba:

—Míra!... Sor Cielo se está llenando de palomas.

Cuando murió la monja, por obra de un contagio fulminante, Gabriela lloró por ella. Pero nadie lo supo.

Esta condición de su carácter variaba en su vida de hogar. En él jamás desobedeció, ni trató de hacer imperar sus caprichos. Discutía a veces con ardor, pero un leve gesto de sus padres la volvía al silencio; alborotaba por todas partes, pero sin perder esa rara elegancia que nació con ella. No fingía. El respeto de sus padres era esencial en su vida, y lo mantenía como su más recio fundamento moral. En ese alborozar pasó por la historia del colegio gritando la luz. Así la recordaría siempre.

Cuando después del internado fue a pasar una temporada en la hacienda de Huilquipamba, sus 16 años se estremecieron con un júbilo de vida delirante. La alegría primordial de la naturaleza vibró en todo su ser, se desbordó en su espíritu, irradió en todas sus acciones. Todo la llenaba de gozo: el sol, la lluvia, el viento; las eras y pastizales donde jugaba; las más sencillas labores de los labriegos, los más desapercibidos detalles de su vida humilde. Ella segaba y cosechaba, hombro con hombro, con las otras mujeres; ella prendía los incendios de las rozas y emulaba con las vaqueras en el matutino trajín de los ordeños. Su voz presidía los amaneceres de las siembras. Y su presencia fue necesaria ya, como pregón y como estímulo, para el logro cabal de toda faena.

Hubo consejo de familia. Gabriela no correspondía en sus maneras a esa norma de distinción que había sido habitual en la vida de los suyos. Un día sorprendieron a la muchacha guiando machete en mano el rudo trabajo de un desmonte. Era demasiado. Había que alejarla del campo; y a pesar de sus protestas, un mes después tuvo que viajar a Nueva York en compañía de Carmenza.

En Norteamérica supo aprovechar el tiempo en bien de su cultura, pero se dejó impresionar demasiado por la apariencia de esa vida maravillosa y libre. Fue alejándose un tanto de sus prácticas piadosas. Creció en aspiraciones de independencia. Tomó el "flirt" como un bello ejercicio inofensivo; y soñó en el amor como lo advirtió en los libros poco sanos que leía. Conquistar un hombre, es decir, interesarlo, apasionarlo; pasear, bailar con él; dejarse besar, acaso, si había ilusión para ello; y aburrirse también, para atender a otro que tuviera un mayor atractivo físico y espiritual para sus caprichos pasajeros. Claro que eso era teórico. Su compañía con Carmenza moderaba su conducta. Su propia visión la hacía contenerse.

Paseó playas, visitó exposiciones y museos, asistió a conciertos y academias. Supo asimismo guiar un automóvil a toda marcha y deslumbrar en una piscina con un salto perfecto de su cuerpo magnífico.

Flirteó también. Pero sólo con un estudiante de universidad jugó la breve aventura de un romance intrascendente. Ella lo atrajo. Era un tipo de extraordinario talante, pero sin refinamiento alguno; fuerte, sencillo, bondadoso. Se sintió desconcertado por la vivacidad burlona de Gabriela y fue tímido con ella. Una sola vez, en el vértigo de una carrera en un bote de motor, se atrevió a besarla en la mejilla; pero ya ella había resuelto hacerlo a un lado, pues lo advirtió demasiado simple para el alto clima de emoción que su espíritu requería.

En el barco en el cual hizo el regreso a Colombia se interesó un tanto por el hermano de Gladys; pero, comprendiéndose querida hasta el delirio, se propuso torturar al muchacho que hubiera dado su vida por ella.

Esa forma de volubilidad en sus apreciaciones era simplemente el resultado de su carácter y del cambio brusco de un medio espiritual a otro.

—Somos las niñas de la sierra en las calles de Nueva York —le decía chancéandose a Carmenza—. A ver si hay alguien que se atreva... Te dejarías besar por ese gigante de ojos azules?...

Mas, si el movimiento de vida las deslumbró, si el avance civilizador era tan alto, no así la cultura que más o menos establecía el mismo nivel entre la muchacha de la provincia andina educada esmeradamente y la muchacha americana de los grandes institutos de bachillerato. El desnivel lo daban el progreso y aquella

condición de independencia en la vida de la mujer. Y esto, para temperamentos como el de Gabriela, constituía el aliciente y el peligro.

A su regreso de Nueva York, Gabriela supo equilibrar sagazmente su conducta. Gustaba sugerir ideas atrevidas por su modernidad a amigos y compañeras y aparentar despreocupación por ciertos conceptos. En su casa, empero, volvía a ser como a sus padres les parecía. Discutía sus ideas con sutileza; mas, si advertía enojo, su risa cristalina terminaba las discusiones quitándoles importancia.

Sus 17 años eran como una torre de claridad con mil veletas al viento. De un lado el horizonte estremecido y libre; del otro, la heredad guardada; y allí su madre, comprensiva siempre, sosegando y apacientando el grito desaforado de esa violenta juventud.

—Por Dios, Gabriela! No muestres demasiado las rodillas, ni enuncies tus ideas estrafalarias cuando haya personas extrañas —le decía la señora María Mercedes.

—Sí madre. Son estos trajes que me quedan un poco altos. Tendré más cuidado.

—No te ciñas tampoco a la persona con quien bailas. No es decoroso, niña, aunque tú digas que es la moda.

—Madrecita, es que hay gente que se apega mucho, y da pena rechazarla.

—Jesús! Tú protestarías si un hombre extraño te cogiera del brazo; y sin embargo, en el baile cualquiera puede abrazarte como se le antoje. Eso jamás puede aceptarse. La mujer impone la distancia que sea correcta. Y si no, no se baila.

—Tú sabes, mamá, que en eso soy correcta.

—Pero exageras tu familiaridad... Y exageras los movimientos en la rumba. Baile maldito! Eso no es arte; y me apena decirte lo que ese baile sugiere.

—Ya lo sé madre; anoche lo hice así porque estábamos en confianza. En los salones soy de otro modo... No es que ame la rumba. Pero tiene su atractivo por ser el baile típico de nuestras costas; o, como dice Ernesto, es el paisaje de la gente de color, y es bello mirarlo a veces.

—Esa es tu excusa: el sentido del arte o de la tierra. Pero, ante todo, la moral. Sabes? Y, por Dios, no me discutas!

—Bueno madre. Ya no quiero la rumba... Pero sí hay unos boleros lindos... Míra, hay uno así...

La voz se hacía espiral en el cuerpo maravilloso, pero el escorzo iniciado no era sino el pretexto para acercarse a la madre y acallar con besos su regaño.

—Pero Gabriela, no seas loca!... Eres en ciertas cosas una china chiquita. Mira la mejilla como me la dejaste. Por qué te pintas tanto los labios?...

—Lo mismo me dijo Ernesto, mamá; que yo sabía arreglarme divinamente, pero que exageraba demasiado el lápiz en los labios. Y entonces le dije que yo sabía lo que hacía, y que no me gustaba que me hiciera observación alguna sólo porque se las da de artista... Y es un gran artista madrecita.

—Qué carácter el tuyo! Vas a sufrir mucho.

—Sí madrecita. Su Gabriela es rebelde hasta donde no más. Pero luego se serena y piensa en todas las cosas seriamente. No me dejo vencer, sabes? Sólo de tí y papá. De ustedes hasta la vida, aunque fueran injustos, que jamás lo han de ser...

La cabeza se inclinaba sobre las rodillas de la madre para que la acariciara; y ella la apaciguaba, la perdonaba ya, mientras pensaba que también ella pudo haber sido así, si su espíritu de vital alegría, como el de Gabriela, no hubiera tenido las vallas demasiado severas de su lejana adolescencia.

De aquel modo habían corrido los 17 años de Gabriela en la ciudad, a su regreso de Nueva York, en ese equilibrio de modernismo y desenfado, de franquezas desconcertantes y de suavidad conciliadora. La vida social fue modelando mejor su elegancia. Adquirió en la figura y la palabra ese chic de la muchacha fina que sabe imponer con su sola presencia la nota garbosa de su gracia. Para su madre seguía siendo la niña. Para los demás era la muchacha bien que hechiza deslumbrando, pero que puede transponer quizás ese linde oscurecente donde la murmuración empieza.

Un día Gabriela se interesó por Antonio. Buscó atraerlo porque le encantó su audacia y la subyugó el aparente vigor de su personalidad. Casi llegó a sentirse emocionada por él en algunos instantes. Le advirtieron que la conducta de Antonio llegaba al desenfreno, pero atribuyó a la envidia esa advertencia y persistió en mostrarse con él. El flirt prosperaba, pero Antonio se equivocó con el espíritu de su ligereza. En vez de enaltecer su vida para la noble conquista que se le ofrecía, trató de hacer llegar a la muchacha a situaciones de sospecha, para precipitarla después a la obligante aceptación de un matrimonio. Erró el cálculo y lo perdió todo. Sin descubrir bien sus intenciones Gabriela lo adivinó a tiempo y lo hizo a un lado sin vacilación. Le quedó un sabor de pena y de silencio. Después Antonio la buscó hasta la desesperación. Así la quiso ya. Pero no volvieron a encontrarse.

Otro día se apasionó por un ingeniero distinguido que visitó la ciudad. Era de una gran prestancia física, refinado y culto. Su imponente y reserva le daban cierta fascinación. Gabriela se sintió súbitamente ilusionada por él; y el hombre magnífico se consagró con frenético interés a cortejarla y atenderla. Días después se supo que el ingeniero era casado; y Gabriela lo rechazó con la acerba vehemencia que le causó el engaño. Pero luego, un vértigo de impetuosidad la obnubiló cuando supo que su adorador había sido terriblemente desgraciado en su vida matrimonial, y que quiso matarse por ella cuando se vio descubierto y rechazado. La muchacha pareció vacilar entre el amor y el profundo llamado de su conciencia. Y fué necesaria la voz entrañable de su madre y su propio sentido de responsabilidad para poder contenerse a tiempo. Este arrebató le dió el beneficio de una valorización emocional. Por primera vez miró a un hombre con íntimo interés de preferencia, y sintió también la posibilidad de llegar a prometerse para siempre.

Con Antonio culminó el espíritu de lo que ella llamaba sus "farseos" y amoríos; es decir el escaqueo sentimental dentro de una amable camaradería. Ella no coqueteaba propiamente. Interesaba a un hombre por concesión de gentileza, y le permitía dentro de cierta medida que la cortejara. Buscaba el equilibrio entre el amigo fervoroso y el amante tímido. Hasta allí llegaba. No más. Era como si de ese modo creara una experiencia para su vida, y se regocijara al medir las pequeñas y grandes vanidades de quienes trataban de alcanzarla. Sus amoríos con Antonio le dejaron su primera amargura. Comprendió entonces que debía cambiar. El escaqueo terminaba. El sentido de su dignidad se imponía con firmeza.

Con el segundo personaje el proceso fue distinto, pues éste consiguió impresionarla más íntimamente. Con recta conciencia dejó Gabriela avanzar hacia él su corazón, y, al renunciarlo, sintió por primera vez el alma desgarrada. Fue un bien, a pesar de todo. Sobre ese dolor volvió entonces al real equilibrio de su vida. Se había desconcertado en sus apreciaciones, y esto la hizo llorar. Pero no había vacilado. El alarde de su falta era su primera ficción. Luchar no es consentir, y a veces es bien que la virtud se pruebe. Su boca, terriblemente bella, no había besado todavía.

Tal el breve comentario de su vida al cumplir los 19 años. Su vibración espiritual recogía la plenitud de todas las cosas; pero ahora, un nuevo sentido de sacrificio y serenidad se sumaba a los dones de su alma. Con sencillez de amor y de dolor miraba su destino. Muy lejos aún sonaban para su corazón las campanas nupciales.

En esa transición advino la enfermedad de su madre, y con ella viajó a Huilqipamba. La tía Isabel que tan íntimamente la comprendía, comentaba el proceso de sus pasados arrebatos:

—Es el resultado de la vida nueva... Qué hacer? A pesar de todo nos ha de salvar el espíritu cristiano que ha modelado siempre nuestros hogares. Ya Gabriela pasó por la prueba del fuego... Bendita la madre que la amamantó!

La muerte de Antonio quedó ignorada por algunos días. Ernesto creyó lo que el cabrero le dijo en la mañana del suceso; y no se preocupó por la ausencia de Antonio hasta que uno de los trabajadores del aserrío subió al cortijo a preguntar por él.

Entonces se angustió. Acompañado por el Doroteo, uno de sus peones de confianza, subió inmediatamente a la cabaña del cabrero. A nadie encontraron. La casa estaba vacía, y ésto aumentó su sobresalto. Lo examinaron todo, buscaron rastros, preguntaron en diversos sitios, y como nada encontraron, se dirigieron al pueblo a dar cuenta a las autoridades de la desaparición de Antonio y de la fuga del cabrero.

Entre indicios oscuros prosperó la investigación. Varios días después del suceso la policía encontró a la familia de Sergio en una vereda de Linares. El cabrero había desaparecido; pero antes de su fuga había preparado el campo para que las sospechas de la muerte de Antonio no recayeran sobre él. Se llevó a las mujeres después de decirles que Ernesto había herido a Antonio; y que, para no complicarse era mejor abandonar el Imayá. Las aleccionó para que de sus declaraciones surgiera la sospecha de que los dos muchachos pretendían a la Niseta, de tal modo que la supuesta agresión de uno de los dos quedara justificada infamemente. En esta forma la ausencia de Sergio llegaba a revestirse hasta de alguna nobleza, dado que él había huído para no tener que declarar en contra de Ernesto.

La oscura acusación se desvaneció. Ernesto abocó el asunto con fiera hombría y con toda su sutileza de profesional. Defendió su honra línea a línea, y abatió una a una todas las sospechas. Las mujeres se confundieron en las repreguntas y al fin lo confesaron todo. Sin embargo, las murmuraciones de primer momento tuvieron una gran repercusión, y algo oscuro quedó envolviendo el nombre de Ernesto. Aviesamente actuó la política también. Días antes se había candidatizado a Ernesto para un puesto representativo, y alguno de los que se sentían como rivales suyos, ante el hecho hipotético de la elección, trató de explotar la presunción infame para restarle honor y prestigio.

Limpio salió Ernesto de ese trance, hasta donde la calumnia puede ser vencida. Días aciagos aquellos que tuvieron la aspereza de las cumbres donde viviera. Otra vez se derrumbaba todo. Otra vez había que principiar. Era necesario dejar la tierra nuevamente, para ensayar el afán de otros caminos en el silencio y el olvido.

Don Federico, padre de Gabriela, actuaba con vehemente fervor en la política. Era un hombre de honradez acrisolada, de probidad perfecta, pero sin esa amplitud necesaria para comprender el sentido de ciertos movimientos renovadores.

Alguna vez, en la ciudad, tuvo con Ernesto una discusión, que se agrió bastante cuando éste tachó los procederes mezquinos y la falta de sensibilidad de los pequeños potentados de su política. Don Federico principió a mirarlo con desagrado por esto. Meses después su resquemor creció hasta un punto de enojo indudable. Fue por motivo de una fiesta en el club, una noche que se le ofreció un banquete a un ministro visitante. Después del acto severo de los discursos, el licor corrió con abundancia. Se celebraban y festejaban las manidas promesas ministeriales que se cumplían rara vez. En alguno de los grupos surgió, por cualquier motivo, el tema espinoso de las noblezas apergaminadas que ahora desaparecían. Don Federico, que siempre alardeaba de nobiliarios membretes, adoptó en la conversación un tono irónico que mortificó a Ernesto y que a la postre lo determinó a una reacción casi ofensiva. Se cruzaron palabras un poco fuertes. Ernesto cedió al fin por el respeto que la familia del viejo le merecía; pero en éste quedó perviviendo y acentuándose un resentimiento profundo.

Don Federico refirió en su casa muy brevemente estos sucesos. Mas, cuando se inició la investigación de la tragedia del Imayá, dió rienda suelta a su acritud con palabras malevolentes que después le pesaron, porque las encontró faltas de caridad y encendidas de cólera. Luego buscó suavizar sus apreciaciones, pero su resentimiento volvía a mostrarse cuantas veces escuchaba algún elogio sobre la vida de Ernesto.

Fuera de lo que él llamaba sus odios políticos, y de pequeñas enemistades por asuntos como el referido, don Federico era un hombre de magníficos atributos. Carácter, voluntad, hombría. Lógica sana, corazón bondadoso. Era el tipo del gran señor de la ciudad, como lo era su primo hermano don José María, padre de Carmenza y Angelina; sólo que don Federico era menos inteligente y se mostraba más celoso guardador de su tradicionalismo. Apreciaba inmensamente a Luis, el hermano de Ernesto, quien era menos teórico y no le importaba lo que el viejo afirmara sobre la limpia prosapia de todos sus progenitores.

La hacienda de Huilquipamba reflejaba en su organización de trabajo la faz íntima del viejo. El sentido renovador lo daba el espíritu de la madre. En ella se magnificaba ya la sangre caudalosa de la América nueva. Ella modeló en su propia claridad el alma de la muchacha.

Gabriela pretendió un día averiguar más de cerca lo que había de verdad en la maraña de decires que envolvió la muerte de Antonio. Aprovechó un paseo con una familia amiga para llegar hasta el cortijo donde Ernesto vivió hasta que terminó el proceso investigativo.

Allí escuchó de labios del Marcelo toda la verdad; y supo de la vida de Ernesto en todas sus circunstancias de decisión y de grandeza. ¡Qué intensa y sencilla la vida que el labriego le contara como si fuera un ingenuo narrar de historias viejas!...

—Míre, niña. Aquí nos topamos con la Niseta la víspera de la tragedia... Y el patrón Ernesto le dijo que si se manejaba bien y no salía sola por esos breñales, le iba a regalar un pañolón de flecos para la fiesta de San Pedro... Y la Niseta le dijo: "Yo lo sirvo sin interés, niño! Pero sola he de salir porque a nadie le tengo miedo". Asina fue. Y el patrón dijo: "Pobrecita muchacha".

Y el Marcelo decía:

—Míre, niña, en esa cumbre está el Imayá. Y un día fuimos con el patrón Ernesto a perseguir un lobo que se había comido tres ovejas... De repente, bajo unos árboles de chaquilulos, un oso enorme me atacó. Yo llevaba la carabina del patrón, y con ella me hizo rodar por el suelo zarpeándome en la espalda. Me iba a matar, cuando el patrón lo enfiló a machete. Peleó un rato sin volver la cara, hasta que el oso se fue herido monte adentro...

Esa tarde Gabriela volvió a Huilquipamba con un júbilo nuevo. Antes amaba sólo lo que tenía el reflejo de su propia fuerza; ahora, sin dejar su alegría, advertía mejor la maravilla de las cosas humildes.

El peligro en que estuvo su madre había acendrado en su espíritu consideraciones desconocidas. Se dió a la lectura de obras de selección; volvió a su mística ferviente; buscó ayudar a los necesitados. No es que en ella se operara un cambio temperamental. El suyo fue un acto reflexivo de contención, que ordenó lo alborotado, que acentuó su verdadera personalidad, que le hizo mirar la vida más honda y serenamente. Su pausa fue como la de esos reposos en que aquietaba su fatiga para ordenar mejor el juego de las canchas en las mañanas jubilosas.

La hora se diluía con una dulzura de esencias frutales en el preludio del véspero. En las chozas de los arrendatarios principiaban a encenderse los fogones de la cena. Las hijas del Teodosio, uno de los mayores, recogían el café que había estado secándose a la solana. El Jerónimo apartaba los terneros del ordeño. A veces, fugitivamente, ascendía de alguna hondonada el dejo de una copla, o se apagaba a la vera de los sotos el rumor de algún grillo. De pronto la faroleta de un cocuyo gritó la noche bajo los platanares penumbrosos.

—Alabado sea Dios!...

—Alabado sea!...

En el alma de Gabriela se iban meciendo ahora los recuerdos de cosas lejanas. La imagen de Ernesto iba caminando con ella.

Volvía a mirarlo cuando lo conoció en el puerto de Tumaco, a su regreso de Nueva York, cuando él infundió la primera tristeza en el corazón de Angelina. Lo recordaba en la ciudad. El tenía entonces una rara delicadeza y una finura en el gesto

y la palabra que apagaba su hombría. Lo hubiera querido de otro modo. Se había equivocado? No era hombría su vida toda? Además, sus reproches la rebelaban, su ingenio se le hacía artificioso, su mirada era triste como si acariciara.

Después de la escena del paseo, en los alrededores de Pasto, ella había sentido una sorda irritación por él. Su beso aborascado no le había dado gozo. Quizás un aturdimiento de anhelo al sentirse dominada. Pero debió reaccionar como lo hizo, aunque más tarde mirara con secreto halago que Ernesto hubiera llegado a ambicionarla así, después de que ella lo deslumbró con la visión enajenante de su danza.

En muchos días se esquivaron. Ella fue medidamente fría con él; y dejaron de verse por largo tiempo. Angelina aceptó al fin un novio que fue bien mirado por los suyos. Carmenza se casó con Luis. Pasaron así dos veranos. Más de diez admiradores, esperanzados y desesperados, habían desfilado bajo las ventanas de Gabriela.

Ahora recordaba su última entrevista con Ernesto en una lejana "Fiesta de Negritos", la fecha clásica de la alegría en la ciudad de Pasto.

Parece que la celebración de ese festival, que sólo se realiza en Pasto y Popayán, tiene su origen en el tradicional jolgorio que en tiempos lejanos se efectuaba el 5 de enero para esparcimiento de los esclavos negros. Las nombradas ciudades sacan a lucir todo el fervor donairoso de su espíritu. Es un día único. Día del buen humor. Día de la alegría, que ha de dar para el pueblo, año por año, el vino justo para sostener su idealidad en el devenir de tantas horas afanosas.

La ciudad de Pasto se engalana. Las puertas de las casas quedan francas. Hay un desfile delirante de carros, comparsas y cuadrillas. Se baila en las calles y en las plazas. Lluve la alegría en el confetti, asciende en las serpentinas, zigzaguea en los pregones. Y el cosmético, que guarda el tono vivo de la tradición, salta de mano en mano para pintar con él el clásico lunar de la fiesta.

—Vivan los negritos! Viva el humor! Vivan los negros!

Este es el grito cálido del carnaval. Que lo mismo cascabelea en la boca de los caballeros y las damas, que en el fervor de las clases humildes, de los chiquillos, de los viejos, como si hubiera un contagio tácito de frenesí que obligara a todos a olvidar sus tristezas, para estrecharse espiritualmente en un mismo anhelo de optimismo y de vida.

En aquella ocasión Ernesto había vuelto a acercarse a Gabriela. Ella lo recordaba. Juntos bailaron un valse y entonces Ernesto le había dicho:

—Algún día usted me comprenderá, Gabriela, y sabrá con cuánto interés he anhelado su felicidad.

—Gracias Ernesto! —le había contestado—. Es raro. Somos dos caracteres en contraste... Créame, yo también deseo de corazón su felicidad.

Luego se despidieron y no volvieron a verse más. Un año largo hacía desde aquella entrevista.

Un año largo; y ella algunas veces había preguntado por él. Después, cuando acaeció la tragedia de Antonio, su interés se renovó, su aprecio tomó visos de preocupación, casi llegó a sentirse triste. Ahora era algo que ella no sabía, pero que tenía el mismo sentido de toda la dulce placidez de esa tarde, de la melancolía de sus cosas, de toda la ternura de su soledad.

Cuando llegó a la casa saludó rápidamente a su padre. Besó y acarició a su madre, y fue a buscar a la tía Isabel que estaría en esa hora acabando de regar sus flores. No la encontró. Volvió entonces por la gran avenida de naranjos y se dirigió a la casa de uno de los arrendatarios de la hacienda. Eran gente buena como todos; y tenían una chiquilla enferma con un mal raro, un mal de angustia que a veces la asfixiaba y la hacía delirar. Gabriela iba todos los días a verla, llevándole juguetes y remedios.

Esa tarde la enfermita había reaccionado. Gabriela la visitó un instante y, después de acariciarla, salió acompañada por la Georgina, una de las hermanas de la enferma, quien se empeñó en llevarle hasta la casa una brazada de gladiolos. Era una campesina de unos 19 años, con una voz tímida y unos ojazos como la noche. Estaba confusa. Algo sin duda quería contarle a Gabriela.

Mientras avanzaban por la avenida, el agudo concento de los grillos rebordaba el crepúsculo. Pasaron dos muchachas campesinas con sus cántaros sobre los hombros. Del hontanar oculto llegó el arpegio cantarino del agua.

—Niña Gabriela!...

—Qué vas a decirme, Georgina?

—No me atrevo, niña.

—No me tienes confianza?

—Sí. Mucha. Pero me da vergüenza...

—Si te adivino me dices. Quieres?

—Sí mi niña...

—Es... Es de amor, no es cierto?

—Es de amor...

Y la muchacha se encendió con el vivo color de las "campanillas" que a millares crecían a la vera de los caminos del huerto.

—Quién es él? Dímelo sin recelo, tonta.

—Es el David.

—Me gusta. Sabes? Buen muchacho. Y quieren casarse, no es cierto?

—El me dijo que esta noche le diera la respuesta... Y yo, niña, quise consultarle a usted.

—Te quiere mucho? Tú lo quieres también?

—El dice que mucho. Yo... no sé.

—No sabes? Pero qué sientes por él?

—Bueno. Cuando él va a verme al lavadero de la quebrada, no nos decimos nada. El me mira y se ríe, y me sigue mirando sin decirme nada. Yo entonces lo miro en las bombitas de jabón, y quisiera que asina fuera toda la vida. Cuando me coje la mano yo tiemblo... Cuando se demora en los "rodeos" me entran unas ganas tontas de llorar... Esto ha sido desde el mes de enero cuando cosechamos el café suyo en el Estrecho.

—Bien, Georgina. Eso quiere decir que tú estás verdaderamente tuturuta por él. Eso. Y, además, que Dios quiere que se casen pronto para que sean felices. Dile que sí. Díselo ahora mismo. Y, si te parece, yo seré tu madrina.

—Mi niña!...

—Y ahora, si quieres, puedes llorar... Que llorar por un amor correspondido es el dón más alto que puede darnos la vida!.

Capítulo XIII: El Estrecho

Bajo el bochorno del mediodía reverberaba el barzal que cubría ese margen del Guáitara.

En los ángulos de la vertiente se amontonaban enormes bloques de calizas, y en los espacios libres el barzal se extendía suavizando el áspero color de las lomas resacas. Era el repecho amarillento, con moteados de blanco, que Ernesto mirara desde las cimas del Imayá, y que le diera en la mañana trágica la sensación de un gigante rebaño que estuviera trepando desde el río.

Se separaban allí las Provincias de Túquerres y Pasto. De un lado, las extensas labranzas de prósperas haciendas, entre las cuales Huilquipamba agrupaba queseras y cortijos. Del otro, en la parte del barzal, rucias lometas de cabrería que profundizaban el contraste. Y, separando las dos vertientes, la tremenda cuchillada del Guáitara que corría en un profundo quiebre de grandes peñascales herrumbrados.

Había que llegar hasta la misma orilla de las rocas para advertir el río; y en algunas partes los acantilados se acercaban tanto que apenumbaban el cauce hondísimo donde el río se desanillaba en espumas como una sierpe. Así era el sitio del barzal, donde había una roca que avanzaba casi hasta tocar la orilla opuesta. Allí, la anchura sobre el abismo era sólo de siete metros; y por eso, el lugar había recibido el nombre de "El Estrecho".

Quizás, en tiempos pretéritos, existió algún puente para comunicar las dos Provincias, lo que se adivinaba por el rastro de senderos desaparecidos. Hoy, "El Estrecho" es sólo un punto de referencia para indicar un límite de haciendas, o para evocar alguna hazaña de las guerrillas revolucionarias del pasado siglo.

—Por allí, de un solo salto, pasó Agustín Agualongo cuando de su guerrilla no quedó un solo hombre...

Con esta alusión comentaban los viejos campesinos una de las tantas hazañas del más famoso de los guerrilleros del sur, quien al caer prisionero y debiendo escoger entre la muerte o el capitanato de las tropas contrarias si renunciaba a sus ideas, exclamó: "No tienen derecho para insultar a quien cayó luchando. Fusílenme ya". Lo fusilaron con dolor. Su nombre, que ha rebasado ya los límites de la leyenda, sigue guardando para su gente un relumbre simbólico de valor y bizarría.

En aquellos días Ernesto había entrado en negociaciones con don Emeterio Muñoz, dueño de la región de los barzales, para vender el lote de cabras que no encontró demanda en otros mercados. Se proponía realizar todo lo que le quedaba, para poder viajar otra vez sin rumbo fijo. La tragedia del Imayá, el fracaso de sus empresas profesionales, la desilusión de su vida toda lo habían agobiado. Volvía a anhelar otro horizonte liberador para su vida que iba trasponiendo el inquietante meridiano de los 30 años.

A pesar de ese supremo afán de desasimiento, Gabriela había seguido perviviendo para él como recuerdo y como inquietud. Gabriela estaba ahora allí, tan cerca y tan distante! El abismo del río y de sus relaciones de familia los separaba; pero siendo "El Estrecho" un sitio tan nombrado, Ernesto quiso visitar el agreste paraje que ella talvez conocería.

Por motivo de sus trabajos fuera de la ciudad Ernesto se había ido alejando de los suyos, aunque el afecto seguía siendo condición entrañable de su vida. Florencia había ingresado hacía algún tiempo al Convento de la Visitación, y Luis continuó atendiendo al sostenimiento del padre ciego y de la otra hermanita. En esas condiciones Ernesto bien podía pensar en la realización de un nuevo viaje.

En casa de Luis estuvo por brevísimos días con motivo de la investigación de la muerte de Antonio. El trato íntimo con Carmenza ahondó más su soledad y lo obligó a dejar la casa, casi inmediatamente. Ella lo atendió con íntima bondad de hermana, con una amable solicitud que parecía acrecentarse en consideración a los sufrimientos de Ernesto. Allí vió a Carmenza, otrora cumbre de una esperanza, dedicada con supremo afecto a las atenciones de su padre ciego. Por su influjo había alcanzado la vida de su hogar un nuevo clima de amor y poesía.

Aquel día Ernesto había bajado nuevamente hasta "El Estrecho" con la intención de abrirse paso entre el marañal. Le habían advertido que el barzal estaba lleno de cascabeles, el peligroso ofidio cuya mordedura es de muerte. Por ese motivo

había prendido fuego, aprovechando la hojarasca, para ahuyentar a los reptiles y poder abrirse una senda que lo llevara hasta la orilla.

Bien entrada la tarde lo consiguió. Ayudado por su machete y por un gran horquejón practicó una trocha que quedó marcada con ceniza humeante. Ahora, estaba sólo a 7 metros de Huilquipamba. El río corría cien metros abajo, y el estrecho, sobre rocas tan altas, daba la sensación de que podía salvarse de un solo salto. La orilla de Huilquipamba era más elevada. Hasta su borde llegaba una senda que serpeaba el sombrío que amparaba los cafetos. Había también parásitas, maravillosas parásitas en los cuencos y hendiduras de las piedras. Era la orilla civilizada, opuesta al barzal enmarañado y peligroso.

Ernesto se entretuvo contemplando largamente el abismo. Una emoción de cansancio y de desolado anhelo lo llenaba. Sabía que la casa de la hacienda estaba cerca, a pocas cuadras del Estrecho. Pero las posibilidades de ver a Gabriela eran remotísimas.

—Bien. Yo no he venido con ese propósito que sería de un exagerado romanticismo —se decía Ernesto—. Pero, entonces, por qué? Por contemplar el Estrecho solamente? No. Mi tierra está llena de quiebras y de abismos que serían pasmo de turistas, y que yo me sé de memoria en toda su hosquedad o su grandeza. Entonces?... Por ocupar el tiempo en algo? Sí, por ocupar el tiempo en algo, éso es. Mas, si por casualidad la viera, aunque fuera a la distancia, sería bello sin duda, aunque angustioso también...

La quería, pues? Qué importaba lo que fuera? Ella, después de todo, era la única mujer cuyo recuerdo conseguía llenarlo, a pesar de su reciedumbre, de cierta tristeza de saudade que suavizaba el punzar de sus horas amargas. Qué pensaría ella de él? Cómo comentarían en su casa la tragedia de Antonio? Ella también, ella más que todos, no lo inculparía? Con don Federico se había saludado en la ciudad, pero de lejos apenas, porque la actitud del viejo había sido de recelo, de dureza y de desvío. Entonces?...

Se puso triste. Se arrepintió de haber ido hasta allí. Se prometió no volver; pero al día siguiente volvió. Dejó el caballo arriba del barzal, al cuidado de un chico campesino de seis años de edad que lo seguía en sus excursiones. Se llamaba Ginés, y era inteligente y de rara fortaleza para los años que tenía. Todo lo preguntaba. Era un alma ingenua que despuntaba a la vida comprensivamente.

Ese día Ernesto puso en el arnés de la silla un largo rejo de enlazar. Lo hizo así porque en la noche lo pensó. Pensó que sería fácil tenderlo a través del abismo si encontraba del lado de Huilquipamba un punto especial para una lazada afortunada. No es que lo fuera a hacer precisamente, pero entretendría el tiempo en ensayar sus posibilidades. En efecto, advirtió en la otra orilla una aguda

saliente de la peña, propicia para su intento; pero los tiros del lazo no los dirigió allí, ya que la cuerda se hubiera quedado prendida del otro lado. Comprobó pues, solamente, su maestría con el lazo, con el cual se había ejercitado en el Imayá; y este detalle simplísimo lo llenó de un secreto contento.

Volvió donde estaba el chico esperándolo con el caballo. Hacía mucho calor. Buscó la Sombra de un árbol, y partió con Ginés el pan, el queso y el refresco que llevaba.

—Para qué trajo ese rejeo —le preguntó el niño.

—Para pasarme al otro lado del Estrecho.

—Para qué?

—Bueno... Hay unas parásitas muy lindas que quiero tener. Tú me las cuidarás si consigo alcanzarlas.

—Usted me dijo que no hay que mentir.

—Claro que te lo dije... Y por qué me lo repites ahora?

El chiquillo se sonrojó, y sonriendo ingenuamente, se puso a acariciar al blanco cabrito que Ernesto le había regalado y que el muchacho llevaba a todas partes halándolo con una cuerda.

—Oye, Ginesillo, crees que te estoy mintiendo?

—No señor... pero...

—Pero qué?... Dí lo que piensas, y te doy esta naranja.

—Es que usted cantaba una canción.

—Y?

—Decía que una niña lo esperaba.

—Así es la canción, mocoso.

—Y anoche, usted le preguntaba a don Jero si estaban las patronas en Huilquipamba.

—Y tú pensaste que la niña de la canción estaba en Huilquipamba. Y que yo iba a pasar el Estrecho para verla. Y que para eso traía el lazo... Barajo! El chiquillo sí es listo!... Tú vas a ser un gran detective!

—Qué es eso que dice?

—Es complicado explicártelo. Mejor, toma estas dos naranjas Ginesillo... Es terrible estar enamorado, pues si esto sigue hasta tu cabrito lo puede sospechar.

—Qué es estar enamorado?

—Sentir amor.

—Y qué es amor?

—Caramba con el hombre! Vas a ser un gran reportero, Ginesillo. Mira, te voy a explicar. Amor... Qué es amor?... Bien. Es eso que sientes por tu papá y tu mamacita; eso que sientes por el "curillo" cantor que tienes; lo que sientes por este cabrito... Vas comprendiendo, pelado?

El chiquillo sonreía mirándolo. No comprendía bien. Qué iba a comprender! Si al mismo Ernesto, mientras expresaba la idea y pensaba en su vida, se le estaba complicando el concepto tan trajinado y tan sencillo...

—Qué es amor, Ernesto? —se decía entonces él mismo, abandonando ya el diálogo del niño—. Pero el amor por una mujer, por una muchacha. Por Gabriela, por ejemplo... Por Gabriela...

Literariamente él podía haber escrito una página extraordinaria sobre el tema. Principiaría con aquello de que en la vida todo es atracción, palpitación y amor; de que en el universo todo es amor. Haría un bello juego de imágenes, no demasiado líricas para que el concepto pudiera corresponder a una realidad sentida por todos. Fantasearía en el romance, o haría vibrar la frase entre borrascas de pasión. Quizás, también, aduciría textos de gran sabiduría o glorificaría el gozo y el dolor de todos los éxtasis.

Eso lo podía hacer. Quizás lo haría con elocuencia y con verdad. Bueno, pero qué había sido en palabras sencillas el amor en su vida? Pensó mucho para convenir que sólo había sido una gran ficción... Ernesto no había querido mujer alguna en plenitud de realidad; él sólo quiso la imagen irreal idealizada en la medida de su capricho o de su anhelo... Comprendía que hasta sexualmente había sido así, hasta llegar a moldear el deseo casi como un anhelo puramente estético. Su sentimiento tenía las fluctuaciones de su imaginación. Era un introvertido.

Repasó el recuerdo de las mujeres amadas. Eran pocas; y al evocarlas, tenía que volver a ellas como en una memoria de sueños... Unas que sólo fueron para su ambición como una congoja de belleza. Otras que un día mecieron la música de sus versos... Aquellas que ardieron ya, y se apagaron como llamas súbitas. Y aquellas que le dieron el sentido vital del amor, el gozo y el dolor profundos, la angustia, los celos. Y aquellas?... A quién había amado? Cómo pudo ser el amor si a ninguna le prometió la vida?... Qué era el amor? Cuál fue

el atributo máximo que en cada caso de mujer lo emocionó, y en qué instante del alma había principiado para cada una de ellas el camino de su sueño?... Por qué las olvidó?....

El sentimiento por Gabriela principiaba a separarse de ese artificio imaginativo. En ella le pareció advertir un día la fuerza de la tierra, aunque esto fuera también bastante literario. La anheló también, obnubilado, en un instante de deslumbramiento; y luego, trató de olvidarla. No lo consiguió. Pero al separarla de su vida, la fue despojando en su pensamiento de todo lo que no era real y perdurable. Ahora, Gabriela iba entrando en una zona de valorización definitiva; y en ese proceso estaba fructificando una emoción nueva. La imagen espiritual que se equipara con la imagen real; la que fue en el recuerdo con la que podía ser en la esperanza. Y la volvía a mirar, para encontrarla excelsa en su medida de belleza, de gracia, de idealidad; en su altura de inteligencia y en su constante bondad y alegría. Qué más podían ambicionar el hombre y el artista? Qué quedaba de sus análisis adversos de otro tiempo?... Apasionada? Voluntariosa? Demasiado apegada a los hechizos peligrosos de una vida de fiestas?... Pero acaso su vida rebasó límite alguno de reproche? Acaso su modernidad opacó la tradición severa de los suyos? No había renunciado a todo por consagrarse a los cuidados de su madre enferma?...

Sí... Así la miraba, aunque luchando aún por evadirse de ella. Sin querer confesarse a sí mismo que ella estaba llegando a una cumbre de aspiración... Ahora la sentía más íntimamente, mucho más hondo como si su sueño se meciera en su propia sangre; cual si debiera ser como era, y ya no tuviera nada que agregarle a sus atributos. Raro. Eso debía ser amor...

—Oye, Ginesín! Voy a explicarte de nuevo. Amor es una fuerza tal, que sin el cable que aquí tengo puedo pasar el abismo que hay en el río. Mira! Yo doy un paso, pienso en Gabriela, y estoy al otro lado. Comprendes?

—Sí —dijo el niño sonriendo.

Estaba arrodillado, acariciando a su cabrito y mirando los ojos de Ernesto. Pausadamente, agregó:

—Usted da un paso, y está al otro lado... Sí, comprendo... Pero, quién es Gabriela?

—Gran bruto! Ella!...

Saltó riéndose. Levantó al chiquillo, lo mecía un instante y lo sentó sobre la silla. Echó el caballo por delante; y el siguió atrás, halando el cabrito y cantando la misma canción de amor que enantes escuchara el niño.

Suave brisa principió a refrescar el vaho azorante de la canícula. Subía un sordo rumor del cielo. Grandes mariposas de un amarillo de luz pasaban de la vaga sombra de los árboles a la zona fulgente del espacio abierto.

Ernesto estaba otra vez al filo del Estrecho. Se había recostado sobre el musgo, bajo el quitasol verdegueante de un membrillo; y soñaba y sufría lejos de toda noción de tiempo.

Bajó esa tarde para terminar lo que él llamaba su última aventura. Durante 10 días había menudeado sus visitas en horas diversas, para encontrar la misma soledad, la misma inútil esperanza.

Una íntima tortura lo colmaba, pero ya había en ella un signo de sosiego, de brava y definitiva resolución. Otra vez le llenaba el alma una aspereza desconocida, como en el paraje de los cerros donde un día viviera.

El tiempo pasaba y el día se iba tornando más fresco, más propicio para volver al camino. Ya no volvería más a ver a Gabriela. Ella se casaría algún día. El seguiría trajinando por los rumbos adversos de su destino.

Se advertía casi fracasado; en lo que aspiró para ayudar a los suyos, en lo que anheló para su propia cultura y para el bien de su gente. Era quizás el determinismo de su suerte, o de la sangre que en él se aborascaba así... Luis había sido distinto. Para él los caminos económicos fueron mejores, y todas sus realizaciones casi rotundas. Un día quiso a una mujer, la Molinera, y la consiguió y llenó parte de su juventud con ella. Otro día quiso a Carmenza, y la consiguió también. Tendría hijos, los educaría, realizaría un hogar admirable, posiblemente sería feliz... Para el uno los caminos abiertos, para el otro el abrupto y el escollo. Para dónde iba su vida?... Dos preocupaciones sumas lo habían agitado siempre: el bienestar de los suyos y su propio perfeccionamiento. Hasta donde le fue posible había ayudado a su casa; pero no era bastante. Había avanzado algo en su cultura, en su preparación profesional, pero no era bastante aún. En mediana escala había tratado de hacer el bien, y siempre conservó una mística religiosa y humana. Escribió, luchó, soñó. Consiguió algún prestigio. Pero cuántas cosas inalcanzadas! Y sobre todo cuánta ansiedad por compromisos que no pudo cumplir... Esa había sido la verdadera tragedia de su vida. No había despilfarrado. Pero en épocas adversas hizo deudas; y cada cobranza que no podía atender lo quemaba como un hierro ardiente... Lo demás no era grave quizás, y su optimismo rebasaba sus fracasos. La posibilidad de un matrimonio era remota. Era una aspiración meramente teórica. Allá llegaría, pero dentro de una posición económica segura, y en el torbellino de un gran amor. Para dónde iba su vida?... Para dónde va la humanidad? Por qué se sufre tanto?...

Del tronco de un espino saltó piando un pájaro asustado. Se oyó un ruido en el charrascal; y luego, en el silencio que advino, quedó flotando melodioso y apagador rumor, cual si en el fondo de un cofre se agitara pausadamente una sarta de perlas.

Ernesto siguió embebido, sinembargo. Ese día era un sábado de junio. Gabriela estaría leyendo o bordando a los pies de su madre enferma. Así debía estar. Recompuso el cuadro; se deshizo de él sin advertirlo, y fue ampliando en saltos bruscos su miraje. En Bogotá, en la academia de danza que él frecuentara, grupos de muchachas en ejercicios de luz mecerían sus cuerpos al ritmo de alguna melodía de Beethoven. Juan, el paralítico, que él visitaba y quería, estaría en su misma cama del Hospital de San Juan de Dios repitiendo los instantes que faltaban para el próximo refrigerio... En el Ambiyaco... Qué sería del minero y la Casilda? Qué de la Molinera? Qué de aquella muchacha que en Bogotá principiaba a quererlo?... En Barbacoas, las bateadoras estarían ahora agitando el cielo en sus bateas y la desesperanza en sus ojos cansados. En Tumaco partiría un barco entre bañistas. En Europa los aviones estarían matando niños... Qué raro, qué indescifrable ese contraste de la vida y de la muerte!

El charrascal se abrió suavemente. Un frío batir de cascabeles llenó la soledad. Ernesto abrió los ojos extrañado; algo imprevisto lo estremeció, y, agazapándose donde se hallaba, sacó, presuroso, su revólver.

Sobre los barbechos del barzal se alargó de pronto la cabeza chata del ofidio. Luego, rápidamente se deslizó el cuerpo escamado en un viscoso ondular de cosas grises. La serpiente que iba a pasar advirtió a Ernesto; se recogió primero, y se anilló de un golpe. Era enorme, y al girar sobre sí misma formó un oscuro y denso hacinamiento. Se recogió aún más para saltar lanzando un sordo silbido. El cascabel de la cola se había quedado trémulo en el aire, agitándose en un batir obsesionante.

Ernesto disparó. Saltó luego hacia atrás porque la serpiente se desenrolló hacia él, y casi a sus pies le destrozó la cabeza con la carga de su revólver. Había obrado serenamente, pero se sintió asustado. La mordedura hubiera sido mortal. Se separó un poco y cargó el arma de nuevo. En seguida, y medio convulso, se quedó contemplando el agrisado cuerpo que aún se retorcía.

Iba a alejarse cuando descubrió una parásita de rara belleza que surgía de uno de los requiebros de la peña. Con cuidado se puso a escarbar la tierra para desembrar la planta. La flor era de un rojo vivo; quizás sería de la misma especie prodigiosa que los Quechuas llamaban "huáitar" y que había dado el nombre al río donde se encontraba. Guáitara: río de la flor! Extraño aquello. La flor delicadísima había cifrado para siempre el nombre del tumultuoso caudal que corría en todo su curso entre un arriscado cerco de peñascos.

—Ernesto!... Ernesto!...

La voz vibrante atravesó como onda electrizada el angustiado cavilar del que nombraban. Gabriela estaba allí, al otro lado del abismo, inclinada sobre las rocas, mirándolo con una alegría de niña que gritara de pronto un júbilo incontinido.

—Ernesto!...

—Gabriela!...

—Qué hace usted allí, por Dios?... Oí los disparos y me acerqué. Qué pasó? Cuándo vino? Con quién está?...

Hablaba apresurada, gozosa, con ímpetu anhelante. Y Ernesto, al oírla así, sintió que toda la fuerza de la vida volvía a su corazón.

La muchacha vestía un traje sencillo de muselina. Un gran sombrero de hiraca le cubría la cabeza. Había adelgazado bastante, y estaba así más bella en su atavío, más quemada de sol, más clarificada de luz espiritual.

—Pasé por aquí porque Dios lo quiso —le dijo Ernesto, lentamente—. Su encuentro me redime de muchas cosas... Estoy en unos negocios en casa de los Muñoz, y hoy vine aquí por conocer el Estrecho.

—Por qué disparó?

Ernesto le indicó la enorme cascabel muerta.

—Jesús! Ese barzal es peligrosísimo. Así me lo han dicho. Hubiera podido morderlo. Bajar allí es una locura.

—No hay cuidado —le interrumpió él—. Es el primer día que aquí encuentro una cascabel...

Se contuvo vacilando. Antes había dicho que esa tarde había bajado a conocer el Estrecho, y ahora hacía comprender que habían sido muchas sus visitas a ese sitio.

Gabriela le sonreía como si el detalle la llenara de gozo.

—Qué es de su madrecita? —le preguntó entonces Ernesto—. Los he considerado de corazón. Con don Federico me encontré hace poco; y hubiera dado un mundo por hacerle llegar a usted mi recuerdo.

—Mi madrecita sigue mejor. También lo hemos considerado mucho, pero mucho... Mi padre es raro en algunas cosas; pero ha de cambiar, estoy segura... Hoy hablamos de usted con mi tía Isabel.

—Si usted supiera, Gabriela, el bien que me hacen sus palabras... Cómo se las agradezco! He sufrido mucho, pero este día me va a dar un motivo más para seguir adorando lo mío cuando me vaya.

—Se va?... Se va pronto?

—Me vuelvo a Bogotá.

Se quedaron callados. Ella con tristeza, y él mirándola ansioso, como si la tristeza de ella le hiciera un bien infinito.

—Cómo ha cambiado usted, Gabriela! Cada día más divina, más... Lástima de este abismo. Estamos tan cerca, y sin embargo tan distantes.

—He cambiado, Ernesto; y usted también. Lo advierto de otro modo, como más fuerte; en fin, mejor!

—El tiempo, la vida que se va, Gabriela.

—El tiempo... Yo ahora lo lleno de sueños, aunque usted no lo crea... Cómo le parece?

—Qué bella palabra, pero qué profundo este abismo!...

Se quedaron contemplando el cauce hondísimo, sin saber qué decirse.

—Niña Gabriela!... Niña Gabriela, dónde está?...

Era la Delfina, la muchacha de compañía que ya conocía Ernesto, y que en ese instante aparecía por el soto vecino. Vió a Ernesto, y con gran alegría lo saludó:

—Niño Ernesto, cómo está?

—Qué hay Delfina? Aquí saludando a tu "niñita" y viendo si era posible pasar, pero no se puede...

—No se puede! —dijo también Gabriela, sonriéndole—. Tenemos ya que volvernos, Ernesto. Hoy vinimos a bañarnos a la quebrada termal que hay aquí cerca. Los disparos me atrajeron. Pero nos hemos demorado; y el muchacho que está con los caballos debe estar inquieto... Tan cortito este instante!

Se quedó mirando a Ernesto con profunda tristeza.

—Míre Gabriela —le dijo él—. Si usted lo quiere y no es demasiado pedirle, vuelva mañana para despedirnos.

—Mañana es domingo y está mi padre en la casa. El lunes volvería...

—Cómo le agradezco! El lunes... No me olvidaré de esto nunca.

—A la misma hora, le parece?... Bueno. Adiós Ernesto!

—Adiós Gabriela!

La muchacha y su compañera desaparecieron en la revuelta del sendero. Ernesto cortó el fino cascabel del ofidio, y con el pie fue empujando el cuerpo elástico hasta precipitarlo en el río. Luego subió corriendo y saltando como un loco. El muchacho lo estaba esperando con el caballo. En un "ojo de agua" lavó el cascabel. El niño lo miraba con inquieto recelo.

—La mató?

—Sí. Era muy grande, pero no te asustes. Estás cansado?... O es que has llorado?...

—Sí, cuando oí los tiros, y usted no volvió.

—Oh Ginesillo! Vales un mundo. Sabes? Estoy contento, y te voy a quitar el cansancio con una sola palabra. Vení mocososo!

Amarró de la cola del caballo la cuerda del cabrito. Luego subió al muchacho sobre la silla; y echaron a andar apresuradamente loma arriba.

—Ginesillo!

—Señor.

—Te regalo la ovejita negra que tanto te gustaba. Estás contento?

Al chiquillo se le humedecieron los ojos de emoción.

—Estás cansado todavía?

—No señor —repuso casi llorando.

—No te dije? Bien, muchacho. Mañana le pondremos nombre a la ovejita. Te parece?

—Sí señor...

—Bueno. Qué nombre te gusta? Qué nombre le ponemos? La Cascabela?... La Marquesa?...

—No, eso no.

—Entonces, cuál?

El niño buscó un nombre en su memoria. Inocentemente enunció:

—Gabriela.

—A tu abuela, grandísimo alcornoque!...

Y sobre la loma escueta, rodaron las carcajadas jubilosas de los dos, hombre y chiquillo, unidos por la armonía del nombre clarísimo entre el esplendor alucinado del horizonte inmenso.

Capítulo XIV: El Idolo

—Gabriela, vas a caerte. Bájate, por Dios!

—No tía, no pasa nada. Voy a bajarme. Pero recíbeme este gajo de manzanas en tu delantal. Hazlo con cuidadito.

La tía Isabel recibió con suavidad el gajo maravilloso de siete manzanas, con su repunte de hojas tiernas. Gabriela se suspendió de la rama del árbol que fue inclinándose hasta que ella pudo saltar sin peligro hasta el gramal del huerto.

—No comprendo por qué te subiste allí, cuando hubieras podido ordenar a cualquiera...

—Mira, tía, es el árbol que quiero más. Tiene la historia que nos contaron. Lo sembró el abuelito el día de su matrimonio; y en el aniversario de ese día se ha hecho la cosecha de las frutas. Bello, no? Es viejo el pobre, pero parece que sigue creciendo y sus manzanas son una gloria.

—Bueno, sí. Pero, por qué te subiste?

—Porque yo misma quería desprender ese gajo. Es de buen augurio, y voy a dejarlo que madure para regalarlo.

—Ya está maduro. Para quién es?

—Es un secreto mío. El viernes se cuentan los secretos; y ese día te cuento el mío, pero sólo a tí.

—Algo te pasa, Gabriela.

—Sí. Algo que es alegría y dolor. Tú me vas a ayudar. Aunque fuera malo, no es cierto?

—Malo? Cuidado, Gabriela. En el Paraíso hubo un árbol del bien y del mal...

Gabriela sonrió mientras acariciaba con fruición las manzanas. Luego indicó:

—Eso es simbólico, tía. Quiere decir que uno es el que debe escoger los frutos buenos o los frutos malos, como todas las cosas. No es el destino. Cada uno hace su propia vida!... Ahora te voy a contar un sueño que tuve anoche.

—Qué soñaste?

—Pues... Oye! Que me casaba con Ernesto...

—Ernesto? Qué raro! Los sueños de matrimonio indican adversidad.

—Pero es que soñé con los ojos despiertos...

—Gabriela!

Pero ella le juntó la mejilla a la mejilla, la estrechó con ternura y le dijo:

—No me digas nada, tía. No me reproches. Pero anoche sufrí mucho por él.

Fue en esta tarde, al día siguiente de la entrevista del Estrecho, cuando Gabriela que estaba con su madre en el costurero donde bordaban, le pidió con vehemente voz que fueran misericordiosos cuando hablaran de Ernesto.

A la mañana siguiente, acompañó un largo trecho a don Federico, quien salía a caballo con el objeto de inspeccionar los trabajos de la parte alta de la hacienda. Gabriela iba a pie, junto a él, con la intención de llegar hasta el trapiche. Lo hacía con frecuencia. Pero aquel día buscaba la oportunidad de sondear a su padre, de sugerir algo con respecto a Ernesto. Esa tarde se vería con él, y necesitaba oír alguna frase siquiera que fuera una promesa de la reconciliación que ella esperaba. Cómo iban a separarse así? Qué más podía hacer? La querría él? Sí. Debía quererla. Ella en alguna forma lo sabría...

Don Federico hablaba:

—Dime, Gabriela, no extrañas la ciudad? Te has consagrado con tanta solicitud a tu madrecita, que me hubiera encantado que salieras a Pasto en estos días en que hay algunas fiestas por la clausura de colegios.

—No padre. Estoy feliz aquí. Ustedes lo llenan todo. Naturalmente recuerdo a mis amigas, y me hubiera complacido ver a Carmenza y Angelina.

—Te piensan y te quieren mucho. Carmenza es feliz y Angelina sigue su noviazgo con Oscar Buendía. Es un gran muchacho.

—Angelina quería a Ernesto Santacoloma... Tal vez hubieran sido felices.

Don Federico frunció el ceño y dijo con aspereza:

—De Luis a Ernesto hay un abismo. No me gusta Ernesto.

—Es que Ernesto es un poco chancero, papá; y así puede haberte dicho algo que te disgustara. Pero él me hablaba de tí con un respeto profundo, con esa delicadeza que él tiene...

—Delicadeza artificial, Gabriela. Aparenta bondad, y ya ves en lo que está metido. Pobre Antonio!

—Papá, lo que se haya dicho de Ernesto es mentira. Tú lo sabes, y es cruel acusarlo. Yo quisiera pedirte de corazón que no pienses mal de él.

—Está bien, no hablemos más. Yo tengo mis ideas, y eso basta.

—De manera que si Ernesto viniera aquí, lo recibirías?

—Aquí? Eso jamás! Por qué me lo preguntas?

—Por nada... Porque quería probar si ya no hay en tí esa acerbía que sentías por él.

—A un padre no se lo prueba. Se lo respeta! Y no se le discuten sus simpatías o sus antipatías. Ernesto no volverá a entrar a mi casa.

—Padre, perdóname! No quise ofenderte.

—Está bien. Te dejo. Adiós.

El trapiche estaba cerca. Desde él llegaba un lento olor de miel en la dulzura del aire tibio. El sol fulgía sobre los cañaverales estremecidos por el bullicio de los cortes. Los sembríos conjugaban todas las gamas del verdor, desde el oscuro de los aguacateros hasta los cañaduzales que recogían una tonalidad de verdes tiernos. A lo lejos, en los corralones, los vaqueros reunían el ganado bravo. Había un alegre tumulto de voces y ladridos, un sinfónico mugir de reses bravas, de vacas y recentales. Cerca de Gabriela un chirimoyo dejaba caer a veces, al golpe de la brisa, leves vellones de azahar. La mañana respiraba alegría dinámica, radiosa. La muchacha, sin embargo, estaba triste. Su sueño se desvanecía. Entre ella y Ernesto había un abismo más hondo, más infranqueable que aquel que siquiera podían salvar sus voces emocionadas... Ernesto! Qué injusta la vida! Antes, al mirar las manzanas, había dicho a la tía algo que no

correspondía a la realidad. No es uno precisamente el que escoge los dones de su suerte. No. La vida los da en la forma como fueron predestinados.

En la media penumbra del trapiche las dos yuntas de bueyes, uncidas al palo matriz, giraban pausadamente las ruedas moledoras. Un labriego de grave faz iba introduciendo las cañas nudosas que salían por el lado opuesto en blanquizcas tiras de bagazo. Corría el zumo por el canalón, para caer en delgado chorro intermitente sobre el humoso hervir del gran fondo metálico. Otro labriego sacaba la miel de fondos más pequeños, para vaciarla en los aconcavados moldes paneleros. La miel caía dorada, ardiente, despeinando a veces la claridad del sol que se cernía en franjas reverberantes sobre el cobrizo resplandor de los pailones. Otros hombres descargaban la caña; otros atizaban el fuego, alimentándolo con los haces de barzas. Algunas mujeres labraban el dulce en un lento vaivén de brazos desnudos. El fulgor de las hornillas retocaba violentamente el rostro encendido de los trabajadores. Toda la dulzura del campo pasaba y repasaba en la tarda tonada de los boyeros.

Don Federico volvía entonces, al trote largo de su magnífico "Flor de romero". Traía una roja piña madura que puso en manos de Gabriela.

Se la entregó diciéndole:

—En la casa de Ismael me la dieron las muchachas, y quise traértela personalmente porque es bellísima.

—Gracias, padre! Verdad: es única. Cómo te la agradezco!...

Don Federico volvió a alejarse, mientras que una nueva alegría llenaba el corazón de la muchacha. Ella comprendía el gesto delicado de su padre, después de las palabras ásperas que le dijo. En la adoración que ella sentía debió haber quedado flotando la amargura del regaño. Sus palabras debieron quizás ser así; pero, antes de alejarse, quiso sin duda suavizar su peso y poner entre los dos nueva ternura de conciliación.

Gabriela se acercó al caedizo del trapiche. La hacienda de su padre era extensa y rica, pero aún no se había modernizado el laboreo de la caña que era sólo uno de los renglones de producción; y los dos trapiches, montados a la antigua, atendían con suficiencia el creciente abasto de los cortes. Para Gabriela ésto constituía un halago más de poesía, pues la emoción de los bajíos de la sierra estaba guardada para ella en el recuerdo infantil de los frutales de la hacienda, en el canto de los curillos, en la melodía de las cigarras y en ese aroma de miel de los trapiches viejos.

La Georgina le alargaba entonces un vaso del jugo fresco de la caña, que ella bebió, golosa de su sabor dulcísimo. Una avispa vino a posarse sobre la arista

del cristal; luego revoloteó sobre sus cabellos con un rumor asordinado.

Una vieja campesina adelgazaba una tira de melado para formar un "batido" para la "niña". Ella había traído nuevamente para todos la mejor claridad de la mañana, en el trinar de su voz reidora que otra vez saltaba como surtidor de gracia desde el iluminado soñar de su esperanza. Esa tarde volvería a ver a Ernesto...

Regresó a la casa. De paso entró a visitar a la campesinita enferma. Después pasó corriendo por el empedrado del patio, atropellando el pelotón de gansos que asustado se dispersó, mientras que el viejo pavo-real, que también corrió desalado, volvía a abrir el paisaje abanicante de su cola sobre los pedrejones de la alberca.

Ahora estaban frente a frente en El Estrecho; y si no había alondras para complementar el paisaje de su corazón, era porque los gavilanes se comían todas las que llegaban a volar por los sotos ribereños del abismo.

Gabriela estaba transfigurada por la emoción. Era como un violento anhelo de gritar, que su altivez reprimía; y, a veces, como una pena infinita de que tuvieran que despedirse, quizá para siempre, sin decirse nada.

Ernesto estaba más sereno y confiado en sí mismo. El regreso de Gabriela le revelaba su predilección. Algo sabía de ella, en definitiva; porque él, en último caso, estaba resuelto a declararle su pasión antes de despedirse. Además, todo el ardiente desvelo de la noche anterior se lo pasó haciendo proyectos voluntariosos como si debiera representar al héroe de alguna empresa invicta.

Ya se habían cruzado muchas frases emocionadas pero intrascendentes. El tiempo corría, y ella se había puesto triste sin saber cómo avanzar dentro de la norma infranqueable de su señorío. Ya él, también, se había rendido cobardemente ante la perspectiva de una declaración que quizás hubiera podido parecer extraña en la víspera misma de su viaje. Ya se habían quedado callados mirándose, cuando una de las manzanas que ella llevaba en un saquito se desprendió de pronto, rodó por el declive de la roca y fue a dar al abismo.

—Qué pena! —exclamó Ernesto—. La manzana más linda se perdió por culpa mía...

—Estas manzanas eran para usted —explicó ella—. Es un gajo bellísimo de un árbol que quiero mucho. Mírelo!... Mas, como era imposible hacérselo llegar, resolví no decirle nada. Qué pena Ernesto que no se pueda!... Le boto una?

—No, Gabriela. Mire!... No dañe el gajo. Yo sé cómo puede hacerlo llegar aquí fácilmente.

Se había transfigurado, porque las circunstancias llevaban en ese instante el mismo curso de sus sueños.

Se acercó al borde del abismo, arregló el lazo que llevaba, y principió a volarlo, mientras decía:

—Voy a enlazarlo a esa punta de roca que está a su lado... Va a ser extraordinario! Se podría filmar la escena con bastante éxito. El Noticiero llevaría este título: puente típico para el transporte de manzanas en el Sur de Colombia.

Ella lo miraba complacida, mientras arreglaba el saquito y le respondía, siguiendo el curso de la conversación:

—Original, aunque un poquito fantástico, dirían los espectadores. Pero al aparecer, voleando el lazo el ingeniero inventor de ese puente, las muchachas aplaudirían...

—Gracias! Pero luego, al llegar a la escena la propietaria de las manzanas, las señoras jóvenes se inquietarían con razón... Allá va el lazo, Gabriela.

La lazada fue soberbia. Qué gracia, si él se había ejercitado realmente durante 10 días, e idealmente durante el desvelo de once noches! El lazo quedó sujeto a la roca. Ernesto lo templó con ímpetu, y comprobó su firmeza.

—Mire Gabriela! Le ruego examinar si quedó bien sujeto. Cíñalo bien.

—Está muy bien —respondió ella, mientras afianzaba mejor la lazada—. Merece un premio como campeón relámpago en el tendido de cables aéreos...

La voz de ella había adquirido otra vez esa tonalidad entre cálida y riente que violentaba el poderío de su gracia. Estaba de nuevo terriblemente bella. Ernesto amarró en el tronco de un árbol el cabo que tenía. La cuerda quedó tensa a través del abismo, en una oblicuidad propicia para hacer deslizar el saquito.

—Voy a engarzarlo aquí —dijo Gabriela—. Y usted hace vibrar la cuerda para que se deslice.

Ernesto se acercó a la orilla, y sujetándose con las dos manos suspendió el cuerpo un momento.

—Por Dios! No se acerque tanto a ese filo! —exclamó ella asustada—. Ese abismo marea.

—No hay cuidado. Estaba comprobando si la cuerda quedó bien segura. Afiance sus manos para que no se zafe.

—Ya está. Pero, para qué?...

El, entonces, saltó de la roca con fuerte impulso, suspendiéndose sobre el río.

—No! No! —gritó ella palidísima, aferrándose al cable para sostenerlo—. No, por Dios!...

Pero Ernesto fue pasando las manos por el cable, con pulso firme, con recia seguridad; un poco emocionado, eso sí, como si debiera llegar a una cumbre.

Fue rápido y seguro. Pero al topar el borde de la roca donde ella lo aguardaba, el cable se distendió; y él, angustiado, trató de afianzar los pies en una pequeña grieta de la orilla. Sobre el bloque liso su pie derecho resbaló; se fue combando el cable, y Ernesto quedó suspendido de una sola mano. Fue una pausa tremenda, indescifrable. Girando en el vacío, volvió a sujetar la cuerda. Levantó el cuerpo con poderoso aliento, y afianzó finalmente los pies sobre la roca. Gabriela lo ayudó entonces como si fuera a salvarlo. Con desesperado impulso lo atrajo hacia el sendero. Se estrecharon retrocediendo. Y, sin pensarlo siquiera, sus labios anhelantes midieron la eternidad a un paso justo de la muerte.

Cuando Gabriela regresó a la casa, casi obnubilada por lo sucedido, la Delfina le dijo en el sendero:

—Anoche el David vió el ídolo de la hacienda...

—El ídolo?

—Sí, niña Gabriela. Que el nombre de la hacienda dizque lo indica. Y es porque aquí hay un ídolo de oro enterrado por los indios. Cuando alguien lo ve en la noche es porque va a haber alguna muerte o algún matrimonio.

—Claro! La Georgina y el David. Una gran pareja. Ya voy a ser su madrina, y haremos una gran fiesta

—No, niña. Es de los blancos, de los dueños de la hacienda. Así es la tradición.

—Entonces, me voy a casar!... Sabes, Delfina? Sería el día más bello. Tú cortarás todas las flores del huerto. Y yo plantaré un nuevo manzano, para que cuando esté crecido vayan a colgar en él sus hamacas los nietecitos de mi madre...

—Niña, qué dice?...

—Boberías, tonta. Estaba sólo complementando el cuadro de tu leyenda. Míral! El ídolo es el amor y no la muerte... Huilquipamba quiere decir: Pampa del Ídolo!

Pero, al decirlo, se quedó pensando en Ernesto, y se estremeció. Los instantes que con él había pasado fueron de una alteza suprema. Se besaron y se quedaron absortos como flotando en un inmenso gozo. Después se sentaron bajo los cafetos. Su silencio quedó por un momento embebeciendo la claridad de la

tarde. Una mariposa de oro cruzó de la luz a la sombra. Una hoja mustia cayó meciéndose sobre el abismo.

—Gabriela!

—Ernesto!

El intuyó que no debía decirse más. Ella, al nombrarlo, detuvo el tiempo del recuerdo en un vago interludio de eternidad. Levemente se agitó el ramaje del cafetal como si el pie de un niño hollara apenas las hojas secas. El sol medía entonces el cenit exacto. Por un instante llegó hasta ellos el rumor del río.

Ella recordaba todas estas cosas, como si cada detalle hubiera tenido el valor perdurable de una imagen.

Luego Ernesto había principiado a hablarle de cosas de su vida que se relacionaban con ella. Era un relato sencillo, torturado a veces, en el cual el nombre de Gabriela iba y venía como la luz a través de los días malos y buenos. Ella le habló también de su pasado, con palabras sencillas y dulcísimas, en las cuales, de igual manera, iba caminando el nombre de Ernesto.

Parecía que el sentido de la tierra fuera unido a todas sus evocaciones. En Ernesto era lo mismo. Gabriela advertía la plenitud de todas las cosas en las palabras que escuchaba. Era raro aquello. El amor había principiado a germinar como una semilla honda caída un día desde los ojos de él hasta su sangre profunda.

La boca de ella había mordido una manzana. La mano de Ernesto había ceñido la de Gabriela, y suavemente la atrajo como para besarla otra vez. Ella se resistió. El, entonces, la advirtió pura, y la miró excelsa; pero continuó reteniendo su mano con firmeza. Y era su gesto así, el principio imperioso del hombre nuevo.

Ninguna promesa de amor se habían hecho; ningún proyecto para el porvenir; ningún reclamo de esperanza. Sus palabras tuvieron el valor preciso para reflejar su propia emoción, casi segura ya como la visión que recoge el esplendor de un campo maduro.

La voz de la muchacha que acompañaba a Gabriela y vigilaba el soto vecino, los había traído de improviso a la realidad.

—Niña Gabriela —había gritado la Georgina—. Aquí a la vuelta viene el José con los caballos. Nos hemos demorado mucho...

Al oírla se sintieron indecisos ante el futuro, desconcertados ante las circunstancias que volvían a separarlos.

Ernesto le había dicho:

—Míre, Gabriela. Vuelva mañana. Un instante siquiera. Le parece?

—Mañana, imposible. Mi padre regresa hoy a la hacienda. El sábado podría venir... Pero, cómo volvería a pasarse? No puede ser otra vez!... No puede ser!... Y ahora? Esto va a ser terrible.

—No se afane, Gabriela. Voy a indicarle cómo se resuelve todo fácilmente. Antes quiero decirle algo importante. Pero le ruego acercarse a la vuelta del sendero para que el muchacho no avance.

Gabriela se había alejado hasta el recodo del sendero; y, cuando volvió al sitio donde había estado Ernesto, éste se hallaba ya sobre la otra orilla. Había querido evitarle la visión de su paso por el abismo. Gabriela se lo agradeció mientras apresuradamente desprendía el cable. Luego se quedaron suspensos, mirándose.

—Con usted queda mi vida —expresó él con voz temblorosa—. Gracias! No me olvidaré jamás...

El José volvía a llamar, acercándose al sitio. Ernesto se ocultó detrás de unos arbustos para que el muchacho no lo viera. Agitó su sombrero; y lentamente se perdió por la trocha encenizada de las barzas.

Esa noche, Gabriela antes de acostarse, buscó la soledad de su ventana para espaciar así el éxtasis de su dicha. Luego desnudó el alma en el denso perfume de la noche... Buscaba mantenerse en la pausa de lo irreal para sosegar la vehemencia de su anhelo. Aún no podía valorar su emoción, ni descifrarla. Sus ojos cerrados advertían hasta el vaivén de la brisa en los árboles del huerto. Quizá alguna rosa se deshojó sobre su ventana, porque su corazón se puso trémulo de pronto.

Por vez primera se sintió imbuída de un gozo de tristeza que llenaba su vida. Y recordó su niñez lejana, cuando una noche que leía un cuento de amor reclina-da sobre las rodillas de la madre, se preguntó sólo para ella misma: Cómo será el amor?...

La una de la mañana dió el reloj grande que había en el corredor. Se sintió un ruido extraño en la alcoba de la madre, vecina a la de Gabriela. Cesó afuera el monorritmo de un grillo. Resonaron unos breves golpes. Una franja de luz cruzó la estancia desde la puerta que se abría, mientras la voz del ama de Gabriela llamaba en un susurro entrecortado:

—Niña Gabriela... Levántese... que su madrecita está muy grave!...

6 - EL FLAGELO

Capítulo XV: El Portal de Hato Viejo

Imágenes de muerte relampagueaban en las palabras de los labriegos. Gente amiga iba cayendo en los relatos pavorecidos. En las pausas, los ojos de color de candela se quedaban recogiendo el llamear de los tizones que espejeaban la visión tenebrosa de la fiebre. Afuera un perro aullaba en la gran sombra de la noche.

—Será verdad? —dijo don Emeterio, mientras una bocanada del humo de su chicote le envolvía la cara taciturna.

—Es verdad, compadre. El contagio se nos vino por estos lados. En Huilqipamba murieron ayer cuatro peones.

Un muchacho campesino confirmó:

—Yo estuve el domingo en Consacá. Enterraron a don Evaristo Villota en la mañana, y por la tarde sepultamos al negrito que nos ayudó la semana pasada en el herraje de las bestias. Se acuerda don Sebastián?

—Me acuerdo.

—Era un buen tipo. Rasgueaba la guitarra y tenía su modo para sostener las mulas alborotadas.

—Buen tipo.

—Me dijeron que se murió llorando el pobre...

La sombra del negro cruzó por los ojos tristes de los hombres. Una mujer atizó el fuego. Don Emeterio habló:

—Tendremos que dejar la tierra. En Samaniego los cañaverales se perdieron porque no hubo gente para cortarlos. Toda la gente enferma. Sólo quedó trabajando un trapiche de los doce que había...

—Qué Dios nos ayude!

—Qué haremos?... Parece que no hay remedio.

—Parece que no.

—Casi todos se mueren.

—En Guaitarilla se están haciendo rogativas.

—Es peor que los temblores.

—Peor.

—Cuándo llegará aquí?...

En el patio el perro continuaba aullando. Todos callaban. Por algunos momentos la casa pareció desierta. Nadie se movía. Los ojos estaban vueltos hacia afuera, como si el terrible contagio fuera a llegar de pronto envuelto en el pavor de la noche.

De dónde vino?...

Nadie lo supo. Los labriegos afirmaban que el contagio merodeaba en el aire. Los entendidos decían que había venido de la sierra peruana. Otros hablaron de un mosquito que antes no existía (la mosca "flevotomus"). Todo se dijo. Se hicieron experimentaciones médicas; se conjugaron reacciones y vacunas. Nada. El ojo del laboratorio nada pudo ver. Nada se pudo prevenir. El mal, la verruga o la bartonellosis, llegó como un viento colérico, como un mal aire súbito; y fue asolando caseríos, diezmando poblaciones, empobreciendo vidas, desmedrando los campos. A veces llegaba sigilosa. A veces caía fulmínea como una garra.

Iba corriendo por los climas suaves de la sierra como una fiebre de destrucción. Iba soplando la muerte, sembrando la desventura, recalentando la angustia en las entrañas. Las manos languidecientes soltaron los arados; las pupilas de niebla dejaron de atalayar los horizontes de las siembras; las bocas túmidas dejaron de bendecir el alba. Rostros de cal mancharon el visaje de todas las puertas. Y hubo casas, por centenas, perdidas en las veredas solitarias, donde sólo quedó el trueno aullante de los perros para anunciar que todos sus habitantes pagaron el tributo inútil en un dolor sin esperanza.

Ernesto paró el galope de su caballo en el empedrado de la casa. Chasqueó el látigo, y el perro castigado dejó de aullar. Don Emeterio salió anhelante, mien-

tras el jinete saltaba abandonando la bestia.

—Es cierto, don Ernesto?

—Es cierto.

—Bajó hasta Ancuya?

—No. Estuve en el Portal del Hato Viejo. Allí dejé un hombre enfermo. En Huilquipamba la gente se está muriendo.

—Y la señora?

—Muy grave. Luis llegó ayer con otro médico.

—Lo siento. Que Dios nos ampare!

Entraron. La luz de una "Petromax" iluminó el corredor y contribuyó a borrar el desaliento. Había gente extraña en la casa de don Emeterio: compradores de bestias, traficantes, cosecheros; y el dueño de la finca buscó que olvidaran en alguna forma el presagio amenazante. Corrió el "resacado". La charla se hizo fácil y cordial. Sólo Ernesto se quedó afuera, enfrentando la noche.

Lejos, muy lejos, en el horizonte sonámbulo de sombras, parpadeó una luz. Debía ser por los lados del Imayá, por los cerros bravíos donde un camino extraño cortó en cruz su destino. No había estrellas. Un croar de ranas marcaba los segundos cuando se apagaba el barullo de los que adentro discutían. La hora no tenía límite. Ernesto la estaba haciendo crecer en los dédalos de su angustia.

Así tenía que ser... Qué reloj mide el tiempo del alma, cuando hay un gran amor en gozo o en dolor? Cuando camina el corazón, quién mide el caminar o el esperar?...

Desde la sierra hasta el bajío, desde la sabana hasta la vega, todo lo había recorrido Ernesto en ese día al galopar desaforado de los dos potros que montó. Catorce horas, casi seguidas, sobre el lomo de las bestias no le había traído ningún cansancio. Hubiera podido trepar de nuevo sobre el brioso alazán y llegar otra vez, a rienda suelta, hasta el Portal de Hato Viejo.

Amaba... temía por el amor! Eso era todo.

Qué tanto que pudiera realizar una jornada de 14 horas, y sentir la sangre encendida para volver a empezar? Qué tanto que el corazón se le fuera creciendo hasta lo inmensurable, y que toda la madurez del campo se madurara en su ser? Qué tanto que el tiempo se hiciera eternidad? Siempre había sido así desde el principio de la vida. Siempre. Sólo que muchos, los más, no lo dijeron; y otros, lo expresarían de diversas maneras o continuarían diciéndolo del mismo modo

hasta el final de los tiempos...

Amor!... Qué es amor, Ernesto?

La entrevista que Ernesto y Gabriela concertaron en El Estrecho no llegó a verificarse. La señora María Mercedes, madre de Gabriela, cayó gravemente enferma. Se temió por su vida, y la muchacha no pudo ir a la cita convenida. Por ella fue la Delfina a contar a Ernesto lo que pasaba. Que la señora se moría. Que la "niña" estaba tristísima. Que había llegado un médico. Que iban a darle los Santos Oleos a la patrona.

¿Qué podía hacerse, qué podía reclamarse así? Sólo le era posible hacer llegar a Gabriela la palabra adolorida. Sólo quedaba retirarse y esperar.

El proceso espiritual de Ernesto en esos días había sido un poco extraño. Tal vez no; pues él siguió el rumbo de su propio carácter. Avanzar. Retroceder. Volver a avanzar. Sólo que ahora había un mejor equilibrio entre la realidad y la ficción.

Con frenesí casi delirante había subido de El Estrecho aquella tarde de la entrevista con Gabriela. Le faltó el amigo, el confidente. Y por tanto buscó reflejar la vitalidad violenta de su dicha en el tremendo esplendor de los campos casi solitarios. Desbocó su caballo por el centro mismo de los trigales. Pasó como una ráfaga por entre las mil espadas verde mar de los cañaverales retostados. Erró por los pastizales alborotando las vacadas, espantando los yegüerizos, dejándose perseguir por las reses cimarronas a través de los altos pajonales. Se puso a pasear su júbilo de una a otra zona, del páramo a la vega, hasta que la bestia cayó casi asfixiada al coronar una cumbre.

Era un alborozo desmedido. Al comprenderlo se avergonzó. Antes no era de ese modo... Pero a quién había querido así?... Acaso el amor no es un hechizo de locura? Sí. Era bien que así se hubiera desalado, porque el amor que sintió por Gabriela en el instante de alcanzarla, tuvo para su vida la conciencia de un milagro. Amor!... Y era la palabra como el único latido de su vida.

Fue en la noche cuando su pensamiento principió a trazar rumbos diversos. El amor de Gabriela era suyo, y todo lo demás intrascendente. Bien. Pero cómo iba a continuar aquello? Cuál el nuevo paisaje de su ventura?... Eran muchos. Quizás sería mejor no pensar. Pero no... Saldría tal vez a la ciudad. Saldría Gabriela y él renunciaría a su viaje después de que ella le rogara. La familia de la muchacha aceptaría su amor. Mil campos de actividad se le ofrecerían entonces. Sería lo que soñó! Quizás en alguna ocasión no lejana, él y Gabriela bajarían desde la casa de la hacienda hasta El Estrecho, para grabar algún signo sobre la roca donde se besaron. Tal vez la catolicidad de ella la incitaría a hacer fabricar en la roca una hornacina, con una imagen de la Virgen que estuviera bendiciendo el abismo y recordándoles su dicha. Tal vez... Eso era todo?

Al día siguiente se levantó muy tarde. Se sentía enfebreado. Realizó la venta del rebaño que le pertenecía, y le compró a don Emeterio el bellissimo potro que la víspera había montado. Se entretuvo después en domeñar la bestia todavía un poco cerril. En la tarde se fue serenando. El día se estaba haciendo largo. Abrió un libro para entretenerse. Era difícil. El cielo en esa hora no era ni azul ni claro. El paisaje no era propicio para soñar romances. En el corralón unos arrieros desenjalmaban unas mulas. Al hacerlo quedó errando un vaho de sudor y de caminos viejos. Ernesto pensó en Chambú. Luego en el abismo del Guáitara...

Algunas voces se cruzaron. El mayordomo de la casa preguntaba por algo a uno de los arrieros:

—Oye, Joselito, compraste la montura que te gustaba?

—Qué val Me pidieron muy caro. Ya ve. Las buenas mujeres y las buenas monturas sólo son para los ricos.

—Barajo! Eso lo oíste...

—Eso se ve todos los días, compadre. A los pobres sólo nos queda estrenar cinchas nuevas, cuando más...

Los hombres se rieron. Ernesto se quedó mirándolos atontado. "Los ricos..." La palabra se le había clavado de pronto como un arponazo. Los ricos... Y él era pobre, y Gabriela era rica. Eso lo sabía desde que la conoció. Lo sabía, pero no había pensado en ello. Por qué iba a pensarlo? Antes no importaba, pero ahora... Eso era grave. Más grave aún que la enemistad del padre de Gabriela; más que el abismo que saltara con la seguridad de un poseído.

Se iba hundiendo en un vago dolor. El sabía bien de estas cosas. Era un raro azoramiento que lo obligaba a apretar los dientes para contenerse. Esa misma sensación de rechazo y de pena que había sentido un día por una bella mujer que por él se interesaba. Era muy rica. El había tenido una época desafortunada, y en meses largos había rehuído su presencia. De improviso, en un parque, a plena luz, se encontró con ella. Los ojos divinos cayeron sobre su ropa un poco descuidada pero que mantenía aún cierto decoro. Lo que sintió entonces, lo sentía ahora. Lo mismo. También Gabriela era rica, y él era pobre. Bueno. Así principian los cuentos. Pero los cuentos no son la vida. Y en su vida había una altivez irreductible que había sido norma segura de sus actos.

Era, pues, necesario definir su actitud. La fortuna de Gabriela no tenía para él significación de cálculo. Jamás. Ella valía lo mismo con cien mil pesos de renta que con un traje de mendiga. Pero la vacilación que experimentaba era fruto de un mandato de dignidad y de independencia. Qué pensaría ella en la serenidad de sus reflexiones? Cómo hacerle promesa alguna, si en la pura palabra que la

expresara podría atisbarse quizá lo que él jamás ambicionó? Qué pensarían los suyos? No. Era imposible. El había estado loco cuando creyó conseguirla.

La noche fue para Ernesto de un desvelo infinito. Cuántas veces había paseado su pobreza con gesto escéptico de millonario al lado de pequeños potentados o de damas riquísimas! Cuántas veces había discutido sobre la diferencia de posiciones económicas como de cosa baladí! Nada le importaba. Pero ahora era distinto.

Recordaba una de aquellas discusiones, otrora sin importancia. En su círculo de amigos había algunos de irritante sentido de cálculo cuando trataban de posibilidades matrimoniales. Otros de cierto positivismo para apreciar condiciones y conveniencias. Muy pocos eran como Ernesto. El enunciaba su parecer como una cosa invariable. Jamás buscaría una mujer por el dinero que tuviera. Jamás! Pero, habiendo amor, debería renunciarse a una mujer por el solo hecho de su fortuna?... En esto fue rotundo al principio. Después pensó que exageraba; para concluir que el hecho de la riqueza en la mujer no podía ser motivo de rechazo, si el hombre tenía capacidades para sostener una posición aunque fuera modesta. Pero si la capacidad fallaba ante las circunstancias adversas?...

Un día, Humberto Villamizar, uno de sus grandes amigos, le hizo sobre esto sugerencias y consideraciones raras. Ellos hacían imágenes de todo. Ahora la imagen tenía ambiguos resplandores de moneda.

—Dime, Ernesto, en cuánto valorizas tu bachillerato?

El no había pensado jamás que ésto tuviera un valor expresable en dinero. Humberto le había dicho:

—Con menos de cinco mil pesos no haces un bachiller con escuela y todo. Bueno; y en este orden de apreciaciones, en cuánto vas a avaluar tu título profesional?

Discutieron entonces. Humberto asignó a ese título un valor de veinticinco mil pesos.

—Mira, Ernesto! Un capital de veinticinco mil pesos, bien trabajado, da en un año lo que podría producir un abogado con alguna suerte. Sí o no?...

Ernesto se reía, pero se permitía argumentar:

—Y si el abogado no tiene suerte, o si no encuentra un puesto de significación?

—Ah! Así se hunde el mundo. Yo también te diría: y si el capital de veinticinco mil pesos se pierde en alguna mala negociación, en algún incendio, en algún pleito? La vida hay que mirarla dentro de la lógica. Hay que pensar con fe!

Ernesto no le objetaba ya. Y se fingía caviloso, mientras el otro concluía:

—Todo lo dicho para asignarte a tí un valor de cincuenta mil pesos, dadas tus perspectivas y capacidades. Es decir, que una mujer con esa misma suma herencial, tendría tu misma fortuna. Te avergonzarías de casarte en esas condiciones? Números, hermano! Y no ese orgullo vanidoso que te va a fregar por todos los días de tu vida.

Por halagar su ficción, por complacer a Humberto, para dar pábulo al sofisma, Ernesto se valorizó esa noche en cincuenta mil pesos; pero al día siguiente tuvo que pedir prestado un peso para cigarrillos. Cuánto valía, pues?

Era extraño, extrañísimo, recordar estas cosas. Sus ideas eran un laberinto. Su dignidad estaba jugándose el futuro sobre el tapete de su vida.

Recordaba luego la inefable dulzura que reflejaron los ojos de Gabriela, y esa ternura de su voz, ardiente, agradecida. Esa era la verdad única. Lo demás no debía medirse. Ni por todo el oro del mundo hubiera cambiado el beso que se dieron.

Qué significaba, pues, el dinero? Un signo de cambio. En síntesis, lo que uno realmente puede ofrecer y recibir. Pero hay también el factor confianza que es el crédito, y el factor espiritual o moral que es el honor. Bueno. Y qué es la propiedad en relación con el espíritu? Y social y moralmente?... Por qué se retiene una cosa cuando los demás la necesitan? Por qué se hereda, por qué se acapara, por qué el dinero puede valer en casos tanto como la vida, y a veces no vale nada? Qué vale más: un pan cuando se tiene hambre, o un sorbo de agua cuando se tiene sed, o un beso cuando con él se entrega el alma?... El desvelo le estaba llevando hasta el absurdo.

Con la mañana se serenó. Volvía a actuar el hombre nuevo. Nadie le podría quitar ya la verdad profunda de su amor. Sobre él afirmaría su personalidad. Pelearía por él, no sólo contra las circunstancias adversas, sino también contra sus mismos recelos. El no iba a pedir la mano de Gabriela; él no iba a pedir nada. Iba a dar amor por amor, esperanza por esperanza.

Con ese espíritu llegó a la cita que no se realizó. La enfermedad de la madre de Gabriela era grave. Ella debería estar sufriendo infinitamente.

Días, días, días, que corrieron tristísimos. Se volvió sombríamente resignado... Después se reclinó en el anhelo de una ternura triste. Luego trató de reponerse a base de acción, de fatiga, de cansancio.

Se levantaba con el primer claror, y echaba su caballo hacia adelante sin rumbo fijo. Recorrió todos los contornos, y así, un día, trabó amistad con los dueños del Portal de Hato Viejo.

Era el sitio aquel un vértice crucial de largos caminos y de empinados senderos. Por allí pasaba el camino de Túquerres a Ancuya, el de Sandoná a Guaitarilla, el que venía de la casa de los Muñoz e iba a terminar en las zonas cálidas del río.

En el propio portal había un ventorrillo con reclamos de posada, que ocupaba un tramo de la casa de lo que fuera la hacienda de Hato Viejo. Esta tenía su tradición. Allí descollaron los mejores caballos del contorno; allí se cuajaron un día los mejores quesos, de allí se sacaron los toros más bravos para las fiestas anuales que se celebraban en los grandes mercados de Túquerres. De Hato Viejo había salido el "Paja-Blanca" que mató un día a tres hombres en las fiestas. De allá "El Gavilán" que, vuelto cimarrón, cruzaba bramando por los pajonales de la parte paramosa de la finca, para partir en estampidas súbitas las nubes bajas que pasaban apelotonadas anunciando tormentas.

Ahora la hacienda estaba bastante descuidada; pero en la venta se expendía un buen trago caminero, y se recogían noticias de todos los contornos, ya que era sitio de tránsito de agricultores y ganaderos y de tal cual carguío de contrabando que conseguía esquivar los retenes de la sabana.

Desde su llegada al Imayá Ernesto se había informado de la aparición del flagelo de la bartonella en diversas regiones del Departamento, pero ignoraba que el contagio hubiera invadido también aquella zona del Guáitara. La noticia la recibió en Hato Viejo. La señora dueña de Huilquipamba estaba enferma del terrible mal, y diez peones habían muerto. La enfermedad avanzaba por todas partes. Los campesinos caían por centenas.

La epidemia tenía caracteres de reacción extraña. Asolaba la vida de los climas templados, aquellos que estaban comprendidos entre los 20 y los 25 grados. No más. Ni menos tampoco. Había lugares de una misma hacienda en que la variación de altura casi inadvertida tendía un cordón sanitario para contener la epidemia. Había también otra particularidad climatérica: enfermo que se sacaba a clima frío, es decir, a regiones no invadidas, se moría irremisiblemente. La madre de Gabriela no podía por tanto dejar la hacienda. Gabriela tampoco podría dejarla. El peligro era gravísimo. En el aire mismo estaba la muerte.

Día tras día iban llegando las noticias, atropelladas, espantosas:

- En Linares han muerto 200 campesinos.
- En Samaniego más de mil.
- No se encuentra remedio.
- Los caminos están solos.

—Los campos están solos...

Pequeñas caravanas habían ido en peregrinación al Santuario de la Virgen de Las Lajas. Lo que nadie podía darles lo encontraban allí. Cuando los grandes temblores, allá fueron; cuando las sequías recurrieron allá; y al Santuario se hacían llevar todos los desamparados corroídos por algún mal sin remedio.

Es hermosísimo el Santuario sobre las rocas del río Carchi. La basílica une las escarpas de las dos orillas sobre un puente gigante. En el caserío contiguo hay un pequeño mercado de recuerdos y ofrendas. Allí moraba un imaginero que hacía tallas de pequeñez inverosímil. Cruces diminutas de marfil de tagua, en cuyo centro se miraba la imagen de la Virgen a través de un topacio. A Ernesto le había regalado una de aquellas cruces, diciéndole algo que no había olvidado:

—Mire el cielo en el ojo de una aguja!... Cuando se quiere, el cielo cabe en cualquier parte.

—Sí. Es bello... Pero para los que creen.

—Pero el pueblo nuestro cree. Es lo esencial. La fe es una actitud de elevación. Y no lo dude, sólo esa actitud puede resolver los grandes problemas humanos. El pueblo nuestro cree, y hace bajar el cielo a su desamparo. Qué le van a dar si le quitan la religión?... Vea la imagen de la Virgen de Las Lajas: si usted no cree tendrá que decir que la pintaron manos privilegiadas. Si usted cree sentirá que detrás del color hay algo divino que sólo puede ver el alma: la imagen de la Madre de Dios, cuya belleza celestial amplía hasta el infinito todos los horizontes de la vida. Eso es fe. Si usted creyó alguna vez... bueno, tendrá que decir siquiera que esta imagen la pintaron manos de ángeles.

Cuando principió el flagelo los ojos desesperados se volvieron al Santuario. Pero fueron muy pocos. Apenas si quedaba tiempo para ayudar a los que agonizaban.

La gente pasaba triste, pero resignada. Sin intentar huir, sin maldecir. En la venta quedaba a veces el eco acerado de sus voces.

—Pase lo que pase yo no dejo lo mío. Ahí está mi vida. Aguardaremos lo que Dios quiera, pero aquí.

—Unos se salvan...

—Pocos. De cinco se salva uno. Pero yo no me voy.

—Ni yo! Aquí moriremos.

—Aquí nos enterrarán, carajo!

—El mal está en el aire. La tierra es buena.

—Es buena...

Cerca al portal de Hato Viejo murió un hombre que subía con el mal. No se le presentó la verruga característica. Se fue poniendo verde, mientras un dolor sin fin le iba mordiendo las entrañas. Los ojos se le desorbitaron. Fue terrible. Así morían casi todos.

Pasaron tres semanas. Después de pensarlo mucho Ernesto resolvió hacer llegar un mensaje a manos de Gabriela. Pagó un mensajero que fue uno de los hombres de Hato Viejo. Escribió una breve esquela, en la cual sólo buscó expresar su sentimiento por la enfermedad de la señora, con alguna frase más que reflejaba su propio dolor. El mensajero llevaba el encargo de ver a Gabriela, si era posible; de sugerir una respuesta si las circunstancias lo permitían; de averiguar, en fin, lo que sucedía en la hacienda.

Partió el hombre a todo galope de su caballo: El camino era largo. Lo que por El Estrecho hubiera podido hacerse en una hora, tenía que realizarse en ocho. Había que dar una vuelta inmensa para entrar a Huilquipamba por la carretera que llegaba de Pasto. El hombre debería buscar al médico que estaba en la hacienda, con el pretexto de consultarle un caso urgente. En esta forma la comisión era fácil.

Al día siguiente, al anochecer, regresó el mensajero. Ernesto lo atropelló a preguntas.

—Cómo está la señora? Cómo está Gabriela?... Pudiste entregar la esquela? Pronto! Me traes alguna respuesta?

—Ví a Delfina solamente. La niña es que se ha puesto mala... Pero le entregaron la carta.

—Mala? Será el contagio?

—Parece que sí. La señora está convaleciente. Han muerto 80 peones. Eso es espantoso.

—Hablaste con el médico? Quién es él? Qué dice de Gabriela?

—Pude hablar un momento con él, pues parece que no desampara un instante a la señorita. Es un médico del norte. Que dizque afamado. Serio y elegante. Habla poco.

—Ningún recado para mí?

—Solo que le agradecía mucho. La Delfina estaba como trastornada. No volvió. Qué podía hacer?

—Dónde te quedaste?

—Uno de los mayores me dió posada. Yo le dí unos tragos, y así conversamos un rato. Algo dijeron del médico...

—Qué dijeron?

—Que parecía que estaba enamorado de la niña... Que en la casa de los patrones lo adoraban porque había salvado a la señora... Que él no se iría hasta que la familia pudiera salir a Pasto... Que don Luis Santacoloma era quien lo había llevado... Que el mismo don Luis al despedirse le había dicho a don Federico: "No se preocupe. El médico la salvará aunque le cueste la vida. El amor hace milagros..."

Eso dijo el mensajero. Y Ernesto no le preguntó más.

Por el Portal de Hato Viejo pasaban siete caminos. Dos partían hacia las tierras altas. Dos hacia las tierras bajas. Uno al norte. Otro al oriente. El otro no iba a ninguna parte. Describía un círculo junto a los bordes de una ciénaga. Hacerse a un lado era peligroso. Seguirlo era seguir el infinito. Por allí siguió esa noche el desolado galopar de Ernesto. Montaba un potro de angustia, con cascos de carbón y ojos de niebla.

Capítulo XVI: BRAZOS CAIDOS

Los campos trigueros granan en mayo y se cosechan en agosto. Con los trigos granan, parejo, los cebadales.

El maíz, de primer desmonte, se siembra en los últimos días de verano, y se recoge el que se sembró en febrero. Con el maíz se recolectan las habas y los frijoles. También los alverjales amarillan en ese tiempo. También amarillan los garbanzos, y se endurece el grano dorado de los lentejares.

Hay siembras de papas en julio y en diciembre. De ocas también y ollocos. Se zocola para las siembras atrasadas. Vuelve el machete a lucir sobre el límite parduzco de los barbechos.

El café y el cacao se recogen en agosto. También, a veces, la yuca y la zanahoria. Se hace la siega mínima de los anisales. Vibran los cañaduzales con la jacarandería de los cortes.

Coincide también con los soles de agosto la cosecha de los frutos preferidos. Los piñares adquieren ese punto encendido de bermesí. Los chirimoyos revientan su verde fragante. Los duraznos y los membrillos endulzan mejor. Las naranjillas y los guanabanales. Los ciruelos. Las manzanas de anís. Los aguacateros y los papayos.

El campo es plenitud en ese tiempo. La promesa del surco se glorifica en los dones bienhabidos. Los brazos que estrechan las cosechas parecen que abarcaran en ellas toda la redondez de la tierra.

Nunca se vió madurez igual en las vegas fertilísimas del Guáitara. Desde la Provincia hasta El Estrecho, desde el Galeras hasta el río. Los días eran redondos

de luz. Un olor fuerte y feraz, casi inquietante, llenaba el aire tenso. Se advertía la reventazón del grano. Se advertía que el sol se hacía miel. Se sentía casi palpitar la tierra.

Una ahitez tropical. Un trémulo presagio de alumbramiento. Un conciento germinal, tibio, profundo, casi anhelante. El campo estaba en sazón. En sazón bienaventurada. Pero los brazos estaban caídos.

Ernesto se dejó caer bajo la sombra de un algodonero. Espejeaba el aire. Reverberaba. Un hondo murmullo dejaba errar el cañaveral en un agobio de dulzura.

—El cañal está perdido, patrón.

—Aún podría salvarse...

—Aún!... Pero Dios no lo quiere.

Se quedaron inmóviles. La faz amarillenta del hombre principió a empurpurarse. Las venas franjaban surcos pálidos sobre el cuello y sobre la frente.

—Don Ernesto, hay que quemarlo!... Así salvaremos la cepa para que retoñe. Qué hacer? No hay brazos para cortarlo. Ayúdeme, pues, que mañana ya no podría.

Ernesto se incorporó. Ancho y radioso era el cañaveral. Parecía un breve mar de puja henchido por las quillas del viento. Según los cálculos del hombre que lo sembró, que lo cuidó, que iba a quemarlo, habría dado para seis semanas de molienda con doce peones y dos yuntas pesadas. Eso, y más talvez. Pero aunque Ernesto solicitó ayuda en los contornos nadie pudo dársela. No había brazos. El flagelo de la fiebre lo había asolado todo. Unos murieron; otros languidecían.

A pesar del peligro de infección Ernesto no había podido marcharse de esa zona del Guáitara. El sabía que era posible hacer algún bien, y así lo hizo. Empleó lo poco que tenía en llevar drogas y socorros a las gentecitas desamparadas. Consolaba, animaba, pedía auxilios. Ayudaba a todos.

No fue impulso de sacrificio lo que allí lo retuvo. Ernesto tenía un íntimo sentido de humanidad y gozaba en dar a los necesitados; pero, si llegó hasta el extremo de exponerse diariamente al contagio, fue porque él no podía renunciar en forma alguna a la cercanía de Gabriela cuya vida estaba en peligro. Supo que la muchacha, después de que su madre se salvó, se había dedicado al cuidado de los campesinos enfermos que trabajaban en la hacienda. Ella había magnificado su valor hasta el infinito, pero también había caído.

Ernesto prendió el cañaveral. Toda la riqueza de su dueño. El aire se embebió de dulzura. Creció la llamarada. Un humo tenue quedó vibrando en el azul.

Los dos hombres estaban mudos ante el paisaje soledoso, maravillado. Con veinte brazos se hubiera salvado todo. Con veinte brazos solamente.

En el centro de un algarrobo lamido por las llamas había quedado goteando una colmena. Las abejas habían huído ante el huracán del fuego, y la miel caía lenta, perdiéndose en las pavezas de las hojas. A su lado el hombre enfermo se había inclinado hasta tocar la ceniza con las manos. La esperanza de un año se había hecho polvo. Dos meses antes le habían ofrecido quinientos pesos anticipados por el producto del cañaduzal.

—No! —había dicho él—. Me dará más. Me dará para concluir la educación de mis dos hijos, porque este cañal está bendito. Jamás vieron mis ojos otro igual. Jamás...

Radiaba el día. Hacía sed. El hombre alzó la ceniza en el puño apretado. Y se quedó mirando el humo amarillento que se perdía contra el cielo.

Con la noche llegó Ernesto al Portal de Hato Viejo. La venta estaba sola. En un rincón en sombras se oía una respiración entrecortada. Era el dueño que había caído desde el día anterior fulminado por el contagio. El muchacho que lo acompaña estaba afebrado también. La vaquera del ható había muerto.

Ernesto encendió luz y dió un tónico a los enfermos. El hombre se incorporó un tanto.

—El corral!... —musitó apenas.

Luego se fue quietando.

Afuera, entre la niebla, principiaban a despuntar algunas estrellas. La soledad del sitio, otrora bullicioso, llenaba la noche de una angustia indecible. La casa contigua estaba a oscuras. Un mugir sordo, profundo, demasiado sordo, llegaba del corralón. Ernesto se acercó. La vacada se había reunido junto a las cercas. Casi todos los animales estaban echados. Unos tenían el hocico hundido en la grama; otros estaban inmóviles con las cabezas altas. El mugir crecía y se apagaba.

Uno de los animales se acercó y lamió mansamente las manos de Ernesto. En seguida se fue desgonzando; y Ernesto pudo ver entonces la ubre distendida y repleta. Todas estaban así. Los terneros apartados dos días antes permanecían en la corraleja. No hubo quien aliviara a las vacas del peso de la leche. Las estaba matando, pues, su propia exhuberancia. El mugir era un lamento; era como un llamar desesperado. Era el dolor de la ahitez en la ausencia del hombre.

Los dos hijos del Ambrosio habían sido también de los muchos que el flagelo abatiera. El viejo estaba convaleciendo. La mujer enferma. Sólo la nieta, una rapaza de nueve años, se había salvado del contagio. Tal era el cuadro doloroso de multitud de casas. Por la senda de las veredas no transitaba nadie.

Alguna lluvia ligera había traído el presagio del invierno. Quizá llovería pronto y los trigales no segados iban a perderse. El viejo lo sabía. Las espigas iban inclinándose ya al peso de los granos.

Esperó ayuda, pero la gente comarcana estaba en sus mismas circunstancias. Intentó trabajar, pero la fiebre lo abatió. Luego se recogió en el lecho con resignación amarga.

Ese día se sintió mejor. Los brazos desmayados principiaban a obedecerle; los nervios vibraban; los músculos adquirían nueva tensidad. Apoyado en la nieta se arrastró hasta la orilla del trigal. Las espigas agobiadas se tendían sobre la tierra; la hoz principió a segar.

La chiquilla lo sostenía a veces; y cuando no, iba formando pequeños haces. Nunca hubo siega más triste.

El viejo Ambrosio era fuerte. Con salud hubiera hecho lo que tres hombres. Pero la fiebre volvió a apoderarse de él. Era "la recaída", que en la bartonella es fulminante.

Pasaron las horas rudas de sol. La muchacha había despedazado sus manos ayudándole. Una lluvia tenue principió a caer. Eran poquitos los haces reunidos. La chiquilla dejó de ayudarlo, y se puso a sollozar.

—Papito, se muere, éntrese...

El viejo soltó la hoz, y hundió la cabeza entre las gavillas deshechas.

Así estaban las veredas y los burgos. Los pueblucos. Así toda la comarca. "La tierra es buena", decían los campesinos. Pero la tierra estaba mojada de lágrimas.

También Ernesto estaba con los brazos caídos. A todos les llega en la vida aquel instante. A unos, porque la suerte les negó todo. A otros, a quienes la vida les dió con abundancia, porque no pudieron aprovecharla. Brazos caídos. Unos parálíticos, otros desencantados.

Don Emeterio estaba convaleciente. Tampoco pudo conseguir hombres para sus trabajos. También perdió, pero sus recursos eran suficientes. Pudo defenderse bien. Con buenos depósitos en un banco cualquiera se defiende. Para el dolor íntimo, eso sí, nada vale la plata; y el viejo había perdido diez peones y uno de sus hijos. El viejo estaba triste.

Conversaba con Ernesto. Una acidez de frutos, pasados de madurez, fatigaba el ambiente. Era el huerto de los durazneros que nadie alcanzó a cosechar.

—Estos frutos así, podrían aprovecharse para hacer vinagre. Pero no se hará. Es raro. Lo amargo también tiene valor. Es como el mar. Como la pena...

—Sus palabras son de sabiduría... Pobre gente! Pobre tierra nuestra!...

—La salva el amor de la tierra, don Ernesto. Otros la hubieran dejado. Ellos, no. El campesino quiere la tierra más que a la mujer. Nosotros, por la mujer abandonamos la tierra. Cuando los temblores la gente blanca huyó. Los campesinos hicieron de los escombros de su casa un nuevo rancho para cuidar sus sembrados. Así debe quererse lo que se quiere...

—Así debe quererse...

Qué había hecho Ernesto para cuidar el amor? Muy poco. Mandar tres mensajeros para informarse de la salud de Gabriela. Atalayar el horizonte, sufrir, desesperarse. La muchacha se salvaría, pero se la quitarían. Se la quitaría quien supo luchar más que él...

Su propia vitalidad le pesaba, su propio amor. Un inmenso cansancio envolvía en su corazón la madurez de todas las cosas.

Una pequeña recua de arriería pasó por el camino alegrando el crepúsculo.

—Qué extraño! —dijo Ernesto—. Hace tiempo no había visto pasar arrieros. Y es una recua como Dios manda.

—Está volviendo la arriería don Ernesto. Ya no llegan llantas para los carros, y los productos tienen que movilizarse en alguna forma. Es la guerra que empieza a sentirse aquí. Principian a paralizarse los caminos. Vuelve la mula a realizar el transporte de los pequeños mercados. Retornamos al primitivismo. Como esos frutos de nuestros campos la civilización se está pudriendo.

—América está empezando.

—Talvez se salve. El mundo va hacia el caos. Se matan niños. Se saquean pueblos. Se burla todo derecho. Qué será de los débiles mañana? Para qué crear la vida si la vida se aniquila?

Los dos hombres se quedaron suspensos conjugando el mismo interrogante. Cuál será el destino de esta América nueva; cuál el de este mestizaje, cruce de sangres, principio de tradición, afirmación de libertad?

Un día, ya distante, todo el fervor del pueblo de Nariño se había concretado al avance de la carretera y a la construcción del ferrocarril. En Chambú cayeron algunos hombres, y en los lodazales de Aguaclara se hundió una gran fuerza humana. Ahora el ferrocarril no movilizaba casi nada; y la carretera, tallada en parte sobre la roca, iba a servir tan sólo para volver a empujar por ella las viejas recuas de arriería.

—En qué piensa don Ernesto?

—Me acordaba de la primera visión de los arrieros de mi tierra que ya creía perdidos. Fue cuando se estaba trabajando la carretera en Chambú. Yo ví el dolor de esa gente.

—Allí tuve una calera, don Ernesto. Fue de mi padre. El viejo quería esos peñascales. Lo entusiasmaba la leyenda de los Sindaguas que le dieron su nombre a esas rocas.

—Los Sindaguas? Acaso Chambú no es quechua?

—No, Es caribe. Los Sindaguas fueron de esa gente que avanzó por el Orinoco y cruzó el Putumayo. Sin tocar a los Quillacingas se establecieron en las cabeceras de nuestros grandes ríos. De esa tribu fue Telembina quien dió su nombre al río que usted conoce. De esa tribu fue Chambul, un guerrero fabuloso, hijo de uno de los grandes caciques Sindaguas. Eran gentes de guerra. Valientes. Feroces. Cuenta la historia de esos tiempos que Chambul atacó con sus hombres la población de Madrigal que los españoles habían fundado en las cabeceras del Telembí. La Villa fue arrasada y todos los españoles murieron. En represalia el cacique fue perseguido en una lucha sin cuartel. Sobre las rocas de que hablamos cercaron a Chambul, quien para no caer prisionero se precipitó por el inmenso abismo. Así dice la leyenda. Chambú es "grito". Es el significado que le daba mi viejo. Talvez no sea así, pero es bello que así sea. Yo también amaba esas rocas.

Ernesto recordó entonces algo que le refiriera Luis. En Chambú se había verificado la primera huelga de trabajadores en Nariño. Se despidió un trabajador porque infringiendo los reglamentos encendía con el cigarrillo los tacos de dinamita. Los trabajadores protestaron. Como no se los atendió, se sentaron a lo largo de las rocas sin querer trabajar. Fue una huelga de brazos cruzados. Fue el primer grito de vindicación que se daba. Ahora, a través de todos los campos, había una huelga de brazos caídos. No es que no quisieran trabajar. Es que no podían.

Así estaba Ernesto ante la vida. Varias noches había pensado en atravesar El Estrecho y acercarse a la casa de Gabriela. Esta noche volvió a pensarlo. Le era necesario hacer algo audaz y hazañoso para salir del abismo en que se hundía. Dejó a don Emeterio, y buscó su caballo. Pero junto a la bestia, que pateaba impaciente, volvió a quedarse desvaído. Qué iba a hacer?...

Brazos caídos. Frutos desesperados!... Pero los hombres no abandonaron la tierra. Así la quisieron. Así debía quererse!...

La palabra le latigueó en la sangre. Saltó sobre la bestia; y empujando la sombra, hundió las centellas de la espuela sobre los ijares trémulos.

7 - LA INCOGNITA

Capítulo XVII: CONVALECENCIA

—Fue allí en esa ventana donde ví la sombra. Serían como las doce... Luego cantó el "Cuscungo". Me dió miedo...

La Delfina había dejado caer como algo grave la confidencia del espanto. Qué había sido?... Duende? Vieja del Monte? Caballero de Medianoche de las haciendas grandes?... Talvez en otra hora su narrar hubiera suscitado alguna atención, con tantos muertos como había habido en esos días. Pero la mañana era radiante, el cielo azul, y la vida esperanza otra vez, para que su relato pudiera tener ese escalofriante hechizo de los cuentos medrosos.

Sinembargo, Gabriela fijó por un instante los ojos en la ventana. Nada había de extraño. El rocío había salpicado los cristales. Afuera el trino de los canarios jugaba melodías. Se oían voces.

—Doctor... Doctorrrrr... Cómo sigue la niña?

Era la lora de la casa que desde afuera lanzaba su pregón picarezo.

—Cómo sigue la niña?... doctorrr.. doctorr, doctorrrrrr... Ujuíiii... Patoji... ta real!

Enrique Botero sonreía. Inútilmente trataba de serenarse. La llama azul del alcohol era casi invisible en tanta claridad. La apagó. Rompió la ampollita y principió a trasegar el líquido a la jeringuilla. Su perfil de serena nobleza se destacaba como un medallón en el marco de la ventana. Gabriela dejó caer los ojos sobre él. El médico se volvió con lentitud.

—Ya!

Se acercó a la mecedora donde Gabriela reposaba, y ella le ofreció el brazo ebúrneo, un poco tembloroso.

El yodo manchó la piel, y la aguja se clavó rápida.

En seguida Enrique dejó la jeringuilla sobre la mesita de noche. Con mano firme volvió a sujetar el brazo de la enferma y limpió con alcohol la breve mancha enrojecida.

—Bien!

—Le retuvo el brazo con intención. Pero al inclinarse sintió de frente la mirada de ella, y entonces se separó azorado. Era raro en él. Por muchos días había atendido a Gabriela con la absoluta seguridad de que, al hablarle de amor, ella lo aceptaría. Presumía de su fuerza. Pero, al intentar la insinuación, principió a desconcertarse. Ya Gabriela no era la muchacha adolecida por cuya vida luchó afanosamente. Pervivía su misma bondad de todas horas; pero sus miradas inquisitivas ya, se detenían con frecuencia sobre él cual si pretendieran medirlo y valorarlo. En su dulzura se insinuaba otra vez su condición de imperio. Y Enrique, a pesar de su dominio, comenzó a sentir aquella perplejidad que produce lo que se mira de pronto más alto que nosotros.

Por diversos motivos Enrique escogió aquella mañana para decirle a Gabriela lo que tantas veces soñó; que la quería, sencillamente. Le habló con medida emoción de su esperanza; y algo definitivo le estaba sugiriendo ya, cuando las circunstancias principieron a mostrarse adversas. La tía Isabel había entrado a la pieza por unos instantes; luego Maritza, la hermanita menor de Gabriela. Casi en seguida la Delfina, quien vino a contar el suceso de la noche. La interrupción, en momento tan culminante, se estaba haciendo larga. Por fin volvieron a quedarse solos. Pero él se sintió acobardado. Pensó que sus palabras anteriores no habían tenido ese ritmo de emotividad con que debía hacer su declaración. Quizá tampoco su elegancia. El no debía haber escogido ese momento a plena luz, cuando los ojos de Gabriela estaban recogiendo de nuevo la poesía de todas las cosas. Qué iría a pasar? Era mejor decirlo con palabras sencillas.

Enrique Botero era un médico distinguido. Por lo menos así lo aseguraban los comentarios que de él se hicieron cuando llegó a Nariño presidiendo una de las comisiones de la Campaña Antibartonélica. En uno de los más prestigiosos periódicos de Bogotá lo habían despedido con una nota laudatoria.

Pertenecía a familia de alta prosapia, rica en un tiempo, desmedrada en su fortuna ahora. Relievaba cierto atuendo de hombre importante, cierta elegancia un tanto presumida, con un poco de simpatía y mucho de viril imponencia. De alguna cultura. De charla fácil, pero sin emoción. Si no hubiera sonreído con frecuencia habría dado la impresión de ser un hombre frío. Se ponderaba mucho cuando juzgaba conveniente hacerlo. Su afabilidad correspondía a un cálculo

de situaciones. Se sabía interesante en su figura, y al neto aprovechamiento de ese interés fiaba el éxito de su porvenir.

Luis, el hermano de Ernesto, lo llevó a Huilquipamba para que atendiera a la madre de Gabriela. En el viaje se informó detenidamente de todo: de la belleza de la muchacha, de su situación económica, de lo que representaba su familia en la vida social. Enrique no era un soñador, pero al llegar a la hacienda, y aun antes de conocer a Gabriela, ya pensaba con cierto halago vanidoso que esa propiedad podría ser suya cualquier día.

Fue atendido como un gran señor. Al ser presentado a Gabriela se emocionó profundamente. La muchacha valía más de lo que él había pensado. La suerte le llegaba al fin bajo el antifaz embrujado del flagelo. Esa noche, esperanzado como nunca, se trazó un rumbo cierto, casi rotundo: alcanzar el amor de Gabriela por sobre todas las cosas.

Supo entonces promediar su frialdad con medida solicitud. Con don Federico fue ceremonioso; amable con la señora; con Gabriela entre atento y reservado. Era su plan. La muchacha llegaría hasta él, como habían llegado otras mujeres en circunstancias menos favorables.

Sabiéndose necesario se hacía reclamar y esperar en veces, y en otras extremaba su consideración. En compañía de Gabriela pasó varias noches atendiendo a la señora. La angustia constante no daba lugar a ninguna sugerencia. La muchacha lo trataba con bondad agradecida, pero sin ningún asomo de intimidad. Era el médico, no el amigo.

Cuando mejoró la señora, acompañó a Gabriela en el cuidado de los campesinos enfermos. En estas circunstancias fue más espontáneo y cordial, pues comprendió que a la muchacha no podía conquistársela con visajes de distinción o de sabiduría. Había que cambiar de plan. Trató, pues, de enaltecerse a sus ojos permaneciendo en ese sitio de peligro, ofreciendo su asistencia a los necesitados. La muchacha pareció interesarse por él. Su voz de reconocimiento era casi de emoción. Sus observaciones desfavorables de un principio se estaban amenguando.

Gabriela cayó enferma. Fue fulmíneo el ataque y Enrique se superó en ese trance. Al cálculo de otros días había sucedido una emoción indecible, un supremo temor de que el contagio matara a la muchacha. Ya la quería. Y no de cualquier modo, sino con frenesí nunca sentido, con ansiedad que lo hacía eternizar el tiempo de la espera. A pesar de su orgullo requirió la presencia de otro médico; pero, por fortuna, la enfermedad hizo rápida crisis. Gabriela entró en franca mejoría. Así pasaba en algunas naturalezas fuertes. Otra vez la vida principiaba a decir su esperanza. La muchacha, débil aún, se levantó ese día. Era el instante

pues, para que Enrique recabara de ella la promesa definitiva de un amor que consideraba ya como seguro. Tántas mujeres se le habían rendido!

Una pausa de emoción los estaba acercando. Gabriela estaba pálida. En sus ojos ardía una luz intensa. Parecía que en sus labios fuera a hacerse la palabra divina. El dijo entonces:

—Por su felicidad yo daría mi vida. Mil vidas si fuera preciso. Diga una palabra, Gabriela, para ser el hombre más feliz de la tierra.

Ella iba a hablar, quizás prometiéndose... Para no prometerse hubiera sido necesaria la certeza íntima de que el afecto de Ernesto era como lo esperó, invariable y seguro. Pues Enrique, con su invaluable nobleza, estaba creciendo para su corazón hasta un límite de ternura.

No era que ella se hubiera dejado vencer por el brillo de su personalidad irresistible para otras mujeres. Ni que fuera tampoco un ideal para su espíritu. Era sólo el valor de su abnegación; su fortaleza dinámica en contraste con su organismo debilitado; la emoción de su bondad. A un hombre así había que darle siquiera una esperanza.

Para su corazón Ernesto valía más, mucho más. El uno, era el hombre imprevisto que llegaba a sacrificarse y a salvar; el otro, era el hombre del recuerdo que caminó mil días para llegar a dominar su afecto. Enfrentados los dos, Gabriela no hubiera dudado. Pero Ernesto no había hecho absolutamente nada en esos dos meses dolorosos. Claro que, bajo cierto aspecto, él no podía llegar hasta su casa y, seguramente, estaría añorándola y considerándola como lo indicaban los dos o tres mensajes que recibió. Pero cuando se tiene una madre en la agonía, cuando uno mismo está en peligro, la persona que quiere sabe hacer más aunque le importe la vida!... Ernesto, para su corazón, estaba bajando de una cumbre. Enrique estaba arrodillado ante ella. Iba a dejarlo así?... Enrique era en ese instante más fuerte que Ernesto.

Gabriela iba a hablar. No podía rechazarlo. No debía. Iba a hablarle sin alegría, casi con cierto pesar. Se contuvo sin embargo, en busca de mayor firmeza para su voz. Quizás para hacer más dulce su palabra dejó crecer una pausa de silencio.

Enrique se volvió. Don Federico hablaba afuera acercándose a la habitación. Su voz apagó la preterida emoción de la escena. Hablaba con el administrador de la hacienda. Junto a la ventana se cruzaban sus palabras.

—Fue como a las doce, señor... Hemos investigado por todas partes y ningún rastro hemos hallado. Si no fuera por el balazo que me voló el sombrero ya estaría pensando que fue sólo un espanto.

—Fue en esta ventana?

—En esa, señor. El hombre parecía estar mirando por el cristal entreabierto. Por un instante creí que fuera el doctor Botero. Me entré a la casa. Luego pensé que el doctor no podía ser. Volví a salir. El hombre se separaba de la ventana. La luz alcanzó a iluminarlo ligeramente. Vestía un terno elegante y llevaba polainas. Al advertirme, se abrió con cautela. Yo me le acerqué preguntando quién era; pero él se ocultó rápidamente en el bosquecillo de los alisos. Azucé el perro, pero golpearon al animal. Entonces entré a sacar la carabina. Cuando salí, la sombra se perdía por el sendero que va a la quebrada del termal.

—Es raro.

—Corrí por allí hasta alcanzarlo. Le grité nuevamente; pero como siguiera huyendo hice un disparo al aire. En ese momento el hombre se volvió y me disparó su revólver. La bala me voló el sombrero. Me eché al suelo. Nos cruzamos dos tiros, pero no me atreví a avanzar. Por un desecho me volví a la casa a llamar gente. Nada encontramos. Es raro! De aquí a la carretera hay un kilómetro, y yo hice cuidar las salidas de la hacienda.

—No comprendo. Un ladrón sería bastante inverosímil. Pero entonces, qué?... Míra! Hay que investigar. Que ensillen los caballos y vamos a hacer un rodeo!...

Enrique entabló un breve diálogo con don Federico. En el alma de Gabriela se estaba haciendo la luz. Era como si súbitamente hubieran llegado a su corazón todas las campanas del alba...

Ni un solo momento dudó de lo que oía. Si cerró los ojos no fue porque buscara comprender el enigma de la sombra. Para ella fue tan claro el asunto que, al recogerse estremecida, no hacía sino seguir en la noche los pasos de Ernesto. Porque era él, no podía ser sino él, quien había estado en la noche anterior velando su dolor cerca de su ventana. Quién otro podía ser? El hecho tenía la evidencia de una realidad incontrastable. Hasta el rumor del río en la noche tremenda le llegó a su oído. Sus manos, apretadas hasta el dolor, sostuvieron el cable para que él pasara... Terrible! Pero bello!... Y ella estuvo a punto de sellar su destierro. Iba a abandonarlo como a un niño en la noche...

Ahora, Gabriela trataba de recomponer mentalmente el paso de Ernesto por el abismo. A las siete de la noche se había desatado una tormenta repentina. Llovió por espacio de tres horas. Dónde estaría Ernesto en ese instante? Pasaría el abismo antes de que anocheciera, o un poco más tarde? Imposible esa lazada en la sombra. Cómo se guiaría? Luego, al ser sorprendido, él tuvo que huir necesariamente. Debió ser angustioso. Después ante el peligro de que el administrador lo alcanzara, o de que disparara sobre él, Ernesto se vería obligado a hacer uso de su revólver para asustar al hombre. Así tuvo que ser.

En el abismo debía estar el cable suspendido...

En ese instante Enrique Botero casi desapareció de su pensamiento, a pesar de que estaba frente a ella, pidiéndole con el alma una respuesta.

Gabriela se recogió. Quién valía más de los dos? El uno había atendido a su madre, quizá la había salvado. Había también atendido a Gabriela y se había expuesto a un peligro de contagio al permanecer en la hacienda... El otro? El otro era el amor. El amor de un poseído que había saltado un abismo en la noche infinita para acercarse a ella.

No. No podía prometerse a Enrique. Tampoco iba a rechazar su esperanza. Iba a darse una pausa para que la llenara Dios con el nombre que El quisiera. Enrique?... Ernesto?... Con el primero nada se oponía; sus padres lo aceptarían con intenso gozo; quizás serían felices... El otro era el rechazado, el ignorado; que al besarla, eso sí, pareció acercarla para siempre a su destino.

—Míre, Enrique! —principió a decir con voz pausada—. A mi reconocimiento por todo lo que usted ha hecho por nosotros se agrega ahora el agradecimiento emocionado por el amor que me ofrece... Mi gratitud lo aceptaría sin duda. Pero yo creo que el amor debe ser más, infinitamente más...

Enrique la miraba con los ojos enceguecidos. La voz que escuchaba era dulce y terrible. Podía encerrarse en ella todo el universo. Gabriela continuó:

—Le digo esto porque yo quisiera desligarme un poco de este sentimiento profundo de gratitud, para pensar en usted solamente como en el hombre que llega a ofrecer el amor... Sé todo lo que usted vale; y no diría verdad si afirmara que había pasado desapercibida al interés que usted suscita... Pero yo pienso que el amor debe ser algo más hondo!... Míre, Enrique! En dos palabras: Deje para más tarde que yo conteste sus preguntas. Deje que regrese a mi corazón toda la fuerza de la vida. Yo sé que usted sólo puede esperar un amor así: fuerte, perfecto, definitivo...

—Sí... sí, Gabriela! —se apresuró a decir él—. Aguardaré... Aguardaré toda la vida si fuera necesario.

El no había esperado jamás que la escena tuviera ese rumbo huidizo. La creyó segura. Pero, mientras ella hablaba, el peligro de que se hubiera engañado fue tan grande que, al oír sus últimas palabras que eran esperanza, sintió la misma alegría de un niño que oye la voz amiga en un cuarto medroso.

Bueno. Todo eso... Y, por qué no enaltecerse entonces, si después de todo las palabras que escuchaba tenían un claro valor de promesa?

Nerviosamente, y sin poder definir su pensamiento, se había sentado junto a ella. Callaba, porque juzgó inútil avanzar más. Pero súbitamente un pensamiento imprevisto lo asaltó: no tendría Gabriela otro amor en su vida?

Se levantó para salir. Lo hacía con intención, para no turbarse con la pregunta que iba a hacerle. Lentamente le dijo:

—Gracias Gabriela!... Voy a ver a su madre. Pero antes quisiera hacerle una sola pregunta sobre su pasado: No hay en él algo que pueda ser amor?...

Gabriela lo miró profundamente.

—Míre, Enrique. Sugerirle celos a una persona como usted sería inelegante... El amor es siempre presente y no pasado. Vea a mi madre. Después haremos un poco de música. Quisiera oír con usted la Quinta Sinfonía...

Enrique advirtió la frase con ambigua emoción. No era clara. O talvez sí. Quizás algo confusa, no más. Así son las mujeres... Qué le importaba?... Luis le había dicho que Gabriela no tenía ningún compromiso. El presente, pues, era él. Eso quería decirle. Indudablemente se estaba volviendo romántico y bobo. Sería el clima. Sería ese aroma que la rodeaba a ella. Sería su pie, en vislumbre de desnudez, bajo el cual hubiera podido abandonar su vida entera.

Salió de la pieza. Afuera los canarios seguían gorgoriteando arpegios. A pesar de su debilidad Gabriela dejó la mecedora. Se acercó a la ventana donde había unas rosas recién abiertas. Ernesto debió haber puesto sus manos sobre ellas. Ernesto!... Recogió las más hermosas y las arregló en la pequeña jardinera que tenía frente a una imagen de Santa Teresita. Gabriela adoraba a la Doncella de Lisieux por motivos que para su corazón se repetía siempre: por lo sencilla, por lo divina y por lo bella. Porque amó con amor de plenitud. Porque magnificó las rosas y las esencias celestiales. Porque hizo versos de suave poesía, de angélico temblor; y, porque cuando iba a morir, se llevó en su sonrisa todo el dolor del mundo.

Capítulo XVIII: Cuando los caminos se acercan

Ernesto abandonó las bridas de su caballo al peón de la hacienda de Huilqipamba que se apresuró a atenderlo.

Radiaba el mediodía sobre el patio de la casa. Había quietud. Paz de mansión guardada, señorial. Parecía que en todas las cosas naciera una paz honda.

Don Federico se acercó a Ernesto. Extrañado lo había visto llegar. Vaciló algunos instantes, pero luego bajó la escalinata para recibirlo.

Su visita lo tomaba de improviso; algo inesperado debía de determinar el viaje de Ernesto hasta su casa. Era hermano de Luis y viejo amigo de los suyos. No cabía pues vacilación. Ernesto llegaba a su casa en un momento grave, y don Federico era un gran señor a pesar de su resentimiento.

Ernesto lo saludó ceremoniosamente. No logró ser sencillo. Se cruzaron algunas frases.

—Cómo está la señora?... Cómo sigue Gabriela? Los he considerado mucho!...

—Gracias! Están mejor. Pero siga...

Se sentaron entre las grandes macetas de "veraneras" que festoneaban los pilares del vestíbulo abierto. En los ángulos había jaulas con "curillos". Adentro se oían voces.

Ernesto debía explicar el motivo de su visita; y así lo hizo con frases apresuradas, como si quisiera prevenir cualquier referencia inoportuna.

Manifestó que había tenido que realizar un viaje a la población cercana; que al día siguiente seguiría para el norte de la república, donde permanecería largo tiempo; y que, por tanto, sabiendo la enfermedad de la señora y de Gabriela, se había permitido entrar a Huilquipamba para informarse de su estado.

El motivo era delicado, y don Federico tuvo que agradecerle su atención.

La señora María Mercedes, cuya salud había mejorado bastante, salió en aquel momento con Maritza. La visita de Ernesto había producido algún revuelo en la casa. Por lo inesperada, por lo rara. La conversación principió a hacerse más cordial. La señora quiso, con gran comprensión, hacer fácil y grata la visita de Ernesto, y prevenir con su presencia cualquier alusión desagradable.

Maritza fue a avisar a Gabriela. Ernesto principió a inmutarse.

Fue en la noche anterior cuando resolvió su viaje a Huilquipamba. Lo que vivió en esos días infinitos había determinado esa resolución entre voluntariosa y angustiada. Celos. Amor. Desesperanza. Y ese frenesí de hacer algo al fin, de ponerle término a su cavilar, de saltar en ímpetu de hombría hacia cualquier camino del futuro...

Llegaría a despedirse. No cabía otra excusa. Pero la vería. Le hablaría. Vería frente a frente a su rival. Sosegaría esa ansiedad salvaje que lo estaba torturando. Tal vez, también, conseguiría hablar a solas con Gabriela. De otro modo, le dejaría un último recuerdo de su altivez y su carácter.

Gabriela, palidísima, salió apoyándose ligeramente en la tía Isabel. A su lado apareció Enrique.

Se saludaron con algún embarazo, mirándose en los ojos. Enrique fue presentado. Cordialmente tendió su mano a Ernesto, haciéndole referencias a su amistad con Luis por quien estaba en Huilquipamba.

Se sentaron en el amplio vestibulo. Don Federico se retiró. Enrique y Ernesto quedaron ante Gabriela, quien aún no se había informado de la excusa que diera Ernesto para presentarse en la hacienda.

La visita de éste le traía alegría y desconcierto. Por qué se presentaba así, después de lo sucedido en noches anteriores? Qué se proponía Ernesto al desafiar la malquerencia de su padre?

En Ernesto se advertía el sufrimiento intenso de esos días. Principió a hablar de los estragos del flagelo, de la situación aflictiva de los labriegos, de sus consideraciones por la enfermedad de Gabriela. La muchacha hablaba muy poco. Lo hacía con velada dulzura, con sonrisa casi triste. Ernesto no podía mirarla con detención.

—Qué ha hecho, Ernesto, últimamente? Dónde ha permanecido? —le preguntó la señora María Mercedes—. Luis nos informó que usted estaba en la Provincia y que hacía mucho tiempo que no visitaba su casa.

—Sí, señora. Estuve entregado allí a unos trabajos profesionales. Ahora saldré para despedirme. Mi pobre viejo va a sufrir mucho otra vez.

—Qué! Se va?... —le preguntó Gabriela con preocupación.

—Me voy para el norte. Tal vez por mucho tiempo. No sé. Por eso quise venir a hacerles esta visita... Quería llevarme la seguridad de que tanto usted como la señora estaban fuera de peligro...

—Mucho le agradecemos —expresó la señora—. Dios ha sido misericordioso con nosotros, pues, ya ve, cuánta gente ha muerto en otros hogares. Además, Enrique ha sido una bendición para nuestra casa. Por sus atenciones vivimos. Míre a Gabriela. Se está reponiendo como jamás lo hubiéramos creído. Hace tres días se levantó.

Ernesto sorprendió una leve sonrisa que Gabriela le dirigió a Enrique, y un azoramiento íntimo empezó a apoderarse de él. Miró al médico. Lo vió fuerte, seguro, casi frío al recibir el elogio. Sintió la necesidad imperiosa de zaherirlo.

—Vino usted con alguna de las comisiones enviadas por el gobierno? —preguntó.

—Sí. Desde hace tres meses estamos trabajando aquí. Ha habido que luchar mucho. La gente de los campos no tiene noción de higiene. Son rudos para comprender el beneficio que les puede hacer un médico. Algunos viven como animales. La lucha, pues, ha sido difícil.

—Y qué medicinas emplean en el tratamiento?

—Sería largo explicarle. Ha habido mucho trabajo de laboratorio y drogas nuevas que estamos aplicando. Aunque el mal era grave la ciencia ha avanzado mucho. Ya ve a Gabriela. En ocho días la salvamos.

—Pero yo he leído en algunas revistas médicas que aún no han conseguido aislar el microbio. Más aún, que el tratamiento ha sido ineficaz, y que los que se salvan lo deben exclusivamente a su constitución. En algunos lugares murieron precisamente los que fueron tratados con inyecciones. Se salvaron en parte los que no tomaron ninguna droga, especialmente quinina. La bartonella es todavía un misterio... En fin. Está bien que se trabaje en alguna forma y se siga investigando...

Hubo un silencio. Ernesto había avanzado demasiado. En casa de Gabriela había para Enrique un inmenso agradecimiento. Aún en el caso de que las medicinas no hubieran sido eficaces, su sola solicitud merecía el aprecio, la gratitud. La

intervención de Ernesto era un desaire. Enrique lo miró con desconfianza. Gabriela lo contempló de frente, como si tratara de adivinar la intención oculta de sus palabras. Enrique indicó con frase rápida:

—Se ve que usted no está bien informado. En la revista de medicina sólo hay elogios para las comisiones que en bien de su tierra están trabajando y exponiéndose a un peligro diario de contagio. Le parece esto poco?

Ernesto comprendió que había que suavizar el concepto, si no quería suscitar una reacción peligrosa que dañara el espíritu gentil de su visita.

—Talvez no me expliqué bien —dijo—. Yo sé cuánto vale la labor de ustedes. Eso está más que reconocido. Lo que pretendía era obtener de usted una explicación mejor autorizada. Mis informes sobre la enfermedad no son sino los que he recogido en la Provincia. La publicación a la cual hice referencia posiblemente habrá sido anterior a los experimentos que usted indica.

—Publicaciones sin respaldo científico!... Claro que el mal no tiene todavía una definición precisa, ni un remedio único, pues si así fuera ya nadie se moriría. Pero, que el médico no valga, sería sencillamente afirmar el absurdo...

Gabriela miraba fijamente a Ernesto. En su espíritu sucedía algo grave. Junto a ella estaban los dos hombres que, en diversas formas, podían determinar el destino de su vida. Ella no había nacido para vacilar. Comprendía que había una verdad en su corazón, y que sobre esa verdad debería prometerse o rechazar. Pero su estado era de desfallecimiento; y hay ocasiones en que hasta para los espíritus más fuertes se crean la ambigüedad y la duda. Enrique constituía el horizonte de una dicha fácil, sin complicaciones, pero sin la plenitud que ella anhelaba. El otro era el obstáculo, el enigma, y bien podía ser el fracaso, pero era también el amor. Para el uno le bastaría una sola palabra. Para el otro no le bastaría talvez su vida toda.

La noticia que Ernesto le diera sobre su próximo viaje le había traído un sentimiento raro. La hizo saltar interiormente pues le pareció que jamás podía tener justificación esa actitud de Ernesto. Cómo es que un hombre que quiere y se siente querido puede proceder así? Qué pretendía, qué esperaba?... No. Su sentimiento no era de tristeza. Era un pesar indecible que principiaba a rebelarla. Era casi un deseo de esquivarse y de hacer sufrir.

Ernesto, que callaba en ese instante, se quedó mirándola fijamente en los ojos, en la boca divina pero amargada. Gabriela también lo miró de igual modo, y su cara de súbito se encendió. Enrique abarcó de un golpe el signo violento de esas miradas. Se sintió perplejo. Qué significaba aquéllo?... Qué representaba Ernesto en la vida de Gabriela? Tenía alguna razón su desconcierto?... Ernesto

llegaba a despedirse después de una ausencia larga. Pero ahora, mientras la señora contaba algo, Enrique volvió a repetirse las palabras que Gabriela le dijera cuando le preguntó si había otro interés en su corazón. No fue una evasiva la respuesta de Gabriela? Podía ser. Pero él tampoco iba a dejarse vencer sin lucha. Quiso sondear también, sugerir algo, dejar a Ernesto la sensación de que él era quien mandaba en esa casa.

—De seguro tendrá usted alguna bella novia, no es cierto?... O es que la dejó en Bogotá, y se regresa por ese motivo?

—No. Me vuelvo a trabajar solamente. He sido un poco desafortunado en mis asuntos. En Bogotá quise a una muchacha, pero era mi contraste en todo. Maravillosa, pero jugaba con el amor. Me dejó por otro. Ya ve. Cosas intrascendentes. El matrimonio es una cosa muy seria...

La alusión era para Gabriela. Ella lo comprendió así, y por primera vez pensó que Ernesto sabía algo de las pretensiones de Enrique. Miró a Ernesto con tristeza. Era como si se separara espiritualmente de él. Su alusión era injusta, casi ofensiva. No tenía derecho para hacerla.

Ernesto se volvió para atender a Maritza quien le ofrecía un vaso de refresco; y Gabriela lo vio triste y deprimido, como si hubiera sufrido más que ella.

Maritza contó lo de la sombra que se había visto en la hacienda. Ernesto, sonriendo, no separó los ojos de la chiquilla. Luego, se hizo una pausa que Enrique aprovechó para decir:

—Míre, Gabriela! Usted como que se siente mal... La veo muy pálida. A ver, veamos ese pulso!

Lo dijo con ánimo de indagación y de dominio. Acercó su asiento a la mecedora de Gabriela y le tomó la mano. Ella se hallaba un poco trémula. Entornó los ojos, mientras Enrique elevaba los suyos para observar a Ernesto, quien intencionalmente volvió la cabeza a otra parte.

Enrique habló:

—Su pulso está alterado. Tal vez convendría que se retirara a descansar un poco. Entiendo que Ernesto va a pasar la tarde aquí; y por lo tanto excusará esta breve ausencia de Gabriela.

—Naturalmente —dijo Ernesto apresurando—. Siento mucho la novedad de Gabriela. Debe acostarse... Yo voy a despedirme ya. Parece que va a llover.

—Sí. Va a caer un aguacero formidable —dijo la señora María Mercedes—. Pero usted no puede irse así. Voy a hacer llamar a Federico. Además, Isabel

está preparando alguna cosa para todos y no podemos despreciarla. Verdad te sientes mal, Gabriela?

—No madre. Son cosas de Enrique. Los médicos también se equivocan, como nos equivocamos todos. Entremos a la salita para oír un poco de música. Está llegando un viento bastante destemplado. Entremos, Ernesto! Sería incalificable viajar tan apresuradamente.

—Gracias, Gabriela. A veces hay que viajar así. La vida no es lo que uno quiere...

Maritza había encendido la radio; y el Momento Musical de Schubert vino a suscitar un clima de emoción no esperado; más allá de las palabras, más que el recuerdo. Afuera rodaban los truenos. Un aguacero violento se iniciaba. La charla se hizo por un momento dulce.

Ernesto había principiado a hablar con esa emoción entrañable con que relataba escenas de su vida, o sucesos que tenían la misma fantasía de sus sueños. El resentimiento de Gabriela se iba apagando. Pensaba que en la voz de Ernesto estaba a veces la emoción recóndita de todas las cosas. Su armonía exacta. Sí. El tenía esa sabiduría de adaptar su voz a la medida espiritual de quienes lo escuchaban. Niño, con los niños; reposado con los viejos. Jamás deslumbraba con lo que sabía. Con los fatuos hacía espejear el artificio. Con las mujeres era aquello que ellas amaban, lo delicado, lo escabroso, o lo santo. Eso era él. Enrique, con su figura magnífica, había entrado en una zona de penumbras.

Gabriela volvía otra vez a recobrar su imperio. En sus ojos centelleaba el deseo de hacer valer ante Ernesto su plenitud de mujer. Así se desquitaría, deslumbrándolo. Así le volvería sus palabras, desde la altura de su segura belleza.

Enrique los miraba caviloso. Los celos principiaban a inquietarlo. Comprendió que si había habido algún afecto entre Gabriela y Ernesto, debía existir también algún resentimiento; y que por tanto, era necesario impedir su reconciliación. La ausencia después sería suya.

La tempestad pasó. Ernesto tenía que despedirse; y en ese momento principió a adorar a Gabriela más allá de la vida. Pero ya no podía hacerse atrás.

Mientras preparaban su caballería se hizo en la conversación una pausa obligada. Enrique se paseaba fumando. Gabriela se angustiaba. Comprendía que a pesar de la solicitud que demostró para atender a Ernesto, su actitud había sido de reserva y quizás de reproche. Nada le había dicho que pudiera sugerirle esperanza o amor. Así lo dejaba ir. Desesperada buscó un camino. El instante era eterno.

Don Federico entró. El caballo estaba listo afuera. Ya toda confianza era imposible.

Ernesto se levantó, y le tendió su mano a Gabriela quien se hallaba entre la señora y Enrique.

—Que sea feliz! —le dijo.

Ella apenas le apretó la mano. No pudo decir nada. Un desfallecimiento infinito la agobiaba.

Enrique salió a dejar a Ernesto. Estaba oscureciendo. La granizada había sido terrible. El panorama de la hacienda estaba cubierto de una blancura triste. El aire recalentado seguía amontonando en las montañas oscuros nubarrones de borrasca. Por los caminos bajaban torrentes.

Don Federico le había insinuado a Ernesto que se quedara; pero éste expresó que debía tomar el automóvil a dos leguas de allí, y que le era imperioso salir. El viejo, entonces, le tendió su mano con alguna efusión. Quien se iba por un camino peligroso, después de visitar su casa, merecía algo más que una despedida protocolaria. Quien abandonaba la propia tierra, mordido por la murmuración y estrechado por adversa suerte, exigía el respeto y el aprecio.

—Esta es su casa, Ernesto —dijo don Federico—. Que Dios lo ayude en todo...

Se cruzaron un apretón de manos.

Maritza llamaba a Enrique. Gabriela se había puesto mala.

En aquel momento llegó a todo galope de su caballo el administrador de la hacienda.

—Señor! —exclamó—. Es imposible su viaje esta tarde. La quebrada de El Salado baja crecidísima y el puente de la hacienda se lo llevó la corriente. Mañana, muy temprano, le daremos paso.

Para despedir al verano el paisaje se había puesto un poncho de nieve. Debajo, la tierra humeaba. El granizo, cuando es bravo, cierra los caminos, pero pronto desaparece. Al día siguiente volvería el sol a brillar sobre los campos verdecidos. Pero en una noche pueden pasar muchas cosas. A veces se hunde una ciudad. A veces nace una estrella.

Capítulo XIX: Jaque al Rey

Las siete de la noche. Un plenilunio en cielo encapotado combaba sobre los campos blanquiza luz de nubes altas. Regresaba en silencio la peonada que capeó el temporal.

Ernesto se había entretenido mirando las colecciones indígenas de la sala hasta que fue invitado a comer. Lo atendieron con cierta obsequiosidad ceremoniosa. Sólo cuando don Federico salía se insinuaba una bondad nueva en la actitud de las mujeres.

Poco después la señora María Mercedes les pidió que siguieran al tocador de Gabriela donde todos acostumbraban reunirse. Pasaban en la radiola los Nocturnos inmensurables de Debussy; y el paisaje de la música era un círculo de horizontes atormentados... Gabriela, entonces, volvió a saludarse con Ernesto.

Después de hacer servir un *pousse-café* se despidió don Federico por tener que disponer algo fuera de la casa. Ya no volvería a verse con Ernesto.

Enrique estaba cerca de Gabriela. Maritza mostraba al visitante algunos álbumes de fotografías. La tía Isabel bordaba. La señora María Mercedes trataba de hacer amable la conversación, con evocación de personas y sucesos. Tenía una gracia peculiarísima para tratar todos los asuntos; para pasar discretamente de uno a otro tema; para avivar y trascendentalizar aun los más pequeños relatos. Ernesto extremaba con ella su gentileza mientras atendía también a Maritza en el comentario de las fotografías que le enseñaba. La chiquilla, de once años apenas, había simpatizado mucho con él.

Sin advertirlo, y a pesar de la mutua cercanía, se habían hecho dos grupos en la habitación. Enrique conversaba a veces con Gabriela, en voz baja, y otras,

paseaba en uno de los ángulos de la pieza, mientras hablaba para todos con espontánea animación. Parecía dominarlo un deseo de lucir y complacer, de ser fino, de dejar la sensación perfecta de su gallardía.

Gabriela estaba triste. Con frecuencia, después de alguna breve intervención en lo que se conversaba, se dejaba caer con honda languidez sobre los cojines colocados en el espaldar de su mecedora. Indudablemente su estado de salud era todavía delicado, aunque hacía un esfuerzo supremo para participar en la velada.

Sí. Era un íntimo esfuerzo el que ella realizaba. No propiamente porque su organismo estuviera débil en extremo, sino porque los sucesos del día habían sido de indecible afán. Si se superaba en ese instante era porque presentía que, en esa noche, tenía que definirse algo que todavía era perplejidad, no por su decisión sino por las circunstancias mismas. Algo que era su vida toda, en trance de amor y de dolor.

Del resentimiento con Ernesto, al iniciarse la conversación de la tarde, pasó a un estado emocional de consideración y de ternura. Algo así. Luego vivió unos momentos de análisis y reflexión, para mirar a Enrique y a Ernesto serenamente. Pero, cuando Ernesto se despidió, sintió renacer su amor como jamás lo había sentido. Por eso, no acertó a decirle nada. Después, con la noticia casi inmediata de que iba a pasar la noche en la casa de la hacienda, se reanimó con un imperio súbito. Pero estaba débil para tanta reacción. Descansó un poco; y, a pesar de toda advertencia, quiso salir al gabinete del tocador, contiguo a su alcoba. Un cansancio inmenso volvía a llenarla ahora. Conversar separadamente con Ernesto era imposible. Era un escollo, pero podía ser también una ventaja.

Enrique vivió un grave conflicto cuando supo que Ernesto se quedaba esa noche. Cuando se despidieron en la tarde, comprendió, en instantánea revelación, que Ernesto era su rival. Ya no lo dudó. Con la señora María Mercedes indagó delicadamente la clase de relaciones que Ernesto había cultivado con su familia. Supo de la tragedia del Imayá, de los resquemores de don Federico, de lo que a pesar de todo significaba la vida nobilísima de Ernesto. Nada más. Lo demás lo supuso. Supuso que Gabriela y Ernesto se habían querido, pero que las circunstancias los separaban. Bien. Si esto era así, el punto final lo daba su despedida. Pero esa despedida había que cuidarla; e impedir que los dos se hablaran a solas o que se promoviera entre ellos cualquier entendimiento. Su plan, pues, fue sencillo. Impedir que se acercaran. Y era fácil dada la situación. Además, su comportamiento en esa noche debía ser magnífico; debía tratar a Ernesto con cordial camaradería, ya que esa finura de su parte debería agradecersele Gabriela. El día por venir sería suyo.

Hubo un instante de silencio en la conversación. Afuera resonaron algunas voces. Luego entró el administrador de la hacienda y una mujer que llevaba un

niño en los brazos. El niño se moría. Era de uno de los arrendatarios. La madre estaba desesperada.

Enrique actuó con solicitud. Todos se afanaron. La madre era una campesina de 17 años, casi una niña. Enrique le puso al pequeño una inyección de aceite alcanforado y dió algunas indicaciones. La muchacha salió con su leve carga, agradeciendo y sollozando.

—Este niño se muere esta misma noche —dijo Enrique—. Es imposible que se salve.

El administrador, antes de retirarse, exclamó con tristeza:

—Qué pena, por Dios! La señorita Gabriela fue la madrina de ese matrimonio. Buenamozota la muchacha; y él, el mejor jinete de los rodeos... Ahora el hijo se les va. Para qué se casarían?...

—Para qué?...

Ernesto se repetía interiormente la pregunta. Era un proceso de amargas reflexiones. El había visto morir mucha gente en esos días. Muchos niños... Para qué se tienen niños si han de morir en agonías de martirio?... Y para qué el amor, que debe culminar en creación, si lo creado se destruye?... No. No podía ser. Para qué entonces pretender a Gabriela?...

Esto lo pensaba porque una gran taciturnidad lo embebecía. La misma amargura que determinó en un momento dado su viaje a Huilquipamba: verla la última vez y renunciarla para siempre. Pero se equivocaba. Sabía que se equivocaba. En su renunciamiento había una esperanza suma, una necesidad tremenda de despejar la incógnita de sus dudas, de que Gabriela fuera suya para siempre.

La velada se había hecho triste. Ernesto pensó retirarse ya. A su corazón volvía el desaliento. Pero, cuando Gabriela se incorporó de nuevo, y su voz se animó para que todos se animaran, Ernesto se estremeció. Había estado haciendo juegos imaginativos. Sobre el hombro desnudo de Gabriela, levemente entrevisto, su anhelo fertilizó con el ímpetu de una llamarada.

Gabriela insinuó:

—Usted jugaba muy bien al ajedrez, Ernesto. Enrique es un maestro. Mientras nos traen la cena sería interesantísimo verlos jugar una partida. Serían dos rivales soberbios!...

Lo dijo con intención, con calidez, mirándolos a los dos con ojos fulgurantes. Era como si el cansancio se le hubiera disipado, y buscara de pronto jugar su porvenir en una carta voluntariosa.

—Bien, Gabriela, me parece admirable —dijo Enrique levantándose—. La señora María Mercedes nos anunció hace un instante una copita del viejo coñac que guarda. Se lo aceptamos. Verdad, Ernesto?

—Se lo aceptamos, claro. Y brindaremos por esta nueva alegría de Gabriela...

—Bien dicho. Y porque no vuelva a estar triste, Ernesto. Ni Enrique ni yo se lo permitimos.

Era maligna la frase. Daba esperanza y se burlaba de ella. Pero esa no fue la intención de Gabriela. Si bien su alusión tuvo un valor: hacer saltar a Ernesto desde el fondo de su desfallecimiento.

Renació su íntima ufanía. Vibró aquella fuerza reprimida con que abarcaba sus dolores profundos para avasallarlos. Sí. Se despediría esa noche. Lo renunciaría todo. Pero lo haría no con aquella tristeza del vencido, ni con el gesto del que pierde, sino con la elegancia escéptica del que sabe perder. Le botaría su orgullo como un guante. Gabriela lo recordaría siempre...

—Cuidado, Ernesto, Waterloo se perdió con menos. Y París también.

—Qué va! Alemania creyó que en Dunquerque se acabaría la guerra. Y en Dunquerque principió la contraofensiva. Me llevo este peón.

—Los señores regalan los peones cuando hay altas damas que así lo exigen...

Luego, sonriendo, Enrique agregó:

—Por el peón me llevo este caballo. Es más elegante.

—Eso creen algunos. Prefiero ser peón de espada y no caballero sin rodela.

Enrique se frunció. La frase se le hizo ambigua. Quizás tendría un doble sentido intencionado. Pero no. Tal vez no.

Mientras lo pensaba, perdió una torre...

—Cuidado, Enrique! —dijo entonces Gabriela—. Se está exponiendo mucho.

—No se preocupe! —le respondió Ernesto—. Enrique puede descubrirse lo que quiera. Por sobre todo ha de triunfar.

—Si triunfo es porque juego mejor!...

—Bien. Me encanta su orgullo, aunque hay orgullos que son vanidad... Yo juego muy poco. Si ahora lo hago es porque Gabriela quiso suscitar este desafío. En el juego, como en la vida, es mejor perder frente a frente.

—Usted dice siempre frases muy ambiguas —dijo Enrique con aire pensativo—. No sé por qué lo hace.

—Para desconcertar al enemigo —respondió Ernesto riendo—. Me llevo este alfil.

—No se desconcierte, Enrique! —indicó Gabriela—. Le van a ganar. Lástima, porque usted es el más fuerte.

—Sí! —afirmó Enrique con resolución, clavándose sobre el tablero—. Voy a probar que soy el más fuerte.

Sirvieron un "cocktail". Los jugadores lo tomaron apresuradamente.

Ernesto volvió a mirar a Gabriela. Ella sonreía mordiéndose los labios. La ufanía de Ernesto se perdió. En los labios de ella dejó una vez su vida, y no se la habían devuelto. Ese instante pasaría. Después sólo sería un recuerdo. Esa boca divina, violenta, jamás volvería a ser suya... Siguió sonriendo, empero.

—Juegue, ahora! —indicó Enrique con imperio.

Ernesto intentó con el gesto mover un alfil, pero se tropezó con la línea contraria de la reina.

—Muévase! —volvió a decirle Enrique—. Cuando yo avance con la reina todo su juego de palabras quedará deshecho. Los caballeros que hacen juglerías se vencen fácilmente.

—Será! —expresó Ernesto moviendo otra pieza—. No sólo en el juego sino también con la misma palabra me está usted venciendo... Por lo demás, los juglares ya no existen.

Gabriela jamás había oído hablar a Enrique con la sutileza de esa noche. Antes del juego contó cosas interesantes. Hizo reír. Supo agrandar. Ahora, su frase volaba con la misma ligereza que las alusiones intencionadas que recibía. Indudablemente valía más de lo que ella había pensado. Cuando él se proponía, sabía ser el hombre fino, galante, sencillo. Por primera vez lo admiró con interés recóndito. Y era que la mirada de Ernesto le reflejaba un reproche injusto, demasiado injusto. Ernesto volvía a hacérsele un enigma. Hasta dónde iba su amor? Y lo miró altivo, versátil, caviloso.

—Otro peón —dijo Enrique con rapidez—. Juegue!

Ernesto guardaba silencio. Jugaba rápidamente, como si quisiera precipitar a Enrique a una falsa jugada. Ya no volvió a mirar a Gabriela.

—Le quito este alfil —decía Enrique—. Juegue!

Ernesto jugó, pero Enrique lo atropelló nuevamente:

—Le quito la reina.

—Me la dejo quitar. Aun sin la reina se triunfa, cuando lo quiere el destino.

—El destino es de los fuertes —intervino Gabriela—. El que quiere desechar la fortuna se queda sin nada, aunque todo se lo ofrezcan.

—Hay cosas que no se aceptan. La falta de fortuna tiene también su orgullo.

La voz de Gabriela no había tenido otra intención que la de animar. Era una frase como tantas. Pero Ernesto la interpretó de acuerdo con la terrible preocupación que lo embargaba: el amor de Enrique, la riqueza de Gabriela... Y su mirada, al volverse hacia ella, fulgió casi como un reto.

Jugó descubriéndose. En ese momento Gabriela lo comprendió todo. Ernesto había llegado hasta su casa, no a pedir, sino a devolver. No a requerir su amor, sino para medir ante ella su dignidad voluntariosa... Otro abismo surgía. Y, mientras su amor por Ernesto cobraba una trascendencia de pena inmensurable, se sintió entre su riqueza mísera y desamparada.

—Jaque al rey! —dijo Enrique levantando la voz.

Estaba radiante. Parecía un niño en el júbilo desaforado de quitarle a otro un juguete.

—Jaque al rey!...

—Estoy vencido —dijo Ernesto, mientras su mano abatía las pocas fichas que quedaban—. Ha vencido Enrique en buena lid. Bien merece que la dama gentilísima que ha provocado este torneo le dé a besar su mano.

—Ganó Enrique, mamá —exclamó Maritza—. Yo lo ví perdido, pero pudo más que Ernesto.

—Me ganó, me ganó! —dijo Ernesto sonriendo y levantándose—. Ha sido una gran velada. Voy a retirarme ya, Gabriela necesita descansar. No era poco presidir en su convalecencia una lucha como ésta.

Gabriela nada respondió. Los ojos le ardían con una tristeza de infinito.

Ernesto se acercó para despedirse de ella. Enrique no la abandonaba. Era el último instante en que hubiera podido suscitarse algún entendimiento. Nada pasó. Las palabras que ellos se cruzaron fueron intrascendentes. Gabriela no tembló como antes. Ernesto, inclinándose, le dijo con voz apresurada:

—Gracias Gabriela, por todo. Por lo de esta noche. Por lo de siempre. Que sea feliz!...

Dos casas de importancia tenía Huilquipamba. La antigua casona de la hacienda, bien cuidada todavía, y la nueva casa de moderno estilo donde habitaba la familia. Las separaba un amplio espacio empedrado, y una y otra daban el frente a la gran avenida de naranjos.

La casa nueva era de ladrillo y cemento, y de esbeltas columnas en el frontis. Al subir la escalinata del jardín se abría un amplio vestíbulo de cristales, en medio del corredor que se prolongaba en una pequeña terraza. Hacia atrás la casa tenía la estructura de una E. En una de las salientes estaba la alcoba de Gabriela y en la del otro extremo el apartamento de Enrique. En el centro, el comedor magnífico que interfería la vista de los dos apartamentos. En los intermedios se hallaban las otras habitaciones. Casi todas tenían ventanas hacia el huerto, entre grandes festones de "virgínicas" y rosales en arco. El huerto era inmenso. Había tres limoneros gigantes y toda la variedad de los frutales. Un canalón de aguas clarísimas formaba el remanso del baño, arreglado a manera de piscina, con su trampolín y sus quitasoles. Amplia, confortable y bella era la casa. Allí se conjugaba el modernismo de la muchacha con cierto viso de colonial-moderno, hondo y amable, que quiso conservar la madre.

La habitación que le dieron a Ernesto para que pasara la noche estaba cerca a la de Enrique. Por el lado del huerto se miraban en ángulo las ventanas.

Después de la velada Enrique permaneció en el corredor. Ernesto se dirigió a su pieza, y cuando iba a cerrar la puerta se acercaron dos muchachas de la servidumbre. Una de ellas llevaba un servicio de baño de fina porcelana; la otra, un "thermos" con café y algunas revistas. Saludó con azoramiento, y mientras que la otra muchacha se adelantaba para salir, le indicó a Ernesto un papelito doblado entre las páginas de una de las revistas. Era de Gabriela, y el escrito brevísimo: "A las once en mi ventana".

Ernesto cerró la puerta. Volvió a releer diez veces la frase, y se quedó inmóvil, casi trémulo, con los ojos cerrados. Un cuadro lejano volvió a su memoria con rapidez de lumbrarada. Fue una tarde que visitó las Salinas de Zipaquirá. Por detenerse a mirar alguno de los túneles del inmenso subterráneo se había separado de los compañeros que avanzaban con el guía. Ernesto se retrasó mucho; y, mientras pugnaba por alcanzarlos, sobrevino un daño en la instalación eléctrica y se quedó a oscuras. Trató al principio de avanzar con calma, pero después se desconcertó. Bien podía caer en alguna de las simas, o perderse en el tremendo laberinto. Pasó dos horas de torturante espera. Se había perdido? Avanzaba y retrocedía. Gritaba a veces. Con el apoyo de las manos despedazadas guiaba los ojos ciegos. Temor del paso fatal, del derrumbe, del miedo al desaliento... Al fin cuando el pavor lo estaba ganando, encontró la salida. Había

sol en la Sabana, claridad en todas las cosas. Lo que sintió entonces, lo sentía ahora. Lo mismo. Más todavía.

Se acercó a la ventana que daba al huerto. En la otra ventana estaba Enrique. Uno y otro, al encontrarse, se separaron hacia el fondo de las habitaciones. Momentos después pasó lo mismo. Instintivamente se observaban y esquivaban.

Una gran alegría llenaba en ese instante el alma de Enrique. Con lo sucedido en esa noche el futuro era suyo. Por hacer algo, se puso a leer un libro cualquiera; mas al sentir que se abría nuevamente la ventana del cuarto de Ernesto se acercó a observarlo. El detalle no tenía importancia alguna, pero lo dejó pensativo. Dejó el libro a un lado. Tenía que vigilar aún. Por qué? Qué podía pasar? Bueno. Era un temor sin causa. Pero el hombre que ama o teme tiene una vista doble. Ernesto lo había deslumbrado esa noche. Era un hombre superior sin duda; y si Gabriela lo había querido, y si él la quería también, cualquier detalle podía tener una significación adversa para su suerte. Se sintió intranquilo. Salió al huerto, a un sitio desde el cual podía verse la ventana de Gabriela. Estaba cerrada. Ni siquiera había luz. El rencor que principiaba a sentir por Ernesto se fue apagando. Antes de subir al corredor se detuvo bajo una enredadera, en el momento mismo en que Ernesto salía.

Cuál fue el proceso espiritual de Enrique en este imprevisto trance? Fue tan rápido y seguro, que él mismo no hubiera podido señalar los hitos que recorrió para definir en forma instantánea lo que hizo. Para Enrique la vida era un juego de posiciones; y con ese espíritu determinaba su actitud con la misma celeridad con que en el tablero de ajedrez movía la ficha precisa para asegurarse el triunfo.

Se acercó a Ernesto con extrema jovialidad, y llevándolo derecho al tema, le suplicó que le escuchara algo importante que tenía que confiarle. "Voy a exponer una torre", se dijo Enrique mentalmente; y, sin más, hizo reminiscencias de Luis, hermano de Ernesto, con quien cultivaba íntima amistad. En dos palabras le reveló que Luis le había hablado con fervoroso interés de Gabriela, y que por él estaba en Huilquipamba. Le contó brevemente su lucha por salvar a la señora y su angustia cuando Gabriela cayó enferma. Consiguió hacer un relato ligeramente patético, buscando que apareciera discreta y poco ponderada su actuación.

Ernesto permaneció callado.

"Voy a exponer otra torre", volvió a repetirse Enrique, mientras daba a entender su amor por Gabriela y la correspondencia de ella. Como Ernesto nada dijera, él reafirmó falsamente la existencia de ese mutuo amor.

Hubo una pausa. Ernesto en ese instante tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse, y para no abofetear al individuo que le hablaba. Lo miró empeque-

ñecido, insignificante. Se refrenó, con todo, en espera de que el otro terminara.

Y Enrique terminó exponiendo la reina de su juego. Pensó que había que alejar a Ernesto, aun mentalmente, de cualquier tentativa de acercamiento con Gabriela. Ambos mantenían una altivez perfecta. Eso lo había deducido Enrique de las palabras que Ernesto y Gabriela se cruzaron. Mintiendo pues, y fingiéndose condolido, le expresó que Gabriela le había informado de los fugaces amores que había tenido con Ernesto, y qué ella había decidido en esa noche participarle su compromiso con Enrique, pero que él por delicadeza se había opuesto a esa revelación. Que si él se atrevía a darle esa información era con un doble sentido de caballerosidad. Y así concluyó por fin:

—Si usted la ama y la pretende, y si ella lo ha querido de verdad, yo estaría de más en esta casa. Yo jamás puedo disputarle una novia al hermano del mejor de mis amigos... Yo, esta misma noche, se lo comunicaré a Gabriela... Usted comprende que sí puedo hacerlo!...

—Hay confidencias que no se aceptan. Permita que no le agradezca lo que acaba de decirme. Soy así. Un poco rudo. En asuntos de amor no me confieso con nadie... Tengo que madrugar. Si le parece, vuelva a despedirme de Gabriela. Buenas noches!...

Entró a su pieza y se dejó caer sobre la cama. Permaneció quieto, sin pensar en nada, girando en un vértigo de sombra. La vida le había enseñado a caer sin inmutarse, sin reproche, cuando recibía alguna de esas noticias en las cuales parecía zumbar la fatalidad. Así era. Pero después...

La hora de la cita pasó. En ese momento Ernesto trataba de analizar otra vez las revelaciones de Enrique. Casi se las agradecía. Cómo hubiera sido de terrible llegar a la cita de Gabriela para oír de sus labios el rechazo o la piedad! La miró altiva y rencorosa, como cuando la noche lejanísima del paseo él consiguió besar sus labios estremecidos. Apagó la luz, y se quedó flotando en un vacío de negrura.

Afuera cantaron los gallos. El curso de sus reflexiones tomaba de improviso giros más hondos, más amargos. Era la verdad del otro amor. Eso espantoso. Eso imposible. Eso turbio como las palabras que Enrique había pronunciado. Que Enrique podía verse a esas horas con Gabriela? Así no se lo dijo?... Es decir, que Enrique y Gabriela se veían en las noches, después de que las puertas se cerraban? Claro. Sería en la ventana donde a él lo había citado. En una ventana que podía salvarse fácilmente... No! Por qué pensar eso? Por qué, si al sólo imaginar esa posibilidad el alma se le comprimía como si fuera a saltar para matar?... Hasta dónde había avanzado ese amor? Hasta dónde?... Por qué no le había pisoteado la lengua al hombre que se lo dijo? Por qué no lo hizo así, si esa boca había mancillado la de Gabriela?...

Se enloquecía. Se enloquecía. Era una sensación nueva, morbosa, fatal. Superior a sus fuerzas. Superior a la muerte. Los celos que había sentido en días anteriores eran un sentimentalismo de niño comparado con esa espantosa vorágine en la cual su sangre toda se agitaba en un vaivén desesperado. Tembló su carne mísera como si se revolcara entre un zarzal ardiente.

Dieron las doce fuera. Creyó percibir que la puerta de Enrique se entreabría. Automáticamente se incorporó. Acercó sus ojos ávidos a un resquicio de la ventana. Su oído se tendió en la noche como hacia un camino de infinito para advertir todos los pasos de la tierra. Esperó. El tiempo debía ser eterno. Qué iba a hacer?... Sin detenerse abrió la puerta, bajó la escalinata y como un sonámbulo se deslizó entre los árboles del huerto.

El amor era para Gabriela la culminación perdurable y vital de un sentimiento que se ha ido magnificando en virtud de las excelencias de lo amado. El interés emocional que va creciendo hasta llegar a formar una conciencia de afecto. La plenitud de la vida concretada en un ser único... Así lo expresaba. Así lo sentía. Como debe ser el amor, cuando se escoge un ser único para hacerlo horizonte en el espacio y en el tiempo; cuando se escoge un alma para caminar por ella toda una eternidad.

Ernesto había llegado a la culminación de este proceso. Desde el aprecio intes- table del día en que lo conoció, hasta su impetuoso rechazo cuando él creyó alcanzarla en su delirio equivocado. Desde su admiración por el artista hasta su interés definitivo por el hombre. Ahora, era una verdad, segura ya, como la misma conciencia de su vida. Cuando él, esa noche, antepuso su orgullo a su riqueza, y le dió la justa medida de su espíritu, comprendió que su amor por Ernesto llegaba a un límite de excelsitud. Así lo quería. Con su sencillez y su nobleza. Con su fervor de iluminado y con sus evasiones. Con su sentido de trabajo, su gran optimismo y su alma de humanidad. En su idealismo cabía su esperanza. Junto a él bien podía caminar segura.

Todo lo demás había sido circunstancial. Su momentánea afección por Enrique. Sus pausas de emoción. Sus agobios de enferma. Si llegó a vacilar fue sólo ante la inestabilidad que Ernesto le demostrara, pero no ante las circunstancias. Ella no vivía en la ficción como él, ni se fugaba de la realidad. Medía a los hombres en su espíritu y en su corazón. Y cuando la altura de él rebasó la suya se entregó para siempre.

Para resolver su situación buscó quedarse sola después de la velada. Luego escribió el breve mensaje que le envió. En esa cita le daría su promesa suprema.

Mientras el tiempo físico corría, trazó el rumbo de su conducta. Si por la significación de su fortuna Ernesto intentaba retroceder, ella lo allanaría todo.

Renunciaría a todo. Iría a darle su vida definitivamente. Luego, siguió la espera indescifrable.

La hora de la cita pasó. Los instantes se hacían infinitos. Cerró la ventana y apagó la luz para encontrarse de nuevo...

Cielo de desamparo. Golpe de escollo súbito. Dolor de amor... Dieron las doce. Afuera el silencio apretaba la sombra bajo los árboles.

Capítulo XX: La Sombra

Los dos hombres agazapados tendieron las carabinas. Los ojos se les achicaban comprimiendo la noche. A veces los cerraban para no emborracharse. Por qué habría tanto nubarrón en el cielo?

El uno era Braulio Ramírez, el Administrador de la hacienda. El otro era el David.

Braulio fue quien persiguió al fantasma que encontró en noches anteriores bajo las ventanas de Gabriela. Esa noche se había asustado. Obró con valor, pero con recelo. Al día siguiente de la aventura había contado lo que viera. Las mujeres del servicio se alarmaron. Don Federico hizo con él un largo rodeo. Nada se halló. El asunto era misterioso, pero se le dió poca importancia. Quién se preocupa de un ficticio ladrón cuando hay tanta gente que se muere en la propia casa?...

Era forzoso que así fuera. Pero Braulio no iba a olvidar aquello que lo había hecho cavilar tanto, lo que pudo importarle la vida. Habló con el David, y el muchacho prometió acompañarlo cuantas noches fueran necesarias para aclarar el enigma.

Cuando aquella noche el David se acostaba, llegó a su casa el Administrador.

—Oye, David. No sé por qué, pero se me ha metido que hoy va a volver el hombre que quiso matarme...

Oírlo y levantarse fue una misma cosa para el muchacho. Con decisión. Con alegría.

Cenaron bien. Luego apagaron la luz, y se quedaron atalayando el huerto. Unos treinta metros de distancia había desde la vieja casa de la hacienda, donde se encontraban, hasta el ángulo de la casa nueva donde estaban las habitaciones

de Gabriela. Treinta metros en línea recta. Desde su escondite de observación no podía verse la ventana de la alcoba de Gabriela, que daba al jardincillo, pero se advertía muy bien el enarenado que había al frente.

Los dos hombres estaban cansándose ya cuando cantaron los gallos de la medianoche.

—Vendrá? Volverá?... Quién puede ser?

—Aquí hay algo grave. No he dormido estas noches pensando... Se irá a morir la niña Gabriela?...

A lo lejos latió un perro. Más lejos, otro. El David se estremeció.

—Míre, míre bajo el acacio, esa sombra...

En efecto, una sombra pasó desde uno de los limoneros hasta el acacio. Era un árbol grueso, copudo. Era imposible ver nada bajo la oscuridad de su ramaje.

Los dos hombres se tendieron, con las carabinas en la mano. El Administrador susurró:

—Antes de disparar tenemos que dar la voz de alto. No te olvides... Y apenas tengamos la seguridad de que no es ninguna persona de la hacienda, tú te abres a la izquierda a guardar el camino de la quebrada termal, y yo sigo recto... Tienes miedo?

—Miedo?... Sólo que fuera el ídolo...

—Míra!... Salió a la luz. No se lo ve bien, pero me parece que es el mismo de la otra noche... Acerquémonos. Malhaya! Si la luna se descubriera...

—Disparo?...

—No! No!... Avancemos despacio. Tú tienes que abrirte a la izquierda. Veamos qué hace!... Se volvió a ocultar.

—Disparo?...

—Maldita sea! Qué, tienes miedo?

—Sí. Tengo miedo!...

Ernesto avanzó con cautela. Qué iba a hacer? No lo sabía. Bueno. Salió porque al quedarse hubiera tenido que tragarse la lengua. No iba a dar ningún escándalo. No. Eso no cabía en él. Salió porque sí. Cuando estuvo afuera se arrepintió, pero hubiera sido estúpido volverse.

Al avanzar se fue serenando. La frescura de la noche le hacía un gran bien. Era como si bebiera un agua honda. Todo estaba en silencio. En el ángulo opuesto apareció la ventana de Gabriela. Estaba cerrada. Todas las ventanas estaban cerradas.

La noche se aclaraba un tanto. Se arrimó contra el tronco de un árbol. Ahora sus pensamientos se ordenaban. Pensaba cosas diversas, pero con más lógica. Por lo menos así lo intuía. Lo que le dijo Enrique sería absolutamente cierto?... Podría ser que no... Con el puño golpeó el tronco del árbol. Era tan firme y basto que apenas si produjo un ruido indefinido. Hubiera podido golpearlo toda la noche y hubiera sido lo mismo. Con un hacha hubiera sido distinto. Su mano, pues, valía menos que un hacha. Menos que un machete. Por qué pensaba eso?

Avanzó más. Se arrimó a un acacio. El sentimiento de Gabriela tomaba giros extraños, tremendos interrogantes. Por qué estaba allí?... Qué representaba Gabriela en su conciencia y en su corazón? Qué debía representar?... Por qué sufría? Amor? Qué son los celos y el amor? Por qué pensar que Gabriela necesariamente debía llenar su vida toda? Por qué?... Acaso ella no podría ser de otro? Podía ser. Por qué entonces ese como determinismo irremediable? Cuál la razón para orientarlo todo hacia una sola mujer? Por excelsa? No. Otras podían serlo más. Por su belleza? Tampoco. No podía sostenerse un tipo único. Por influjo sexual? Sería grave convenir en ello. No podía ser para un hombre espiritual, para un hombre como él, que hasta el mismo deseo llegó a moldearlo como un anhelo puramente estético. No! Claro que sería maravillosa la pertenencia de una mujer en plenitud de gozo y de belleza. Unos días, unos meses, sería bien; quizás extraordinario; más todavía. Pero luego podría ser lo mismo? Acaso uno puede prometer adorar a una mujer toda la vida? Y después... Los hijos. Sí. Pero no lo teórico o lo literario, sino el hijo que llora y hace sufrir. El hijo que refleja un ancestro innumerable, pero que a veces no nos refleja a nosotros. El hijo que es enfermo, que es bobo, que puede ser pervertido; que nace bajo Saturno para llorar toda la vida... Acaso el dolor de un hijo puede valer el gozo de crearlo?

La ventana de Gabriela se abrió, y ella se inclinó sobre el barandal. Vestía sobre la pijama una "mañanera" de seda cruda. Estaba bella, pero como irreal, en el marco de sombra. Atalayó el huerto y se quedó hierática.

Mientras que Ernesto giraba en la vorágine de sus dudas había prosperado un mandato en el alma de Gabriela. Seguro y avasallador como todo lo que determinaba. Comprendió que Ernesto no había querido verse con ella por orgullo o desaliento. Que se iría al día siguiente. Que jamás volvería... Sufrió entonces el dolor más grande que hubiera padecido; y después de que el tiempo de la espera corrió inútil y se cerró en sombra su camino, resolvió bajar hasta el huerto, llamar a Ernesto, y darle en dos palabras la plenitud de su promesa. Un poco aventurado, tal vez. Pero qué podía hacer?

No podía salir por el corredor, porque hubiera tenido que atravesar las otras habitaciones. Debería hacerlo por la ventana, como los ladrones, como en los romances. Nadie la vería a esa hora. Su honor tampoco se exponía, porque llamaría a Ernesto a la ventana para conversar con él sin que saliera. Además, era su propia casa; y si no lo hacía, podría darlo todo por perdido... Estaba débil, sí, demasiado débil. Qué importaba?... Cuando camina el corazón, quién mide el caminar o el esperar?

Suavemente se deslizó por el barandal. La ventana no era alta. En dominio de fuerzas eso hubiera sido un juego de niño para su agilidad dinámica; pero la bartonellosis es una cosa grave; mata los glóbulos rojos, consume la sangre. Es como los vampiros. Así de sigilosa. Como un nudo de seda que estrangulara la garganta.

Ernesto miraba a Gabriela como en una visión, cual si todo pasara más allá de la vida. Ella avanzaba lentamente, trabajosamente, apoyándose en el ramaje de las enredaderas. Se separaba, tambaleando, para esquivar la zarpa aguda de los rosales. Venció, al fin, el tramo central, y se dirigió hacia el ángulo donde estaban las habitaciones de Enrique y de Ernesto. Iba como sonámbula. A veces vacilaba cual si fuera a caer. A veces se demoraba hundiendo la cabeza entre las flores suspendidas.

En todas las vidas hay un instante crucial, un vértice sumo en que se serenán las tempestades del espíritu y el tumulto de los grandes interrogantes. En que el hombre se contiene ante el abismo o salta hacia el tiempo. En que la duda se acalla. En que los caminos se cierran... Después de la vorágine que agitó el espíritu de Ernesto advino para su corazón una serenidad radiosa. Así había pasado en otras horas culminantes. Cuando salió de su casa con el alma ardida en la aventura. Cuando se superó a su suerte en trances de adversidad. Cuando quiso acercarse a Gabriela... Y ahora que iba a dejarla.

En este límite trascendental no pudo dudar ya del amor de la muchacha. Cuando la vio dirigirse a su ventana, ella entró en una zona de imperio. Caminaba hacia él. Caminaba como en su propia sangre. Tal vez desde niña. Tal vez desde el principio de los tiempos. Pero entonces se sintió empujado para merecerla. Se sintió vacilante ante su excelsitud. Porque midió la ficción que había en sus sueños. Porque la actitud de la muchacha le reveló lo que debía ser el amor: claro, sencillo, violento quizás, pero sin ese miedo al porvenir que a él lo obnubilaba. Como los campesinos que se prometen con una sola mirada. Como había sido Luis, que tomó lo que quiso. Como todos los hombres que aceptan el amor, sin medir demasiado el futuro. Como el paletazo de tierra que cubre la simiente; como la ola que se funde en otra ola; como la llama sobre la resina.

Tal vez algún día podría merecer a Gabriela, Entonces la buscaría, sobre todo obstáculo, para adorarla con valor sereno, con fe sencilla, con ansiedad de entrega,

porque Dios quiso que el amor fuera ciego para que se llenara de eternidad.

Gabriela había alzado el brazo hasta la ventana. Su mano estaba fija, apretada, sobre el hierro de la reja. Iba a llamar sin duda, pero se quedó inmóvil, con la cabeza echada hacia atrás, con los ojos hundiéndose desesperados.

Ahora Ernesto tenía que actuar, porque Gabriela había rodado sobre los rosales, desvanecida por el esfuerzo. Sin vacilación se separó de la sombra del árbol. Pasó con rapidez de un seto a otro, pero se contuvo. Instintivamente volvió la cabeza hacia la parte occidental del huerto, y sus ojos tropezaron con los dos hombres que avanzaban a su encuentro con las carabinas tendidas. Ellos no habían visto a Gabriela. No podían haberla visto. Pero, si Ernesto no actuaba en forma eficaz para ampararla, el honor de la muchacha se mancillaría.

Su plan fue fulmineo. Haría correr a los hombres hacia el sendero del termal, por donde se había previsto su huida. Luego volvería por Gabriela antes de que en la casa corriera la alarma con los gritos. Así lo realizó. Se descubrió de intento, pasando de un seto a otro, con el objeto de llevar a los hombres hacia el fondo del huerto que era amplísimo. Como estaban distantes no podían reconocerlo. Sin volver la cara se fue alejando de la casa, salvando a pasos rápidos los espacios abiertos. La sombra favorecía su juego. Entre tanto los dos hombres iban acercándose ya; y, de acuerdo con el convenio que tenían, el David se echó por el filo de un platanar para cortarle el camino.

En ese instante el Administrador avanzó gritándole. Ernesto se amparó de un salto detrás de un macizo de palmas. El terreno hacía un declive allí. Era necesario pues, descubrirse otra vez, fingiendo huir por el profundo límite del huerto; hacer luego un rodeo de despiste, y volverse a la casa. Actuó en esa forma. Pero, al descubrirse en la última vuelta, el Administrador disparó su carabina. La bala perforó la manga del saco de Ernesto, y le cruzó la carne como una cuchillada.

Sin perder un solo momento la serenidad, Ernesto se recogió en la sombra del árbol que lo favorecía. Ajustó el pañuelo al brote de la herida para contener la sangre, y lanzó un largo silbido con el fin de hacer vacilar al hombre que corría persiguiéndolo. Así pasó. El Administrador se echó a tierra para cargar el arma nuevamente y poder avanzar con cautela. Y entonces Ernesto, sumiéndose en la sombra de los árboles, dió un táctico rodeo y se volvió a la casa.

Apresuradamente se acercó a Gabriela. Los hombres gritaban engañados en el fondo del huerto. Ernesto levantó en brazos a la muchacha, que continuaba desvanecida y cruzó el espacio de la casa. Con poderoso esfuerzo pasó con ella la ventana, cerró los cristales, y la reclinó suavemente sobre una mecedora. Viviría mil años y aún sentiría sobre su corazón el peso de ese cuerpo.

Elevó un poco la luz de la pequeña lámpara que ardía frente a una imagen de la Dolorosa. Destapó un frasco de esencias, y empapando su pañuelo lo pasó por la cara de Gabriela.

Volvió a la ventana para mirar. Dos campesinos armados de machetes cruzaron por el sendero del frente.

Gabriela se reanimaba. Abrió los ojos asombrados, balbució algo, y se quedó hierática mirando a Ernesto.

En la pieza contigua se oyeron algunas voces. El instante era grave. Ernesto se acercó a Gabriela. Le hizo un signo de silencio, tomó con dulzura sus manos, y como quien va a dormir un niño la besó en los ojos.

Luego abrió la ventana para saltar al huerto, mientras la voz de la doncella, en un íntimo dominio de sollozo, le decía:

—Te esperaré siempre!...

Ernesto se volvió, pero una luz radió en la alcoba vecina apenas separada por una mampara de cristales. La voz de Gabriela se apagó, y Ernesto, entornando la ventana, se dejó caer entre la sombra protectora que afuera formaban los rosales.

Capítulo XXI: El Derrumbe

Hasta esa noche ningún cerro se había derrumbado por el desfiladero de Chambú. Ningún hombre tampoco. Desde que los siete trabajadores le dieron su bautismo de sangre al camino nadie resbaló ni cayó. El peligro precave. Salva a veces. Es como en la vida. La conciencia de un abismo hace caminar derecho.

El automóvil dió un vuelco sobre la cuneta. Se ladeó, y en la ruda contención de la frenada quedó cruzado en el camino. La niebla envolvía la noche.

—Dónde estamos?

—En Chambú, doctor. Ahí, a la vuelta, está la nariz del Diablo.

Ernesto se bajó del carro, y se volvió hacia el chofer que examinaba las llantas del vehículo.

—Se rompió alguna llanta?

—Sí, doctor. Pero en un cuarto de hora la arreglo.

—Te ayudo?

—Gracias. No hay necesidad.

—Bien. Yo voy caminando. Cuando termines me alcanzas...

Ernesto descendió por la gran pendiente roquera; y entre el vórtice de la niebla avanzó hasta la última saliente de la peña. Abajo, en una profundidad sin fin, erraba una luz noctámbula. La soledad y el silencio eran tan vastos que Ernesto creía sentir como una cosa audible el hondo latir de su sangre. Toda noción de tiempo se había perdido. Toda noción de espacio. Hasta el aire tenía una grisosa densidad.

El recuerdo, en el alma de Ernesto, era también una cosa turbia, lejana. Parecía que el vértigo de acontecimientos en que vivió la noche anterior, pugnara por prolongarse indefinidamente en un sonambulismo en el cual se interferían la luz y la sombra.

En el amanecer de aquel día había dejado la hacienda de Huilquipamba. Con la última voz de Gabriela, en la escena de la noche, consiguió llegar hasta su pieza sin ser advertido por nadie. Lavó y vendó la pequeña herida que, por fortuna, no alcanzaba a vedarle el libre movimiento del brazo. Era leve. Desfallecido un tanto, pero sereno ya, escribió para Gabriela un breve mensaje. En él aceptaba su promesa, y le ofrecía regresar antes de un año. Trabajaría en tanto, lejos de su tierra, en un cargo bien remunerado que últimamente le habían ofrecido. Los días fructificarían después como los campos que Dios bendijo para la eterna abundancia.

A las cinco de la mañana uno de los peones de la hacienda lo había llamado. La quebrada podía vadearse ya, y el caballo estaba listo. Cómo hacer llegar su mensaje?... Había que proceder con cautela. Pero, mientras vacilaba sin saber qué hacer, oyó la voz de don Federico que preguntaba por el Administrador; y ante esa azarosa contingencia, subió apresuradamente a su caballo y se alejó de la casa.

Esa misma tarde había determinado su viaje para Tumaco, después de que en Túquerres lo sorprendió afanosamente una carta de Luis. En esa carta le decía que era necesario que volviera a enviar alguna suma fija para el sostenimiento de su casa. Luis había tenido una grave pérdida en sus negocios, y con bondad, pero con alguna urgencia, reclamaba la ayuda del hermano. Era, en síntesis, la renovación de una obligación entrañable y gozosa para Ernesto, pero que en ese instante de su vida venía a constituir un escollo más para acercarse a Gabriela. Si otra vez tenía que dedicar su esfuerzo al sostenimiento de su hogar, cómo pensar en las posibilidades de un matrimonio que no podría postergarse indefinidamente?... Tal la realidad. Simple pero tremenda; sin que el amor, bienaventurado y todo, pudiera, a pesar de su excelsitud, imponerse ante el escollo de cosas tan exiguas. Acaso no es esto lo común en la trama angustiosa de tantas vidas? Hechos simplísimos: un estímulo, una oportunidad, un signo de la suerte, o algo mínimo que faltó para que dos destinos que debieron juntarse no se encontraran nunca.

Antes de llegar a Chambú el automóvil hendió la noche huracanada sin paisajes ni encuentros. Este aislamiento contribuyó a que prosperaran en el alma de Ernesto los punzantes clamores de su desolación. La fiebre lo ganaba. Sería el contagio? Sería la sangre perdida? Podía ser. Pero era más que todo la oscura visión de sus problemas íntimos. El amor de Gabriela era una luz en la esperanza, pero la consideración de su riqueza y el seguro rechazo de los suyos volvían a aislarla.

También Ernesto buscaba aislarse en la magnitud de su desaliento. Recobrar su libertad de solitario. Evadirse. Renunciar a la lucha... Porque volvía a faltarle esa seguridad dinámica en el porvenir, esa fe que en los insatisfechos parece sólo marcar los vértices de una superación de instantes. Desgarrándose, pensó que era bien que hubiera quedado sin respuesta el reclamo de Gabriela...

Había lógica en su vida?... Qué importa la lógica ante lo que uno es por cere-bración o por tendencia? Para algunos el amor de una mujer es el universo todo; para otros, el amor es un proceso de indagación, de lucha entre lo ficticio y lo real, entre el cerebro y el corazón, entre el ímpetu y la medida. Para unos, amor es ansiedad de compenetración. Para otros, es aquello que sólo se valora cuando se pierde para siempre.

En este estado de desconcierto llegó Ernesto al vértice de la roca. Por un momento fugacísimo le aleteó el recuerdo de su viaje lejano.

—Arréea!... Paso!... Laado!...

Las voces de los arrieros latigueaban la noche. Las explosiones de la roca cava-ban en ecos el abismo. El cuerpo de Manuelito Muñoz bajaba zumbando como la sombra de una piedra.

Algunas horas antes el chofer le había dicho:

—No viajemos esta noche doctor!... En el reflejo del parabrisas ví una sombra sentada a su lado. Otra noche la ví, cuando un pasajero se botó desde este carro por el desfiladero del Guáitara.

No obstante habían emprendido el viaje. Ernesto no tenía miedo, y si lo tuvo alguna vez lo había dominado. Tal vez siempre. Al que sabe perder nada le es-panta.

El sitio era frío. Pero ahora hacía sed. Cuando se pierde la confianza es mala la soledad; cuando se tiene fiebre es grave acercarse a un abismo. En el espíritu de Ernesto surgían en negra turbulencia todos los detritus de sus horas fatales. Su dolor se cambiaba en protesta; su actitud vital cobraba un turbio vaivén de interrogante. Insensiblemente iba llegando a ese límite fatal en que el hombre principia a dudar de todo, a no creer en nada.

No era sólo dolor ante el fracaso de su esfuerzo y ante la necesidad de aban-donar lo que amaba. Su gesta interior era más honda. Tener o no tener una posición económica no importa. Tener o no tener un amor tampoco importa. Lo que importa es la fe con que se vive; el ideal sobrenatural para aceptar la vida, para beneficiarla; el ideal humano para confiar en el futuro.

Era el conflicto intelectual, no la queja romántica. Era la gran angustia humana que se debate entre el ser y el no ser. El cansancio que da el peso torturante del espíritu; el alma que principia a rodar en la noche del caos. Ya en ese estado, el hombre suma a su propio reclamo el eco universal de toda angustia. Todos los gritos de la destrucción. Todo el derrumbe de las filosofías. Odios, guerras, agonías, miseria. Y las manos sin pan y los corazones sin piedad; y todo el pavor humano en un mundo enloquecido.

La niebla iba espaciándose. La roca se mostraba escueta, apretada de fuerza y de misterio. Ernesto pensó que, con un paso que diera, todo el remolino de su angustia cesaría. Vendría un silencio sumo, eterno.

Por qué no daba ese paso?... Un fluir asordinado como una suave risa de cristal llegó hasta su oído. Una vena de agua levisima cruzaba a sus pies y caía saltando sobre las rocas. Quizás la lluvia reciente la formó; pero esa levedad tenía esencia de voz y resplandor de vida. La roca era el silencio cabal. La piedra era lo imperecedero, lo estático; pero en la piedra no había vida. El agua era lo mutable, lo que pasa; pero también lo que tiembla. Era como su sangre. Creando formas palpitaba. Saltando abismos vivía. Y como él su gente toda; y como él la humanidad, la que soñaba, la que sufría, la que avanzaba... No! Era terrible dar ese paso... El concepto de la existencia tomaba medidas metafísicas. A sus pies el abismo bostezaba impaciente.

Abajo, en alguna revuelta de la carretera, resoplaba el forzado rumor de un carro que subía. Sería algún bus de pasajeros, de aquellos que no pueden pagar precios altos, y tienen que rodar despacio en largas horas azoradas. Vendrían quizás gentes humildes, sencillas, talvez cansadas, talvez llenas de esperanza. Gentes sin problemas trascendentales, sin ese alarido de su angustia. Hombres de su solar que, a pesar de todos sus dolores, seguían en la brega hazañosa de un subsistir creyente. Y con ellos, la gente de todos los rincones de Nariño, de todos los pueblos de Colombia, la patria grande en la frontera de su sangre, de su corazón y de su espíritu.

El rumor del carro se apagó. Ernesto, que había sacado el mensaje de Gabriela para destruirlo, volvió maquinalmente a guardarlo...

Se hacía otra pausa en su indecisión. Difusamente comprendía que se estaba verificando en él un proceso de adaptación, en el cual el amor de Gabriela no había alcanzado a ser la culminación todavía. Pero algo supremo trabajaba en su corazón y en su mente. Como le acaeciera al pasar por Chambú en época distante, trataba de buscarse a sí mismo. Mas ahora su criterio era distinto, ya que sabía que, para vivir con eficacia, debe haber en los individuos como en los pueblos conciencia de destino propio; de sentimientos y de ideas fundamentales orientados hacia un fin... A él le faltaba esa plenitud de orientación. Lo que

falta asimismo para la vida de América: conciencia de tierra y sangre propias. Sin esos oleajes de ansiedad que a través de la literatura hicieron llegar a ella los pueblos supervividos, para crear la nebulosa en los corazones y en las almas.

Una racha de viento rompió de súbito la niebla. Y un golpe rudo, de metal y de piedra, arremolinó el silencio. Ernesto retrocedió de un salto buscando el amparo del talud. Se había asustado?

Pero era su propio automóvil que había chocado arriba ligeramente. Ahora aparecía franjando con la luz de los faros el filo del recuesto.

—Qué pasó —le preguntó al chofer.

—Nada importante. Una piedra rodada en esa vuelta que me obligó a parar en seco.

Ernesto subió al vehículo, colocándose al lado del chofer. Los ojos le ardían. Cansadamente insinuó:

—Sigamos, pero despacio, porque parece que abajo viene algún camión.

El motor del automóvil se había apagado, y el chofer tuvo que bajarse a darle manivela. Luego, el vehículo se deslizó suavemente. Principiaba el descenso, apenas perceptible.

—Funcionan bien los frenos? —inquirió Ernesto.

—Eran nuevos, pero estas frenadas intempestivas son peligrosas.

Siguieron avanzando con lentitud. De pronto algunos pedruzcos cayeron sobre la cubierta.

—Parece que ésto fuera a caerse —dijo el chofer con sobresalto—. Qué será? Bajemos rápido!

—No es posible un derrumbe. Este sector es de roca viva.

—Yo no le tengo confianza.

Sobre la cubierta metálica rebotaron de nuevo algunas pedrezuelas...

—Estás nervioso?

—No. Ya pasó...

El automóvil avanzaba ahora con rapidez. A veces la niebla tendía murallones de sombra y luz en las revueltas constantes. El chofer variaba las luces.

—Cuidado!...

—Sí doctor!...

Dos o tres veces las ruedas traseras patinaron cerca del borde de la peña. La rueda izquierda alcanzó a rebasar el límite de la banca hacia el vacío.

—Cuidado! Frena un poco porque vamos muy ligero.

—Ya pasamos lo más peligroso. De aquí para adelante las vueltas son más amplias... Dónde vendrá el otro carro?...

—No se siente, pero debe ir subiendo. Procura conservar la derecha. La carretera es angosta todavía.

El automóvil había tomado una gran velocidad. El chofer estaba pálido, y llevaba la cabeza inclinada sobre el volante. Ernesto, con el cuerpo tenso, trataba de mantener su serenidad. No podía. Hay noches en que cada instante parece marcar un proceso de infinito.

Con desorbitado ritmo Ernesto iba pasando de un estado espiritual a otro. Del pavor intelectual al sobresalto instintivo. Algo como un presagio innominado que parecía venirle de la misma niebla de su alma; como si su vida debiera correr un riesgo irremisible... Por qué temía? Acaso no tuvo el pensamiento de matarse breves minutos antes? Sí. O no talvez. Porque aquello no fue sino el vértigo de una zozobra; una fugaz confusión de lo imaginativo y lo real; quizás la culminación de una crisis. Qué podía pasarle?...

El guardafango del carro rastrilló contra las lajas de la peña. Vibró la carrocería. Cedieron los resortes. Pero, al golpe preciso del volante, el carro volvió a tomar el centro de la vía, para seguir con velocidad desaforada por la gran recta de la carretera cuyo desnivel iba creciendo.

El chofer maniobró sobre los frenos. Un ris-ris metálico se repitió varias veces ante la presión energética.

—Dios mío!... Los frenos no funcionan. Y el motor...

—No te desconciertes —exclamó Ernesto—. Frena con los cambios!

El chofer cambió el engranaje. De primera a tercera. Volvió a apretar los frenos. Todo inútil. El carro no obedeció.

—Se rompió el eje, talvez... Dios mío! Estamos perdidos.

—No puede ser... Serénate! Maniobra otra vez!

El motor trepidaba. El chofer lo apagó y volvió a encenderlo otra vez. Roto como estaba el cardán del carro, la fuerza de inercia lo empujaba en el descenso sin

que fuera dable detenerlo.

—El cardán está roto... Está roto... Qué hacemos?

El automóvil cobraba rapidez fantástica. Cruzó una curva espolvoreando un pedazo de barranco, y con las ruedas derechas en alto volvió a tomar el centro de la carretera.

Pasó medio minuto que alcanzó a medir un tramo de eternidad. La mano del chofer volaba atropellada del volante a los cambios. La mano de Ernesto alzaba y bajaba el abridor de la portezuela.

—No vaya a abrir! No se vaya a botar!...

—No es eso. No te desconciertes!

Ernesto apoyó las manos sobre el tablero, como previniéndose para un choque inmediato. El pensamiento del carro que subía se había convertido en obsesión de espanto. Cómo podrían cruzarse?

—Dónde vendrá?

—No se le oye.

—No... Haga sonar la bocina...

—Pero serénate! Vamos a llegar al último plan. Procura hacer algo allí...

El ángulo abierto de las curvas había permitido maniobrar todavía con aquella intuitiva precisión que da el postrer impulso de la voluntad en defensa de la vida. Pero la serenidad se iba perdiendo. Abajo de Chambú se estrecha mucho el radio de las curvas, y la pendiente cobra un gran desnivel. Tres "lups" se sucedieron casi ininterrumpidamente.

A la ansiedad de los primeros momentos sobrevénía la desesperanza, en el ansia del pavor. Todavía el instinto sugiere entonces recursos insospechados. Todavía puede vivirse el instante heroico... Pero cuando las soluciones previsibles desaparecen, sólo queda la perspectiva de Dios, como el único recurso ante las fuerzas ciegas.

—Virgen Santísima!... Por mis hijos, por mis hijos... —repetía el chofer, mientras sus manos pasaban y repasaban el volante, y sus ojos crecían desesperados.

Se salvaron del paso vertiginoso de dos curvas; y Ernesto sintió, entonces, algo como la necesidad incontrolable de gritar, de defenderse aún, de imponerse ante el destino, de crear el milagro... Iban a morir.

—Dios mío, ayúdanos!

Y desde la cima del alma pudo ver su vida toda, como cuando se recoge con una sola mirada todos los matices de un paisaje. Su vida!... Y la vió limpia, sencilla, magnificada. Bien podían juntarse en ella los días de sol y las horas jubilosas como los haces de un tragal; y si el dolor trenzó también haces de angustia, ellos fueron tan sólo como la justa porción de los abrojos que suele quedar escondida entre el oro de las parvas.

Quién no sufrió? Quién no ha sufrido?... Todos están condenados al dolor y a la muerte. Unos mordidos en la carne. Otros en el alma. Pero cuántos instantes de amor en toda vida; cuánta alegría entre las lágrimas; cuánta luz de cielo entre la podre de las charcas... Qué podía reclamar al fin? Todo lo había tenido. Desde un hogar de afectos entrañables hasta el amor de una mujer excelsa; desde su sentimiento de artista para vivir y expresar toda belleza, hasta el espíritu invaluable de una religión; desde la fuerza intacta de su juventud hasta ese sentido humano que lo llevaba a la hermandad de todos los seres. Todo lo tuvo. A través de los libros vivió la emoción de todas las grandes creaciones de la inteligencia. A través de los sueños vivió todos los paraísos... Había sufrido. Quizás más que otros. Quizás mucho!... Pero a su vida no había llegado la espantosa miseria de tantos desamparados; ni lo carcomió la deshonra; ni lo destrozó ningún mal sin remedio... Tampoco a su pueblo llegó el oprobio de otros pueblos, ni la opresión de las razas malditas, ni la guerra, ni la agonía, ni la proscripción... Su dolor se empequeñecía. Sus angustias se borraban... Sólo quedaba una real y única tragedia: un único reclamo ante la vida, y era la vida misma en ese desesperado tormento de salvarse...

Entonces, ante la proximidad indudable de la muerte amó su vida con un anhelo de infinito, y su amor por Gabriela se hizo la esencia inmensurable de ese anhelo... Qué había hecho por ella?... Su reclamo iba a quedarse sin respuesta. Ella iría a vivir en la eternidad de su dolor. El le había robado su palabra para hundirse en la nada.

De súbito el amor adquirió entonces para su espíritu una dimensión no conocida. Su condición de profundidad. Su calidad de fe. Mutua, suprema, generosa... Amor, más allá del tiempo, para engendrar el hijo. Amor, más allá de la muerte, para crear la vida... Y la razón misma de la vida surgía como una verdad incontestable. Y era también una idea de amor que no podía expresarse sola, porque era al mismo tiempo idea y sentimiento, pero que condensaba en sí la fuerza integral de todo humano destino... Y él llegaba a comprenderlo en el límite de un abismo. Ya era tarde...

El carro hendía ya la sombra de las curvas con la celeridad de un avión en barrena...

En ese mismo instante, en la hacienda de Huilquipamba, Gabriela volvía a encender la lámpara que mantenía frente a la imagen de la Dolorosa.

—Haz que vuelva!... —volvía a repetir su vida toda.

Un cielo de amor y de dolor sostenía su alma acongojada; y una ternura de esperanza rebasaba el afán de su desamparo. Volvería?... Ella lo esperaría sobre todo olvido, como lo esperó su sueño, en la pureza de su alma y en el secreto temblor de su sangre. Ella lo buscaría, más allá de la sombra, con todo el ímpetu de ese apasionamiento, que la llevaba a levantar el corazón como una lámpara de angustia para alumbrarle el camino de su noche...

—Haz que vuelva!....

Y era su voz, en el presagio de las lágrimas, la misma voz de todos los que sufren la ausencia y el olvido. La de la madre que esperó en vano el regreso del hijo. La de las novias innumerables que vieron partir el amor en el ocaso de su dicha. De los que partieron para la guerra. De los que huyeron. De los que se fueron en pos de la aventura, o en busca de trabajo. De los que un día se fueron, porque Dios así lo quiso...

En ese momento el chofer amagó abrir la portezuela, abandonando el volante. Con rapidez fulmínea Ernesto puso la mano sobre él, mientras gritaba:

—No te muevas! No te abandones! Aquí viene una recta...

—Estamos perdidos...

—Malhaya sea! Vamos a salvarnos! Arrima el carro contra la cuneta...

—No se puede!

—Sí se puede!... Hazlo o te mato!...

La mano de Ernesto se clavaba como una garra sobre el brazo del hombre, mientras le gritaba el mandato, áspero, desesperado.

De improviso la niebla se rasgó. La carretera recortaba allí, en recta amplísima, la falda de uno de los morros de la gran vertiente, para descender luego a la azarosa revuelta de los lups que iban a desdoblarse sobre el cauce profundo del Río Verde.

La banca del camino estaba removida. Esa tarde había caído un gran derrumbe al tope de la recta, provocado sin duda por los formidables aguaceros de esos días. Dos cuadrillas de trabajadores, iluminados con algunas lámparas, estaban tratando de despejar la vía; y se ocupaban en ese momento de abrir algunos desagües para drenar el inmenso lodazal que se había formado.

El automóvil de Ernesto pasó como una ráfaga sobre el primer drenaje. Chocó ligeramente contra el talud, y rebotó como una pelota sobre el fangal. El chofer

se incorporó otra vez para lanzarse del vehículo, pero el golpe había remachado la portezuela. Instintivamente volvió a tomar el volante.

Un gran grito de la peonada acogió la aparición del carro, que cruzaba con el ímpetu de una bala. Sobre la tierra removida y lodosa se deslizaban las ruedas con la velocidad de un patín sobre la nieve. Pero la extensión de la recta amortiguó el empuje. Una cuadra más allá volvió el carro a demorar su impulso sobre el barrial gredoso que dejaba sin agarre el giro de las llantas. Y con una velocidad, bastante aminorada ya, llegó al sitio mismo donde la cuadrilla estaba despejando la última zona del derrumbe. Se habían salvado! El carro se abrió en curva sobre el fango, y fue a hundir el bómper entre la tierra floja. El brazo derecho del chofer se dislocó sobre el timón, y la frente de Ernesto se estrelló contra el vidrio.

Cuando Ernesto consiguió salir del vehículo sintió en la elación de su conciencia la plenitud del hombre nuevo. La vida de América volvía a amanecer en él y la gesta de la tierra, atormentada para crear siempre, señalaba el meridiano de su lucha.

Los trabajadores lo rodeaban con efusión. El sudor aperlaba las frentes; y en las mejillas de un anciano vió el temblor de una lágrima.

La faena se había interrumpido. Las manos de los hombres descansaban sobre las palas y piquetas; y era como si acabaran de remover para la vida de Ernesto un último obstáculo... El avanzó algunos pasos. Una claridad de cielo y de ternura lo inundaba. Y el alma de esa claridad era Gabriela, unida ya para siempre a su destino... Y la nombró en su corazón con dulzura de llanto.

Del otro lado del derrumbe había tres buses esperando el despeje de la vía. Algunos pasajeros se acercaron a Ernesto. El ingeniero que atendía los trabajos le ofreció el campamento para que descansara y pudieran reparar su vehículo.

Entretanto la niebla iba pasando; y algunas estrellas dejaron caer su luz marchita sobre la sombra de las rocas. Sobre aquella misma meseta, en tiempo ya lejano, las manos de la Molinera cubrieron de flores el cuerpo despedazado de un trabajador. ...

—Don Ernesto!... Patrón!... Don Ernesto...

El hombre que lo llamaba se le acercó con fervoroso afecto.

—A que no me reconoce?... Con usted pasé por este camino llevándole su carga... Soy Pedro Martínez, su caminero de hace tiempos.

Ernesto abrazó con emoción al viejo arriero, mientras oía sus frases alborozadas y le preguntaba por su vida.

—Me volví a casar y aquí va mi mujer con uno de mis hijos. Ya ve, patrón, sin mujer la vida no vale nada!... Hace años dejé la arriería, y me dediqué a trabajar y a comerciar en las haciendas del Guáitara. Estuve en Huilquipamba y ahora vivo en Consacá...

—En Huilquipamba?... Conoces a Gabriela?

—Sí, mañana tengo que verla porque me recomendó que le llevara las cortezas de un árbol que están ensayando para la bartonella... Hace dos días bajé a Los Corrales a traer a mi mujer que estaba pasando una temporada donde los viejos. Venga a conocerla, patrón!

—Mira, Pedro. Tu encuentro en esta noche vale un infinito... Me das grandes noticias, y voy a pedirte un servicio importante. Y es que mañana le entregues a Gabriela este mensaje, pero mañana mismo, y sin que nadie lo sepa. Ella te agradecerá con el alma... Dile que volveré muy pronto!...

—Se lo diré, patrón. Se lo diré... Pero que vuelva pronto!.

Se acercaron al carro. Iban algunos campesinos; y una muchacha, la mujer del arriero, que llevaba sobre el seno grávido un niño de tres años.

Ernesto saludó, y alzó al chicuelo para verlo. Los pasajeros volvían a ocupar sus puestos, ya que el camino estaba despejado en parte. Una algarabía de bocinas y de gritos envolvió la noche. Los faros del carro trazaban en el espacio nebuloso una gran paralela de luz.

—Adiós, patrón. Que lleve buen viaje!

—Adiós!... Que sean felices y que se cuiden mucho. El flagelo está haciendo estragos.

—Dios dirá. La vida es para luchar. Y qué otra cosa es la vida?...

—La vida es ésto!...

Y, sin decir más, Ernesto acunó el niño en el regazo de la madre.

Entre el relumbro de los faros hondo fulgor de vida cobraba entonces el fondo parduzco de la roca. De indio, de blanco, de mestizo. Color de tierra y de fruto. De lomo de camino; de río minero. Color de copla cuando canta el dolor y el amor. Color de sangre cuando se enciende en ella el mestizaje, y va empujando la esperanza por todos los caminos de América.

FIN



Editorial

Universidad de Nariño

Chambú

Publicada por primera vez en 1946, Chambú cuenta la historia de Ernesto, un joven pastuso que a lo largo del libro, recorrerá parte del departamento de Nariño siendo testigo de inclemencia de las obras con las que se abrió la carretera a la costa pero también de otros eventos que, aunque hoy se encuentran relativamente olvidados, impactaron fuertemente a la región, como la epidemia de bartonelosis que atacó a la población nariñense a desde mediados de la década del 30.

A lo largo de la novela, Ernesto será un especie de héroe fallido en busca del oro y el amor, un idealista extremadamente sensible, incapaz de encajar del todo en los moldes que para él tiene preparada la sociedad, mientras, paradójicamente es portador de sus prejuicios más tenaces.

Muchas veces la obra de Guillermo Edmundo Chaves se ha leído como una celebración de la gente y del paisaje de Nariño y, sin duda, en estas páginas hay apreciaciones certeras y de una belleza innegable sobre estos temas. Sin embargo, hoy el texto también se abre para otras lecturas en las que en lugar de darle pie a la nostalgia, debemos ser capaces de detectar el rastro y la genealogía de formas de violencias que todavía nos aquejan.



ISBN: 978-628-7509-58-0



9 786287 509580



Universidad de Nariño
FUNDADA EN 1904

ai

Universidad de Nariño
ACREDITADA DE ALTA CALIDAD
RESOLUCIÓN MEN 10567 - MAYO 23 DE 2017

Editorial
Universidad de Nariño